

Alfonso Sánchez García

El plumaje del mosco
(páginas autobiográficas)

Leer para lograr en grande

Colección Letras
Clásicos Mexiquenses

Alfonso
Sánchez García

El plumaje del mosco
(páginas autobiográficas)

SELECCIÓN Y ADAPTACIÓN DEL TEXTO

Alfonso Sánchez Arteche

INVESTIGACIÓN DOCUMENTAL

Miguel Ángel Sánchez Arteche

CRONOLOGÍA Y BIBLIOGRAFÍA

Rodolfo Sánchez Arce



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Alfonso Sánchez García. El plumaje del mosco. Páginas autobiográficas

© Primera edición. Universidad Autónoma del Estado de México. 2001

© Segunda edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2015

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Alfonso Sánchez García

© Alfonso Sánchez Arteche, selección y adaptación del texto

© Miguel Ángel Sánchez Arteche, investigación documental

© Rodolfo Sánchez Arce, cronología y bibliografía

ISBN: 978-607-495-430-2

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal:
CE: 205/01/86/15

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

AQUEL POETA JAROCHO, matoncito, grillero, enamorado, porfirista y fanfarrón que se llamaba Salvador Díaz Mirón, presumía que su plumaje (ignoro con cuántas plumas escribía) era de esos que no se manchan ni cruzando por los más fétidos pantanos.

Sin embargo, tratándose de aves, lo cierto es que ni los patos se llegan a manchar las plumas, aunque naden a medio fango; mucho menos la familia de las zancudas, a las cuales nunca les llega el agua al buche.

Ahora que si no cuentas con un plumaje selecto como el de Díaz Mirón, o el de los patos, puesto que más bien andas en cueros y con una triste plumita en la mano, entonces lo común es que te metas a los pantanos, aunque sea por propio gusto, y que salgas de ahí manchado y apestoso.

En lo que a mí se refiere, anduve en tierra firme, a veces incluso sobre el asfalto nuevo, pero también me metí en las charcas de la vida y en las sórdidas piscinas de la sociedad, de donde es posible que salga uno limpio, sí, pero bastante contaminado. Vi todas las cosas que ven, impávidos, miles de hombres todos los días. Y anduve en ellas con la gregaria despreocupación del prójimo [...].

No importa lo que haya sucedido, no voy a pedir justificación alguna. Estos contemporáneos míos no fueron locos, desequilibrados, maniáticos ni viciosos. Fue el mundo dado

a mi generación, al que tenían que adaptarse o sucumbir. Quisieron darnos alas, con plumas (tal vez como las de Díaz Mirón) para que pudiéramos remontar el pantano “y no mancharnos”. Pero, si estás parado, todavía poniéndote las alas, y el pantano se te viene encima, ¿qué puedes hacer sino sobrenadar, sobrevivir, adaptarte al cieno? Después de todo, allí también se puede vivir. No es éste el peor de los mundos que se nos han dado. Quizás apesta un poco, pero hay luz eléctrica; tal vez la miseria te embista en todas partes, pero hay televisión; quizás todavía existan los tristes, los hambrientos, los estúpidos, los desesperados, todos con manchas, todos con lodo, pero viviendo aquí, en este ámbito de cine y de cerveza.

*Alfonso Sánchez García, Profesor Mosquito
Confesiones impersonales de un pecador (manuscrito inédito)*

Justificación de motivos

UN RETO A LA CAPACIDAD de imaginar la vida como uno supone que pudo haber sido vivida por otro. Para convertirse en interesante, útil y aleccionador, un relato biográfico sólo puede ser —en mayor o menor medida— un ejercicio de ficción narrativa. Algunos biógrafos apuestan por la veracidad antes que por la belleza, y generalmente fracasan, porque la mayoría de los lectores no están dispuestos a aburrirse con la lectura de un currículum vitae, por muy documentado que éste sea.

Hay muchos modos de biografíar, pero abordado el estudio de una existencia con la metodología de la historia tradicional, como un rastreo de sucesos atestigüados en documentos públicos y privados, en fuentes bibliográficas o hemerográficas, cuando no va más allá de un mero recuento de hechos, tal vez no pase de ser un registro escalafonario de los ascensos de un individuo dentro del duro oficio de vivir en sociedad.

El lector de biografías, sin embargo, no se conforma con sucesos probados: exige conocer los motivos de una conducta, las ideas que orientaron ciertos actos, la carga de razones o sinrazones enfrentadas en el escenario mental de un ser humano concreto, que vivió en una época determinada, aceptó un orden de cosas o contribuyó a cambiarlo, y realizó acciones memorables, aunque no por sí mismas, sino por el pensamiento que fue capaz de inspirarlas.

Hernán Díaz Arrieta, en su prólogo a *Arte de la biografía* (México, Conaculta-Océano, 1999) afirma que “los estudios biográficos, en el fondo, no son sino [...] una larga y apasionada encuesta psicológica, una tentativa vehemente por descubrir el secreto que cada cual lleva en sí”.

El mayor problema en este género híbrido, en vilo entre la historia y la literatura, es que cuando se tienen evidencias de los hechos realizados durante una vida, lo más frecuente es que sus causas íntimas permanezcan ocultas y en espera de ser desentrañadas por la penetrante mirada del biógrafo. Ese es el reto a su imaginación; el factor que muchas veces lo desvía del camino de la investigación científica para situarlo en las veredas laberínticas de la ficción narrativa.

El problema se despeja un tanto al disponer de correspondencia, diarios personales, memorias o confesiones del personaje cuya vida se pretende argumentar. Con ese rico material a la mano, la labor de un biógrafo se facilita en cierto sentido, porque ya no tiene que especular, pero se dificulta en otro, porque debe buscar la congruencia entre lo que el hombre dice pensar y lo que efectivamente ha hecho.

En el caso de Alfonso Sánchez García, *profesor Mosquito*, uno de los escritores más prolíficos del Estado de México, la edición de un estudio sobre su vida se presenta como una tarea de titanes. A lo largo de más de medio siglo, a partir de 1945, fue redactor y colaborador cotidiano en infinidad de publicaciones, tanto de la ciudad de México como de Toluca.

Como historiador, desde 1964 completó la primera versión de su *Historia del Estado de México*, en tres volúmenes, y a partir de ese año hasta su muerte publicó bajo su firma más de treinta libros acerca de esta entidad federativa. Asimismo, colaboró en otras tantas publicaciones colectivas y dictó cerca de

un centenar de conferencias sobre diversos temas históricos, literarios y humorísticos.

Habrà quien regatee a su existir y a sus escritos el calificativo de ilustres. Nada más complejo que enjuiciar con pleno sentido de justicia los hechos de nuestros contemporàneos; sólo el paso del tiempo establece la exacta dimensi3n de cada personalidad, su trascendencia y alcances hist3ricos. Es obvio, por otra parte, que los menos indicados para calificar con objetividad la trascendencia de alguien ya desaparecido, son sus descendientes.

En el caso de Alfonso Sànchez Garcìa, al menos sus hijos estamos convencidos de que escribi3 tanto acerca de sÌ mismo, que ese solo hecho lo convierte en ilustre: alguien capaz de ilustrar, con su pensamiento y con sus actos, el espÌritu de una època, de una generaci3n, el caràcter —en fin— de un ambiente social y humano, el de mediados del siglo xx, cuyos protagonistas han sido poco dados a memoriar con franqueza.

De los nacidos en el Estado de Mèxico a lo largo de esta feneciente centuria, nos parece que salvo doña Mercedes Manero —fallecida en septiembre de 1999—, autora de *El mundo en que he vivido* y el siempre vital Rodolfo Garcìa, ya octogenario, que hace varias dècadas dio a prensas sus memorias, *Entre dos estaciones*, el gènero autobiogràfico no ha sido tan frecuentado como quisièramos histori3grafos, literatos o simples lectores, por el simple afàn de curiosear en el almarìo (expresi3n favorita de Isidro Fabela) ajeno.

Una caracterÌstica dominante en la personalidad de Alfonso Sànchez Garcìa, segùn se advierte en artÌculos, cr3nicas ensayos y apuntes que dej3 inèditos, es el constante diàlogo consigo mismo. En èl parece encarnar la frase que Antonio Machado emplea para autodefinirse:

Converso con el hombre que siempre va conmigo,
Quien habla y sólo espera hablar con Dios un día,
Mi soliloquio es plática con este buen amigo
Que me enseñó el secreto de la filantropía.

Aquí y allá se descubren párrafos de tono autobiográfico, en que él mismo va relatando fragmentos de su vida, para evocar a personajes, recrear ambientes, reconstruir situaciones y tratar de explicarse los actos humanos, tanto los propios como los ajenos. Por si ello fuera poco, dejó inédito un original mecanoscrito, que supera las mil quinientas cuartillas, con el sugerente título “Confesiones impersonales de un pecador”, una especie de “apuntes para mis hijos” que tal vez no hayan sido redactados con fines de publicación, pero merecen ser conocidos, al menos en parte, dado que por su extensión o por su carácter confidencial, tantas páginas rebasan los límites de una publicación como ésta, que se propone contribuir a la difusión de hechos históricos atestiguados por pluma tan inagotable.

En un primer esfuerzo por divulgar este material, se ha comenzado por seleccionar, del mencionado legajo y de otros textos inéditos o publicados, algunos de los fragmentos más significativos, darles un orden cronológico y presentarlos como si el propio autor estuviese recorriendo el hilo de su existencia. La que se presenta en estas páginas es una labor de edición, con estricto apego al sentido de los escritos, aunque aplicando la necesaria corrección de estilo y tratando de ofrecer al lector un recorrido por la vida de un contemporáneo nuestro, según su propia voz y su temperatura interior.

El material es presentado a manera de capítulos, que no corresponden necesariamente al contexto del que se les extrajo;

el título de cada uno de estos apartados es responsabilidad nuestra, aunque se ha buscado la máxima aproximación al espíritu y al estilo de su autor. Dado que los fragmentos seleccionados fueron escritos en diversos momentos entre 1954 y 1987, pueden advertirse notables diferencias de percepción de los hechos; cambian también el tono y el estado de ánimo, pero se encuentra sin embargo una constante propia del estilo de Sánchez García: la ironía que no perdona ni a quien la destila.

La franqueza con que el autor desarrolla cada semblanza, anécdota, situación, a ratos tal vez ofenda o incomode, pero en estas páginas se puede tener la seguridad de que no se está tratando de referir la vida ejemplar de un santo, como Jacobo de la Vorágine en los textos hagiográficos de *La leyenda dorada*. El hombre cuya respiración se puede escuchar en este conjunto de “confesiones” es quien ha dejado escrito, con su risueño sentido del humor:

Únicamente a través de sus grandes pecados o de sus soberbias virtudes, se puede conocer al hombre. Respecto a mí, por lo que se refiere a las virtudes no estoy en condiciones de apuntarme para ninguna. Sobre la nómina de los pecados que inventó la teología, acepto que se me apunte para un sesenta por ciento, quitando en especial el robo, el asesinato y la sodomía, asuntos en que no me quise meter quizás por falta de imaginación.

Dado el carácter fragmentario de los textos incluidos, que dejan algunas lagunas considerables, por ejemplo en la última etapa de este itinerario, que fue la más productiva desde el punto de vista intelectual, hemos decidido complementar los apuntes con una cronología y una bibliografía, donde los lectores interesados pueden tener un conocimiento más preciso

y puntual tanto de lo que hizo como de lo que publicó este personaje de la cultura mexiquense.

Finalmente, reiteramos nuestro cordial agradecimiento a doña Ester Arce, viuda de Sánchez, depositaria del archivo personal de Alfonso Sánchez García, el *profesor Mosquito*, por haber facilitado el acceso a los documentos originales y materiales bibliohemerográficos que han servido para realizar este trabajo de investigación y reescritura, que no podía dejar de ser, al igual que cualquier estudio biográfico convencional, también un ejercicio de imaginación por parte de sus compiladores.

Alfonso Sánchez Arteche

El plumaje del mosco
(*páginas autobiográficas*)*

*Alfonso Sánchez A., Miguel Sánchez A. y Rodolfo Sánchez A., (2001). *El plumaje del mosco (páginas autobiográficas)*. Universidad Autónoma del Estado de México, México, 240 pp. Trabajo premiado en el Primer Concurso de Biografías de Personajes Ilustres del Estado de México convocado en 1999 por la Universidad Autónoma del Estado de México.

Los García de Calimaya

HAY PUEBLOS QUE TIENEN UNA SOLA CALLE, pueblos terriblemente largos y flacos, medrosos, que parecen arrugarse sobre su propio espinazo; pueblos, tal vez de tan mala raza o peores costumbres que nunca pudieron engordar. Por lo común le llaman Calle Real, no con un sentido regio, de verdadera realeza, sino porque es lo único real, auténtico, de que pueden presumir para siquiera merecer el nombre de población con cierto derecho.

La villa de Calimaya de Díaz González es de ese tipo. Se puede recorrer de norte a sur, pero no de oriente a poniente. Y desde que enfila usted los primeros pasos por la arteria única, aparecen las interminables bocas muertas de los antiguos tendajones. Por largos trechos parece una comunidad difunta: puertas cerradas, balcones tapiados, polvo, mugre y soledad.

Calimaya es pueblo de una sola avenida, y muerta. Se puede otear por todos los rincones el aliento de una grandeza huida, de un esplendor pasado; bajo la negra pátina de las fachadas todavía quedan señales de un brillo extinto, algo de pintura, restos de publicidad rupestre, portones de tosco maderamen carcomido y la fastuosamente apolillada decoración interior de

los hermosos palacios calimayenses. En efecto, Calimaya fue... nada más fue y desde la más remota antigüedad.

Fundada por las huestes matlatzincas, corazón del señorío de los Altamirano y cuna del epónimo Juan Cacique, Calimaya fue en otro tiempo famosa por su carácter comercial de último “puerto” desde la Tierra Caliente hasta los altos de Toluca. Por ahí pasaban, a chaleco, todas las caravanas comerciales que subían las riquezas del feraz emporio suriano, desde Acapulco, por Tixtla, por Pilcaya, por Coatepec, por Tenancingo...

Subían los broncos y jaspeados terracalenteños, limpios de blanca manta en las guayaberas plisadas, con el sombrero leve de Tlapehuala y esos cinturones hechos con un solo cuero de víbora, engordados a base de centenarios de oro y pesos fuertes de plata. Cientos, miles de mulas y burros llegaban todos los días arriados por hombres de carácter mundano, agresivo y viril. Cansados de los caminos reales, no les gustaba recorrer suburbios. Ahí mismo, en la enorme y versátil avenida, querían encontrarlo todo. Y, naturalmente, las fuerzas más vivas de Calimaya habían procurado alinearse por la derecha en el interminable bulevar con caño en medio, en vez de camellón.

Prudentemente, los vecinos de la localidad habían hecho todo lo necesario para que las referidas culebras, llenas de oro y plata, dejaran en el solar calimayense la mayor parte de su contenido. Había de todo, como en cualquier puerto, de tierra o de mar, que se precie de su funcionamiento mercantil. Un poco a la orilla los lupanares y cada tres pasos una cantina. Una barbaridad de mesones. Varios hoteles de medio pelo. Y aquellos embriones de supermarquet, que en un solo tendajón acumulaban desde sombreros de paja hasta aceite de ricino y el colorete para las mejillas. Mucha jugada, que es otra de las formas de conseguir el estacionamiento del dineral circulante.

Trabajaba también en buenas condiciones la iglesia y la policía tenía chamba a todas horas.

Se ha dicho en trabajos de índole histórica que Calimaya fue, hasta pasado el 1830, una gubernatura de indios en que sólo habitaban naturales, subsidiarios directos del Conde de Santiago y contribuyentes también de la Corona española. Empero los mismos tributos eran cobrados por los señores rubios a través del gobernador indígena. Después del citado año se comenzaron a infiltrar los elementos blancos, especialmente de los llamados gachupines que de un modo u otro había centrifugado la guerra de Independencia.

Tomando como ejemplo a mi tatarabuelo don Rafael García, según confesiones muy bien documentadas de mi tío Heriberto Gómez, podemos saber que provenía de Guanjuato, que siendo muy joven se enroló en el famoso cuerpo de voluntarios de Fernando VII, con el cual combatió a la insurgencia hasta el año de 1821. Poseía dos o tres haciendas en el Bajío, típicas de aquella región, todas con muy buen ganado y una excelente tenería en que se trabajaba desde el curtido de cueros, hasta la hechura de zapatos y elegancias talabarteras. Cuando terminó la guerra, don Rafael García regresó a sus posesiones con el objeto de disfrutarlas. Lástima que ya estuviera fichado por los insurgentes liberales que en 1826 y 1827 consiguieron de Guadalupe Victoria las terribles leyes de expulsión de los gachupines y la confiscación de sus bienes, en especial los de aquellos que hubiesen tomado las armas contra la insurgencia “por su voluntad”. Se sabe que los gobiernos despóticos enrolan por leva a mucha gente en sus espurios ejércitos. Pero los de Fernando VII habían sido, según su nombre lo indica, voluntarios de todo corazón.

A mi tatarabuelo le había gustado siempre la labor en piel y se encontraba fabricando unas magníficas chaparreras cuando le cayó la justicia insurgente. Protestó porque era muy macho. De haber ganado la partida, él se hubiera portado con rudeza más campeadora con sus enemigos. De modo que trató únicamente de salvar del naufragio todo lo que se pudiera. Le confiscaron sus pertenencias, menos las monedas de oro que tenía estratégicamente disimuladas en la curtiduría y entre fétidas pieles de berrendo. Cuando ya estaba en Veracruz, listo para embarcarse en un viaje sin regreso hasta la Madre Patria, se hizo llegar los doblones y sobornó a sus guardias. Ciertamente es que le quitaron hasta el forro del bolsillo porque, además de liberarlo, le facilitaron el camino hacia una serie de lugares estratégicos donde pudo esconderse una larga temporada.

Debe notarse que el tatarabuelo, muy a pesar de que se le estaba presentando la ocasión solemne de volver a pisar la Asturias de sus antepasados, prefirió gastar sus últimos recursos en comprarse una raquílica permanencia en el país donde tanto había luchado y que ahora lo repudiaba. La razón está, sin duda, en que prefería pasarla de limosnero entre los indios limosneros que de mendigo allá, donde estaba la clase a la que sólo se pertenece por dinero. Por su caudal le habría correspondido esa posición, pero con los flacos restos de su fortuna, de ningún modo podía seguir alternando dentro de ella. Otra cosa: siempre les quedó a estos hombres la esperanza de volver a conquistar la América.

A don Rafael García no le agradaban las ardientes tierras jarocho. Se fue acercando por el sur, se dio cuenta de que había regiones, incluso cercanas a la metrópoli, en que la actividad política, los odios de partido, la vigilancia policiaca, etc., se habían callado por una razón verdaderamente sustancial:

eran comunidades de indios, los indios habían alcanzado la “igualdad” y estaban conformes con los blancos que, por su parte, en su mayoría eran gentes sin muchos deseos de entrar a discutir su pasado.

Don Rafael llegó hasta San Lorenzo Cuautenco, una comunidad de trescientas almas donde lo único importante eran las ladrilleras; éstas resultaban ser, desde luego, de un antiguo cacique indígena, venido a más después de la Independencia, que había acumulado una fortuna y que andaba bastante preocupado por una hija en edad de merecer. Para ella deseaba un semental rubio que mejorase la pinta.

Cuando el gachupín Rafael García llegó a Cuautenco, se dedicó a remendar calzado, el único oficio que realmente había aprendido en sus haciendas. El resto de la historia lo supone cualquiera. Rafael García casó con Crescencia Escalona y dejó de ser zapatero remendón. Tampoco le entró a fabricar mocheta. Prefirió que el suegro le financiara un giro comercial muy de moda: la arriería. Cuando era dueño de haciendas en el Bajío, no hubiera aceptado matrimoniarse con mujer morena. La democracia a fuerza lo obligó a una boda que no sólo le resultó grata sino hasta muy conveniente.

Mis honorables abuelos maternos se dedicaron a la especulación comercial en franco plan de hambreadores, bien con almacenes que tenían establecidos en la larga ruta comercial del sur, o bien, conduciendo formidables recuas de centenares de acémilas y asnos que realizaban el difícil flete de mercancías, por lo común tan finas y dilectas como el metal, el cascalote, el cacao, el aguardiente, etcétera.

Que fueron gachupines no se puede poner en duda; restos de la antigua aristocracia encomendera que no logró pegar la maroma hacia el liberalismo iturbidista y después victorista, por

su acendrado color reaccionario. Ya hablé de don Rafael García, de quien incluso tengo muy fundadas dudas de que usara su verdadero nombre en la segunda porción de su existencia. Quizás lo tenía demasiado rimbombante y para su seguridad lo cambió por uno más incoloro y modesto.

Más notable es el caso de los abuelos De la Serna, que perdieron en plan temporal las partículas significativas de su abuelengo, pero al final de cuentas algunos volvieron a utilizarlos en el tiempo de la “reconquista”, circunstancia que se puede probar en virtud de que actualmente hay muchos Serna y De la Serna que se reconocen como parientes.

El bisabuelo don Pablo, que llegó a tener una fortuna más que considerable, fue de los que volvieron por los pujos de nobleza y los complejos heráldicos. Era don Pablo de la Serna gran empresario en toda clase de negocios y, según creo, uno de los hombres que mayor talento desplegó para conseguir que las víboras terracalenteñas desembucharan su contenido en Calimaya. Es una lástima que de su largo y aventurero historial, sólo nos quedara el soplo de su leyenda negra. Estoy seguro de que fue un hombre muy constructivo, estimado de sus parientes, respetado de sus paisanos, en cierta forma cacique hábil que mejoró y estimuló a su comunidad... y sin embargo queda muy poca documentación precisa al respecto. Ni siquiera documentación de boca.

Lo único que he podido saber es que el bisabuelo don Pablo se casó tres veces en Calimaya, sin que se pueda determinar la cantidad de veces que lo hizo en otros lugares. El jarocho productor de películas don Mauricio de la Serna, decía que su abuelo se llamaba Pablo de la Serna, que era de Calimaya, comerciante en grande, empedernido viajero, etc., lo cual no significa seguridad alguna de que fuese el mismo Pablo. De

todas maneras éste tenía fama de gran inseminador, infatigable, irrefrenable. Con la tía Felipita se casó cuando él pasaba de los sesenta. Tuvo dos hijos. Alguno podrá suponer que el abuelo recibió ayuda externa, pero la verdad es que los viejos eran también celosos como Otelo.

El bisabuelo pertenecía, sin duda, a la ola hispana que hizo “la reconquista” y que llegó a su mayor esplendor en la época de don Porfirio. Regresaron por el oro, estuvieron en el poder y, obedeciendo a leyes arcanas y misteriosas, repitieron textualmente el fenómeno de la polinización en masa de las mujeres indígenas, mestizas e incluso criollas. Eran terribles: a sus peonas las asaltaban en el surco, las empujaban a los parajes solitarios, les caían encima en sus chozas, aun llevando ellas el hijo a las espaldas. Y estas diversiones eran, sin duda, apenas el entremés de sus grandes banquetes.

El bisabuelo Pablo tenía de las suaves, dulzarronas y almidonadas criollitas del Altiplano, altas y duras; febriles y ojizarcas mujeres de tierra caliente, morenas ardorosas de la región costeña, muchas de ellas establecidas con su hogar, su tierra, sus hijos. Todo mundo trabajando, todo mundo en la plena producción de sus propios alimentos y bienes. Costumbre también muy castiza: la de ponerle el negocito a la amante, para que resulte tanto placer como ganancia. El gasto es lo que vuelve tristes estos goces.

Por lo que concierne a la familia, el resultado fue que don Pablo tuvo hijos que eran de mucho menor edad que sus nietos, de donde yo puedo presumir tíos abuelos que son de mi edad. Don Pablo fue tan constructivo como productivo. En especial se le conocieron en la región de Calimaya muchas hijas. Pocos varones. Y fue uno de los de la última camada, mi tío Pablo de la Serna, el que heredó gran parte de su fortuna y de sus dotes,

igual que el nombre. Era *junior* de gran presencia, aunque no muy alto; ojo verde, tez blanca, voz ronca, tenía una mujer en cada kilómetro a la redonda de Calimaya. No muy aficionado a los viajes, aunque se echó algunos bien larguitos, prefirió juntar su colección en la propia tierra. Superó a su padre en una circunstancia magnífica: no se casó una sola vez (ífirme de convicciones el hombre!). Murió cuando aún no rebasaba la cincuentena y, naturalmente, del corazón.

Los abuelos García, todos arrieros, dieron también muy claras muestras de poseer un corazón generoso y un vientre muy elástico: no en balde solían presumir que “mientras los pobres marinos tienen una en cada puerto, los arrieros tenemos una en cada puerta”. El abuelo Silvano García, heredero de todo el aire rubio, seco y montañés de los cuereros de Guanajuato, tenía los ojos de un zarco profundo y el cutis blanco atezado; era enorme, de anchas espaldas y recia musculatura. Oficialmente se casó dos veces. Y muchas más de puerta en puerta.

Creo que el negocio del transporte llegó a estar muy metido en la sangre de los García. Casi todos los varones permanecieron fieles a la recua y cuando se acabaron las recuas, cambiaron mulas y burros por camiones. Hoy en día siguen en el transporte y en el comercio, aunque no sé ni me consta si también practican la función emotiva y caballeresca de los antiguos arrieros. Debo decir también que los que no comercian son médicos o profesores, otras de las predestinaciones naturales de la tribu.

Al llegar a este punto creo necesario explicar lo que sucedió con Calimaya; fenómeno sencillísimo y de una actualidad sorprendente. Un día se abrió la carretera a Ixtapan, que por desgracia no se trazó siguiendo las brechas de los viejos cami-

nos reales. Calimaya quedó al margen de la circulación. Se acabaron las recuas. Aparecieron los camiones y la villa de Díaz González regresó a la triste posición de pueblo “sin finalidad”. Liquidada la vida mercantil, se cerraron las tiendas, emigraron muchas familias, se empolvieron las fachadas y sólo quedó el núcleo de agricultores que eternamente han vivido de la tierra y el monte. Hoy es una comunidad agraria. Casi una comunidad de indios, como lo fuera en el ciclo colonial. El reloj de la historia dio la vuelta completa para esta localidad que ya iba en grado de villa, al que poco le faltaba para el de ciudad y que sin embargo hoy ha vuelto a ser un triste poblado.

Los Sánchez de Tenango

LA HEROICA VILLA DE TENANGO es un caso distinto. El cambio de vida, del burro y la carreta al automóvil, no le afectó gran cosa. Digo gran cosa, porque de todas maneras la obligó a permanecer igual, siempre la misma, la Tenango que conoció el Barón de Humboldt. Si hoy, como antaño, las caravanas tuvieran que detenerse en Tenango a pernoctar, otra cosa sería. Pero hace mucho que las naves de carretera pasan de largo a medio kilómetro de la tranquila villa. Unas tías que viven ahí heredaron, exactamente igual, la tienda de ropa del tatarabuelo. Y hablo de los Sánchez de Tenango para que no se diga que les cargué el pincel a los García de Calimaya.

Según las versiones más autorizadas, el tatarabuelo don Cosme Sánchez era indígena de raza pura, sin un miligramo de sangre gachupina. Descendiente de los caciques matlatzincas que se plegaron al poder de la conquista, su familia fue principal en la gubernatura de la comunidad tenanguense desde los tiempos más remotos. Ya se sabe que el moderno régimen de propiedad privada fue destruyendo poco a poco las repúblicas de indios, las afilió a los ayuntamientos y permitió que sus caciques, ya ciuda-

danos del tipo común, se repartieran las extensiones de la vieja comunidad con los españoles pudientes.

El tatarabuelo que adoptó el apellido Sánchez fue uno de tantos favorecidos por la Independencia. Su hijo Cosme ya fue próspero terrateniente y capitán de empresas mercantiles. Era moreno cetrino, chato, de ojos mongólicos, bigote de mandarín, labios gruesos, lampiño e —insisto— impecablemente moreno. Sin embargo, para atravesar el zócalo de la villa heroica solía usar una elegante sombrilla protectora. Para no requemarse el cutis.

Así lo pensaban muchos, con marcada ironía: “¡Viejo presumido! ¿Acaso piensa que puede tostarse más?”. La verdad es que mi antepasado añoraba, allá en lo profundo de su subconsciente, aquellos tiempos no muy lejanos en que sus progenitores eran llevados a misa en palanquín con toldo. Durante la Colonia los mayorazgos indígenas y aun los simples gobernadores de república eran más presumidos que los hispanos de origen. Después de la Independencia se democratizaron un poco, aunque sin llegar a perder nunca ciertos pujos de nobleza de los que todavía quedan rastros.

Para mí el hecho más importante es que estas generaciones de ricos poscoloniales, que se tuvieron que plegar por conveniencia a muchos usos y costumbres liberales, observaron la inveterada costumbre de mandar a sus hijos a la escuela. Ellos lo hacían con cierto aire de presunción. Resultados: empezaron a surgir los ultrarrevolucionarios, ateos y hasta comunistas perdidos. ¡Ah, tal vez si no mandan a la escuela a nuestros abuelitos, ninguna de esas calamidades podría haber sucedido! A todos nos seguirían criando las católicas señoritas Sánchez de Tenango o las benditas tías De la Serna de Calimaya.

Cuando mi abuelo don Abraham Sánchez y Sánchez se casó por primera vez conforme a todas las normas establecidas por la sociedad y la religión, tuvo a bien aportar al nuevo hogar cuatro hijos, producto de diferentes incursiones que había tenido el hombre por los campos de Eros. Por cierto que don Abraham era un gran moralista, filósofo, escritor, editor de periódicos, hombre de ideas liberales, masón y formalista. Algunas veces cometió imprudencias verdaderamente condenables. Pero no me siento capaz de juzgarlo.

Por ejemplo, la idea de reunir a sus pollos dispersos bajo un mismo hogar y una férrea disciplina, sólo trajo como funesta consecuencia que mi tía Manuela y mi tío Braulio se encontraran cierto día en el pajar... ¡Ya tenían dieciséis años y después de todo eran unos desconocidos! El hecho de que los jóvenes quedaran proscritos de la familia, no remedió nada. Así era mi abuelo. Se casó dos veces porque mi abuela Angelita Garduño murió en el segundo parto. De su postrer ayuntamiento tuvo un montonal de hijos. Una de ellas, la tía Lucinda, se enamoró de un pillastre que la dejó embarazada sin llevarla previamente al altar. El abuelo lo supo unos días antes del parto y la corrió del hogar paterno, una noche invernal y mientras llovía. Era muy rígido. Aseguran que tenía la casa llena de refranes y de sentencias morales.

Ya he dicho que era masón. Su hijo Heriberto, mi padre, fue revolucionario zapatista, amante del socialismo y promotor de sindicatos. Igual pasó con muchas otras ramas de la tribu que rompieron las toscas barreras de la Patria Chica y se desperdigaron por el mundo, la mayor parte como profesionistas de ideas avanzadas, periodistas, escritores, políticos, aventureros, tenorios... ¡Y de todo, como en la famosa viña del señor!

Mi alumbramiento (según me lo contaron)

NACÍ EN 1927, EN CALIMAYA Y EN UN RINCÓN. Por lo menos eso se desprende del hecho confesado por mi padre de que a las cuatro de la madrugada fue por la rinconera que habría de llevar adelante el vulgar trámite de jalarme al mundo. La primera luz que vi fue la de algunas velas de sebo y no he vuelto a ver, sin anteojos, mucho más que ésa.

En esa época, cuando la mujer empezaba a sentir los rigores de la maldición adánica, había movilización general de viejas y corredero de escuincles hasta en el último rincón de la casa, ya que según las versiones oficiales los niños seguían siendo producto de la casualidad y, alguna que otra vez, del Espíritu Santo. Era común entre la burguesía rural que el hombre ensillara los caballos, apercibiera el bugui, la tartana, la carretela o el simple carretón (algunos ya tenían incluso fortingos) para correr en busca de la comadrona, a la que de entrada se prodigaban las más grandes atenciones, aunque también se le exigían las mayores premuras. “Sólo las vírgenes conciben sin hombre y paren sin partera”, decía orgullosa doña Chana.

Por cierto que la delicada operación de cosechar infantes solía realizarse en aquellos tiempos única y exclusivamente por cuenta de amodorradas viejas, ya que no era concebible que el curtido y celoso macho mexicano permitiera que otro varón, por más hijo de Hipócrates que fuera, le viese las nalgas a su señora, inunca, primero muerto antes que propiciar esa clase de *striptease*! En aquellas viejas casonas pueblerinas, de largos corredores enmacetados y recámaras continuas en infinita recta, que algunos abuelos recorrían en triciclo para inspeccionar a su prole, las camas ocupan los ángulos oscuros, por lo que el nombre de la entrometida sacaniños había degenerado también en rinconera.

Así, rinconera, además de comadrona o incluso matrona, algo inexplicable desde el punto de vista de que los griegos más bien llamaban así a la mujer que los producía en abundancia y no a la que los hacía apearse en el mundo. Lo de comadrona se entiende porque, en aquellos días de cero asepsia, muchos infantes sólo rozaban el planeta por la tangente y, antes de que se fueran, la mujer procedía a bautizarlos en plan emergente a fin de que al menos se fueran al limbo y no al Diablo. Así resultaba que después de algunos frustráneos alumbramientos, la mujer venía a ser madrina de innumerables abortos. Las parteras tenían como santo patrono a San Ramón Nonato.

Otra cosa es que en Calimaya se imponía la costumbre pésima de menospreciar bíblicamente al sexo débil, porque si la comadrona lograba traer a escena a un varoncito, además de ir por su muy apreciable (en esos momentos) persona, a caballo, en carruaje o en automóvil, se le pagaban tres pesos plata, se le invitaba el más opíparo desayuno, almuerzo o cena (según la hora del ginecológico incidente), se le servía un gran

vaso de aguardiente, catalán, ron jamaiquino y hasta coñac, su buen puro habano y se le regresaba a casita otra vez en el semoviente familiar.

¡Ah, pero si era hembra, entonces sólo se le liquidaba a razón de un peso en moneda de cobre, sin comida, ni aguardiente ni puro, con una buena patada en el lugar al que han correspondido siempre las patadas posteriores, y tenía que hacer el trayecto hasta su domicilio a pie, así estuviese escampado o con lluvia, nieve, ventisca o salteadores de caminos!

Me consuelo pensando que, por lo menos en el momento de nacer, doña Chana debe haber pegado un brinco de gusto y que me aplicó con cierto cariño, cuidado y comedimiento el nalgadón que se le suministra a los sí-natos a fin de que jalen la primera bocanada de aire y suelten el primer berrido. Es tradición oral que ese golpe, para las niñas, era realmente de gracia. Algunas no lo resistieron. A otras, en cambio, les procuró muy buenas caderas.

Debo advertir que para los nacidos en los alegres veinte es el excepcional privilegio de haber atravesado por tres eras históricas: pasamos de la edad de las cavernas iluminadas con sebo, a la Era Atómica que se abillantó con los mortales estallidos de Uranio, y a la mismísima Era Espacial con su presuntuosa Guerra de las Galaxias. ¿Qué otra generación ha visto cosa semejante? ¿Qué otra generación nació cuando los hombres se agarran decentemente a los balazos y llegó a su senectud en el momento en que se empezaban a tatemar con rayos laser? ¡Ninguna!

Mi jefa: una madre del pueblo

YO ESTABA METIDO DEBAJO DE LOS SEMILLEROS, garrapateando en un papel de estraza; me servía de escritorio un cajón de velas y de asiento el cuartillo para despachar los granos. Frente a mí refulgían los tizones del brasero y, entre la bruma azulosa del vapor aromado del café, yo veía a mi jefa, bajita, nerviosa, correr de un lado a otro de la tienda despachando el azúcar, “un veinte de limón con juerte”, una veladora; siempre activa, siempre conversadora.

Por eso, precisamente por eso, porque la primera imagen que tuve de la autora de mis días fue la de la mujer del pueblo, chambeadora y proletaria, entregada a sus hijos, a su marido, a su diaria e interminable labor de hormiga madre, es por eso que yo no puedo hacer de mi madre una amelcochada pintura, llena de giros y frases románticas, plagada de cursi retórica o venales trucos de utilería.

Y es por eso también que para hablar de ella, tampoco considero molde conveniente la poesía. Más de acuerdo con su carácter acerado y firme, con su sensibilidad de mujer activa, me parece la prosa. Porque mi jefa sí tuvo una vida llena de

incidentes realistas, vivió la vida de frente, con todas sus grandezas y todas sus miserias, luchando a brazo partido contra la falta de recursos, empujando siempre para adelante, sin ceder un punto, con determinación heroica, en fin, ella dio todo lo que pudo a la existencia y a los suyos, y recibió a cambio un destino de modesta brillantez, una aventura plena de azares, pero rica de satisfacciones.

A los once años, Chelita García de la Serna, mi jefa, quedó huérfana de madre y tuvo que hacerse cargo de sus hermanos menores (cuatro), con los que, desde luego, consiguió adquirir una gran aptitud para la maternidad. Allá en el pueblo, siendo una chiquilla, que apenas levantaba un metro veinte del suelo, tenía que subirse en un cajón para llegar al anafre de ladrillo y hacerles “la papa” a sus hermanitos. Entonces comenzó a trabajar y en cincuenta y tantos años no descansó un día.

Por ello mismo, la pobre de mi jefa tuvo que trabajar hasta para poder casarse, ya que el abuelo Silviano no concebía de ninguna manera quedarse sin su hija mayor, sin su brazo derecho, sin la figura alrededor de la cual giraba toda su familia: la que hacía de comer, la que lavaba la ropa, la que lo cuidaba cuando el abuelo llegaba un poco zumbo. Sin embargo, la vida no ve atrás y mi jefa se casó... para seguir trabajando.

No es que mi padre fuera precisamente pobre. Pero era inquieto, le gustaba la aventura, correr el mundo, dar trancos a diestra y siniestra. En esas condiciones mi jefa se vio obligada a seguir a su marido por muchas partes y en los tiempos más tormentosos de la república. Así fue como mis cuatro primeros hermanitos no pudieron alcanzar a vivir, en vista de los trabajos, las carreras, de los sustos y de las fatigas que tuvo que pasar metida, por las circunstancias, en la borrasca revolucionaria.

Estuvo en El Oro, donde mi padre fue electricista; en Texcoco, donde él trabajó de receptor de rentas; en el molino de Santa Rosa, donde fue maquilador de trigo y nixtamal; en México, donde vivió de lo que pudo, y en Jojutla, donde manejaba una locomotora. En este lugar, de pilón, mi padre jaló con los zapatistas, que necesitaban mecánico para sus cañones.

Mientras tanto, mi jefa trabajaba, tenía chicos que se morían por falta de tranquilidad y cuidados, seguía por donde quiera a mi padre y sonreía, sonreía siempre dando la cara y el pecho a lo más crudo y rudo de la vida. Y todavía le quedaba tiempo para hacerla de profesora. Porque ella heredó de la abuela Daría el espíritu magisterial y la vocación para la enseñanza. En El Oro enseñaba costura y primeras letras a las niñas de los mineros y en el molino de Santa Rosa, dirigida por el abuelo Abraham, mi abuelo paterno, instaló de plano una escuelita a la que el vate Juan de Dios Peza dedicó un cuartero que todavía está escrito, por la mano del bardo, en las viejas paredes del sitio.

Debo advertir que mi abuelo Abraham, aficionado a la literatura, había puesto a la escuelita el nombre de “Juan de Dios Peza”. Un día llegó por allí el vate a visitar a su sobrino, el poeta López Tello, y quiso hacer la excursión al molino. Lo conmovió tanto el pequeño centro escolar y el espíritu de sacrificio con que mi abuelo, mi padre y mi madre se dedicaban a educar, que escribió en la pared este cuarteto:

No es mi nombre de penas coronado,
 el que engalana esta escuela,
 es la amistad de un hombre honrado
 la que con ella engalanó mi nombre.
 (J. de D.P.)

Fue precisamente en esa época cuando mi jefa templó su carácter para la lucha. Una vez tuvo que resistir varios días en el molino, cuando las balas silbaban sobre su cabeza. Los zapatistas atacaban desde el monte y los federales les respondían desde Calimaya. Todo el fuego, claro, debía pasar sobre los techos o por las ventanas del molino.

Otra vez, en el sur, sólo su gran fortaleza espiritual, su formidable sangre fría, la hicieron soportar una aventura que hubiera llevado hasta la tumba a otra mujer. Mi jefa acababa de dar a luz en San Vicente, Morelos, y el pequeño había muerto por las rudas condiciones en que nació. Era una enorme casona rural y afuera, en las calles, la lucha sangrienta llegaba a sus grados de mayor violencia y bestialidad. Entonces, tuvo que ser escondida en un pequeño cuarto de madera al fondo de los corrales.

Dormitaba cuando el olor de la maternidad, el aroma de la leche no utilizada en la lactancia, atrajo al horrible monstruo. Cuando ella abrió los ojos, el cincuate, la enorme boa que adormece a las madres y estrangula a los niños para abreviar de las opulentas fuentes lácteas, se encontraba a unos cuantos centímetros de ella y la miraba con sus ojos fascinadores, hipnotizantes... pero ella resistió, lo resistió todo y, enferma como estaba, pudo dominarse, no caer en el sueño y llamar a gritos en su ayuda. Cuando llegaron a socorrerla el animal huyó y todos creyeron que se vería atacada por la fiebre puerperal. Pero no pasó nada.

Así fueron los días de mi jefa, que nunca tuvo noción del tiempo, distraída como estaba en su trabajo. Muchas veces ella se tuvo que hacer cargo de todo, de trabajar para conseguir el dinero, de asear la casa, cuidar y dar de comer a los hijos. Fue en Calimaya, aquella vez en que mi padre se metió a la cochina

política y sus enemigos lo acusaron de alguna iniquidad. El pobre jefe se vio atacado de ictericia y durante algún tiempo se vio imposibilitado para moverse. Entonces, aprovechando sus conocimientos sobre corte y costura, ella se puso a coser ajeno y nadie pasó hambres.

En fin, mi jefa tuvo quince hijos, de los que se murieron ocho. Y lo más formidable de todo es que a sus sesenta y tantos años todavía conservaba su pelo negro, su frente amplia, sus ojos vivos y su incansable actividad.

—Nunca me ha dolido nada— decía cuando le preguntaban por sus achaques. No tenía ninguno, después de más de cincuenta años de terribles esfuerzos, de carreras, de luchas, de haber visto morir a ocho de sus hijos, a su marido, a infinidad de parientes.

Dulces recuerdos de las señoritas Torres

ME TRASLADÉ —más bien me trasladaron— de Calimaya a Toluca siendo muy pequeño. Mi padre emigró después de una triste experiencia como presidente municipal de Calimaya; dejó a los cochinos políticos y se dedicó exclusivamente a los cochinos que, aunque también escandalosos, son de una gran fidelidad chicharronera.

En el barrio de San Juan Chiquito, a los cinco años me enseñaron a leer las señoritas Torres, un desperdicio de hermosura. Apresúrome a dejar bien claro que no fue por una situación emotiva o romántica por lo que pasé gran parte de mi niñez —casi toda— en la casa de las señoritas Torres. Hubo razones perfectamente explicables por métodos dialécticos. Razones hasta del orden económico. Mi madre tenía que trabajar todo el día, de las seis de la mañana a las once de la noche, en aquel tendajón de mi padre que era tocinería, cantina y miscelánea.

Hasta los cinco años me la pasé de gata en gata y a los cinco mi madre hizo un precioso descubrimiento: que por veinticinco centavos a la semana, las virtuosas señoritas Torres estaban dispuestas no sólo a tolerarme sino, incluso, a ense-

ñarme a leer. Más que un afán lucrativo, movía a mis profesoras el deseo de apartar a los pequeños de la recién destetada educación socialista.

Eran tiempos duros. En la tienda siempre había de cinco a diez borrachines a quienes mi padre, con el fin de contrarrestar la acción de las señoritas Torres, procuraba iniciar en el catecismo marxista. A mí los borrachos me daban miedo, ya que regularmente terminaban los debates políticos a golpes, cuando menos, porque cuando más hacían aparecer como por arte de magia tenebrosos verdugillos o descomunales navajones. Por eso me gustó la idea de pasar a manos de Margarita, ella era la encargada más directa de vigilarnos y enseñarnos a leer. El grupo no era muy numeroso; Carlos Guerrero con unos jiotos que parecían tostones; David Torres, desde entonces fantasioso y cuentista; Pepe Venegas, servicial y modosito. De mis otros compañeros casi no recuerdo ni el pelo ni el color.

Pero no me olvidaré nunca de mi maestra Margarita. Debe haber sido entonces bastante joven y hermosa, entre otras cosas, porque así la recuerdo yo. La maestra era buena, pero a mi padre como que no le gustó la idea de que yo estuviese aprendiendo a leer en el *Silabario de San Miguel*, en cuyo primer capítulo podía encontrarse íntegro el “Catecismo del padre Ripalda”.

Entonces, con una batita feminoide me mandaron al kínder de la vieja Normal de El Carmen. Yo protesté inmediatamente; primero por la batita, segundo porque no me enseñaban otra cosa que bailes y juegos, y tercero porque, a falta de mi madre, a quien extrañaba en forma verdaderamente patológica, sólo admitía la dulce presencia, la sonrisa maternal de la “seño” Margarita.

Puede decirse que desde entonces tomé por asalto la casa de mi maestra. En la mía propia siempre había un trajín fastidioso. Entraban los matanceros chorreando sangre a dejar los cerdos en canal y yo tenía que meterme debajo de la cama. Pero ni ahí estaba tranquilo, porque en cualquier momento alguno de mis hermanos mayores me arreaba un pelotazo en la cabeza.

Mi mamá siempre tenía algo que hacer. A veces insistía en llevarme a la plaza, pero me pisaban los cargadores y se me metían los perros entre las piernas. No podía hacer ronda con mis hermanos, porque algunos ya eran hasta tormentosos galanes de la barriada. Entonces comprendí que el único sitio en el mundo donde podía vivir más o menos tranquilo era la casa de mi maestra.

Aprendí a leer, a rezar el credo, a pegar las partes dispersas de un borreguito de día de muertos y a matar pájaros con resorte. Aprendí, en fin, lo suficiente como para empezar a darme cuenta de mi situación en el Globo y de mis limitados poderes.

Ocupa un lugar de tal manera importante en mis años mozos aquel caserón interminable, donde siempre había un rincón inédito. Juzgo necesario detenerme un poco en sus viejos muros de adobe para contemplar el desfile de los afectos que ahí nacieron.

Primero estaba la tienda y, al frente de la tienda, Nichita. No recuerdo si era la mayor de las hermanas, pero no había duda de que ya tenía sus años en el mundo. Era también soltera, dulce y apacible. Sus arrebatos de furia, por la poca costumbre que tenía de enojarse, resultaban hasta cómicos. Su principal comercio lo constituían el dulce de leche y el postre de arroz. Los “pambazos con tantito” eran su fuerte y en días de muertos, indiscutiblemente, los borregos y las calacas de azúcar.

Cuando algún muchacho abusivo llegaba a robarse los pambazos, Nichita lo perseguía blandiendo el delantal: “Muchacho de porra, chorizo, zoquete... Si te voy a poner las orejas pintas”.

No transigía de ningún modo con los borrachos, pero las dos bancas de madera que había en la tiendita siempre estaban abarrotadas de jovenzuelos que desde ahí vigilaban el paso de las muchachas, ya que el establecimiento estaba estratégicamente colocado con puertas a General Prim y a Sor Juana.

Nichita encendía su brasero, ponía a cocer el arroz y dormitaba. Sólo abría los ojos para despachar, de vez en cuando una taza de dulce o una vela de sebo. Luego volvía a dormir. Entre tanto, la muchachada hacía de las suyas. Pero todo mundo quería y admiraba a Nichita, “Dionisia Torres para servir a usted y a Dios”. Su penumbrosa tenducha se convirtió en el centro de reunión de los pollones del barrio precisamente porque era un lugar tranquilo, apacible, en contraste, por ejemplo, con la tienda de mi padre, que siempre era un verdadero aquelarre de viejas comprando pan, café, aceite, y de codoempinadores ingiriendo cantidades bárbaras de alcohol.

Al oscurecer comenzaba el desfile de la palomilla. Llegaba Chucho Becerril, chaparrito y elegante, con su abrigo, su sombrero, sus cuellos almidonados y su pantalón balón. Tenía fama de enamorado. Llegaba Paco Márquez García, quien después llegaría a ser uno de los paladines de la comedia radiofónica. También mi hermano Heriberto hacía su aparición, muy alisado, muy perfumado, dispuesto a sorprender el paso de las preciosas hermanitas Cedeño.

Me dejó un imborrable recuerdo Lalo Campoamor, enorme como un atleta griego, de pelo rizado y de voz estentórea. “Mi títere”, me decía mientras me lanzaba por los aires con una

sola mano. Se contaban muchas historias fantásticas de Lalo y no todas buenas, pero para mí era un ídolo. Sólo conocía a un hombre como él: mi padre.

A las ocho de la noche, la tienda de Nichita era un hervidero de adolescentes y chiquillos. Pero ella no parecía enterarse. Se enteraban más bien sus sobrinas, Cata y Jose, que siempre estaban por ahí colaborando en el exiguo comercio con la bondadosa tía.

Después de la tienda estaba el lóbrego corredor que, por las noches, yo recorría con el alma en un hilo, y al final la cocina, caldeada y acogedora. Ese era el imperio de Lolita Torres, la más huraña, la menos comprensible de la familia. Para mí, Lolita siempre fue un misterio impenetrable. Dada la vocación familiar, tampoco escapó del celibato y producía la impresión de cumplir sus oficios en la cocina con cierto sentido de deber penoso. Casi nunca nos acercábamos a ella y apenas si conocimos el timbre de su voz por las veces que nos regañaba. Yo siempre pasé la cocina de filo.

Prefería la sala de trabajo de Margarita y Carmelita. Había dos camas de enormes cabeceras y mullidos colchones, varias vitrinas con fruteros de esferas de colores, algunas sillas y al centro una mesa baja donde se elaboraban, con delicioso artificio, las flores y los dulces.

Las señoritas Torres tenían un sobrino mayor, Lalo Morales, de gran inteligencia para los negocios, miembro prominente del Banco Agrícola, que murió villanamente asesinado por un imbécil. Lalo vivía en una habitación aparte. Era una estancia solemne a la que nadie tenía acceso. Aparte de los muebles habituales, había una mesa de trabajo llena de útiles de ingeniería y varios estantes apretados de libros. Lalo fue siempre para nosotros un personaje sensacional, un poco mis-

terioso. Alguna vez quiso casarse con una chica Mondragón, muy guapa, pero la intervención familiar deshizo el romance. Tal vez ahí comenzó la tragedia de Lalo. Casi contigua al templo de trabajo de mis maestras, estaba una gran sala y ahí un personaje impresionante: el tío Ponchito, uno de los pocos varones de la familia. No recuerdo por qué ignoto drama, Ponchito estaba parálítico y casi loco. Creo que contribuyó en parte a formar el temple huraño de Lolita, porque ella era la encargada de atenderlo. Vivió muchos años, pero muy mal. Siempre nos pareció que ya hasta olía feo. La de Ponchito fue una de esas desgracias que nuestra imaginación infantil no pudo desentrañar nunca.

Del otro varón, padre de Lalo, Cata y Chepa, sólo supe que había muerto muchos años atrás, pero en cambio me identifiqué mucho con el último, don Pancho. A don Pancho no le había ido muy bien en la vida. Parece ser que sus hermanas no estuvieron muy de acuerdo con su matrimonio, pero don Pancho quería reivindicar el nombre de la estirpe y procuró tener una abundante familia.

El mayor era Jorge, muy serio, muy estudioso. Fue más tarde orador y líder estudiantil y a últimas fechas catedrático del Ateneo de Veracruz. Seguía Lucha, delgadita y nerviosa, y después David. Su nombre está tan estrechamente ligado al barrio de San Juan Chiquito y a mis aventuras infantiles, que lo he nombrado con frecuencia en mis intrascendentes croni-quillas.

Fue David quien me enseñó a matar pájaros con resorte, quien me defendía de los muchachos mayores en el colegio; David se jugaba mis canicas y compartía piadosamente mis domingos. Con él exploré los cerros y me fumé los primeros cigarros. Estábamos todo el tiempo juntos, pero todos los días me contaba una pavorosa aventura que

le había sucedido la tarde anterior. Un día me pidió una navaja Gillette para arreglarse los primeros bigotes. Entonces me relató algo acerca de las muchachas que me dejó fascinado.

Es preciso meterse, con los pies descalzos y el alma limpia, por el sensacional camino del recuerdo y exprimirle a la memoria toda su sustancia, para comprender que en verdad uno también pudo ser niño, pero así fue, ¡ni remedio! David y yo nos pasábamos el día echados sobre las ramas del viejo pirú. Podía decir que soñábamos, pero no. Lo que en realidad hacíamos era golfear, haraganear y dialogar tonterías.

La huerta de la casa de mis profesoras era un espacioso mundo que se agigantaba frente a mi estatura corta y mi corta vista. Había dos o tres pirús nudosos y de muy fácil ascensión, un eucalipto, varios palos de manzanos, un basurero del que solíamos rescatar platos rotos, vidrios viejos y alguno que otro gato momificado; un montón de piedras donde cazábamos lagartijas, y un gallinero al que frecuentemente se le perdían los huevos.

Lógicamente, dividíamos el año, no por estaciones, ni por trimestres, ni por temporadas de labor... sino por épocas de juegos o fiestas religiosas o profanas. En enero y febrero “rifaban” los papalotes. Los cerros que acurrucan en su falda a nuestra ciudad se llenaban de chiquillos portando, desde la humilde paloma de papel china y popotes, hasta las tremendas escuadras de cometas o los aviones de papel de estraza y tejamanil. Las colas de los cometas convertidas en armas mortales por virtud de pedazos de navaja de rasurar que se les colocaban en la cola, servían para la guerra en el aire; extraños duelos cuyo objeto último era cortar el hilo del papalote enemigo, que en esa forma se perdía irremisiblemente.

Alternaban, necesariamente, la afición desmedida por el trompo o por las canicas o por el “puya y teco”, juego que consistía en sacar de un círculo monedas o corcholatas con una tapa de hule de zapato. Cuando la chiquillada decía “a jugar el trompo”, todo mundo se ponía a jugar trompo. Al llegar las aguas eran desenterrados los zancos, entre otras cosas, porque nuestras calles, aún no pavimentadas, se llenaban de pavorosos charcos durante la temporada húmeda. Hacía su llegada también el juego de los huesitos de chabacano. Se trataba de alguna reminiscencia de los tiempos en que el trueque se hacía teniendo como base monetaria semillas de cacao. En ese juego la única recompensa eran precisamente los huesos del chabacano, cuya utilidad prácticamente resultaba completamente nula.

Antes de comenzar las lluvias era la temporada de los pipioles. Este pequeño insecto aparece de pronto en asombrosas cantidades. Nadie sabía su origen, pero rápidamente invadían las faldas de los cerros. Quienes más sufrían con la llegada de los pipioles eran los maestros, ya que una de las pillerías predilectas de los muchachos era llevar al aula una botella llena de ellos... y abrirla. El pipiol zumba, choca contra los ojos y es repulsivo. La bromita desesperaba a los pobres maestros.

Durante todo ese tiempo, David y yo no hacíamos otra cosa que jugar y jugar, o fantasear y fantasear. Pero en cuanto llegaba septiembre se daba el toque de partida para la fabricación de dulces de muertos. En grandes canastones hacían su aparición enormes moldes de vaciados, estiques, rodillos, moldes de recubierto, pequeños cuchillos, los habituales ana-fres de ceniza y sobre el brasero de la cocina, en casa de don Pancho, se colocaban los bastidores de harina para fabricar los dulces decorados.

Se manufacturaban los siguientes tipos de dulces, a saber: borreguitos de todos tamaños, calaveras de cualquier magnitud y ojos fosforescentes, figurillas de dulce de pepita o de azúcar decoradas con betún de limón. Se hacían también unos curiosos entierros, pastorelas con un borrego y varias unidades lanares; nacimientos de dulce y una gran cantidad de figurillas que eran verdaderos dechados de modelado, como monjas, torres, palacios, etcétera.

Debemos decir que el extraordinario modelista que legó a la familia todo aquel arsenal de moldes, fue nada menos que el fundador de la dinastía: don Pancho Torres, el viejo a quien no conocí, pero de quien supe que había sido un hombre piadoso, hogareño y gran artista del pastillaje y la florería, habilidades que heredaron y, en parte, superaron sus hijas.

Ipsa facto toda la chiquillería era encerrada en los talleres y puesta a colaborar en el succulento oficio de la dulcería. Claro que tal profesión nos resultaba un apetitoso juego. La primera parte de la función consistía en modelar las dos partes del cuerpo de un borrego y pegarlas con argamasa de azúcar y agua. Se nos permitía comer los sobrantes que dejaba el molde.

Vaya educación: ni sexual ni socialista

CUANDO CUMPLÍ SEIS AÑOS mi madre me inscribió en la “escuela de los burros”. Es necesario aclarar que ese nombre no lo recibió tan digno como católico plantel en ingrata alusión al estudiantado, ya que —después de todo— la generalidad de las escuelas podría enorgullecerse de su ganado asnal, sino porque se penetraba al principal colegio por un mesón, donde también laboraba un herrero con su impresionante fragua. Ello significaba que afuera había burros, pero estos últimos más notables.

El colegio era de religiosas, en un momento en que no podían confesarlo porque, vivo Valente Quintana, podía suceder que les pasara lo que a las monjitas de Santa Mónica, en Puebla, donde los trapos al sol fueron de lo más íntimos.

Nuestro colegio llevaba el honorable y digno nombre de don Antonio Alzate, pero llamándole “fray”. Lo del mesón era en cierta forma una pantalla, puesto que todos estos colegios particulares actuaban fuera de la ley, sin el debido reconocimiento de las autoridades educativas; fueron concebidos y creados para contrarrestar el malsano influjo sobre las almas pías,

de aquella “educación socialista” que preconizaba el artículo tercero constitucional y de la que todo mundo hablaba sin atinar a comprender qué era precisamente.

Pero lo más terrible no era el rojo (por endiablado) fantasma del comunismo, que hacía santiguarse a las comadres, sino el rumor de que una de las implicaciones más serias de los heréticos sistemas de enseñanza socialista era la “educación sexual”.

Tampoco resultaba posible saber en qué consistían esos tremendos achaques pedagógicos, pero hablar de sexo para la clerigalla y la beatería seguía siendo uno de los mayores tabúes, pese al carácter eminentemente sensual del catolicismo. De modo que la curia aprovechó el miedo de las mamacitas gazmoñas a la educación sobre el sexo, para abrir numerosos planteles de enseñanza que se disimulaban en alguna forma y que eran atendidos por el monjerío exclaustrado de los conventos.

Aunque mi padre era partidario de la avanzada socialista y admirador del tercer artículo de la Carta Magna, admitió que mi madre me enrolara con “los burros” porque el plantel distaba de nuestro domicilio sólo cuadra y media. En el fondo, ella también manifestaba cierta inquietud por lo que pudiera venir enredado en aquel término ominoso: “sexual”. Las mamás católicas siempre están convencidas de que sus vástagos no saben nada de sexo, hasta que los sorprenden impartiendo lecciones.

¡Preservados del sexo, nosotros, en ese barrio de San Juan Chiquito, donde se tenía un traumático sabor a placer carnal perennemente practicado! Había quienes gustaban de lucirse haciendo el amor a puertas abiertas. Copulaban las criaditas en los zaguanes, donde habilidosos albañiles les hacían ensayar

las formas más inverosímiles de vulgares kamasutras. Todavía hay quien se pregunta cómo podían hacerlo en tan extrañas posiciones.

Si trotábamos por los cerros cazando chiras viejas con resortera, ahí estaban tiradas las parejas entre los magueyes o en las numerosas cuevas del Cópore. Por cierto que en una de ellas Escartín mató a su mujer de veinte puñaladas, no antes de que ella lo ultimara también a pedradas. Por las circunstancias descritas por los judiciales, así solían amarse estos “ángeles del Señor”.

En el mesón de don Serafín Aguilar, donde mi padre solía guardar los marranos que no le cabían en el corralillo casero, especialmente los viernes se llenaba el galerón, que servía de aposento colectivo a los comerciantes indígenas venidos del norte del valle toluqueño. Algunos viajaban solos, otros con sus mujeres. Costaba el hospedaje tres centavos, con derecho solamente a petate y cinco con derecho también a ladrillo en el cual reposar la testa. Pues bien, descubrimos la forma de trepar en uno de los macheros contiguos, que tenían un gran hueco entre el tejado y la pared medianera, y desde ahí observábamos las noches de aquelarre venéreo, precisamente en el día dedicado a Venus.

En aquel mesón de don Serafín vimos cómo se ayuntaban puercos, borregos, asnos y caballos, hombres y mujeres. ¡Pero nuestras santas mamacitas creían que éramos unos inocentes querubines y que la “educación sexual” nos enseñaría cosas nunca vistas y ni siquiera imaginadas! “Pero, oiga no, doña Eduviges, ¿qué les irán a enseñar en la escuela con esta maldita enseñanza socialista y la famosa educación sexual?”.

Así pues, fuimos a la escuela “de los burros” para liberarnos de la educación sexual y del pavoroso socialismo, pero no

pudimos salvarnos de los reglazos y del calabozo. Las buenas beatas (en realidad ya no eran verdaderas monjas) sentían una especial delectación en apalearnos los lomos e infligirnos toda clase de inmoderados castigos.

Fue la única institución educativa que conocí donde todavía se acostumbraba el temido calabozo que era, en efecto, una inmunda celda húmeda, apestosa y por la que circulaban unas ratas del tamaño de los conejos. También nos hincaban en un rincón del aula sosteniendo un ladrillo o una plancha en las manos levantadas, casi en impía simulación de un Cristo rezandero.

Con el tiempo me vine a dar cuenta de que había mucho de sensualidad, de sadismo abierto en la actitud de aquellas solteras ardientes a las que sólo refrescaba la imagen del dolor transmutado en éxtasis orgásmico. Solían ensañarse con los muchachos mayores, algunos de los cuales eran verdaderos hombres, ya que en ese tiempo la educación, para la mayoría, comenzaba muy tarde. En el sexto año había mozalbetes de esos a los que de pronto los pantalones les encogen hasta la rodilla, aunque sean de la mejor tela. Vi a una maestra beata que, después de quitarle la camisa, con un cilicio golpeó las espaldas desnudas de uno de esos muchachos, por una falta mínima. Y las madres enemigas de la educación sexual, aún animaban a estas desviadas, enfermas e improvisadas maestritas:

—¡Péguele, señor, hasta que se enmiende! No importa si me entrega usted sólo el “cuerito”.

Y con esa autorización algunas entregaban el cuero... pero en tiras, apenas bueno para correas. El sexo detrás de la palmeta. El histerón imponiéndose al silabario. Esperanza, la maestra con que emprendí el primer año de primaria, después

del grupo de párvulos, me golpeó y encerró en el calabozo por el grave delito de que... respondía a sus cuestiones sin que me preguntara directamente.

El día del encierro eran las tres de la tarde y yo no llegaba a comer. Mi madre se sintió preocupada y comenzó a buscarme en todas partes, claro, menos en la escuela, de donde estaba segura que debía yo haber salido a la una de la tarde. Hasta que una doña le dijo: “Ay, Chelita, pues a la mejor lo tienen castigado”. Ya sabía cómo se las gastaban las seudomonjas seudomaestras. Y efectivamente, me encontró en el inmundo presidio escolar. Mi Jefa era chaparrita y, por lo tanto, muy brava, de manera que no se tragó la explicación de la profesora y la puso de oro y azul.

No volví al colegio “de los burros”, pero el colegio oficial Anselmo Camacho también me resultó decepcionante. Terminé el primer año con Sarita Hinostrosa y entré al segundo con otra Esperanza, ¿y de “educación sexual”? Pues nada.

Fue punto menos que inútil que mi padre me revelara los secretos del sexo, con claridad, con rectitud, con sapiencia, ya que de todas maneras fui dominado por el enajenante misterio que lo rodeaba fuera de casa: ese sabor a cosa prohibida, a pecado irredimible, a fruto eternamente vedado desde su origen, porque mis maestras, las señoritas Torres, insistían en imprimirnos fuertemente el estigma del delito ancestral y permanente.

—Pero si mi papá dice que es natural —les reclamaba.

—Tu padre es un hombre mundano, hereje y masón. Por eso, por carnal, va a recibir a tiempo su condenación y desde ahora está excomulgado. Tú no querrás condenarte, ¿verdad?

Y la verdad es que luego de ver las imágenes del purgatorio, con sus hogueras escarlata o las del infierno, con sus hornos crematorios, que nos enseñaban las catequistas en el templo del Carmen, tenía gran miedo a perder mi alma por una cuestión que me parecía tan sin chiste como el sexo.

Lo de la “educación socialista” resultó otro fiasco. Sólo el maestro Fernando Macedo nos platicó algo en relación con los principios marxistas. Y más bien alardeando de la Unión Soviética en una danza eslava de sovjoses y koljoses, de obreros estajanovistas y del gran Stalin, que se nos hizo camote en la mollera. Pero cuando le preguntábamos si México era un país socialista, contestaba:

—¿México? ¡Oh, no, claro que no! Dentro del socialismo todos los medios de producción dejan de estar en manos de los particulares. No hay propiedad privada. Todo es del pueblo y lo administra el Estado. Aquí, todo es de particulares, todo.

—¿Y cómo se le hace para que los medios de producción pasen a ser del pueblo?

—Pues, se expropián.

—¿Y por qué no los expropiamos?

Entonces se caía de la risa:

—Jo, jo, jo... ¿y qué vamos a expropiar? Por ejemplo, aquí en Toluca, ¿cuál industria? Una fábrica de cerveza, otra de hilados muy antigüita, una más de sarapes, dos o tres de jabón, tres o cuatro de refrescos y... ¡punto!

—¿Y la educación socialista?

—La hay en los países que son socialistas. Aquí, qué va a haber... Ésas son vaciladas del gobierno, “sueños guajiros”.

Estaba de moda la canción de ese título. En efecto, dos sexenios después se suprimió de la redacción del artículo tercero la palabra “socialista” que durante tres lustros salió sobrando.

¡Ni socialismo ni sexo! Un par de decepciones que nutrieron mi posterior escepticismo.

El infortunio de una rueda

“Y AHORA, POR CORTESÍA de las Atracciones Bravo Hermanos, el señor Fulanito de Abraham dedica la siguiente melodía a su noviecita del alma, la gentil Rudelia González. Para ella, y de Gonzalo Curiel, ‘Incertidumbre’”.

Nacho Paniagua me pasaba el disco y yo lo ponía en el lado correcto sobre el platillo del viejo tocadiscos que hacía sonar la escandalosa ruidola. Afuera veía a mi hermano Edmundo rodeado de gente que le pedía las selecciones musicales con dedicatoria, luego él le pasaba a Nacho los papelitos, y así se desarrollaba, entre el estruendo de la multitud y los altoparlantes, aquella feria de Santa Clara considerada la segunda en animación después de la muy famosa del Carmen.

Las diversiones mecánicas se colocaban sobre la calle de Humboldt, desde Hidalgo hasta Cinco de Mayo, en un orden y concierto que no soy capaz de recordar, pero sí recuerdo dónde estaba la rueda de la fortuna, a dos casas de la de mi primo Carlos López. Debajo de la gran rueda estaba la caseta con el equipo de sonido, donde apenas cabían los aparatos y, todos apretujados, nosotros dos: Nacho y el que escribe.

La rueda era enorme, la más grande que hubiéramos visto en nuestros años infantiles. Hacía poco que Próspero Bravo la había diseñado y construido. Era de la altura de una casa de dos pisos, quizás tres, y había sido probada al grado de la exageración. Primero con sacos de arena que pesaban más o menos lo que un tipo normal de sesenta a setenta kilos. Luego, Próspero invitó a los vecinos del barrio de San Juan Chiquito y nos estuvo dando vueltas todo un día. Puede decirse que terminamos hastiados de esa rueda de la fortuna.

No hace falta describir el gran mecano, porque nada tenía de particular. La estructura metálica estaba pintada de color plata.

Como a las nueve de la noche la feria, por ser domingo, estaba en su apogeo. La alegría era desbordante. Apenas si teníamos tiempo de desahogar la nómina de pedigüeños de canciones, en especial de los novios y las novias que trataban de hacer vibrar a sus amados con los compases de las canciones que habían unido sus almas. Nacho derramaba miel a pasto y a discreción.

De repente se oyó un trueno poderoso. Creí que empezaba a llover, incluso porque se apagaron las luces, lo cual era cosa muy común en Toluca; en aquellos lejanos días de 1938 contábamos con un servicio eléctrico muy deficiente. Entonces todo se vino abajo. Sobresalían los aullidos de angustia de la multitud sobre la que, como las patas de una araña grotesca, los hierros retorcidos habían caído, en una lluvia de tornillos, herrajes, cables eléctricos y hasta tierra, pues al desplomarse la rueda cayó sobre la fachada de la casa que tenía enfrente, destrozando buena parte del muro.

Lo cierto es que no vi nada, pero lo oí todo. Las desesperadas quejas, los gritos de angustia, los estertores y la barahúnda de toda la multitud que, sin duda, veía a medias el espectáculo,

pero presentía, en toda su intensidad, la tragedia que se estaba viviendo. Nacho, al que yo tenía de espaldas, se volvió ágilmente, me desprendió de la silla y me embutió debajo de la mesilla en que estaban los aparatos, mientras me gritaba:

—¡No te muevas... no te muevas!

Y sentí que él también se agachaba frente a mí. Percibía su aliento, olía su propio miedo.

Recuerdo perfectamente que le pregunté:

—Pero, ¿qué pasa, Nacho?

Me dijo sin solemnidad, apresurado:

—¿No ves que se cayó la rueda?

La pregunta, como muchas otras que se hacen en momentos difíciles, resultaba obvia. Pero, ¿qué podía yo ver, encerrado en el cuartucho? Luego él me explicó que al volverse para tomar las papeletas de manos de Edmundo, cuando se apagaron las luces, sobre un fondo más o menos claro de cielo, pues algo había de luna, vio cómo se retorcían y descerrajaban las gruesas varillas de fierro y oyó los primeros gritos de las víctimas del desastre que caían a plomo sobre el pavimento. De inmediato pensé en mi hermano y le grité. También estaba muy cerca y me contestó con algo que me pareció una jerga improvisada, a gruñidos y medias palabras: “Afí foy... no fe preogupes” o algo muy parecido a eso. Alrededor era el infierno. Creo que empezaban a arder algunos palos; los trabajadores de la feria se ocupaban en apagar los conatos de incendio. Nacho me dijo:

—Ya deben estar tratando de echar la luz para'cá. De todos modos no te muevas de allí. Voy a tratar de ver qué está pasando.

Entonces vi a mi hermano que estaba en cuclillas, con la mano en la boca. Creí que estaba herido y como en respuesta a mi temor Nacho le preguntó:

—Mundo, ¿qué tienes?, ¿te lastimaste?

Se quitó la mano de la boca y arrojó algo al suelo. Sólo alcanzó a decir:

—Los dientes... cuando me agaché me di en la rodilla.

Ya de por sí, después de una infección intestinal que le curaron con algún medicamento a base de mercurio, se le habían aflojado y caído la mitad. Ese día perdió el resto. Yo le grité:

—¿Pero no estás herido?

—Tú cálmate —me respondió—, no pasa nada... y no te muevas.

Cuando vi salir a Nacho de la caseta, casi doblado en tres, pude darme cuenta de que los fierros habían aplastado el maderamen y que, sin duda, quedaría menos de la mitad. Salir era, en efecto, muy peligroso. Toda la rueda chispeaba como un castillo de pirotecnia y llovían objetos por todas partes.

No sé cuánto estuve ahí refundido. Sólo tengo memoria de que tiempo después regresó Nacho y nos sacó sigilosamente de las estructuras maceradas, por algún sendero libre que él ya había recorrido. Salimos hacia la esquina que nos quedaba más cerca, es decir, la de León Guzmán, y echamos a correr. Edmundo prácticamente me remolcaba de la mano mientras que me decía:

—Vamos a entrar por la casa de Matildita —quedaba detrás de la nuestra—, el jefe debe estar en la tienda. Y no le digas nada, ¿eh?, porque es capaz de asegundarme.

—¿Y tus dientes?

—Él sabe que ya se me iban a caer.

—Bueno —acepté. Pasamos por el obrador, donde mi jefe siempre tenía un frasco de aguardiente de caña por aquello de los cuchillos y los accidentes. Edmundo se estuvo un rato enjuagándose la boca hasta que se le paró la hemorragia. Yo sólo alcanzaba

a oír sus gruñidos y leperadas. Debía estarle ardiendo la encía con el brutal cauterio.

Al otro día se supo el resto. El desastre de la rueda había dejado dos difuntitos más algunos heridos y magullados. Nada más. Pero el escándalo fue de los mayúsculos. Nunca volvieron a ponerse en Toluca los hermanos Bravo. Se acabó para siempre la feria de Santa Clara. Los ferieros no dejaron nada pendiente, pero su sabiduría de empresarios de diversiones les dijo que nadie más, nunca, volvería a subirse a los aparatos que fabricaba Próspero con la ayuda de Donato, Salomón y Pepe. Por lo que toca a Paniagua, emigró a México, donde ya su padre tocaba (era un excelente músico) en la muy seria y formal Banda de Marina, y en la no muy seria ni muy formal de Huipanguillo, Huip., que manejaba el buen Ferrusquilla.

Hermanos del camino, pero no del itacate

MI PADRE HABLABA DE LA BIBLIA durante aquellas caminatas interminables por el ranchito de El Jaral, con un tono solemne, puntualizando una idea crítica: “Es un gran libro, pero muy difícil de entender... para entenderlo necesitas saber mucho de religión, mucho de historia”. Don Heriberto usaba el traje de casimir de tres piezas, incluido el apretado chaleco, la camisa de cuello duro y la corbata anchísima, aunque sólo se tratara de vigilar su ranchito: una loma agria, seca, arenosa, donde el traje oscuro terminaba siempre gris. El sombrero negro le añadía un aire más intelectual, de judío intelectual.

He visto ciertas fotos en que el escritor austriaco, de ascendencia judía, Stefan Zweig, aparece con un tipo idéntico al de mi padre: desde la amplia frente, la nariz patriarcal, los ojos vivos, la ceja recta, hasta el occipucio alargado y el pelo repartido en dos, arriba de la frente.

Creo que por lo Garduño, algo le llegaba de judío a mi jefe, lo cual carece de significado alguno respecto a su vocación, que era eminentemente liberal masónica. De todas maneras, el multirracial abuelismo que produjo la Colonia y de aquella seu-

docolonia que terminó hasta el porfiriato, nos heredó rasgos de lo más difusos y confusos. Pongamos por caso: mi padre no era velludo del tórax y acusaba cierto aire mongólico en las comisuras de los ojos. Tenía de indio lo Sánchez.

Ya he dicho que su tipo era de intelectual, aunque sólo era maestro mecánico o tocinero y gran aficionado a la agricultura. Sucesivamente había sido, desde sus mocedades, escribiente, funcionario de hacienda, técnico en electricidad y en mecánica del ferrocarril. Lo de la tocinería es algo que la mayor parte de los tenanguenses llevan en la sangre. Viendo que en la Revolución una de las mejores maneras de comer era vender qué comer, don Heriberto se acordó de su afición al embutido, compró unos marranos y comenzó a producir sartas de chorizos y docenas de jamones. Cuando Toluca era famosa por estos menesteres, mi padre llegó a calificar entre los mejores tocineros del mundo.

Sin embargo la apariencia doctoral, más bien magisterial, de mi padre no debe atribuirse a la casualidad. Aunque sólo pudo estudiar hasta el cuarto año de primaria, mi abuelo lo dedicó a perfeccionar su letra y su estilo gramatical (debo insistir en que don Abraham S. Sánchez fue escritor y periodista) a fin de que pudiera dedicarse a cualquier labor burocrática o mercantil. Desde luego, también le enseñó lo que era entonces la “teneduría de libros”. Con esas armas y en ese ambiente, el joven Heriberto tenía que desembocar en la literatura. Aunque nunca manifestó disposiciones creativas, fue un lector empedernido de cuanta obra puso a su alcance la familia o la casualidad. Máxime que el abuelo lo llevó pronto a la logia masónica y lo hizo “lubetón”.

En la masonería completó su cultura religiosa e histórica, conservando siempre una afición especial por la buena litera-

tura. Solía narrarme, completos, novelones como *Los miserables*, *Los tres mosqueteros* entre otros, y consideraba que los tres aspectos medulares del mundo y de la existencia son el hombre, la sociedad y la religión.

Le preguntaba a mi padre si la masonería representaba una religión y el viejo tenía que realizar enormes esfuerzos de simplificación y síntesis para responderme. Yo aún no llegaba a los doce años.

—No es una religión —decía—, es una especie de grupo de personas interesadas que se reúnen a estudiar cosas de religión para poder comprender mejor a Cristo y al Hacedor Supremo.

La idea primaria que tuve de los masones fue ésa: señores reunidos todos los jueves por la tarde para estudiar religión.

—¿Y en qué la estudian?

—En los libros antiguos, como la Biblia, Los Vedas, el Zend-Avesta de Zoroastro... y algunos textos modernos, explicativos de la palabra antigua.

Aquellas salidas de mi padre rumbo a la logia tenían que destacarse mucho en el ritmo carcelario de su vida. Dejaba el obrador sólo porque otra urgencia del negocio lo solicitaba, o los jueves desde las siete de la noche gustaba de acicalarse con esmero y ponía en actividad a todas las mujeres de la tribu. ¡Ah, pero el lugar y las cosas que hacía mi padre ese día eran un misterio para los menores! Esa falta de naturalidad en el acto instigaba la curiosidad. Hasta que una tarde, paseando por El Jaral, mi padre me dijo lo de la logia. Iba a la logia a estudiar religión.

—¿Y por qué se esconden? —le pregunté.

Me miró asombrado, frunció el ceño y luego exclamó:

—¡Vaya!... Creo que tu pregunta es razonable. Nos escondemos porque todavía hace poco nuestras logias eran perseguidas. Resulta peligroso ser masón, ¿me entiendes?

—¿Hicieron algo?

—Los masones siempre luchamos por la libertad y la igualdad. Cuando los sacerdotes se aliaron a los tiranos que esclavizaban a nuestros pobres indios, entonces luchamos también contra los malos sacerdotes. Por eso los tiranos perseguían a nuestros abuelos masones. Y la iglesia los mandaba asesinar. ¡Todavía necesitamos estar prevenidos! Pueden venir otras persecuciones.

Diez años antes los masones estaban todavía en lucha contra cristeros y caballeros de Colón.

Respecto a la Biblia, mi padre me explicó:

—En gran parte es la historia del pueblo hebreo. Con sus gobernantes, sus leyes, sus luchas. En la otra contiene el mensaje de perfección que Dios ha dado al hombre. Las verdades eternas, el material eterno con el que habrás de construir tu ser espiritual. Todo lo que le puede suceder al hombre está ejemplificado en la Biblia. Y ahí está también la solución de todos los problemas que los acontecimientos deparan al hombre.

—¿Y por qué no me lo prestas?

—Porque todavía no lo puedes entender.

Otra vez puso el libro en mis manos y lo abrió en el Eclesiastés: “Lee” me dijo. Quedé sin entender nada. Entonces me lo quitó de las manos tiernamente.

—No te preocupes, hijo, ya lo encontrarás otra vez. Cuando puedas entenderlo como si fuera un juego.

Luego vino su enfermedad, durante la cual los buitres usureros nos cayeron encima. Así fue que, cuando don Heriberto se fundió con el gran arquitecto del universo, nosotros quedamos prácticamente en la miseria.

Recuerdo aquella tarde gris y húmeda de su muerte en que llegaron los hermanos de la logia: hombres poderosos de

Toluca, abogados, políticos de envergadura, médicos, industriales, comerciantes, todos rezumando salud y orgullosos de sus bien saneadas fortunas, en una época de depresión que, como es sana y ecuménica costumbre, había azotado especialmente a los pobres. En el momento en que llegaron “los tíos” (mis hermanas menores, Gloria y Tere, la Pipis, les llamaban así creyendo que en verdad eran hermanos carnales de nuestro padre) se retiraron las viejas beatas que habían estado salmodiando rosarios, en especial porque aquellos personajes les infundían respeto y porque su sectarismo, del que no entendían ni jota, las sobrecogía de horror al saber de boca de los “padrecitos” que eran unos tipos excomulgados.

Los hermanos masones tomaron posesión de la sala mortuoria con sus extraños disfraces y su agresiva menajería en que destacaban enormes espadones. ¡Y comenzó el rito! Muy especial porque mi padre era “gran portero” de la logia y había alcanzado una importante categoría numérica. Ya casi le andaba llegando al “33”. Al final, uno de ellos, muy solemne, se puso de pie para anunciar en voz alta:

—Ahora, hermanos, vamos a pasar la bolsa de la viuda.

¿La bolsa de la viuda? Intuía de qué se trataba, pero de todos modos le pregunté a mi hermano Heriberto, él respondió:

—Es un talego en el que ponen dinero. Vas a ver, de ésta nos forramos.

Yo había sentido profundamente la muerte de mi viejo, pero me espantaba más el fantasma de la miseria, que se erguía frente a mí inevitable, y estimaba que “la bolsa” sería importante para conjurarlo. De modo que oír hablar de la “bolsa de la viuda” me produjo un agradable calorcillo, una indescriptible esperanza. No eran menos de cincuenta los “caca grande” que se habían reunido en la improvisada capilla ardiente. Si por

lo menos daban cien pesos por cabeza se juntarían cinco mil, cantidad suficiente hasta como para comprar una casa y poner un negocio! Para que pudiera correr la bolsa me arrinconaron y sólo tuve la noción del dinero al caer en la talega.

Terminó la ceremonia con la solemne, estirada, entrega del caudal a mi afligida madre que, para mi sorpresa, no dio gran importancia al asunto. Cuando ya sólo quedaban los familiares frente a la caja, los hermanos le quitaron la bolsa de las manos (ni se dio por enterada) y nos metimos en la cocina para hacer la contabilidad del dinero. Vaciamos la bolsa y eran... ¡puras monedas de a centavo, quintos y unas pocas de a diez! En total, doce pesos. Corrí a darle la infausta nueva a mi madre, que apenas levantó la cara para decirme:

—Ya lo sabía, son unos agarrados— y siguió derramando gruesas lágrimas sobre el pañuelo.

Entonces no pude menos que recordar la esplendidez de mi padre, que con frecuencia agasajaba a los postizos hermanos sirviéndoles succulentos almuerzos los domingos, en los que campeaban por sus respetos todas las viandas que solía confeccionar y las botellas de todos los marbetes. Cuando lo visitaban en lo personal, y era con sospechosa frecuencia, no los dejaba ir sin cargarles gordos paquetes llenos de chorizo, jamones, queso de puerco, carnitas... y también las botellas de chumiate, de coñac o por lo menos de ron jamaicano.

Mi jefa, que se oponía a estos despilfarros, tuvo frecuentes agarrones con el viejo, que se desvivía por servir a los demás; cuando le llegó la hora de la desgracia, naturalmente, nadie le dio la mano. Y así como los arrieros dicen que “son hermanos del camino pero no del itacate”, los masones sólo son hermanos de la logia. O como diría el propio Hamlet: “son sólo logos, palabras, palabras, palabras, palabras”.

Por cierto que mi hermano Rodolfo, Alfonso Badillo y otros intervinieron muy activamente en la formación de otra logia masónica que llevó el nombre de “Tierra y Libertad”. Por aquello de que en las logias los grados se adquieren por trato mercantil o por estudio, llegaron a tener una posición de alto nivel a base de “macheteo” (en cuanto a dinero, andaban siempre a la quinta pregunta), hasta que se les ocurrió ingresar al Partido Comunista. Lástima que no les duró mucho el gusto de “dobletear”, ya que en cuanto los masones supieron que eran comunistas ateos, los corrieron de la logia y también los del PC, al enterarse de que eran cándidos masones cristianos, los expulsaron del partido.

Gacheces y mafufadas de la refulfia

LA BRECHA GENERACIONAL ES UNA RUTINA. Basta con que pase el tiempo para que se presente. Ya en la Biblia aparecen los jóvenes palestinos apedreando al viejo Eliseo.

Pero en cuanto a la Revolución, nosotros fuimos el mañana, ampliamente previsto en las proclamas de los ideólogos y comunicadores del movimiento, cuyas descripciones color de rosa nos encantaron con sus estribillos sobre la reivindicación, la democracia, la irrestricta libertad y la justa partición de la riqueza, la justicia bien distribuida y tantos otros embelecocos que arrullaron nuestras párvulas inquietudes en la década de los treinta.

Sólo que la Revolución en el poder también nos atiborró de marxismo, cuando nuestros profesores cardenistas le entraron de frente: Macedo, Hinojosa, Romero, entre otros, nos enseñaron el materialismo histórico, la dialéctica y todo el tinglado del estudio racional del pasado. Vimos entonces que la Revolución no resistía el análisis. Y cuando quisimos recurrir, no a la historia sino a la literatura, nos fue peor. Entonces vimos con espanto y asombro que la historia de la Revolución no era lo mismo que la novela de la Revolución.

Tengo muy presente el recuerdo de mi primo Francisco Javier, que a los nueve años aún no había visto una película, soterrado como estaba en el ranchito de sus papás. Era necesario mostrarle el maravilloso invento, la lámpara mágica, sólo que en Toluca no existían las opciones; funcionaba sólo una sala cinematográfica. Lo llevé una vez, y durante mucho tiempo no quiso repetir la experiencia pues le tocó en suerte (de la mala) que aquel día exhibieran *Vámonos con Pancho Villa*.

Vio con naturalidad que durante la guerra los tipos se mataran, ya que después de todo no era tan silvestre para ignorar los efectos bélicos, pero al exhibirse una escena el pobrecito... se zurró en los calzones. Se trataba de cuando Pancho Villa, ya peregrino en derrota, llega a ver a su compadre que se ha retirado de la "bola". Villa necesita que el amigo lo siga otra vez a la pelea, pero ve que lo atan a su jacal una mujer y unos hijos a los que ama entrañablemente. Entonces, la brutalidad innata del Centauro encuentra la solución fácil y expeditiva: toma el revólver y asesina proditoriamente a la mujer y a sus hijos. El compadre, ya sin esos vínculos que lo amarraban a la tierra, como un corderito sigue al verdugo.

Dentro de la ingenua e infantil lógica de mi primo, aquello no podía ser. Nadie tenía derecho a portarse con tanta crueldad, con tanta vileza. Salió del cine llorando. Y oliendo a heces fecales. Yo traté de calmarlo con el cuento de siempre: "No es verdad, eso no sucedió nunca, es una mentira de quienes hicieron la película". Y él gimoteaba: "Pero si yo sé que de veras hubo Revolución".

Años más tarde, el mayor Mauricio Zaabedra nos tenía embobados con sus narraciones respecto de esos hombres machos, tan machos que cuando no se estaban matando con el enemigo se mataban entre sí alegremente. Nos describía los

vivacs, alrededor de los acogedores fuegos revolucionarios, con las viejas caderonas, tiernas pero bravías, atizándole a la olla de los frijoles y al asado de cecina con chimole. El chinguere circulaba profusamente. Ya muy tarde, cuando el machismo espumaba y las viejas estaban dormidas, empezaba el rejuego.

Y no se trataba sólo de la ruleta rusa, en que se carga la matona con un solo tiro y se la van pasando los machos, que se la aplican a la sien y... izas!, disparan. Al que le tocó, le tocó y lo entierran al otro día, o de plano lo dejan por ahí para que la cadena alimenticia de perros y zopilotes se encargue de limpiarles el esqueleto.

—Otras veces —nos decía el mayor— echábamos un cartucho 45 a la hoguera, de modo que se iba calentando poco a poco hasta que reventaba. La bala salía loca, zumbando, describiendo círculos o líneas en zigzag hasta que encontraba un blanco y penetraba la carne, o se iba a perder entre los matorrales. Y ¿qué creen?, que alguna vez le tocó a un pobre güey o a una infeliz chamaca que ni siquiera estaba en el juego.

Otro por el estilo era don Sixto Negrete, un tipo enorme, ya cargado de espaldas por lo viejo, pero que presentaba señales de haber sido un Hércules. Hizo su vida durante la refulfia cargando un cañón, sí, no un fusil como los cientos de soldados comunes que también fueron a la zarabanda, él traía consigo un cañón, que era una credencial o carta de recomendación más convincente que un simple revólver o un máuser. Cuando lo agarró la leva porfirista le vieron condiciones para la artillería y fue a parar con las mulas de tiro. No era lerdo y pronto aprendió a manejar el pequeño cañón de nuestra historia, que se robó cuando los científicos pegaron la carrera. Ni modo que después no lo admitiera Madero o que lo desairara Huerta; fue a dar hasta con Zapata.

Pretendía que lo reconocieran como veterano y no se podía negar que estuvo en la “bola”, en todos los bandos. Como la mayor parte de los retirados que cobraban, ¿por qué no él? Y mientras gestionaba su retiro, cuarenta años después, tenía un tendajón en Coyoacán donde para nivelar activos y pasivos se ayudaba vendiendo gruesos carrujos de mariguana. Resultaba lógico y oportuno preguntarle:

—Oiga, don Sixto, ¿es cierto que todos en la “bola” le entraban a la grifa, igual los pelones que los carranclanes, los dorados, los convencionistas?

—Pos la verdá es que sí. Todos tráibamos el guato y la bachicha.

—¿Y no había quién se las pusiera de coca o de morfina?

—A la mejor los oficiales. Yo vi a algunos que se metían el polvo a la nariz, pero que se inyectaran no sé decirle. Le doy razón de la Juana porque nos llegaba por costales. Los mismos jefes se la avanzaban para que siempre hubiera. Y mire usted, cuando se sabía que estábamos en víspera de un gran combate, en que a la mayoría nos iba a llevar “patas de hilo”, pa’ no dejarla huérfana echábamos toda la yerba a la lumbre.

Agregaba haciendo gestos que volvían muy gráfica y objetiva su explicación:

—Y cuando ya jumeaba, esto es agarrar la cobija para abanicarte así, y todo el jumo se te iba a la boca y a la nariz, y lo chupabas con fuerza, hasta el forro de los pulmones. Como esto era ya en la madrugada, a la hora de los cocolazos ya estabas bien grifo y a darle que es mole de olla.

—¿Pero no le entraban al vino?

—También al marrascapache y, ya cruzados, vieras con que güevotes le entrábamos a la pelea...

—Pero no le creo, don Sixto, que los propios jefes les pasaran la droga.

—Y si no, ¿quién?

Alguna vez entrevistamos al poeta de los corridos, don Miguel N. Lira:

—Usted dice en su corrido del Manco Arenas, al principiar el poema, “compadre, Domingo Arenas / viene bajando del río, / meta a sus hijas al pozo, no le hace que tengan frío”. Esto de que los padres escondían a sus hijas en el pozo para que no se las cargaran los revolucionarios, ¿fue verdad o una simple figura retórica?

—Claro que sí, y un tiempo la treta les dio resultado. Pero más adelante, el primer sitio al que iban a buscar los alzados era a los pozos.

Por su parte, don José Rubén Romero se reía de que “La Rielera” se hubiera convertido en el himno de los ferrocarrileros.

—¿Pues que no eran las esposas de los motoristas y los garroteros?

—Bueno —decía el viejo—, eso es lo que parece dar a entender la canción, pero fíjense bien: “Yo soy rielera, tengo mi Juan, / él es mi vida, yo soy su querer, / cuando me dice que ya se va el tren, / adiós mi rielera, ya se va tu Juan”. Que yo sepa, nunca les han llamado Juanes a los empleados del tren. Juanes eran los soldados y nada más, para qué se hacen bolas. Y las famosas rieleras eran las muchachas que al quedarse sin comida en sus pueblitos, pues al irse los hombres a la guerra nadie cultivaba el campo, se sentaban al borde de la vía, sobre los durmientes, a esperar los convoyes que en cualquier forma siempre llevaban algo de comer. Y los soldados su paga.

—Entonces ellos les daban de comer gratis...

—Naturalmente que no. Ya ustedes saben que las mujeres siempre han tenido una mercancía con gran poder de trueque, cambio o venta.

—¿Eran, pues, prostitutas?

—Eso es otra cosa. A algunas, en efecto, les gustaba el oficio y se dedicaban a él profesionalmente. Otras se iban con los Juanes y en muchos casos llegaban a ser sus esposas; incluso también de los rieleros, pero ése ya es otro cantar...

El doctor Antonio Fernández, aunque no tenía título de siquiatra, sabía mucho de la conducta humana y hacía la afirmación contundente de que en la Revolución lo más importante fueron, en este orden, el armamento y las mujeres, los caballos y las mujeres, el refino y las mujeres, la comida y las mujeres. Y cualquier otra cosa, pero agregándole las mujeres.

—¿Sabes una cosa? —me dijo en cierta ocasión—, nuestras mujeres mexicanas tienen fama en el mundo de que les encanta que las zurre el marido.

Quise replicar pero me interrumpió:

—No, no, es absolutamente cierto. Lo de “viejito, ¿primero me pegas y luego comemos, o primero comemos y luego me pegas?”, no es un chascarrillo. Tampoco lo de que “el que te quiere te aporrea”. Acuérdate del famoso cuento de la indita que es azotada ferozmente por su marido, lo que obliga al tecolote a intervenir tratando de salvar a la infeliz de la paliza. Entonces se voltea la mujer y agrade al policía gritándole: “No te metas, señor josticia, mi gusto me pega...”.

—¿Y eso qué?

—El complejo de violación. Miles y miles de jóvenes perdieron la virginidad por violación a todo lo ancho y lo largo

del movimiento armado. Y eso las condicionó, las programó para sólo gozar cuando se les sorprende o agrede. ¡Palabra que no se excitan si no se les pega!

Otro experto, el general Valenzuela, decía que para las tropas de la Revolución las mujeres formaban parte de la “impedimenta” y eran conocidas como soldaderas, que unos reputan como nombre heroico y otros como denominación peyorativa.

Allá en mi barrio decir que una mujer hablaba como soldadera, o que tenía modales de soldadera, o que a su marido le hacía comida de soldadera (un bistec y un plato de frijoles) resultaba un denuesto. Y es que las pobres mujeres, en los avances, qué otra cosa podían conseguir que un trozo de buey y unos puños de semillas.

Fueron bestias de carga (hasta el fusil le cargaban al hombre), fueron objeto de placer y regocijo, pero nada más, pues hasta en el movimiento armado se registraba la discriminación sexual. ¿Por qué algunas, habiéndose portado como verdaderas estrategias u otras que fueron valientes a carta cabal, aguerridas y fieles, nunca llegaron a generalas? Claro, porque no se debía otorgar a una vieja tan alta graduación. Ellas, si acaso coronelas, y que dijeran que les iba bien.

Todo esto nos dejó la Revolución, un movimiento que, como decía don Sixto, “avanzar” ya no era movimiento de tropas para ganar terreno, sino que acabó siendo sinónimo de robar: “Mi compadre se avanzó un caballo y cien pesos”, “¿y esa cobija, compadre?”, “pos me la avancé”. Pero lo más significativo fue el surgimiento de otros verbos como carrancear, derivado del casto apellido de don Venustiano, que también se elevó a la distinguida categoría de robar. Carranclán, un bandido. Carrancear, apropiarse de lo ajeno.

Y por aquello de que a la hora de la hora nadie supo lo que realmente estaba pasando, se le pegó el apodo de *la bola* o *la refolufia*. De cada diez combatienes, nueve sólo sabían que “vino el remolino y nos levantó”.

Cuando escuchamos esa rumba cubana que dice que “Muchilanga le dio a Burundanga, porque Burundanga le dio a Borondongo, porque Borondongo le dio a Bernabé”, no podemos menos que recordar que la Revolución se volvió tan complicada porque Madero le dio a Porfirio y a Madero le dio Victoriano; porque luego Carranza, Villa y Zapata le dieron a Victoriano; porque a Zapata le dio Venustiano, porque a Venustiano le dio Alvarito y a Alvarito le dio Calles, a quien a su vez le daría Cárdenas... y finalmente el reinado del PRI, que les da a todos cada seis años.

Así, mientras que unos fulanos celebraban una orgía de tiros, de violencia, de sexo, de drogas, de aguardiente... otros cuantos se devanaban los sesos para inventar motivaciones, teorías, postulados, leyes, que justificaran la matanza esquizofrénica, irracional e injusta. Los de la ruleta rusa se mataban sin justificación ni motivo, y todos entraban a la pelea porque sus jefes lo ordenaban y porque además los tenían perfectamente drogados, igual que habrían de hacerlo unas décadas más tarde los generales gringos de cinco estrellas con los muchachos que iban a Vietnam cargados de estupefacientes.

¡Y luego nos extrañamos de que la juventud de ambos países comenzara a drogarse como loca a partir de los sesenta!

Fue una suerte que en México no empezara antes el des-trampe, quizás porque de chiquillos nos asustaban los soldados mariguanos que iban a tronárselas al cerro y que perseguían ardorosos a las muchachitas del barrio con intenciones que ni siquiera disimulaban. Y a nosotros, cuando nos pescaban des-

cuidados, nos daban piquetes en las costillas con el marrazo. Entonces, a correr como liebres.

Ya en la capital nos dimos cuenta, desde el 45 o el 46, de que los aprendices de los talleres de imprenta se iban al parque a fumar su mariguana, o se bebían el alcohol con percloruro de sodio, que se usaba para limpiar los cilindros de rotograbado, y agarraban unas papalinas de órdago. De ese percloruro, si le cae a usted una gotita en la ropa, le hace el gran agujero. Imagínese cómo estaba el triperío de esos chamacos.

Las engañosas vecinas y una amistad de toda la vida

LO QUE SIGUIÓ A LA MUERTE DE MI PADRE fue la peor época de mi vida. Después de los años de abundancia y hartura, tuve que acostumbrarme a medio comer. Sólo contábamos con los dos cincuenta diarios que ganaba Rodolfo como maestro de escuela, ¡y éramos siete! Cambiamos de casa para pagar menos renta, y del barrio de San Juan Chiquito pasamos al de San Sebastián. Se trataba de un caserón enorme, pero ruinoso, del que sólo ocupábamos dos piezas y la cocina, ya que también parte del mobiliario familiar había sido rematado, igual que todos los aparatos y utensilios que mi padre utilizaba en su industria choricera.

Con el estómago helado y a medio llenar, sin amigos con quienes convivir, me pasaba los días recorriendo las habitaciones o inspeccionando el enorme corral donde la yerba crecía a su antojo. En ocasiones me llevaba para leer alguna de las novelas de mis hermanos y como no eran muchas, leí varias veces *Los tres mosqueteros* y *Los Pardaillán* porque otras, a mis doce años, resultaban indigestas. Eran obras de los “futuristas” como Papinni, Marinetti, Mariani, cosas de Dostoyevski, que me

pesaban como plomo. Y cuando no tenía más que hacer, me ponía a estudiar.

Curiosamente, nunca en los tiempos de bonanza saqué las calificaciones de entonces. Mi maestro de sexto año, Fernando Aguilar, *el Torito*, estaba perplejo: medio año fui un alumno pésimo, medio año el mejor y saqué las calificaciones más altas. No cabe duda que estimula el cerebro tener el estómago vacío.

Pronto comprendí por qué habíamos conseguido una renta tan baja. El caserón estaba sólo pared de por medio con el burdel de doña Chabelita, apodada la Pizarrina, que era uno de los de mayor postín en Toluca. Bella mansión, con sala estilo oriental, gruesas cortinas, mullidos sofás, la media luz de los quinqués botando sobre las felpudas alfombras, buenos vinos y precios altos. La clientela estaba constituida por la flor y nata de los políticos labristas que entonces manejaban las riendas del poder, y aunque no todas las noches, algunas se ponían bastante alegres. Como eran de los jóvenes machos de la Revolución, sacaban a relucir las pavonadas 45 y atronaban la noche con tremenda artillería. Suerte que los danzones, tangos y boleros de aquellas épocas no eran tan ruidosos como los rocanroles, y que no había neuróticos insomnes en la familia, de manera que nadie perdió el sueño por culpa de las pupilas de Isabelita.

La verdad es que mi frustrada educación sexual, que me tenía embebido en los misterios fascinantes de Venus, me causaba algunos desvelos tratando de imaginar cómo eran aquellas atractivas huríes de las que noche a noche oía las alegres risotadas y los sibaríticos arrullos. Un lunes por la mañana, que no fui a la escuela, las vi pasar de dos en fondo, con su paso lento de yeguas cansadas. Con la cabellera sin peinar

y sin afeites, parecían espectros: pálidas y ojeras (alguna llevaba lentes oscuros), escondían el cuerpo en gruesos abrigos y parecían ir tiritando; conversaban en voz baja y a la luz del día les brillaba el cutis ceroso, casi azul, como porcelana corriente. No eran ni jóvenes ni viejas... ino eran! Su indefinición me dejó helado: constituían el equipo erótico del mejor lupanar de Toluca, no llegaban a ocho y parecían estar ya derrengadas por el vicio. Otra ilusión perdida: si ésas eran las mejores suripantas de la urbe, ¿cómo estarían las proletarias de Melero y Piña?

Por aquellos días conocí a Sergio. Estaba cortando la hierba del enorme corralón de la casa. Lo hacía metódicamente, con acuciosidad y sistema, utilizando una hoz campesina. Depositaba el producto de su cosecha en un costal y no perdía ni la menor brizna vegetal. Cuando se iba a echar el fardo sobre la espalda me vio y, muy comedido, lo dejó nuevamente en el suelo para saludarme:

—¡Buenas tardes... niño! Tu mamá me regaló la hierba.

No me sentó bien lo de “niño”, pero después de todo el muchacho andaba por los quince años y se sentía mayor. Y lo era por su carácter serio y formal, su sentido práctico y su espíritu de trabajo. Alto y delgado, de pelo muy negro y ojos oscuros bajo las pestañas rizadas, nariz de buena forma y labios gruesos (mi hermana Estela decía que era “guapito”), se caracterizaba especialmente por su sonrisa, dulce y carismática.

—Yo soy Sergio Vilchis —continuó diciendo— y vivo aquí enfrente.

No acerté a responder de otra forma que atendiendo a mi curiosidad:

—¿Y te vas a llevar toda?... ¿Para qué la quieres?

—Estoy criando unos borreguitos, icuando haga barbacoa te invito! Tu mamá me dijo que no le servía para nada y me la regaló.

Entonces vi que tenía otro bulto ya preparado.

—¿Quieres que te ayude?

—¡Oh, no te molestes!

Pero al final de cuentas cargué con el costal de yerbas y lo acompañé a su casa. Así empezó mi larga e inalterable amistad con Sergio, quien posteriormente me introdujo con los otros cuates del barrio de San Sebastián: su hermano Jorge, Alberto Díaz, *el Gordo*; Ernesto Rivero, *el Gallo*, y Pancho Cárdenas, el hijo de la Pizarrina. Sergio ya era, desde entonces, un muchacho realista, de gran sentido práctico. Desde muy chiquillo había comenzado a criar gallinas, marranos, borregos. Algunos días hacía barbacoa o chicharrones y carnitas que negociaba con la gente del barrio.

El polo opuesto era su hermano Jorge, que se pasaba la vida jugando canicas, conquián o diciendo albures. Su papá era don Horacio Vilchis, descendiente de una notable familia burguesa que había tenido entre sus ascendientes a un gobernante, don Antonio Vilchis Barbabosa. La mamá, Mariquita Tapia, era una mujer del pueblo, franca, abierta y alegre. Se pasaba la vida cantando canciones que habían estado de moda entre los veinte y los treinta. En el clan había también una hermana, Angelita, rubia y muy hermosa pero con mala suerte. Se había casado con Armando Zamora, *el Rorro*. Para cuando conocí a la familia ya estaba divorciada y criaba a dos pequeños excepcionalmente bonitos: Alicia y Armando.

Los Vilchis tenían una casa enorme, con una formidable huerta de ciruelos que había sembrado el propio Sergio. Siempre fue habilísimo para estos menesteres frutícolas, lo mismo si

plantaba que si injertaba, y de muchas partes lo llamaban para que les hiciera esta clase de trabajitos, porque decían que tenía “muy buena mano”. Ya siendo estudiantes normalistas nos pasábamos los días enteros en aquella tupida huerta, a veces estudiando, otras simplemente de cotorreo, durmiendo o tragando ferozmente ciruelos en cantidades industriales, tanto que casi siempre terminábamos con unas churreteras de órdago.

Jiricua y tifoidea

EN 1940 CAÍ EN EL INTERNADO NORMALISTA, becado por la caridad oficial y luego de la comprobación plena de que era niño expósito, de buen comportamiento, de altas calificaciones y de haber alcanzado un buen índice de sesera en las pruebas sicopedagógicas, que ya en ese tiempo se habían popularizado, aunque eso del internado no pasaba de ser un eufemismo. Verdaderamente no nos encontrábamos reclusos en el viejo edificio de lo que fuera antiguamente el claustro mayor del convento carmelita. En donde años más tarde se estableció una salita cinematográfica estaba el comedor y en ese mismo ángulo la entrada a los dormitorios, que eran dos naves enormes, frías, monótonas y desoladas. Ahí sólo íbamos a comer y a dormir, ya que recibíamos las clases en el edificio afrancesado de la calle de Independencia.

Sin necesidad de toques de corneta nos levantábamos a las seis de la mañana para arreglar los lechos (unos incómodos camastros con colchón corriente, de borra) y realizar un dudoso aseo personal, ya que por lo común el agua era un artículo de lujo. Nunca la hubo en las regaderas y menos en los

lavabos. A veces solía encontrarse en los depósitos de los retretes que, según la moda inglesa de principios de siglo, no estaban inmediatamente encima del guaterclós, sino tres metros arriba y se accionaba el chorro con una cadena. Para quitarnos siquiera las chinguiñas era necesario trepar hasta aquellos abstrusos depósitos con habilidad de changos. A las siete de la mañana nos servían el desayuno: un plato de avena para caballos (que se intercambiaba por uno de frijoles de vez en vez), una taza de leche con café y dos panes. Y luego, a correr para entrar en punto de las ocho a clases.

Corríamos por las calles del cura Merlín hasta Independencia y, si teníamos suerte, era cosa de viajar de mosca en aquellos autovías llamados por el pueblo pericos (los verdes) y palomas (los blancos), cuyos horarios no ofrecían puntualidad inglesa, tal vez porque sus creadores fueran los alemanes Henkel. Viajar colgados de la defensa trasera del vagón era un peligro; lo menos que podíamos sacar eran unos cuantos coscorriones del conductor. Pero llegábamos a tiempo a clases.

La comida era a la una y media: sopa, guisado y frijoles; fruta o dulce, un bolillo y tres tortillas. Y vámonos nuevamente a la escuela para entrar a las tres, salir a las seis y merendar a las siete, café con leche y pan. Para mí resultó agasajo porque liquidé el hambre para siempre. A las once de la mañana o a las seis de la tarde pasaba acelerado a la casa (habíamos vuelto a San Juan Chiquito, frontero al Carmen), para llenar el buche con tacos, siquiera fuesen de frijoles, que me obsequiaba mi mamá.

Por cierto que entonces me di cuenta de lo que es la buena condición del damnificado. Para conservar la beca era preciso aprobar en todas las materias. No importa que fuese de a panzazo y en el examen extraordinario o a título de suficiencia.

Sólo que había algunos, por lo general gente popular y querida, que no pasaba ni a empujones. Y pretendían seguir en el estudio aun careciendo de las menores facultades. Por aquello de que en el internado se practicaba el autogobierno estudiantil, mandaba la Sociedad de Alumnos y los subprefectos eran compañeros de los grados superiores, resultaba fácil ingresar sin beca, encontrar con quien compartir la cama y comer... a costillas de los demás.

Todos los amigos del haragán se comprometían a llevarle, quien un taco de guisado, quien la fruta, quien la torta de frijoles. El resultado fue siempre que los reprobados comían más y mejor que los niños buenos y estudiosos. Cosas naturales de la vida, del mundo y de los hombres. Lástima que la promiscuidad consiguiente originara que, con frecuencia, hubiera unas pavorosas epidemias de jiricua (una especie de sarna) que se propagaban hasta por un saludo de mano.

El año de 1940 fue malo para mí, por lo menos, la epidemia de jiricua involucró a todos los internos, por lo que tuvo que declararse la “cuarentena”. Una semana no asistimos a clases para combatir de frente, muy en serio, la maldita sarna que nos maceró el cuerpo como si nos hubiesen pasado por una maquinilla de moler carne. En algunas regiones le llaman jiricua al mal del pinto. Siquiera nos hubiésemos puesto “jaspeados” sin comezón, pero aquella sarna que nos tenía fritos pegaba entre los dedos, en los codos, en las axilas y en las corvas, produciendo una comezón inaguantable. Y todo el tiempo; no había momento del día en que no molestara el prurito del diablo.

Resultaba molesto, especialmente en la noche, porque no dejaba dormir. Y ahí estás como mono, rascándote por todas partes, lo cual de ninguna manera producía consuelo. Y a fuerza de uñas se iba uno desprendiendo la piel, de modo que al poco

tiempo todas las bisagras del cuerpo se habían convertido en pústulas sangrantes. No puede ser narrada la desesperación, la angustia, los dolores infinitos que nos provocaba la maldita enfermedad.

Nunca he sabido si a las muchachas les pasó igual. Aunque es fácil suponer que sucediera, ya que con frecuencia salían a pasear con sus novios y andaban por la calle “de manita de torta” (expresión que años después puso de moda Gloria Díaz González, *Marisel*, en su columna periodística “Crinolina”). El caso es que se declaró la “cuarentena”, esa vez sí nos encerraron en el internado y comenzó la cura con métodos terapéuticos verdaderamente equinos. El edificio carmelitano tenía ya entonces su frontón y enfrente los baños.

Primero nos desnudaron a todos en el gran patio y aquello era un *striptease* de aquelarre. Nos dieron limones podridos para que nos limpiáramos el cuerpo, procurando remojar y desprender las costras con el zumo. Fácil es suponer lo que aquella acción significaba. Era necesario empezar a frotar hasta dejar la carne viva cubierta de agruras, verdaderas agruras y amarguras y torturas inenarrables producidas por el ácido en las heridas abiertas y sangrantes. De haberse grabado los gritos de dolor, los ayes escalofriantes, los ruidos del suplicio, seguramente que el resultado se hubiese podido utilizar como música de fondo para una filmación descriptiva del Infierno de Dante.

Había que permanecer al sol en estas ingratas condiciones, hasta que se secase el cuerpo, puesto que ya estábamos informados de que los rayos ultravioleta son germicidas, y que, después de todo, bajo sus rayos ardientes (era junio) “el que no se aclimata, se aclimure”, lo que a la larga viene siendo lo mismo porque se resuelve el problema.

El siguiente paso era un consuelo: la bañada con agua tibia y jabón corriente, de sosa, utilizando zacate de pita de maguey para limpiar el cuerpo a conciencia. Mientras tanto, en un gran cazo se preparaba el unguento curativo propio de las recetas cuarteleras, ya que se ponía a cocer manteca de marrano, polvos de juanes o precipitado rojo, azufre y otras infernales sustancias químicas, todas juntas. De todas formas, la pomada no olía precisamente a pachuli.

Salíamos del baño vaporosos, impolutos y listos. Listos para la siguiente tortura que era la aplicación del menjurje sobre las abiertas heridas, sobre la carne macerada y viva. De ahí nacieron campeones de salto de altura y héroes de los mil metros planos. Nos “sujetaban” entre seis “sujetos” forzudos, nos ponían las plastas del unguento en todas las articulaciones, incluyendo la ingle y el noble órgano reproductor, que también se llenaba de granos (hacíamos cerebro pensando en lo que les pasaría a las pobres chicas) y luego nos soltaban como toros bravos para buscar el mejor desahogo. Todas las leperadas que me faltaba por aprender, en esos días las eché a mi coletito. Incluso se inventaron algunas de las más rebuscadas y viles, como aquella de: “Puchichichichichichísima madre”, etcétera.

Muy probablemente la acción germicida de la pomada obraba con rapidez porque un cuarto de hora más tarde ya sentíamos un consuelo sedante y reparador. Nos poníamos la ropa y esperábamos con miedo la siguiente mañana curativa, hasta que se nos quitó la jiricua y pudimos volver a la escuela.

En agosto me empezó a doler la nuca, con fuerza, como si me hubieran estado marreando el coco. Ingenuamente, mi hermano Heriberto creyó que se trataba de debilidad cerebral por estar estudiando mucho (¿cuál estudio?) y me llevó a ver a su cuate, el químico Noé Zaldívar, que me recetó un tónico.

Pero cuando empezó la calentura por la tarde, mi jefa se quitó de cuentas y vio al doctor Alvear. Había yo agarrado una formidable tifoidea.

Me metieron en cama, me pusieron a régimen de jugos y me curaron con unas ampolletas bebidas, que poco después fueron retiradas del mercado de la medicina porque servían para dos cosas: para nada y... para nada. Me salvaron mis propias defensas, pero estuve tirado un mes. Cuando por fin pude levantarme ya no sabía andar, no me sostenían las piernas y estaba tan flaco que pesaba treinta kilos. Pero, ¡ah!, qué hermosa es la vida después de haberle visto los huesos a la calaca. Hasta las tuertas, abandonadas y sucias calles de San Juan Chiquito me parecían hermosas. Y gozaba las mañanas de sol como si las estuviera viendo por primera vez.

Gritos, plantones... y sombrerazos

LUEGO VINO LA HUELGA. El último movimiento heroico de los maestros; peleaban por sus más legítimas reivindicaciones, especialmente por lo que toca al sueldo, pues seguían cobrando salarios de hambre. Fue la época en que realmente merecieron el remoquete de pobresores, cuando las chamacas eran asediadas por un normalista decía la amiga: “ay no, con un profesor ifuchi!”, y las mamás: “un triste profesorcillo, inunca!”. Fomentaron aquel movimiento huelguístico Manuel Hinojosa Giles, Faustino Arciniega, Feliciano López, Fernando Macedo, Pedro Romero Quiroz, Rodolfo mi hermano y otros jóvenes dirigentes que ya hacían armas contra el patrón-gobierno, más cicatero y agresivo que los patrones privados, industriales y comerciales.

Un buen día nos reunimos en el salón de actos de la Normal. Habló Juvenal Miranda, habló Domingo Pérez Bravo, habló Agustín Monroy... ¡y todos votamos por la huelga alegremente! Eran unas vacaciones inesperadas. Trazamos estrategias, nos atrincheramos en el internado y como el gobierno ni nos agredió de frente ni nos quitó la mesada, en dulce haraganería nos dedicamos a jugar briscas y conquianes.

No quiere decir esto que las autoridades vieran con simpatía el movimiento. Estaban seguros de que atacar el edificio conventual podía tener graves consecuencias. La azotea estaba llena de ladrillos y piedras; éramos un número considerable, capaz de defender la entrada por el callejón del Cura Merlín; había otra puerta clausurada, también fácil de defender, y el resto era una enorme barda de más de diez metros de altura. En cambio, a campo abierto y durante los mítines que se efectuaban frente al Palacio de Gobierno, don Wenceslao Labra traía brigadas de choque, especialmente indígenas, que nos atacaban a palos y agredían a los pobres maestros echándoles cohetones en los pies. No pocos chichones, tajos y quemaduras salieron de estas zacapelas.

Pronto se vio que nada se conseguía en Toluca, por lo que una buena tarde nos convocaron a una reunión. La orden fue rápida y tajante: “Nos vamos a México a entrevistarnos con el presidente Ávila Camacho”.

Apenas pudimos tomar algunos trapos y ivámonos a la capital! Los choferes de la Flecha Roja nos llevaron gratis. Primero nos mandaron a dormir a la Escuela de Ciegos, ¡pero cuál dormir!, para los invidentes no existen el día y la noche y es archisabido que, a falta de la visión, poseen un oído maravilloso. Todos tocan, o cantan y tocan al mismo tiempo, por lo que las veinticuatro horas se escuchaban en el ámbito de ese internado orquestas completas, conjuntos, rondallas o mariachis; por lo menos, alguien estaba haciendo escoleta y no nos dejaba dormir.

Nos pasamos luego a la Casa de la Juventud Española, que era sólo una especie de club formado por los *juniors* que habían hecho el éxodo con los refugiados de la Guerra Civil, pero allí no había camas, sólo algunos incómodos sofás, sillas y uno que

otro tapete. Tampoco en esta noble casa pudimos dormir, por lo que nos pasábamos la noche recorriendo las calles alegres para refocilarnos, al menos, con la presencia de las chamaconas del tacón dorado. Alguna vez nos metimos al Follies para verles las piernas a *vedettes* y vicetiples. ¡Qué deliciosas, qué magníficamente guapas nos parecieron aquellas “segundas” con su máscara de maquillaje y las mallas que contenían la fofez de las trabajadas carnes! Cuando, años después, las conocí personalmente, desapareció de mi recuerdo aquella fantasía sexual que me forjara a inicios de los cuarenta. ¡Más me hubiese valido no tratarlas de cerca!

Total que no nos recibió el presidente y sí se perdió la huelga. La mayor parte de los líderes se fueron del estado para refugiarse en plazas de la federación, ya que el sindicato nacional había apoyado el movimiento.

En Toluca se cerró el internado y nos mandaron a vivir a donde se pudiera con miserables veinticinco pesos al mes. No podían exponerse a que el inmueble se convirtiera de nuevo en un bastión artillado. Nos aguantamos porque, como dicen, “el que pierde paga y aguanta todo lo que le digan... y hagan”. Sólo nos tuvieron una consideración: en aquel entonces se realizaban los exámenes por trimestres. Tres al año. Se promediaban y aparecía la calificación final. Puesto que hubo sólo dos pruebas, la tercera se perdió totalmente al cerrarse el internado y la propia Normal, concedieron que sólo esas dos calificaciones se promediaran. Pero, en virtud de la tifoidea, yo sólo tenía la segunda de inglés, única materia que aprobé en ese ciclo. Quedé a deber otras diez. Entonces fui a hacer sombreros con don Jorge.

Don Jorge presumía de tener ascendiente de aquel famoso bandido norteco, un poco a la Robin Hood, que se llamaba Era-

clio Bernal. Don Jorge era blanco, ojiclaro, de nariz ganchuda y bien parecido. Algunas chamacas sentimentales solían decir que le daba un aire al actorcete argentino Rafael Falcón, quien entonces estaba de moda.

Como don Jorge vivía solo en Toluca, buscó la amistad de mis hermanos mayores y en aquel crudo invierno, en que más que otra cosa me congelaban los huesos los recuerdos del primero de secundaria y las diez materias que había reprobado, me propuso que le ayudara en su sombrerería, es decir, en su taller de acabado de sombreros de palma, o de petate como les decía peyorativamente el vulgo.

Esta vieja industria explotaba a los tejedores comprando las piezas que elaboraban los otomíes con arduo empeño, para convertirlas en vistosos jaranos, sacándoles una fuerte ganancia. Eran nuestros otomíes de Huichochitlán, Cuexcontitlán, etc., los que en mayor número se dedicaban a esta artesanía. Había que verlos caminar con su pasito trotón en tanto que, al puro tacto, tenían que ver de no tropezarse en las asperezas del camino, tejían la palma a velocidad asombrosa.

Yo acompañaba a don Jorge a comprar las telas a los poblados del norte de Toluca y luego cosía tafiletos. Éstos estaban confeccionados con un grueso papel encerado, muy resistente, que se adquiría por grandes pliegos. Mi hermano Edmundo, que ya era un mocetón alto y fuerte, se destrozaba las manos cortando las tiras con afilados cuchillos de zapatero y luego yo, en la máquina, les endosaba la tirita de tela que los compone para ser pegados en la parte interior de la copa, listos a recibir los santos y trabajados sudores de los campesinos. Para mí, la verdad, no era una tarea difícil ni cruenta. Y estaba feliz porque ganaba quince pesos a la semana, sesenta al mes, es decir, apenas unos veinte menos de lo que percibía mi hermano Rodolfo

al cabo de haberse soplado todo un lustro en sus estudios normalistas.

Además, estaba el gentil grupo de las adornadoras, porque la confección sombreroera, después del hormado y planchado de las telas hasta darles forma y coserles el tafilete, requería que las manos femeninas les endosaran cordones y cintas, y en casos especiales (los de charro) una cantidad formidable de perendengues los hacían parecer arbolitos de Navidad, de manera que cada sombreroera estaba obligada a contar con su equipo de adornadoras, proletarias oscilantes entre todas las edades y todas las gracias o desgracias que caracterizan a nuestro mestizaje.

En especial, me llevaba bien con Lidia porque nos hermanaba habitar las pocilgas de la misma vecindad. Luego, desapareció de mi vida llevándose mi inocencia y mi gratitud. Seguí de sombreroero hasta que llegó mi hermano Rodolfo y me tomó de la oreja: “Camarada, hay que regresar a la escuela”.

Yo había perdido todo el interés por el estudio que hubiese acumulado en alguna insólita ocasión mi espíritu, cada vez más vulgarizado y corrupto. Me opuse terminantemente, reñí con mi hermano, alegué que ya tenía un oficio, que me estaba ganando bien la vida y que todo lo demás parecía inoportuno y estúpido. Mientras tanto, Rodolfo seguía tirando de la oreja y dándome paternales consejos.

A duras penas pagué las diez asignaturas en las que había salido reprobado. Tuve que machetear como bestia. Y lo peor fue que, como ni siquiera tenía derecho a exámenes extraordinarios, me las aventé a título de suficiencia. Cada prueba de este tipo costaba quince pesos, de los cuales los tres miembros del jurado se llevaban tres pesos cada uno, nueve en total, y seis eran para la secretaría del plantel. Indigente casi hasta la

desnudez, fui a pedir gracia con don Agapito Díaz González, *el Pelotes*, a la sazón secretario de la escuela.

—Bueno, hijo —me espetó—, la secretaría te perdona sus seis pesos, pero no puedo dispensarte lo que corresponde a los catedráticos. Necesitas verlos a todos y cada uno, con un oficio... si firman ya te salvaste.

Y así fue que, además de tener que machetear como desesperado, hice el más arduo peregrinaje en busca de treinta profesores para que me regalaran su trabajo. Por fortuna aceptaron los treinta, lo cual les agradecí de todo corazón y bolsillo, ya que noventa pesos, en aquellos días, eran para mi familia toda una fortuna. Algo así como lo que gastábamos en vivir un mes.

Se presenta Carlos Hank

ESTABA YO PASANDO UNOS DÍAS DE VACACIONES en el ranchito de mi tío Heriberto Gómez, cuando me sorprendió aquel terrible dolor de muelas. La última noche había sido en verdad angustiada, de modo que en cuanto amaneció hice acopio de mis chivas y abordé el primer camión que se presentó a la mano, con tan mala suerte que no iba directo de Calimaya a la ciudad, sino que daba vuelta por Tinguistenco antes de encaminarse a Toluca. Era de por sí un viaje largo y molesto, pero se volvió un viacrucis porque iba con la sesera atestada de punzantes agujones.

El muchacho subió en su tierra y su aparición se me hizo casi tan mortificante como el propio dolor de muelas. “Vaya —pensé para mis adentros—, ya está aquí este presumido”.

Con extraña seguridad, elástico, ágil y fino como un estilete, Carlos se adentró por la maraña de bultos, animales y gente que llenaban el autobús hasta los topes, y se fue a situar a mi lado. Ambos teníamos que permanecer firmes, sacando la mayor ganancia posible del poco espacio que nos correspondía

en desgracia, pero a Carlos no parecían preocuparle un punto aquellas incomodidades. Saludó muy atento y en seguida advirtió mi rostro martirizado:

—Hombre, se te ve muy mal, ¿qué te pasa?, ¿vienes enfermo?

Le comuniqué rápidamente mis dolencias y, con idéntica celeridad, el muchacho puso su maletín de viaje en el piso del camión abriéndose paso con los codos y armando una pelotera entre sus vecinos. Hurgó un momento y al fin sacó desde el fondo un sobre con dos aspirinas.

—Siempre traigo alguna cosa para las molestias, tú sabes, se puede ofrecer —dijo, modesto, mientras me alargaba la medicina y ofrecía atentas disculpas a diestra y siniestra. Prosiguió:

—Ponte un trocito en el hueco si la tienes picada, y traga lo demás, verás como se te pasa luego, ¡anda, hombre!

Su tono era amable pero autoritario. Debo haberlo visto con un aire de asombro, porque insistió en su orden.

—Pero, ¿sin agua? —tartamudeé apenas.

—¡Claro! ¡Qué importa, hombre, hasta te hace bien masticar la pastilla con la propia muela del dolor...!, ¿ves?

Cuando sentí, ya había cumplido sus prescripciones al pie de la letra y el analgésico nadaba en el interior de mi barriga.

Después de todo, aquel muchacho que yo suponía intratable y presumido, resultaba no sólo sencillo y amable, sino atento y servicial... ¡y un poco autoritario!, aunque de una autoridad suave, sin violencias y que parecía residir en él desde la cuna.

En esos momentos se me venían a la memoria, casi intangibles, las palabras del profesor Juan Rosas Talavera:

—Carlos Hank es un muchacho superdotado. —Ese fue el índice que arrojó el test sicométrico que le aplicó la señorita Garibay... Y ahora el muchacho genial me estaba sirviendo de enfermero.

—Procura no hablar —volvió a los ordenados consejos— por lo menos hasta que se te pase la dolencia. A veces es mejor recostarse, pero —giró la vista por el incómodo armatoste— de todos modos basta con que te quedes callado.

El profesor Rosas comprendió al instante que su declaración respecto a las dotes excepcionales de Carlos podían perjudicar al chico en el ánimo de los que íbamos a ser sus compañeros mayores. Por lo mismo, trató de justificarse y blanquear a Carlos:

—Bueno, no se crean ustedes que se trata de un niño prodigio, con todos los defectos que esta condición acarrea. Hank es un muchacho de nubes, ya lo verán ustedes... ya lo verán.

En efecto, Carlos entraba a la Normal por la puerta más grande. De su pueblo acarrea muy buenas recomendaciones y en el examen de admisión había alcanzado una estatura mental elevadísima, semejante a la que daban sus huesos en relación con la cinta métrica.

¡Super-dotado... y super-largo!, pensaba mientras el jovencito rubio, aliñado, limpio y cordial, insistía en hacerme menos rudo el camino con su charla indiferente. Aunque no tan indiferente como para que yo dejara de notar que siempre se estaba refiriendo a los temas que suponía de mi predilección.

—Cuentan que has leído muchos libros —lanzó el comentario, que juzgué preñado de segundos sentidos, y me apresuré a contestar, ya sin el recuerdo tormentoso de la muela adolorida.

—Bueno, ¡ya ves!, se dicen cosas. También hablan de ti, aseguran que eres un superdotado, un genio...

Fue entonces cuando me percaté de la extremada facilidad con que Carlos se ruboriza. Aquella vez los colores le subieron hasta la cabellera que, de albina, se volvió roja.

—Eso, ¡bah! —dijo como disculpándose. Pero las frases le tropezaban en la lengua, realmente no hallaba qué decir—: ¡Es una tontería, debes comprenderlo!... A ti, ¿quién te lo dijo?

—No fue a mí en particular. El director lo dijo en público... ¡y no es para que te apenes, cuatito! Al contrario, creo que deberías estar orgulloso.

Carlos movió significativamente la cabeza mientras aparentaba estudiar con esmero los pliegues de su maletín de viaje. Seguro que no se lo iban a robar, pero él no le quitaba los ojos.

—¡Mira! —exclamó de pronto—, prefiero que hablemos de otras cosas. Eso no cuenta, yo no pretendo ser más que nadie. No sabes cómo me molesta la palabrita superdotado, me suena como si al llegar a la Normal me hubiesen convertido en un ejemplar de museo, colocado ahí, en una vitrina, con un letrerito colgado al cuello en el que se especifican mis “características”... Ya me parece oír a los compañeros cuando me ven pasar: “Mira, ahí va el ‘superdotado’... ¡ja, ja!”.

Me sorprendió, y no poco, que le pesara aquel certificado de genialidad por el que otros hubiesen dado la mitad de su juventud con la misma pasión con que el doctor Fausto hipotecó el alma a Mefistófeles. Me confesó también que le molestaba en grado superlativo que sus paisanos esperaran demasiado de su persona. A veces es preferible para un muchacho ser del montón, poder holgazanear a gusto, perder las horas a placer... y Carlos no podía hacerlo, precisamente por temor a defraudar los sueños de su madre, de sus paisanos, de sus compañeros, del propio director de la Normal, todos ellos esperanzados en que Carlos resultara, con el paso de los años, una verdadera maravilla.

Aunque el tono de su voz era cambiante, Carlos hablaba ya con propiedad y cierta elegancia. Exponía con fluidez y mostraba seguridad en el manejo de las ideas. No le volví a tocar el punto de sus dizque prodigiosas dotes y entonces se me dibujó con más exactos perfiles. Un chico corriente de trato, pero dueño de un magnetismo especial y una chispa viva y singular.

La charla se resbaló, pues, por el fácil y tibio sendero de las referencias familiares y personales y, al llegar a Toluca, mi opinión respecto a Carlos había dado una vuelta de campana. No tardó el fenómeno de simpatía en hacerse extensivo al resto de la congregación estudiantil, al grado de que durante la bárbara zacapela que se les aplicaba a los novatos, en la Normal llamados “moluscos”, a Carlos apenas si le causaron molestia. Todo se redujo a bajarle hasta el cuero la melena rubia que, sin duda, algún día había sido el orgullo de su mamá.

Por lo demás, Carlos acogió la ocurrencia con buen humor, se prestó a la farsa sin resistir y acabó sacándole partido a la bullente cafrería. Así empezó a dar a conocer su carácter; estudiando era incansable y en el jolgorio y la juerga era capaz de encender fácilmente la hoguera de la alegría.

Para las chicas resultó también un ejemplar apuesto, especialmente por caballeroso, por alto y porque, después de todo, los güeros no abundan en este ambiente de pieles cobrizas o definitivamente tropicales. Apenas tenía un año en el plantel cuando la secundaria en masa, contando a rorras y ganapanes, eligió por aclamación a Carlos como representante ante el Consejo Directivo, que era mixto, contando autoridades, maestros y alumnos.

Y conste que para ser electo en tal cargo, se necesitaba haber sacado las mejores calificaciones de todo el ciclo, que contaba con tres años y seis grupos. De ahí en adelante, estaba escrito que Carlos había de ocupar todos y cada uno de los puestos de representación creados hasta entonces por la sociedad estudiantil.

Varios locos tranquilos y uno de los otros

ALLÁ POR 1942 PASÉ A FORMAR PARTE del grupo de locos, es decir, de aquellos desequilibrados maniáticos que tenían la fea costumbre de escribir prosas y perpetrar versos, “prosas leprosas y versos perversos” como les decía Rodolfo García. Formábamos el grupo el referido Rodolfo, Moisés Ocádiz, Alejandro Fajardo y Fajardo, José Luis Osorno (muerto prematuramente), todos plumíferos, más Esteban Nava Rodríguez, pintor. Un tanto cuanto perdidos en el tiempo, ya que teníamos la obsesión de permanecer estáticos en el romanticismo del XIX, cuando todo mundo había sobrepasado ya todos los modernismos y cundían las estridencias del XX. Para Moisés era la muerte; me platicaba de su dulce novia alemana, caída en la flor de la juventud, a la que había compuesto un poema en alejandrinos que se llamaba precisamente así, “Ante la tumba de mi amada”, con un hondo sabor a cosas de Manuel Acuña:

Ya todo está callado,
ya nada se estremece
y en rededor parece
reinar la soledad...

Rodolfo, en cambio, dirigía su estro a la mujer aquella que ni el más profundo amor había retenido a su lado, a la que se fue porque:

Mientras por dentro el corazón lloraba
el estúpido orgullo se reía...

La novia de Moisés a la que, lógicamente, nunca conocí, me dejó profundamente grabado su nombre, pese a lo difícil de pronunciar: se llamaba Edith Mayet Von Bolonhowen, o por lo menos él lo pronunciaba de esa manera, ¡ay, tantas veces!, que no hubo más remedio que aprenderlo de memoria. De Rodolfo, siempre se sospechó que su musa esquiva era la hermosa *Canca*, Carmen Labastida, que más tarde habría de matrimoniarse con un músico notable.

Ésos eran amores antológicos que se resolvían en preciosidades de versos, en especial respecto al poeta Rodolfo, que siempre los supo burilar, pulir, trabajar meticulosamente con su extraordinario conocimiento del lenguaje. Moisés era más abierto, menos fino, aunque quizás más inspirado. Por alguna razón no evidente, Moisés tenía algunos entrañables enemigos. Lo acusaban de ser un poco plagiaro. Yo rompí lanzas a su favor con muy buenas razones en la mano. Cierta vez lo invité a conocer un pequeño ranchito que mi madre tenía por el rumbo de Calimaya. Sólo se llegaba en autobús hasta San Lorenzo Cautenco; de allí partía, hacia El Jaral, un viejo camino que también era necesario transitar si se trataba de ir al cementerio.

Como en general no era un sendero grato a la intención paseadora, el caminillo aquel se mostraba descuidado, triste, solitario. Evidentemente algún día había tenido sus buenas baldosas, como se dice que fueron las calzadas romanas, pero a

la sazón el paso de las bestias las había desprendido y sólo resultaban un problema y dificultad para el tránsito, mas si se trataba de ir a El Jaral no había otro. Moisés lo gozó, lo sintió, me iba frenando en el recorrido para tomar nota mental de los detalles. Llegamos al rancho y mientras yo desahogaba los asuntos de mi madre, él se puso a escribir. A los pocos días publicó un poema:

¡Cómo me dan pena, los viejos caminos,
ornados apenas por algunos pinos,
uno que otro sauce y algún capulín!

Inmediatamente salieron a decir que había copiado la idea, que ya antes alguien se había ocupado de los viejos caminos. Bueno, la idea pudo ser, ¿qué cosa hay nueva bajo el sol?, pero otro camino donde los pinillos estuviesen revueltos con los capulines y con los saucos, me parece dudoso. Incluso Moisés me preguntó cómo se llamaban aquellos arbustos de flores pequeñísimas y blancas unidas en millonarios manojos.

—Saucos —le dije— y mi papá los daba por muy buenos para curar la tos. Te haces tu tecito y le agregas leche, imaravilloso para quitarte las carrasperas!

Aquellos compañeros que nos tildaban de locos, ¿qué habrían pensado del maestro Zúñiga si lo hubieran conocido de cerca? Horacio sí cultivaba la pose del pensador extravagante y distraído. Era teatral, prosopopéyico. Nos impartía en la Biblioteca Pública, de la que era director, un curso de oratoria. Carecía de sistema alguno. Todas las lecciones consistían en oírlo disertar a gritos respecto a los más desvinculados y desordenados temas. Nos empezaba hablando de Cristo para terminar en

Hitler, y sus pretextos eran la filosofía, la historia, escasamente la política y de manera fundamental el arte.

Zúñiga hablaba muy hermosamente, muy retórico, pues al igual que sus versos, su discurso en gran parte era ininteligible. Pero nos gustaba oírlo hablar, en gran forma como aquel a quien le gusta la ópera cantada en italiano: ¡Qué buenas y seductoras voces!, pero, ¿qué dicen?

Siempre creí que la estética distracción de Horacio era pura farsa, pero se oía elegante cuando en una ocasión saludó a la acémila diciéndole en voz baja:

—Adiós, Ramón Pérez.

Don Ramón, el cronista de Toluca, era de origen griego-judío. Daba clases de francés en el instituto, por lo que se le conocía mejor por el Mesié Pérez; él usaba, en el periódico donde publicaba sus crónicas, el seudónimo de Rape. El distanciamiento entre los dos escritores debe haber sucedido por celos profesionales. Rape había corrido mundo y era un hombre muy culto; Horacio era culto, aunque no hubiera ido más allá de Tlaquepaque. En concreto, no se podían ver. Zúñiga exclamaba rencoroso:

—¿Ah, sí, griego?, ¡griego este Ramón Pérez!... ¿Cuándo has oído de Aristóteles Pérez, Pitágoras Pérez, Agamemnon Pérez?

El buen Mesié respondía tranquilo:

—Para que veas lo ignorante que es Horacio. No sabe el pobrecito que soy de origen sefardí. Mis abuelos vivieron muchos siglos en España, donde adoptaron el apellido de Pérez. Otros lo usan como Peres. Fueron expulsados en el siglo xvi y se regaron por Europa. La rama familiar nuestra fue a dar a Grecia, ¡pero este Horacio lo ignora, como ignora tantas otras cosas, qué caray!

En éste y en muchos otros aspectos el maestro de oratoria, que tenía su broquel de pozo socrático en la biblioteca,

me pareció siempre desconcertante. No soy el único que le oí decir, bufando casi, como siempre: “Pufff... Mis tres grandes orgullos son que jamás he fumado un cigarro, ni bebido una copa, ni conocido una mujer”.

Horacio nos resultaba, efectivamente, y como dice Guillermo Trejo, “sospechosamente soltero”, aunque vivía de lo más recatadamente con sus hermanas. Para generar una situación de lo más absurdo: no había probado una mujer y sin embargo presumía ostensiblemente de haber sido novio de la hija de don Álvaro Obregón, cuando este notable militar fue presidente de la república.

—Oh, oh, icómo recuerdo —dramatizaba Horacio— que la iba a ver por las tardes en el fabuloso ámbito del Castillo de Chapultepec, nos perdíamos en los jardines, reposábamos en las marmóreas bancas; yo solía declamarle versos de Heine, de Lamartine, de Darío! ¡Horas felices, deliquio, romance!, se nos pasaba el tiempo sin sentir, hasta que de pronto escuchábamos una significativa tosecilla: era el general que se paseaba cerca de nosotros indicando que había terminado la hora de la cita.

Ya nos parecía ver al gran tigre de los ojos de cuarzo, al héroe de Orendain, al vencedor de Villa, al tremendo Manco de Celaya, haciéndole al papacito burgués que carraspea para llamar la atención de su vástaga y de su apasionado tórtolo, todo teniendo como marco el palacio y los jardines de Moctezuma. ¡Qué cuadro más idílico! Si esos papelitos representaba don Álvaro en los años postreros de su vida, entonces León Toral le hizo un grandísimo favor.

Misterio más grande significaban aquellas echadas que nos lanzó una vez, cuando alguien dijo que no había podido asistir a la clase porque... tuvo que ir a ver a su novia.

—Tu novia, ¿una sola?

—Sí, maestro, y la quiero mucho.

—¡Oh, umhhh, ahhh!, ¿sabes una cosa? Yo llegué a juntar hasta diez novias. Más, muchas más... Pero nunca perdí el tiempo en ir a verlas. Mandaba a Carniado, a Uribe, a...

Y esto lo decía con mucha frecuencia. Tenía novias a montones, pero ni un solo minuto de su precioso tiempo lo invertía en agasajarlas. Para eso estaban sus amigos. Nunca le preguntamos a don Enrique Carniado ni a don Toño Uribe en qué forma cumplían esa clase de “delegaciones”. Pero suponemos que se aprovechaban en alguna de ellas.

Lo que sigue nos lo contó, y varias veces, el trotamundos Alejandro Fajardo. Dice que cierta vez que fue a visitar a Horacio en su casa, el vate le mostró un precioso libro, bellamente encuadernado en piel, con una textura suavísima y delicada, como si el forro fuese de hollejo de rosa o de melocotón.

—Lo sientes así, Alex —le confesó el maestro— porque está encuadernado con la piel de uno de mis amantes que más he querido. Era un francés, bellissimo. Tan furiosa, tan profunda, tan tierna fue nuestra pasión, que dejó dicho en su testamento que se utilizaran grandes trozos de su piel...

—¿De qué parte del cuerpo, maestro?

—¡Oh, qué importa la parte!, ¡qué importa! De la más querida, de la más delicada, de la más entrañable, para encuadernar este libro, que contiene los versos que le dediqué. Luego me lo enviaron a Toluca. Es una joya, ¡lo amo!, ¡lo amo!

De manera que el misterioso maestro no nos dejaba llegar a conclusión alguna: si despreciaba a las mujeres, ¿cómo es posible que hubiese tenido novias? Cierto es que, según su propia prodigiosa lengua, nunca las atendió en lo personal, excepto a la hija de Obregón; pero de todas formas subsiste la incógnita sin despejar. Ahora bien, si no tocó jamás a una mujer, pero

tuvo un amante francés, ¿acaso era homosexual? Mucho se dijo al respecto, aunque esta última suposición resulta precipitada si tomamos en cuenta otras palabras que repetía con frecuencia:

—Yo no permito que nadie toque mi cuerpo, ¡jamás!

Y proseguía:

—¡Es sagrado! Tengo en casa un aparato que me hicieron especialmente. Llego, me desnudo y me tiendo en la cama. Pongo a caminar la máquina y ésta, con manos sabiamente entrenadas, me acaricia hasta los rincones más secretos, los más íntimos, los más sensibles, y tiene un cerebro mecánico que se programó para hacerlo con gracia, con lentitud; sus toques son finos, excitantes, de una sensualidad arrobadora, que determina el más alto y singular placer. El desahogo que me produce es completo y perfecto, ¡oh, sí!, como manos humanas no podrían generarlo nunca... ¡jamás!

Esa fue la lección de sexo que nos inculcó el más sabio, el más artista, el más célebre de nuestros mentores.

El desgarrador adiós a los Cristos

LOS SEIS AÑOS QUE PASAMOS EN LA NORMAL correspondieron exactamente a los que duró la Segunda Guerra Mundial. Todo se paralizó en torno a una sola idea: acabar con los villanos como Hitler, Mussolini, Hirohito. Respecto de este último, la verdad es que resultó más conocido y popular el tremendo general nipón Tojo. Usted le preguntaba a cualquier vecino:

—Hermanito de mi alma, ¿cómo estás?

—Como mi general Tojo.

—Ah, caray, ¿cómo?

—Pues to-jodido.

Desde que México entró en la guerra, en bola, por disposición de las más altas autoridades de la Defensa Nacional, se militarizó totalmente la escuela. Y nada de ir a marchar un rato los domingos, no señor, se comisionó a dos tenientes de la XXII Zona Militar para que se dedicaran directa y estrictamente a nuestra instrucción en las artes marciales. Todos los días nos levantábamos a las cinco de la mañana para estar en el deportivo normalista y empezar los ejercicios correspondientes. Se trataba de adquirir condición física y destreza

de combate. Hasta las ocho de la mañana nos la pasábamos corriendo, marchando y moviendo un fusil de madera. Hubiésemos querido conocer otros, pero por alguna arcana razón no fue posible. Acabamos por ser expertos en el movimiento de la escopeta de palo. Otro poquito y terminamos en bastoneros.

Eso sí, nos regalaron uniformes: media bota sacacallos, del material más burdo; pantalón color beige y camisola café con corbata; gorra miliciana. Para algunos fue una verdadera suerte, pues ya no volvieron a comprar zapatos ni ropa durante el resto de la carrera. Creo que no se apeaban el uniforme ni para dormir y les estaba permitido porque, después de todo, le daban a Toluca un cierto y conveniente aspecto marcial. El contingente normalista se organizó en batallón, con sus pelotones y demás. Se extendieron nombramientos de cabos, sargentos primeros y segundos (“sostenientes de los pelotones”, como les decía el grosero del Huevo Bobadilla), tenientes y demás, aunque no recuerdo exactamente si también fueron designados generales, ieso es tan fácil en México! Puede que no, porque no llegando más que hasta oficialillos, nuestros instructores jamás hubiesen admitido un generalato estudiantil superior a ellos.

Se formó escolta a la bandera con los menos chaparros. Hubo también banda de guerra, encabezada por el susodicho Huevo Bobadilla, quien desde el momento de su designación comenzó a chupar su Delicado con profundas aspiraciones de humo. Y decía:

—Como si estuvieras fumando marihuana, mano.

—¿Y por qué?

—Pos, es que dicen que todos los sargentos banderos son motos... pa' fortalecer los pulmones.

No llegamos a saber si el cigarro de la tabacalera producía el mismo efecto que doña Juanita, pero la verdad es que el Huevo pegaba unos cornetazos con el clarín de órdenes como pocos hemos escuchado en el mundo.

Y así, expectantes, esperamos el momento en que se nos condujera hasta los campos de batalla en Europa o en el Pacífico, para regar nuestra generosa sangre en aras de la democracia y la libertad, aunque se suponía que los Cristos iban a llegar antes al teatro de la guerra. Teatro, desde luego que sí lo hicieron. Debo decir, en primer término, que al establecerse el Servicio Militar Nacional obligatorio, los elementos jóvenes que eran seleccionados recibían el tratamiento de verdaderos soldados y por lo menos debían acuartelarse un año. Sí llegaban a conscriptos —ahora no pasan de marchadores dominicales—, palabreja que, como muchas otras, se le atravesó al pueblo en el gaznate y pocos eran los cultos pronunciantes que acertaban a decir conscriptos; la gran mayoría apenas alcanzaba a decir concriptos, por lo que para calmar sus ansias de apócope, a la larga lo redujeron a Cristos y así se les quedó.

Primero se llamó a filas a todos los nacidos en 1924 y que por ende habían cumplido los dieciocho. Se dio a conocer profusamente que los inscritos en el servicio militar serían sometidos a sorteo: bolas negras y blancas en tómbolas como la de la lotería. Los que sacaran bolas blancas regresarían a sus casas para seguir con sus ocupaciones habituales (en un 80% nada) y los afortunados con bola negra, éstos serían acuartelados para integrar la formidable reserva del país en guerra.

En realidad nuestro sacratísimo ejército nacional era magro. Nos habíamos metido en una conflagración que sacaba chispas, realizada con armamentos ultramodernos y tropas muy bien entrenadas, capaz de apelmazar cuerpos de ejército de millones

de cráneos pelones. El reclutamiento era, pues, necesario en México. Además, estaba aquello de que “un soldado en cada hijo te dio”, que podía por lo pronto tener una interpretación más sencilla: “un Cristo en cada hijo te dio”.

A la Revolución fueron aquellos que les dio la gana. Ahora se trataba de involucrar a todos, a cincho. La treta era muy sencilla: se les llamaba a las armas en plan de conscripción, para teparle el ojo al macho, y al otro día de reclutados, ivámonos para Guadalcanal o las Ardenas! La frase recorrió México de Sonora a Yucatán y de Veracruz a Colima, como decía el anuncio radiofónico de los sombreros:

—Es que los pinches gringos necesitan carne de cañón; para no mandar a sus móndrigos hijos, van a coger a los nuestros.

Y entonces empezó la sicosis bélica. Oprimidos corazones maternos iniciaron una era de dolor, de sufrir profundo, atormentadas por el pensamiento de que sus hijitos dieciochoañeros tendrían que partir muy pronto, de esta monacal y bella Toluca, a los horrendos campos de batalla donde los hombres morían como moscas en nubarrones de Flit. Empezó también la búsqueda de la mejor manera de hurtar el cuerpo de los muchachitos de las garras de Marte-Huitzilopochtli. Se movieron grandes influencias, se repartieron jugosas mordidas; los jóvenes ricachones quedaron protegidos por el dinero o las buenas relaciones de papá, y los humildes, como siempre, por empatía romántica, sacaron bola negra. Entonces fue el bíblico llanto y el pavoroso crujir de huesos. Se concentró a los sorteados en el vasto gimnasio del Centro Deportivo “Agustín Millán”. Lo cierto es que la tropa párvula tomó el asunto bastante a pitorreo y la última noche en Toluca, a solapa de las autoridades militares, se la pasaron cantando, bebiendo y vacilando.

Debían salir al otro día, a las tres de la tarde, a bordo del ferrocarril (ide Toluca a México y en fierros, parecía un despropósito!), para hacerla de emoción. ¿Acaso no todas las películas que describían el arranque de la guerra del 14 pintaban estas desgarradoras escenas, saliendo los “desposados de la muerte” en largos vagones sobre rieles, en tanto madres y novias los despedían plañiendo como condenadas, en los andenes ferroviarios?

Así fue también en Toluca.

La vieja estación del Nacional de México, que por Toluca sólo pasaba para dirigirse al pueblo de Acámbaro, donde terminaba sin solución de continuidad, se llenó, se atestó, se atiborró de gente. Sin deberla ni temerla, todos los escolapios de la ciudad tuvieron que asistir, en heroica resistencia de las patadas, empujones, manazos y coscorriones que repartían a diestra y siniestra los familiares de los Cristos, quienes —lógicamente— querían ponerse en primera fila. A esas horas hubo necesidad de armarse del mayor valor para resistir los turbulentos aromas en que se mezclaban efluvios de sobaco, emanaciones de cuerpos eternamente ayunos de agua (no se diga de jabón), pachulis de todas clases, desde el de Siete Machos hasta el de Cuarenta Zorrillos, agrias pestes a lechada de amamantadoras irredentas, etcétera.

Las escenas que esa tarde se pudieron contemplar en la estación del ferrocarril México-Toluca-Acámbaro, pese a la modestia del lugar, estuvieron a la altura de la tragedia griega o del sacrificio mexicana. Hubo de todo: enfisemas, infartos y otros síncope cardiacos, partos prematuros, iy una agarradera de nalgas, chichis y changos como no se había visto ni en el Portal 16 de septiembre! Porque así pasa en estos casos. Mientras la madre o la novia gimen sinceramente desesperadas por la ausencia (y quizás muerte) del joven que se va a la guerra, no falta el truhán

que se despacha por la tienda, por la trastienda o por donde se puede. De la misma manera desaparecieron centenares de plumas fuentes, monederos femeninos, carteras varoniles y hubo ino podía faltar!, quien perdió los calcetines sin que le quitaran los zapatos. Tampoco fue necesario quitar faldas para desaparecer pantaletas, y estadísticas serias (lástima que no se hicieron) podían haber consignado la pérdida de algunas honras. Vi con mis ojos a nenas impacientes que, mientras mamá y papá se desgañitaban en brazos del amado hijo que ingresaba a las filas, ellas se perdían entre rieles, durmientes y arbolitos esmirriados, pero alcahuetes, que quedaban cerca de la estación.

Y, mientras tanto, estremecía los espacios aquel casi himno ramplón:

Cantar del regimiento,
mil vidas que se apartarán,
que me cuide la Virgen Morena,
que me cuide y me deje pelear.

Ya se sabe que en nuestras grandes luchas nacionales y extranjeras, la virgencita de Guadalupe siempre ha sido la invocación máxima, que no solamente nos cuida y nos deja pelear, sino que ella misma le entra a los cocolazos. ¿Acaso no está ahí el testimonio histórico de que alguna vez hasta llegó a generala?

Por fin la vieja máquina de vapor empezó a rugir, y tronaron todos los vagones. Los jóvenes se apretujaban en las ventanillas sacando medio cuerpo, agitando las gorras milicianas y profiriendo gritos de entusiasmo. ¡La verdad es que iban contentísimos! En su imaginación exaltada ya se veían recorriendo las calles de París “Liberado” y agarrando a tres manos güerotas francesas de breves caderas y exaltados senos, o persiguiendo

desnudas tahitianas en las islas eternamente perfumadas del Pacífico.

Pero en el andén aquello se volvió un infierno de aullidos, ipobrecitas mamás, pobrecitos papás, pobrecitas novias! Con eso de que también su imaginación había sido acelerada al máximo, ya veían el cuerpo sangrante de los jóvenes, con las tripas de fuera, yaciendo entre el lodo apestoso de las trincheras; en los caminos de Europa, en las selvas tropicales de Malasia, en los atolones polinesios. Mujeres desgredadas que se rasgaban la ropa, que se azotaban en el suelo, que pegaban con la dulce frente sobre los postes del telégrafo y hombres apenados que apenas las sostenían. De haberse juntado el caudal de lágrimas que se derramó en Toluca, hubiese sumado hectolitros. Nosotros mismos, contagiados hasta el paroxismo, seguíamos con nuestras canciones ripiosas y eructadas entre gallos y pujidos: “Vengo a decirle adiós a los muchachos / porque pronto me voy para la guerra...”.

Cuando el tren se perdió en la lontananza (obligado modo de decir de los poetas, aunque en Toluca no se apreciaba la tal lontananza), cayó sobre la estación un velo de silencio y paz. Las viejas no tuvieron otro remedio que calmarse y emprender el retorno a sus casas, mientras los viejos seguían murmurando:

—Pinches gringos, se los llevan de carne de cañón.

Estaban seguros de que esa misma tarde serían pertrechados y que al otro día, muy temprano, en veloces aeroplanos, saldrían disparados rumbo a los campos de matanza. Pero, ¡oh decepción!, el siguiente domingo todos aquellos enhiestos guerreros andaban con sus garritas de siempre paseándose por los portales. Así fue cada ocho días, y doce meses después estaban de regreso en casa, sin uniforme, sin oficio, sin beneficio... ¿Acaso no los habían querido ni para carne de cañón?

—¿Y nosotros, qué?, ¿acaso también nos íbamos a quedar como novia de pueblo, uniformados y alborotados?

—¡Pues sí!

Ello originó que el termómetro empezara a registrar un pavoroso descenso de calor bélico. Si los malditos gringos, franchutes y demás aliados no nos iban a dejar ganarle la guerra al Eje, para qué diablos nos estábamos preocupando. El año siguiente nadie concurrió a despedir a los Cristos, que partieron tristes y solitarios rumbo al campo de entrenamiento de Palomas. Las muchachas dejaron de fijarse en ellos: “Oye, Chata, ¿te has fijado qué feo es el uniforme ese de los Cristos?” y volvieron nuevamente sus ojos a los pachucos portaleros.

Por momentos incluso yo, flaco y chaparro, había tenido la tentación de ingresar a las filas: “¿Y si me metiese al Colegio Militar?”. Fui con el doctor Corzo, quien casi nada más de verme me diagnosticó:

—Esa bizquera que tienes es de nistagmo, incurable, además es un mal congénito, etc., que te incapacita. No puedes entrar ni de conscripto.

¡Qué humillación! Si en ese momento hubiera destripado de la Normal, ¿cuál hubiese sido mi triste porvenir? No sabía hacer nada...

Como profe tampoco “la hacía”

MI PADRE, ARTESANO QUE SE LAS HABÍA VISTO muy difíciles durante la Revolución, cuando la terrible influenza española o en los fatídicos días del hambre, tenía la idea —como muchos otros hombres clasemedieros— de que si sacábamos un título profesional nunca habríamos de vernos zarandeados por las oleadas críticas de la sociedad de clases. Y como tampoco había los recursos suficientes para que siguiéramos una carrera liberal prolongada, cuatro fuimos profesores: Rodolfo, Edmundo, la menor de mis hermanas Teresa, la Pipis, y yo.

En cuanto a la vocación magisterial, en realidad no veíamos problema al frente. La propia maestra de ciencias de la educación, Salus (Salustia) Garcés, nos decía como un aforismo más, dentro de su clase, que después de todo “de médico, poeta, profesor y loco... todos tenemos un poco”.

Naturalmente, Salus era un alma de Dios que no deseaba complicarnos la vida. No así el rígido maestro Guillermo Servín Ménez, que hizo todo lo posible por despertar en nosotros el amor a la infancia, el afán altruista y humanístico de preparar de la manera más eficiente posible a las generaciones que iban

a recibir el siglo atómico e interplanetario, si bien en aquellos días eran todavía vaporosos sueños de sabios píos y delirantes ambiciones de dictadores chaplinescos. Se sabía de cierto que Ménez estaba absolutamente entregado a la pedagogía y que, desde luego, era un gran pedagogo. Sergio Vilchis no estaba muy convencido y nos recordaba con frecuencia aquella vez que nos llevó a un grupo de primaria, en la anexa a la Normal, para enseñarnos “la técnica del cuento”. Efectivamente, se le durmieron los niños.

En verdad, el maestro (poeta con el seudónimo el Monje Azul) dominaba en toda su extensión la filosofía, la lógica y en general la didáctica. Pero tenía una voz tan leve, tan suave, tan leda, que apenas lo alcanzábamos a oír. Excepto Bibí Benavides que, descaradamente, puso su pupitre junto al escritorio. Creo que no le falló la técnica del cuento, sino que su voz susurrante adormeció a los niños como el ronroneo de un gato.

Nuestro problema con el Monje Azul es que insistía en la enseñanza objetiva, variada, ágil, en que el niño debía participar para construir su propio conocimiento. Esto requería muchos y muy variados materiales didácticos, que abarcaban gráficas, dibujos, esquemas, aparatos, hasta la papiroflexia (que hoy presumen los japoneses de habérsela enseñado con el exótico nombre de origami), la cual nos fue impartida por el maestro Ménez. Era un verdadero artista elaborando dinosaurios y cotorras de papel doblado. De este modo, cuando íbamos a nuestras prácticas escolares, nos exigía minuciosos planes, en que se debería explicitar la clase y el número de auxiliares didácticos que utilizaríamos. Nosotros nos empeñábamos en llenar este renglón con las sacramentales pero vacías palabras: “Material didáctico: pizarrón y gis”. El talentoso maestro se tiraba de los pocos pelos que

le había perdonado la calvicie. Pero le explicábamos entristecidos:

—Maestro, llevar materiales didácticos es artificial, es absurdo, es una comedia indecente. ¿Usted cree que con lo que gana un profesor (dos pesos cincuenta centavos diarios) va a poder estar comprando papel lustre, albanene, crayolas, aparatos y demás?

El maestro, muy serio, nos decía: “Ustedes están obligados a tener un aprendizaje pedagógico completo, no importa la realidad actual. En el sindicato luchamos porque el día de mañana el gobierno proporcione a los mentores estos materiales didácticos. Ustedes no van a ser profesores de hoy, sino de todo el futuro”.

No le hacíamos caso, pero tenía razón. Profetizaba. Veinticinco años después, en efecto, los maestros recibirían cantidades mensuales para adquirir esta clase de auxiliares de la enseñanza. Pero entonces sólo las compañeras hacían el “sacrificio” y elaboraban todos los instrumentos preconizados por Ménez. Les indicaba:

—Las muchachas harán unas esferas, un mapa, un...

—¿Y nosotros, maestro? —preguntaba Sergio.

—Nada —era la respuesta cortante.

Al finalizar el mes, las muchachas recibían altas calificaciones y nosotros cero, por no haber presentado auxiliares didácticos.

—Pero maestro —nos enfurecíamos—, si usted dijo que los hombres nada.

Con esa su calma, con esa su voz suave y acariciante, Ménez respondía impertérrito:

—Para qué les digo que elaboren algún material, si de todas maneras me ponen en el plan solamente “Pizarrón y gis”.

Estaba en lo cierto. Nos vengábamos comentando lo que era su clase, que nos parecía lo menos pedagógico del mundo: llegaba, pasaba lista y de inmediato se ponía a perorar interminablemente, suavcito, sin bajar ni subir la voz. Como también lo hacía lentamente, Bibí Benavides iba transcribiendo todo lo que decía sin faltar palabra. Cierta vez nos confesó:

—Fíjense que el maestro Ménez nos recita exactamente, sin quitar ni poner palabra, *La teoría de los valores* de Larroyo y Ceballos, ¡qué memoria de hombre!

Ya entonces Bibí se preparaba para estudiar filosofía y letras (más tarde estuvo en la Universidad Nacional y en la salmantina), y compraba libros como si comprara cacahuates. Terminó por saber cuáles eran los volúmenes que nos recitaba el maestro y desde entonces dormimos en su clase todavía con mayor tranquilidad, sin que por eso admiráramos menos su memoria fabulosa y su erudición de sabio. Sólo habíamos conocido otro maestro igual: don Adolfo Bermúdez, que recitaba de corrido toda la Enciclopedia Británica.

Al salir del sexto año de la Normal, el maestro Ménez me dijo:

—Te pasé de panzazo para que tu hermano Rodolfo, que es como tu padre, no tenga problemas contigo. Rodolfo es un hombre excelente que no merece que le causes trastornos. Pero la verdad es que tú como maestro vas a ser una nulidad. Mejor dedícate a otra cosa.

—Gracias, maestro.

Ya lo sabía. Lo supe desde aquella procelosa mañana en que tuve que practicar con muchachitos de primer año de primaria. La verdad es que me preparé a conciencia y, bien pertrechado, inicié la clase con ánimo grandilocuente. Y en eso estuvo mi primer fracaso, porque de pronto la “seño” (prietita, menudita, feicita, de anteojos) me llamó con cierta irritación:

—Joven maestro —me dijo severa pero en un murmullo— tenga usted en consideración que está trabajando con parvulitos. No utilice esa voz grave y engolada. Hábleles con cariño, con ternura, maternalmente...

—¿Maternalmente?

—Usted debe entender y si no me entiende, peor para usted.

No me quedaba más remedio. Era indispensable endulzar la voz, bajar el tono, hablarles como la ratita, piarles como el pollito y otras sutilezas que me corrompieron el ánimo. Y de todos modos, fallé. La “seño” me confesó que lo había hecho muy mal. En cambio, niñitos y niñitas creo que me comprendieron, que captaron mi angustia y que me tomaron amor a primera vista.

Después de la primera hora y cuando la “seño” los organizó para que manducaran su torta con expresión libre de esta función nutricional, se arrancaron sobre mí y me obligaron a que probara sus enfrijolados manjares que, además de algo de huevo o jamón, llevaban impregnadas cantidades muy apreciables de saliva y de mocos, algunas incluso de mugre o de tierra. Debo haberles hecho el asco, porque la “seño” me miró con severidad. ¡Y nada! Que tuve que entrarle a las manoseadas tortas como si se tratara del manjar más exquisito.

Cuando llegó la hora del recreo, la maestra me vio tan abrumado que me perdonó la vida con voz consolatriz:

—¡Déjelo!, yo los saco al patio. Usted repose tantito. Y allá me espera.

Me adelanté, pues, a la explanada que había detrás del edificio escolar, con unos tableros de básquet y una desvencijada red de voleibol, todo pavimentado, eso sí. Sentí los rayos del sol acariciantes, tranquilizadores; me serené y ya estaba casi

feliz cuando me sacaron del ensueño los gritos de la chiquillería que venía dando la vuelta al corredor y se adelantaba, al parecer, rumbo a los tableros de juego. Pero pronto me convencí de que el objetivo era yo.

La ola de pingos se enredó entre mis piernas, las niñas me tiraban de la corbata para propinarme besos, los rufianes me zarandeaban para que jugara con ellos, todos gritaban, todos chillaban, todos me aturdían moviéndome de un lado al otro como pelele. Quise caminar para no perder el equilibrio, pero ¡imposible!, si daba un paso tenía que pisar necesariamente alguna de las adorables criaturas. Durante algunos segundos me sentí como las “Palmeras” de Agustín Lara: borracho de sol, y azotado por un viento que me hacía oscilar peligrosamente.

Y así fue. Como no podía caminar para no pisarlos, como no podía tenerme en pie por el peso de los que se me colgaban, como estaba loco de indignación por ese asalto, me fui de lomos al suelo. Algunos de los escuincles, muy listos, se hicieron a un lado dejando que mi pobre humanidad azotara sobre el encementado, con grave colisión de mi sesera, que tronó como olla rajada.

El mocosito que no se pudo salvar, claro, recibió el peso de mis sesenta y cinco kilos, a velocidad gravitacional, y pegó un berrido de marrano moribundo. Cuando me di cuenta de lo que pasaba, la “seño” extraía de debajo de mis costillas al infante magullado, en tanto me echaba encima una mirada aterradora. Ni siquiera se preocupó por si me habría pasado algún percance y solo, en el más vil abandono, me levanté sobándome el chipote. La chiquillería, inevitablemente curiosa, revoloteaba junto a la profesora indagando qué le había sucedido al compañero que, naturalmente, había salido ileso.

Ese día deserté moralmente del magisterio.

En la grilla estudiantil

“SI CREES QUE NO SIRVES PARA MAESTRO, dedícate a la política”. Eso me dijo Salvador Paniagua, agregando que no pensaba que a esta noble actividad del hombre pudiera entregarse cualquiera sin más requisito que desearlo, pero que me había visto algunas cualidades:

—Escribes, hablas, te movilizas. Además, hace tiempo que el gobierno estudiantil normalista ha caído en manos de verdaderos representantes de la reacción, gentes que cuando yo las conocí, hace años, eran admiradoras de Hitler y Mussolini. En el internado del Carmen se arrinconaban en uno de los dormitorios haciéndolo llamar, ellos mismos, “la reacción”. Es preciso que tú y tus cuates recuperen el control para que la Normal entre de lleno a la Confederación.

Se refería a la CJM, Confederación de Jóvenes Mexicanos, a la que estaba entregado en cuerpo y alma Salvador, pues él sí estaba decidido a realizar la carrera política, bien que en 1942 y 1943 se ocupaba también en hacerle al empresario de lucha libre y box, en una empresa en que llevaba de socio nada menos que a don Filiberto Navas (el maestro Navas como le

decíamos en plan alburero para que sonara “el mais-tronabas”); las funciones se producían en el Gimnasio “Agustín Millán” y en ocasiones le ayudábamos a Paniagüita en plan de guarda-puertas o boleteros.

En 1944 había el peligro de que el gobierno estudiantil normalista cayera en manos, no de un retrógrada, pero sí de un joven deportista sin inquietudes ideológicas evidentes. Víctor Gutiérrez Murillo era el héroe atlético de la Normal: hijo de mi ilustre maestro Luis Gutiérrez, *la Gringa*, había heredado las aptitudes amatorias aunque no el físico, ya que mientras el matemático tiraba al tipo nórdico (de ahí el apodo), el ojo azul, el pelo rubio, la tez blanca, Víctor era más bien moreno, de tez aceitunada, elegante perfil, ojos muy negros y unas pestañas enormes y rizadas por las que se volvían locas las muchachitas inmaduras de la secundaria.

El muchacho era en verdad apuesto, guapetón y si a eso le agregamos sus facultades deportivas y un cuerpo bien formado, no de musculoso atleta, sino más bien de calidad estatuaria como la del *David* de Miguel Ángel, se habrá completado el cuadro del campeón de arrastre, que acapara la admiración del bello sexo. Las quinceañeras iban al deportivo normalista exclusivamente para contemplar al garrido jugador que dominaba todas las ramas del deporte, pues lo mismo le entraba al basquetbol que al voleibol o al futbol con pericia y donosura.

No acostumbraba usar playera o camiseta, sólo el pantaloncillo breve y el torso desnudo. En los lances arremetía con habilidad y furia; valiente y agresivo, encestaba que era una delicia, corría, saltaba como impulsado por resortes, se barría por el suelo y otra vez de pie enseñaba bíceps y pectorales llenos de tierra. Eso encantaba a la concurrencia, pues hay que

decir que Víctor no sólo tenía admiradoras, sino también fanáticos seguidores que soñaban con ser, algún día, como aquel ejemplar atlético que no hubiera hecho mal papel en la Hélade.

Pero a Víctor sólo le importaba ser admirado... y los deportes. Desde la primaria se había distinguido como futbolista y ya hombre fue profesional de este juego como goleador efectivo en una oncena de extracción militar llamada Marte. Intentamos oponerle en la liza electoral normalista a Moisés Ocádiz, que era poeta y también gozaba de la admiración de una buena parte del alumnado femenino, que todavía no superaba las ilusiones románticas. Aunque no tan guapo como Víctor, Moisés tenía el pelo rizado (casi melena como los vates del drama pasional) y rasgos distinguidos, si bien la nariz era un poco boluda y prominente.

¡Pero Moisés nos falló! Unos pocos días antes de la elección dijo que, de plano, no le gustaba la política. Ni siquiera la estudiantil. Que para él sólo existían las musas y que con ellas deseaba ayuntarse todo el tiempo. ¡Nos dejó en la estacada!

Hubo que improvisar rápidamente a Sergio Vilchis como candidato emergente y nos dispusimos a realizar algunas maniobras (maquinaciones más bien) para anular la popularidad de Víctor y recuperar el terreno que nos habían ganado. Por suerte los hoy llamados mexiquenses poseemos una larga tradición especuladora. Ya desde los remotos inicios de nuestra vida política estatal, el maestro Lorenzo de Zavala pagaba el primer abono de una casita en Tlalpan para hacerse vecino de esta entidad y en Toluca, a la hora de la hora, compraba electores con pulque y barbacoa para llegar a diputado y poder aspirar a la gubernatura, según ha relatado el maestro Gustavo Velázquez.

Víctor Gutiérrez ganaría, indefectiblemente, si la elección se realizaba de acuerdo con una parodia de “sufragio universal” inventada recientemente por los estudiantes normalistas, es decir, si todo mundo votaba. Las fuerzas se habían desbalanceado: el atleta contaba prácticamente con tres grupos de primero de secundaria y un buen contingente de los dos segundos y el tercero. Sólo el departamento de la Normal, el menos poblado, estaba con nosotros y repudiaba abiertamente a Víctor.

El caso fue que los estatutos que debían regir la existencia de la propia sociedad de alumnos, redactados, aprobados e impresos en 1938, y que ya nadie conocía ni de vista, estipulaban algo muy diferente. Prescribían el modo “soviético” de elección, de acuerdo con el cual cada grupo elegía un representante o “diputado” para que posteriormente éstos integraran una especie de “Soviet Supremo” que elegía, de entre sus miembros, a un secretario general y a los demás miembros del comité directivo.

Iniciamos la maniobra. Como secretario del interior del comité que tocaba su fin, yo tenía derecho a tomar el sitio del secretario general, Juan Argueta, alias *el perro*, a quien la mala suerte había “socorrido” con una bola negra en el sorteo para la conscripción, de modo que estaba encerrado en el campo militar de Palomas. Me fui a verlo, extremando las precauciones, para que me firmara un oficio por el cual me facultaba para que, *en su representación y nombre, y haciendo las veces de mandamás provisional, organizara y condujera las nuevas elecciones.*

En seguida convoqué a una asamblea general, en cuyo orden del día sólo estaban consignados dos puntos: 1. Conocimiento y ratificación de los estatutos, y 2. Convocatoria a elecciones de nueva mesa directiva.

La inmensa mayoría de los compañeros asistieron, pues les encantaba el chisme. Empecé con un discurso bastante demagógico en el que di a conocer las ventajas del autogobierno estudiantil con representación en el Consejo Directivo de la escuela, así como los avances y logros alcanzados desde la creación de la Normal Mixta. Era necesario, pues, seguir por este camino ratificando la existencia de la sociedad de alumnos y sus respectivos estatutos, ya que como todo organismo político, no podía sobrevivir sin una norma que rigiese sus destinos. Se repartieron copias mimeográficas que, naturalmente, nadie tuvo tiempo de leer en el curso de la asamblea, por lo que de inmediato se solicitaron opiniones.

Sólo pidieron la palabra nuestros allegados, ya que al resto le importaba un sereno cacahuete la existencia o inexistencia de tan peregrino documento. Como era de esperarse, todos los oradores estuvieron de acuerdo en que tan excelentes estatutos, que habían conducido la existencia de la sociedad de alumnos hasta estratos magníficos, etc., no podían menos que ser ratificados por la voluntad soberana del alumnado. En efecto, en ese momento crucial nadie tenía queja alguna que presentar, ni objeción alguna que hacer. Se pasó a votar y los estatutos, bendito papel casi tan grueso y tan importante como las tablas de la Ley, fueron total y absolutamente ratificados.

Se preguntó entonces a la asamblea si estaba de acuerdo con que la convocatoria a elecciones se hiciera conforme a los estatutos. Y la respuesta fue afirmativa, también por aclamación. Cuando nuestros contrincantes se percataron de la manobra que los invalidaba, ya no había remedio. Lanzaron una débil protesta y yo, muy legalista, les ofrecí abogar para que, si lo solicitaba la mayoría del alumnado, se hicieran reformas a los estatutos, incluyendo el articulado relativo a elecciones.

Efectivamente, en 1944 se modificó la manera de efectuar los comicios, se determinó la votación masiva y el año siguiente contendimos Víctor y yo. Ni en esa forma pudo el atleta llegar a la secretaría general de la sociedad de alumnos en virtud de que, aunque muy diferentes, hicimos otras jugadas que no consigna ninguno de los deportes que tan bien practicaba Gutiérrez Murillo. Fue quizás esa la razón por la cual Víctor no se dedicó a la política, en la que nada tiene que ver el ejercicio del músculo, como no sea para entrarle a los codazos de campaña electoral, a las zancadillas de partido o a las patadas gubernamentales por debajo de la mesa.

Aparte, desde el propio año de 45 procuramos dismantelar al grupo de Víctor quitándole a Carlos Hank González, que era la eminencia gris del grupo, a Toño Uribe Argüelles, que era el brazo regulador, y a Virginia Gomeztagle, que era el argüende y el chisme creadores. Sin dolencias ni pesares, sin dolor y sin que le remordiera la conciencia, Hank se pasó a nuestro grupo, ya que al mismo tiempo fue la forma en que conoció a Isidro Fabela, el hombre clave de su futura carrera política, en que llegó incluso a gobernador de la entidad, regente del Distrito Federal y secretario de Estado.

El orgullo alemán... de ser muy mexicano

EL DETALLE CURIOSO que originó que Fabela conociera a Hank es que Sergio Vilchis y el que esto escribe nunca lo hubiéramos invitado a que nos acompañara, a no ser porque de la Secretaría Particular nos hablaron dándonos la cita, en plan emergente, para media hora después y sólo estábamos en la escuela Sergio y yo. Resultaba necesario que la comisión fuese un poco más nutrida, pero el resto de los secretarios andaban echando novio en los cerros. “Ni modo”, dijo Sergio, “no queda otra que vayamos tú y yo, y presionemos al tío —siempre le llamamos el Tío Chilo— para que nos resuelva todo lo que tenemos pendiente”.

Ya estábamos en la calle cuando vimos a Carlos en aquella histórica tiendecilla llamada La Colmena, saboreando un helado.

—Oye —le dije a Sergio—, ahí está Hank, ¿qué te parece si lo llevamos a engrosar el caldo?

—No creo que acepte... ¡Debe estar muy ardido!

—Déjame probar.

Lo llamé y aceptó al instante. Ya desde entonces era maleable y sabía que en política hay que amoldarse. Era un chiquillo pero decía enfático:

—Yo voy a ser político, sí, pero de los buenos.

En diversas ocasiones he referido la forma en que se produjo el encuentro entre Fabela y Hank. Es más o menos lo siguiente:

Sin duda, aquel muchachito espigado, seco de carnes y seco de porte, que parecía ruborizarse eternamente desde el cabello rubio y lacio, peinado hasta el estiramiento, había llamado poderosamente la atención del sabio estadista.

—¿Cómo dices que te llamas? —preguntó don Isidro, poniéndole la mano en el hombro, con gesto paternal.

—Carlos Hank, para servirle... Hank... —balbuceó el muchacho, que había enrojecido hasta cobrar un tinte francamente violeta.

—Hummm —pronunció apenas el licenciado, al parecer satisfecho, y en seguida volvió a preguntar—, alemán, ¿no es así?

Carlos enderezó el torso y se echó hacia delante con impaciencia:

—¡No! ¡No todo, mi padre sí, pero mi madre no, ella es mexicana y yo nací en México!

La aclaración había sido tan rápida que don Isidro no pudo contener la risa. Entonces fue cuando dijo algo que no he podido recordar nunca perfectamente, por lo difícil del juego de palabras, pero que muy bien pudo haber sido lo que sigue:

—¡Bravo, hijo!, no cabe duda que tienes el “orgullo” alemán de ser... muy mexicano.

Todos reímos de buena gana. Don Isidro tomó a Carlos y a Sergio por el brazo y nos introdujo, a todo el grupo, en su ecuménico salón de trabajo y biblioteca. ¿Quiénes éramos? Una vulgar comisión de estudiantes normalistas, presumiendo de dirigentes, que habíamos ido a ver al entonces gobernador del estado para cualquier minucia burocrática: una petición, una queja, algo por el estilo.

El licenciado Fabela siempre distinguió a los jóvenes. Nos recibía en su propia casa de Lerdo, con absoluta cordialidad, campechanamente, y más en el papel de maestro que de gobernante. Ese día nos habló de la guerra, de Alemania, de sus viajes, de sus perros; todo con cierta pesadumbre, con cierto dejo de nostalgia.

No nos extrañó el interés que el licenciado mostraba por todo lo relativo a la gran Germania; de ella recibió cultura, humanismo, honores... y el amor más grande de su vida: su esposa.

Pero en el caso particular de Carlos, no se trataba sólo de su ascendencia teutona: había algo más significativo, más profundo y más trascendente en la figura y el gesto del muchacho, que logró impresionar la fina sensibilidad del maestro. Carlos se había apresurado, más bien precipitado, a dejar constancia de su plena mexicanidad. Sin ofender su origen ario, lo había puesto en segundo lugar y, sin embargo, eso no había conseguido cambiar un ápice el interés que Fabela le mostraba, antes bien, parecía haberlo fortalecido.

Cuando, en un momento dado, el maestro se refirió a los hermanos indígenas, volvió a mirar a Carlos con suma atención:

—Y mucho debes tener también de sangre aborigen —sentenció de repente— porque te ruborizas demasiado, muy seguido y sin aparente necesidad. Los alemanes perfectos, por desgracia, desconocen esa muestra de cortesía y modestia que es tan propia de nuestra raza, ¡ah, si Hitler supiera ruborizarse!

Y siguió la charla. La servidumbre nos trajo una tacita de té, bebimos y ya para retirarnos alguien comentó en voz baja:

—¡Caray! ¡Nunca había estado el viejo tan amable!

Carlos Hank, aunque un poco menor que nosotros, ya intervenía con seriedad y buen juicio en los altos y fragorosos problemas de la sociedad estudiantil, de estudiantes proletarios

o llenos de inquietudes políticas. Hablaba con facilidad; claro y elegante, era atento, servicial, comprendía las órdenes y sabía darlas, pensaba rápido, actuaba pronto y nunca se le aflojó el cinto en ninguna circunstancia, aparte de que en el estudio era organizado, metódico y machetero.

Eso es lo que debe haber notado don Isidro de un rápido y certero golpe de vista, porque la siguiente reunión que tuvimos con él y en la que, por angas o por mangas, no se presentó Carlos, el licenciado notó rápidamente su ausencia:

—¿Por qué no vino Hank con ustedes? —le preguntó a Sergio Vilchis, quien se quedó perplejo. Contestó dando alguna disculpa, pretextando que Carlos había tenido que desempeñar otra comisión.

—No deben descuidar a ese chico —dijo Fabela como consejo tanto como orden—, se le nota vivo, capaz; vayan entrenándolo para cuando ustedes salgan de la escuela. Recuerden que siempre nos están haciendo falta valores nuevos y con mayor razón entre el gremio estudiantil, que se renueva con demasiada rapidez. No, no pierdan de vista a Carlos.

Y tampoco Fabela lo perdió de vista.

Un político pobre... es un pobre político

ÉRAMOS UNOS CHIQUILLOS cuando la reacción se prendió rabiosa a su última esperanza, el carismático general Juan Andrew Almazán, pocho él. Paniagua nos llevó al Palacio Municipal de Toluca, donde vimos al coronel Romero que nos esperaba con un manojito de papeles. Nos sentaron frente a unos escritorios que nos venían grandes, y nos pusieron a... pues a llenar boletas de elector, visto que esa misma mañana se habían realizado los comicios en el municipio. El más extrañado de todos fue Paniagua que, sinceramente, ignoraba para qué nos había mandado llamar el coronel, pero disciplinado como era, no dejó de atender a la cita y al reclutamiento de chavos.

Cuando ya todos estábamos en la ilegal tarea, Salvador levantó el rostro y fijó su mirada verde de batracio tierno sobre la figura enhiesta y bigotuda del militar revolucionario:

—¡Pero, coronel!, ¿cómo nos ponen a hacer esto?, ¡es un fraude!

El hombre miró a Paniagua como extrañado de “su extrañeza”. Se puso la pluma en la boca, volvió a clavar los ojos en el papel, y fue diciendo con voz confusa pero segura, sin titubeos:

—¿Y qué querías, que le diéramos el triunfo a la reacción? No, hijo, el Partido tiene que ganarlas todas, pero todas, a como dé lugar.

—¿Incluyendo el... chanchullo?

—Eso es según y como lo veas... yo diría, es una táctica, es una práctica. La conservación del poder en manos de la Revolución exige toda la energía, todo el valor de sus hombres. Cualquier debilidad abre grietas en el partido y en el poder. Y una grieta, con tantito que la presiones, se vuelve un abismo, el partido y el poder se deben conservar monolíticos.

Paniagua guardó silencio, pero aún como no convencido. Entonces el coronel explicó que el partido representaba en verdad a las grandes mayorías del país, incluso a sectores que no querían dejarse defender.

—Tenemos a todos los campesinos, a todos los obreros... sólo nominalmente. Dentro de estas masas hay muchos fanatizados, otros que tienen que obedecer a sus patrones. Pero los representamos a todos, aun a los que siguen creyendo más en el “tata cura” que en el “tata Lázaro”. Aun aquéllos que siguen añorando los tiempos de don Porfirio, porque les aseguraba la pitanza con grilletes y cuartazo. Ésos, o van a votar a favor de los reaccionarios, o simplemente no votan... Son infinitamente más los que se abstienen. Y ahorita, aquí, estamos sufragando por ellos.

El coronel era un hombre de humilde extracción, rudo pero muy inteligente y de una cultura natural adquirida más en la cotidiana lucha que en los libros. Ejercía una gran influencia sobre nosotros, que lo habíamos admirado cuando, como presidente de la Cámara Alta, propuso al Congreso de la Unión la expropiación petrolera. Nos puso a llenar cientos de boletas de elector que habían quedado en blanco y lo hicimos sin rechis-

tar, especialmente después de oír las explicaciones que le dio a Paniagua.

En el Estado de México la actitud de los revolucionarios había sido siempre ejemplar. Los hermanos Gómez, Abundio y Filiberto, fundaron en 1925 el Partido Socialista del Trabajo, que prefiguró al PRI, partido hecho con riñones, que dominó totalmente la vida política del estado hasta 1936 en que, ya casi adulto, el PNR se deshizo de los partidos fraccionales que constituyeron su plataforma inicial. La tesis de don Filiberto, creador y alma de acero del PST, era la de Romero: el partido revolucionario en el poder no debía ceder ni un popote de mando a la reacción, aunque tampoco a los minoritarios grupos de extrema izquierda.

En esa idea se forjó el grupo juvenil que integró la Confederación de Jóvenes Mexicanos. Carlos A. Madrazo, Veraza, Gurría Ordóñez, Garibay y otros fueron los creadores de la CJM (no confundirla con la Asociación Católica de Jóvenes Mexicanos, ACJM, auspiciada por el presidente Ávila Camacho), que consideraba conveniente aglutinar en un solo organismo, con extensión, poder y fuerza, las huestes juveniles del Partido de la Revolución, ya entonces designado PRM.

A fines de 1944, en el Estado de México se preparaba el cambio. Había que escoger al sucesor de Isidro Fabela y esto se presentaba como un asunto difícil porque el grupo labrista no estaba liquidado definitivamente. Tanto así que el 9 de septiembre se reunieron en el restaurante Chapultepec, de la ciudad de México, más de un centenar de líderes representantes de la entidad, en apoyo a la precandidatura del coronel Antonio Romero.

Si el grupo que se había reunido alrededor de la señera figura de Romero demostraba que era el verdaderamente

representativo de la entidad, que la gente del Estado de México, en su enorme mayoría, estaban con él, al PRM no le quedaría más remedio que declararse por el coronel. Desde luego, esto involucraba también al entonces presidente de la república, aunque muchísimos ingenuos de aquella época, nos consta, creían que el que seleccionaba era el partido y no el mandamás. No era tan popular entonces el famoso y omnipotente dedo de la providencia... presidencial.

Madrazo era muy amigo de Romero. Lo que es más, todo el grupo juvenil del Estado de México, inmerso en la CJM, considerábamos como uno de nuestros maestros y guías al coronel revolucionario. De modo que, a pesar de nuestro respeto, admiración y apego a Fabela, considerábamos que nuestro deber estaba a lado de don Antonio. Aparte de que no veíamos en el grupo de intelectuales y burócratas que rodeaba a don Isidro nadie con la estatura, con los tamaños, con las agallas necesarias para oponerse al que juzgábamos nuestro gallo.

Muy cercano el día en que el partido iba a lanzar su candidato, Madrazo nos llamó a México a los principales dirigentes de la Federación Juvenil del Estado de México. Yo era entonces el líder máximo, lo cual significa que no era yo gran cosa, pero para la entidad sí contaba. Nos dijo sin grandes preámbulos:

—Miren, cachorros, yo conozco el afecto que le tienen ustedes al coronel Antonio Romero...

Nuestra primera idea fue que nos iba a pedir que jaláramos con él, porque sin duda sería el candidato del partido.

—... Yo también lo estimo como uno de mis mejores y más leales amigos; es más, le debo favores. Pero la verdad es que, desgraciadamente, él no va a ser postulado por nuestro instituto político.

La exclamación que lanzamos se oyó desde varias leguas a la redonda: “¿Cómo?”.

Madrazo prosiguió explicando: “Ya hablé con el licenciado Antonio Villalobos (era entonces el presidente del CEN del PRM) y me dijo muy claro que el candidato va a ser... Bueno, ustedes ya deben saber quién...”. Confesamos nuestra real ignorancia, y él nos aclaró la duda:

—Pues el sobrino de Fabela, Alfredo del Mazo.

Puede que las anteriores palabras de Madrazo no las haya transcrito textualmente, pero estas últimas me repiquetean de tal manera en el seso, que juro que son las mismas que pronunció Carlos Madrazo aquella vez: “el sobrino de Fabela”. El único en quien jamás habíamos pensado, pues su carrera política, toda, consistía en algunos puestos burocráticos, incluyendo la Tesorería del Estado y la Secretaría General de Gobierno. Comparada esta carrera burocrática con la formidable vida política y revolucionaria de Romero, se pulverizaba a un grado ridículo. ¿Cómo un hombre cuyas habilidades estaban en el regateo, había desbancado al maestro? No lo podíamos creer. Todavía nos dijo Madrazo:

—Oigan bien, para que no vayan a cometer un error. La Confederación de Jóvenes Mexicanos está infinitamente más comprometida con el partido que con una persona cualquiera. Ustedes van a jalar con el partido. Van a apoyar, y lo van a hacer con toda convicción, a Del Mazo.

—¿Y tú? —le preguntamos al unísono.

—Es otra cosa. Si el coronel insiste en lanzarse dentro del partido, pero contra las decisiones de la dirigencia, voy a tener que darle algún apoyo. Pero creo que se va a retirar en el momento en que vea que no tiene el voto de los sectores.

Mi actitud va a ser personal, yo no soy dirigente de la CJM. Hace mucho que no lo soy, pero ustedes... es otra cosa.

Sucedió lo que Madrazo temía. Romero no se disciplinó y fue, según recuerdo, uno de los primeros marginados del partido. De todos modos lanzó su candidatura independiente y de todas maneras Carlos Madrazo lo acompañó en algunos mítines. El que se llevó a cabo en Toluca, en el campo deportivo Tívoli, incluso habló a favor del mílite de Palmillas. Nosotros, más que apoyar directamente a Del Mazo, nos fuimos con el PRM, interviniendo en las tareas que se nos encomendaron.

Pero para los gallones, a partir de Ávila Camacho hasta el último canchanchán del gobierno, Madrazo estaba poniendo en evidencia su peligrosidad. Desde hace mucho que en política ni cuenta ni se puede entender la verdadera amistad. Y si algo tuvo Carlos Madrazo en su ejemplar vida, fue honradez y sentido pleno de la lealtad. En ese momento comenzaron a tenderle la cama.

Cuando Estados Unidos, en su guerra contra japoneses y alemanes requirió de la carne de cañón de siempre, los granjeros del sur plutocrático se quedaron sin sus esclavos de subido color y entonces discurrieron sustituirlos por esclavos cafés que desde luego, un poco más al Meridión, tenían por cantidades industriales. Fue entonces cuando se concertó el acuerdo: México debería enviar un número determinado de braceros documentados para servir a los *farmer* en la crucial época de la recolección. Se imprimieron unas tarjetas especiales, signadas por tales y cuales firmas, autorizadas por éste y el otro sello. Y para distribuir las entre los prietitos de la peonada que habría de volverse chicana se las entregaron a los diputados.

No recuerdo bien la cifra, pero parece que a los del Distrito Federal les entregaron doscientos por legislador; número

de documentos entregados a Carlos Madrazo, quien representaba al popular distrito de La Merced. Sí, en ese rumbo eran muy solicitadas por la existencia de un numeroso grupo de cargantes y cargables de manos encallecidas. Parece que era la única condición que se imponía a los aspirantes, pues en esas condiciones bien podían pasar por hombres del campo.

Las tarjetas de bracero debían entregarse a los ciudadanos aptos para la cosecha gringa en plan totalmente gratuito. Estaba claro que traficar con ellas constituía un crimen, por lo menos un fraude a la nación. Y se dio la extraña casualidad de que sólo tres diputados, tres, cometieron el feo delito de vender las tales tarjetas, a saber el propio Carlos Madrazo, el obrero Pedro Téllez Vargas y el campesino xochimilca Sacramento Jofre. Naturalmente, los padres de la patria estaban demasiado ocupados en la grilla nacional de entonces como para dedicarse a buscar candidatos a braceros en sus respectivos distritos, de modo que pusieron en manos de sus ayudantes tan rascuache tarea.

Fue fácil sobornar a tales o cuales gentes para que cometieran el fraude o simplemente confesaran que sus jefes lo habían cometido. Pero solamente Madrazo, Téllez y Jofre, nadie más. Es muy probable que todos los ayudantes de los diputados lucrasen en su exclusivo beneficio con las tarjetas de bracero, pero, extraña e insólita coincidencia, sólo se supo que prevaricaban Jofre, Téllez y Madrazo.

Un buen día reventó el petardo. Los conocidos y populares legisladores aparecieron en los periódicos, en cabezas de ocho columnas, impresas en tipo de veintitantos puntos, como horrendos estafadores de infelices braceros. Cargados de testigos, los asesores jurídicos de la Secretaría del Trabajo pusieron su demanda en la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal, que entonces comandaba el culto guanajuatense José Aguilar y Maya.

Naturalmente, para poderlos meter al consabido bote, era necesario, primeramente, desaforar a los tres diputados explotadores de braceros, por lo que se fijó la fecha en que sus contlapaches de legislatura deberían discutir su presunta culpabilidad y, en caso afirmativo, quitarles el fuero. Con ello, los judiciales les podían caer en nube para trasladarlos a los recintos de Aguilar y Maya, y posteriormente a los de Lecumberri.

De acuerdo con cualquier ley, los diputados tenían el derecho de defenderse y Madrazo —por lo menos lo sé a ciencia cierta de él— se puso a preparar su alegato con la ayuda de los pocos amigos fieles que le quedaban. Fue en el despacho de Darío Vasconcelos donde se elaboró el gordo discurso en que Madrazo denunciaba la sucia maniobra que se gestaba para quitar del camino de Miguel Alemán a los tres políticos. Si la respuesta de Herminio Ahumada al informe de Ávila Camacho había sido brava y tonante, es posible imaginar lo que era el discurso de aquel muchacho terrible, formidable como dialéctico, agresivo orador, político de recursos y, sobre todo, hombre de muchos compañeros.

Salvador Paniagua fue uno de los colaboradores en aquella tarea que les llevó tres días con sus noches, sin dormir un instante. Madrazo denunciaba ante la representación popular, que es tanto como decir el pueblo mismo (en teoría, claro) no sólo la chicana asquerosa que se había tramado en las cuevas judiciales para descalificar políticamente a los líderes de los tres sectores del PRI, sino otras muchas maniobras, igualmente turbias, para entregar al país en manos de los capitalistas y del Coloso del Norte, que no creía conveniente tener a sus espaldas una nación libre que se inclinaba, si no al comunismo, al menos al populismo socialista.

Como todos los plazos, que no tienen más remedio que cumplirse, el de la comparecencia de los acusados ante el pleno camaral se presentó de modo inexorable. He dicho que Madrazo y sus amigos se habían enclaustrado en la oficina de Vasconcelos, lo cual significa que estuvieron retirados del mundo, de sus familiares, de todo otro contacto humano. Cuando Carlos llegó a las puertas del recinto de las calles de Donceles, abarrotada de partidarios y simples curiosos, un pistolero se acercó a decirle:

—Licenciado Madrazo, sabemos que hará usted su defensa con un documento que no conviene al país.

—Sí, señor —confirmó Carlos.

—Pues no lo va usted a leer —ordenó tajante el guarura.

Madrazo se rió en su cara y trató de seguir su camino, pero el tipo lo sujetó enérgicamente de un brazo:

—Señor licenciado —le dijo— le advierto que tenemos a sus hijos. Usted no querrá que algo malo les pase.

Esta escena que no vimos, nos la narró después el propio Carlos. Porque, en efecto, la sesión sería como a las once de la mañana pero antes, a las nueve, cuando se dirigían a la escuela, sus hijos habían sido secuestrados por los hampones de siempre. Madrazo se encendió y hubiese sido capaz de cualquier cosa, pero la sangre fría de que hacía gala el testafarro del avilacamachismo acabó por sosegarlo. Le había advertido con toda seriedad que si leía su discurso, a los chicos les podría ocurrir un fatal accidente, y que de ninguna manera estaba bromeando. Quizás si los vástagos hubiesen sido ya mayores... pero siendo pequeños, no tenía caso sacrificarlos.

Y Carlos Madrazo rompió el documento.

Máxime que, de todos modos, los dedos estaban debidamente preparados para hundirlo a él y a los otros dos predestinados al cadalso político. Aunque hubiese hecho la más brava

de las defensas, lo habrían reventado. Sólo pudo defenderse con tibieza, con un discurso improvisado que careció de la enjundia, de la pólvora que contenía su escrito.

La cuchilla cayó sobre las cabezas de Madrazo, Téllez Vargas y Jofre, que unos días después —como en el tango entonces en boga— “cumplían injusta condena” porque como a Ladrillo “los jueces los condenaron” por presión, demanda y consejo de los Altos Dioses.

Alguna vez que lo visitamos en la Peni, Carlos nos confesó que en aquellos días había aprendido más de la política mexicana que en toda su vida anterior y que: “Un político pobre en este país, vale para una chingada —recuérdese que era tabasqueño—, de manera que saliendo de aquí, porque tengo que salir a güevo, antes que volver a estas andadas me voy a cargar de dinero”.

Después de que salió, empezó a hacer negocios. Al mes ya tenía abiertas más de cien lecherías, de las que sacaba muy buen dinero.

El día que Madrazo nos hizo esta confesión, acerca del político mexicano que vale madre sin dinero, estaba presente Carlos Hank, quien aprendió inmediatamente el consejo y no tardó en seguirlo. Madrazo ya había tenido algunos puestos en el gobierno y había sido diputado, pero cuando pisó la penitenciaría no era dueño más que de una modesta casita de las que hizo la Dirección de Pensiones Civiles, con base en un préstamo hipotecario.

Por poco y se chamuscan al normalista Hank

TODOS LOS AÑOS HABÍA QUE SALIR DE TOLUCA con el objeto de realizar un mes de prácticas en las comunidades rurales o semirurales. Cierta vez nos destinaron a Tonicico para llevar a efecto la práctica. Pueblo terracalenteño, bravío, entonces incomunicado y semisalvaje, al que se llegaba sólo después de una accidentada y ruda jornada de viaje.

Era director de la escuelita un maestro, todavía joven y locuaz, en el que se presentía una remota dinámica, pero que se había dejado vencer por el embrutecedor ambiente rural. Lo veíamos derrotado, avejentado, incapaz, agobiado por los problemas familiares, lleno de hijos, falto de recursos y de energías, vegetando apenas en medio de una pesadilla de clases mal dadas y miedos interminables. Carlos Hank pensaba, no sin cierta tristeza:

—Si este pobre maestro tuviera que emplear en su escuelita todas las complicaciones técnicas, todo el costoso material didáctico que recomiendan los pedagogos... en primer lugar, terminaba por volverse loco; en segundo, se moría de hambre.

Nos sentíamos ridículos trabajando para niños hambrientos, cansados, modorros, con una serie de materiales que ni les enseñaban ni podían siquiera servirles de juguete. El profesor, Rodolfo Zamudio, lo comentaba riendo:

—Me gusta verlos, me gusta verlos trabajando con todas esas chivas que trajeron... ¡Por lo menos entretienen a los muchachos!

Estábamos como esas señoritas que sólo llegan a guapas el día de su boda, y eso porque se arrojan sobre la tlapalería, la mercería y sobre ellas la buena voluntad de los invitados. Nosotros sólo éramos brillantes técnicos, modernísimos educadores, en esos días de práctica de los que a los chicos, cuando mucho, les quedaba una idea por el estilo: “Esos jóvenes que vinieron a contarnos cuentos”.

Zamudio resumía pesimista sus observaciones: “Como practicantes vinieron a poner un parche de papel sobre un traje que se está deshaciendo de podrido... Como maestros, itendrán que hacer lo mismo que yo!”.

Aunque demasiado jóvenes y hasta despreocupados, ya el prematuro veneno de Zamudio nos escocía la piel. No era un hombre adocenado, no era un inútil en esencia, pero su fracaso en la vida parecía total e irremediable. ¿Sería éste el nebuloso destino de todos los profesores rurales... o semirrurales? Y se nos enchinaba el cuero.

En Tonicato sucedieron algunas cosas que nos impresionaron vivamente. Llegamos al pueblo un atardecer; íbamos sucios, bañados en sudor, y nuestra primera carrera fue para localizar al alcalde, quien debía hospedarnos y mantenernos durante todo el tiempo que durase nuestra misión.

Lo encontramos en el parquecillo. Era un tipo clásico de la tierra caliente, añoso, con las espaldas cargadas, seco de cuerpo

y largo de zancas, tuerto y analfabeta. Tomó el oficio al revés y fingió que lo leía. Luego lo pasó a su secretario (que paseaba con él) y ordenó que se lo tradujese. No dejó de manifestar su desacuerdo con la imposición de nuestras cargantes personas, con el pretexto de que el municipio era muy pobre, aunque al fin acabó por mandarnos a un hotelillo con fonda. También nos prestó las llaves del balneario municipal, a dos kilómetros del pueblo, para que fuésemos a darnos una buena refrescada.

La fuente de aguas termales quedaba en descampado, sobre un desierto salino que por las noches fingía un paisaje lunar. Ya alumbraba el astro nocturno cuando emprendimos la caminata con el mejor humor del mundo. Fue hasta los últimos tramos del camino cuando empezamos a sentir como que nos seguían. Algunas sombras se deslizaban con misterio a espaldas nuestras, aparentando no querer darnos alcance. Pensamos, al fin, que se trataría de otros bañistas.

Cuando llegamos al balneario, no bien empezamos a quitarnos la ropa cuando se presentaron los desconocidos. Eran tres, más que hombres tres sombras triangulares por el sarape hasta el embozo y el sombrero de Tlapehuala con barboquejo. No nos extrañó que viniesen de tal modo entrapujados, puesto que el terracalenteño de verdad es capaz de pedir su tilma en el propio infierno. De pronto, una de las sombras se desprendió del grupo acercándose a Hank:

—¡Buenas tardes... profesor! —dijo con voz sorda y aprensiva, dando un tono muy especial a la palabra “profesor”— ¿Quiere darme su lumbre? —pidió al ver que Carlos no contestaba.

Éste saludó al fin y buscó en su guayabera la caja de cerillos. Prendió fuego y lo acercó a la cara del desconocido, que prendió su cigarro con lentitud y mirando sombrío por encima

de la flama. Luego cambió de expresión y dijo con acento suave y al parecer cohibido:

—Disculpe... disculpe, joven, iy muchas gracias!

Entonces se retiró en silencio junto con sus compañeros.

—¿No van a nadar? —preguntó extrañado Hank. Sus palabras parecieron despertar a los desconocidos, que prorrumpieron a coro:

—¡Ah, de veras! —y también comenzaron a desvestirse.

Luego nos enteramos de todo, especialmente de la contingencia que puso a Carlos a un paso de la sepultura... o del hospital, cuando menos. Sucede que poco antes, un maestro de apellido Arce, de más o menos las mismas señas que Hank, alto, rubio y demás, había conquistado a una chiquita lugareña a la que, después de seducir, no tuvo el menor empacho en abandonar a su suerte. Los hermanos estaban ofendidísimos y habían jurado lavar con sangre la afrenta. Ese día les dijeron:

—Acabamos de ver a “ése”... Va con otros para la alberca.

Los tres, como una sola mano, habían tomado sus retrocargas y a los pocos minutos los teníamos pisándonos los talones.

Cuando vieron a Hank, cuya cabeza destacaba sobre el plano de los chaparrales, el más rabioso quiso disparar sin demora. Los otros lo detuvieron. No, no estaban completamente seguros de que se tratara de su ofensor: era el mismo pelo, la misma estatura, la misma complexión... pero era mejor asegurarse. Esa precaución salvó la vida de nuestro amigo.

Al llegar al balneario, el más sereno se acercó a pedir lumbré; a la claridad del fósforo pudo ver que estaba en un error y, confuso, dio la orden de retirada. El menor equívoco, una actitud irreflexiva y apresurada, habría precipitado en un instante la tragedia. No pasó nada. En verdad hubiera sido incom-

previsible que un hombre de tanta suerte como Carlos Hank, terminara sus días por culpa de una bala... dedicada a otro.

Sin embargo, pese a que nos salvamos de morir a tiros, por poco y fenecemos de hambre. Cuando el alcalde se presentó a pagar la primera semana de alimentos, estuvo a punto de quedarse ciego del todo, y de inmediato ordenó que no se nos volviera a poner cerca un vaso de agua. Tal vez le haya parecido sobrenatural que Carlos desayunara con ocho huevos, entre crudos, tibios y pasados por agua, dos filetes de res, un litro de leche, un kilo de frijoles, toneladas de pan, fruta y alguno que otro entremés. Menos debe haberle parecido la forma en que comía como si lo estuviera haciendo por un pelotón completo y que en la noche pidiese un servicio más o menos semejante al del desayuno.

Y con aquello de que el resto solíamos ordenar banquetes parecidos, con alguna que otra rara excepción... el lógico final era que cuanto antes se nos levantase la canasta.

Fuimos a ver al insolente edil para reclamarle su actitud poco patriótica, pero nos mandó con cajas destempladas. Entonces sucedió un hecho que nos llenó de orgullo magisterial y de satisfacción humana: los pobres maestros, encabezados por Zamudio, decidieron sufragar nuestra alimentación y hospedaje por el resto de la temporada, siempre que hiciésemos la promesa de comer como estudiantes modestos y no como orangutanes capitalistas. El acto de solidaridad nos conmovió profundamente y desde esos días comimos como ermitaños en el desierto.

¡Ni hablar, sólo los pobres socorren a los pobres!

Ya por nuestra cuenta y para cerrar con broche de oro el paseo, decidimos ir a caballo hasta Malinaltenango, a fin de conocer sus legendarias barrancas, donde —según dicen— todavía pueden encontrarse restos vivientes de la descomunal

fauna carbonífera, algo así como serpientes aladas, iguanodontes descalzos y tigres dientes de machete.

El viaje nos produjo una magnífica borrachera de luz, de paisaje, de enervado panteísmo. Las barrancas son imponentes de verdad, se tarda un siglo para bajar y otro para subir entre breñas, matojos, cardos y siempre con la esperanza de ver surgir entre los rocallones algún antiguo vecino de los pantanos cuaternarios.

A veces el paisaje se volvía monótono y entonces comenzaban las inquietudes: “Ya estamos viejos, pronto saldremos de la Normal... ¿y después?”. Alguno decía:

—En fin, nos estamos preparando. Se supone que vamos a revolucionar estas comunidades, a elevar su nivel de vida, a enseñar a los niños de acuerdo con las técnicas más avanzadas... ¡de acuerdo!

Pero también había que estar de acuerdo en que se trataba de una tarea de romanos, realizada por un sueldo de cuatro pesos diarios. Y continuaba el sermón:

—¿Acaso puede un pobre, un triste, un infeliz maestrillo, que apenas junta para mal comer, regenerar pueblos enteros con siglos de oscuridad y degeneración?... ¿Y para qué le sirve a esta gente la enseñanza de acuerdo con las técnicas más avanzadas? ¿Se puede siquiera y fácilmente, enseñarles algo a la manera tradicional, aunque fuese utilizado el arcaico *Silabario de San Miguel*?

—Fue la Revolución la que debió abrirnos el camino, barbechado la milpa y preparado el rebaño. A veces pienso que no somos, como profesores, revolucionarios y modernos, ni siquiera ese mal parche de papel del que hablaba Zamudio.

Lo mejor de nuestra juventud estaba terminado. La vida entre camaradas y amigos, el estudio en común y las comunes penas, al calorcillo romántico de los primeros idilios, la ansiedad del baile y el temblor de la cita... todo eso estaba quedando definitivamente atrás, ¿y luego?

Pero Carlos ni se rebelaba ni pensaba en desertar.

—¿Creen ustedes —nos preguntaba— que en otro terreno fuera de la educación, podían hacer algo más por este pueblo del que tanto se duelen? Si tienen mejores armas para mejores medios, úsenlas... pero mientras estemos metidos aquí, hay que intentarlo todo.

Tal vez Hank no pensaba entonces en la política como plan concreto. Pero siempre insinuaba que en el mundo las posibilidades son muchas y muy distintas.

—¡Claro que no va a ser el magisterio, solo, el que barra con toda esta basura!... Máxime que desde el magisterio se puede uno lanzar a otros terrenos de la lucha, ¿o qué no?

Luego, cada quien tomó su camino y la vida se empezó a contar en pasado.

Mi ingreso a la prensa de rompe y rasga

—DE MODO QUE TE VAS A RECIBIR DE MAESTRO... pero también te gusta escribir, ¿cuánto te van a pagar por dar clases?

—Cuatro pesos con setenta y cinco centavos diarios.

—Hmmm... si quieres veinte conmigo, te doy diez y te hago periodista.

Mi hermano Heriberto me había llevado para que saludara a Roberto G. Serna, nuestro primo mayor, que entonces era dueño de una gran empresa editorial y tipográfica, y publicaba algunas revistas de espectáculos como *Cine Continental*, *Novelas de la Pantalla*, *Beisbol*, *Sol y Sombra*, y una de asuntos varios, especialmente política, que se llamaba AS.

Fue para mí una salida excelente y decorosa. En verdad no me había gustado la maestreada. En la Normal llevé a cabo algunos manipuleos que me salieron bien, pero en la política grande había visto cosas que me pusieron los pelos de punta. En especial el encarcelamiento de Carlos Madrazo, del que hago referencia en otra parte. El periodismo era un oficio cruento, difícil, pero creí que podría dominarlo, especialmente si tenía buenos mentores como el propio Roberto. Él

había enseñado a mi hermano la profesión de grabador de rotograbado, o huecograbado, como decía que se llamaba más propiamente.

El día 3 de noviembre de 1945 me presenté con el jefe Serna, al que incluso Heriberto y yo hablábamos de “usted” por tratarse de un pariente mucho mayor, que había triunfado en la vida, que era un personajazo y al que debíamos el mayor respeto como patrón y guía. Me recibió cordial y amistoso.

—¿Tienes alguna experiencia?

—Bueno, en periodiquitos de Toluca.

—Pues aquí te vas a olvidar de todo lo que aprendiste en la provincia y a empezar de nuevo.

Tomó de su escritorio unas cuartillas y me las alargó.

—Esta es una editorial que acabo de escribir para *AS*. Revuélcalo a tu modo, sólo tomando el tema.

Serían las cuatro de la tarde y estábamos en su oficina de los altos del edificio de Artes y Ramón Guzmán, donde tenía instalados los talleres. Como todo lo suyo, el despacho estaba compuesto con elegancia y buen gusto; los muebles eran de caoba, el escritorio bien tallado, con cubierta de paño verde. En las paredes lucían las mejores portadas de sus revistas; es decir, aquellas que podían hablar bien de sus éxitos tipográficos. Había una mesa pequeña, con una máquina mecánica, donde me puso a escribir. Vi con extrañeza que me dejara en su propia oficina, hasta que me dijo:

—Ya luego te buscaré otro acomodo. No te muevas de aquí, regreso como a las nueve de la noche.

Toda la tarde trabajé en un escrito que de cualquier manera no se publicó. Ni estaba destinado a ello. Volvió Roberto a la hora prevista y leyó rápidamente mis párrafos.

—Bien —dijo—, parece que tienes facilidad. Mañana te presento con Fernando (Morales Ortiz) para que empieces a trabajar en *Novelas*.

Iba a despedirme cuando me indicó:

—No, no te vayas. Espérame un momento.

Abrió una muy disimulada puertecilla en el más apartado rincón del despacho y luego lo oí subir por una escalera, hasta que se perdieron sus pasos en la altura. Más tarde supe que en esa parte del edificio tenía su *garzonier*, muy bien puesta y ajueada. Tiempo después, cuando yo velaba formando revisitas con el maestro Kaskabel, por las noches oíamos subir a Roberto con la mujer en turno. Como necesariamente debía pasar frente a nuestra oficina y por lo común la chamaca no deseaba ser descubierta, Serna se adelantaba, se metía a platicar con nosotros unos minutos, cerrando previamente la puerta... y entonces escuchábamos claramente los tacones femeninos que iban rumbo a su despacho y, naturalmente, con destino al leonero. Poco después el hombre se despedía de nosotros.

Aquella primera noche de mi estancia en la Editorial Serna, Roberto bajó de su *sancta sanctorum* muy limpio y acicalado, y me pidió que lo acompañara. Fuimos primero al Café Tacuba a tomar un leve refrigerio, “café con soletas”, como él decía.

Posteriormente me llevó al Teatro Lírico, compró asientos de primera fila y programa en mano nos acomodamos. Pensé que se trataba de una vulgar invitación a la tanda y que, muy probablemente, esa noche no tendría algún amigo que lo acompañara. Luego pude darme cuenta de por qué los muchachos del taller decían con sorna: “El Jefe Pata compra boletos de primera fila para irle a ver las piernas a su mujer”.

Esto del Jefe Pata era en función de su estatura. Roberto pasaba del uno ochenta y en realidad tenía una cierta deformidad: la caja del cuerpo cuadrada y corta, y las piernas largas y flacas. Cuando llegaba al taller subía las escaleras corriendo y de tres en tres escalones. De ahí le vino el remoquete de Jefe Pata Larga y después, acortado, Jefe Pata.

Cuando terminó la función me llevó a buscar a su mujer, de la que efectivamente habíamos visto las bellísimas piernas durante el desarrollo del programa. Se trataba de Amparito Arozamena, blanca y muy dulce, aunque con la voz un tanto ronca, tirando a varonil. Me presentó con ella y los tres fuimos a cenar chilaquiles al café Principal.

Desde esa noche y durante seis años no habría de separarme ya de Roberto... hasta que lo fui a enterrar.

El abuelo Silviano García, clásico descendiente de gachupines, tenía los ojos verdes y era de tez blanca y pelo tirando a rubio. Comerciante acomodado, se casó con dilecta señorita de la mejor sociedad calimayense, doña Daría de la Serna, educada en el famoso Colegio de las Vizcaínas. Nacieron de este matrimonio, de gente bien, siete hijos: Armando, el mayor, que se dedicó a la imprenta y el periodismo; Silviano que, siguiendo las orientaciones del doctor José de la Serna, tuvo por oficio el de boticario; Celia, mi madre; las tías María, Daría y Carmen; finalmente, Jorge, que se entregó de lleno a la ebanistería y... al trago. Fue la excepción (respecto a que hablamos de una familia bien) y por ende, la oveja negra.

El primero en casarse fue mi tío Armando, con hembra alta, garrida, pero muy morena y vástaga de una familia campesina que, aunque también llevaba el apellido García, no ostentaba los blasones de don Silviano. Se casó en seguida Silviano chico con bellísima mujer, en grado de sobresaliente, de pelo

oscuro y tez muy blanca, miembro de una familia de blasones y buena reputación.

En otros términos, Armando se casó con Martina, hija de un tal Rafael García que —para principio de malas cuentas— cohabitaba con tres hermanas que habían aceptado integrar un harén, en tanto que Silviano lo hizo con Joaquina López, cuya familia presentaba, además del color del armiño, muy buenas credenciales en cuanto a moralidad.

Negra la piel y oscuros los antecedentes, Roberto, el hijo de Armando, salió prietito, y Guillermo, chamaco de Silviano, apareció de pelo rubio, tez blanca y ojos claros. Desde ese momento Silviano, el viejo, empezó a discriminar al pobre de Roberto. Aun cuando ya tenían uso de razón los dos niños, el malcriado abuelo se hartaba de decir acerca de Guillermo:

—Éste sí es mi nieto —y señalaba a Roberto —Ese pinacatito no.

La actitud discriminatoria del abuelo se reflejó y reprodujo en toda la familia. No aceptaban a Martina, a la que acusaban, entre otras cosas, de no llevar una vida muy ordenada, que solía ponerse unas borracheras de órdago, que cuando mi tío Armando llegaba a comer la encontraban ahogada y sin que hubiese preparado ni un plato de frijoles. Al cabo del tiempo estimularon los amores del tío con una muchachona de la capital.

Hasta mil novecientos veintitantos mi tío Armando trabajó en una imprenta de Toluca donde, por cierto, se hacía un periodiquito dirigido por el maestro Heriberto Enríquez que en 1911 se opuso a los afanes impositivos de Madero, empeñado en llevar a la silla gubernamental al aristócrata Medina Garduño. Respecto a mi tío Armando, algunos amigos del gremio lo instigaron para que dejara la provincia y se fuera a México.

Finalmente lo hizo. Entró a la imprenta de *El Universal* y pronto se llevó a Roberto, pero no a las cajas porque el muchacho, que ya mostraba una imaginación muy despierta y excepcional audacia, prefirió aprender el linotipo de Mergentahler. Poco después, cuando llegaron a México los primeros intertipos, se dedicó en cuerpo y alma a este nuevo componedor tipográfico, del que llegó a ser uno de los mejores operarios. En efecto, cuando a fines de los veinte ingresó a La Universal, una famosa imprenta que estaba en la Plaza de Villalongín, compitió en un concurso de velocidad en el intertipo y lo ganó, con gran ventaja sobre sus rivales.

Era Roberto un hombre de gran personalidad, carismático como dirían ahora, excelente conversador, que dominaba a maravillas el arte de contar cuentos de color o anécdotas chispeantes. Alto, moreno, de elegante figura, pronto se hizo de amistad con las vedetes de moda, los galanes del cine y, sobre todo, con un grupo de políticos de la vieja guardia obregonista vueltos a la circulación por el cardenismo conciliador. Fue ayudante de un diputado Baca Solorio, quien lo recomendó al presidente para que se hiciera cargo de la regencia del taller tipográfico de la Penitenciaría.

Entonces se ligó, de una manera más práctica, con Enrique Liekens y Luciano Kubli, con quienes estableció, en las calles del doctor Jiménez, la Cooperativa de Artes Gráficas Unidas. Esto fue a fines de la década de los treinta, cuando mi hermano Heriberto, el Chato, llegó a trabajar con él. Roberto lo puso en manos, precisamente, de Arturo Kubli, de quien el Chato fue ayudante en el departamento de grabado.

Roberto fue un hombre de genio y un innovador dentro de la imprenta comercial. En el momento en que ostentaban el monopolio del rotograbado los Talleres Gráficos de la Nación,

la Cooperativa Cuauhtémoc y el *Excélsior*, Roberto propició los afanes de un señor Castillo, quien demostró que podía construir prensas de ese tipo en nuestro país, hasta llegar al roto-grabado cromático.

El taller del Dr. Jiménez y de las Artes, que abrió un poco después, rompieron el monopolio y abatieron los precios de ese tipo de impresión gráfica. Sayrols inmediatamente se pasó con Serna y el coronel García Valseca le mandó a imprimir el celebrísimo *Pepín*. Para poder sacar adelante el trabajo que se le vino encima, Roberto no dudó en preparar a nuevos operarios, pues resultaba imposible quitarles los suyos a empresas tan bien establecidas como las ya mencionadas.

Roberto abrió fuentes de trabajo o contribuyó a que se abrieran y capacitó a una gran cantidad de obreros en la rama tipográfica del roto-grabado. Fueron familias enteras como los Allard (Agustín, Pepe, Javier y Felipe), los Cajiga (Esteban y Guty), los Casillas, principalmente Raúl, Cecilio Caballero... en fin, resultaría larga y tediosa la lista completa de aquellos que muy posiblemente no hubiesen recibido una oportunidad por lo cerrado del círculo, casi artesanal, de la impresión gráfica en los talleres entonces existentes. Como siempre, unos se lo agradecieron y aún lo recuerdan, otros fueron ingratos y ya se olvidaron de él. Dicen que los explotó, quizás, pero les dio un oficio del que acabaron por vivir muy amplia y cómodamente. En lo que a mí respecta, no tuve muy buena acogida por parte de mis jefes inmediatos superiores de *Novelas de la Pantalla*: el atildado y puntilloso Fernando Morales Ortiz y el gruñón refugiado Santiago Muñoz, que eran respectivamente el director y el jefe de redacción de la revista, tal vez por aquello de que Serna me estaba presentando como su primo. A su parecer, me había ganado la chamba por influencias y lo más probable era

que no sirviera para nada. Me dijeron que viera si podía ir organizando el archivo de fotos y que cuando necesitaran algún reportaje que estuviera en condiciones de hacer, me avisarían. La colección gráfica era un revoltijo tremendo y para empezar lo único que pude hacer fue separar individualidades de grupos. No más.

Fernando Morales Ortiz era un tipo joven, muy cabezón, con la melena rizada, tez clara, ojos oscuros y en general facciones regulares. De buena estatura y enorme presunción. Muy buen escritor y crítico de cine, se le consideraba uno de los periodistas de espectáculos más importantes de su tiempo, junto con Roberto Cantú Roben, el Duende Filmo, Ángel Alcántara Pastor, Vicente Vila, Osvaldo Díaz Ruanova y otros. Para ser director de una revista que estaba destinada a boleros y gatas, resultaba demasiado susceptible. Por ejemplo, nunca admitió que trabajara con él Jorge Vidal, *el Gordo*, sólo porque este muchacho aparecía en las historietas fotografiadas del *Pepín*. José G. Cruz empezaba a utilizar, en lugar del dibujo, secuencias fotográficas y junto con Roberto Ramaña, en papel de gángster, su otro héroe era Vidal en el papel de inspector policiaco. Esto, Morales Ortiz lo consideraba una especie de deshonra para un periodista, no importaba que el Gordo supiese de las intimidaciones del cine más que un ratón de su troje.

Por cierto que en aquellos días Morales Ortiz había sufrido un incidente muy comentado en los círculos cinematográficos. Publicó una crítica del filme *Bugambilia*, en el que acusaba la decadencia del Indio Fernández, por lo melodramático, cursi, empalagoso y mal trazado de la película. En una de tantas reuniones que había entre cineastas, Emilio no sólo le reclamó la crítica por considerarla injusta, sino que le propinó formidable puñetazo. Tomando en cuenta el peso de los posibles contendientes,

el Indio era completo y Fernando apenas llegaba a pluma. No había lugar a pendencia, dado el carácter manso y pacífico de Morales Ortiz. Por ello siempre se juzgó tal acto como un abuso de Fernández, por su ferocidad y sus arrebatos criminales.

A partir de que ingresé a *Novelas*, fue poco el tiempo que estuvo Morales Ortiz en la dirección.

Santiago Muñoz era un personaje chaparrito, mal encarado y descompuesto, en alto grado de deterioro, más que por la edad, por los sufrimientos que había padecido durante la Guerra Civil española y el éxodo de su patria. Casi totalmente calvo, no podía ser menos que frentón, de cejas pobladas como la mayor parte de los gachupines; ojos pequeños, hundidos, simiescos y nariz en discreta consonancia con los ojos. Aunque ya tenía cinco o seis años en México, conservaba intacto el acento. Era también un notable escritor; yo le conocí varias novelas que nunca llegaron a publicarse, quizás por su estilo, muy teatral para la época, aunque pudo haber hecho estupendas telenovelas y radio.

Aburrido de la poca faena, paseaba yo por los corredores tratando de matar el tedio cuando cierto día me sorprendió, con las manos en los bolsillos, el maestro Alfredo Valdés Leroux. Lo saludé muy atento y entonces se detuvo para preguntarme:

—Tú eres el hermano de Heriberto, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Prácticamente nada... el señor Morales Ortiz no me da chamba.

—¡Carajo! —tronó— ¡y por qué chingados no me lo habías dicho?, con esa timidez no vas a llegar a ninguna parte. Sí, claro, te vas a morir pidiendo limosna en el quicio de una puerta. ¡Vente!, ahora vas a trabajar conmigo...

Alfredo Valdés era el director artístico de la empresa; formaba todas las revistas de Roberto (con excepción de *Novelas de la Pantalla*) y era el jefe de redacción de la revista *Nuevo Mundo*, que entonces editaba Miguel Alessio Robles. Originario de Veracruz, venía siendo pariente de Miguel Alemán y en verdad se trataba de un personaje. Además de dominador del oficio, era alegre, jocundo, lépero, en fin, como él mismo acostumbraba decir: “rumbero, jarocho y trovador de veras”. Por otra parte, su seudónimo como caricaturista era Kaskabel, con dos “k”, lo cual daba la connotación perfecta de su carácter. Cuando se hizo novio de una mujer muy fina y educada, siempre me estaba diciendo: “Alfonsito, cuando oigas que digo otra chingadera por favor me rompes el hocico”, “sí, maestro”.

No pasó ni un año sin que me acomodara con Muñoz y con el maestro Kaskabel, de tal modo que llegué en ese tiempo a jefe de redacción de *Novelas* y a secretario de información con Valdés. Ya he dicho que Muñoz hacía *Novelas*, Valdés confeccionaba el *AS*, un señor Ortigoza dirigía el *Beisbol* y parece que Esparcita Arellano se encargaba de *Sol y Sombra*, publicación que murió casi al tiempo en que yo llegaba a la editorial. El resto eran títulos que Roberto sólo imprimía en maquila.

Las enseñanzas de un don Juan

AUNQUE ROBERTO SERNA SALIÓ DE LOS TALLERES penitenciarios para poner sus propios negocios, siguió teniendo relaciones con los carcelarios para mandarles maquila cuando el trabajo excedía sus posibilidades, para intercambiar papel y otros asuntos por el estilo. Solía mandarme a realizar algunos de estos trámites. Conocí al nuevo regente y a varios de los reclusos impresores. Todos me decían:

—Lo que sea de cada quien, manis, siempre creímos que el jefe Serna era puro farol, un niño bonito. Pero no, de veras se las trai. Jamás portó un arma aquí en el tambo y eso que tenía derecho a llevarla. Y siempre nos metió en orden a pura mano limpia.

Y seguía sin usar armas cuando se atrevió a quitarle la mujer nada menos que al *Tigre Poblano*, Maximino Ávila Camacho, a quien al principio de los cuarenta no había político, militar o civil, que osara tocar en sus intereses personales ni con el pétalo de una flor.

Doña Mercedes Pinto, que se solazaba imaginando y describiendo las tropelías que —le habían contado— cometía el

gran cacique, aseguraba que en Puebla ver él una muchachita hermosa y pedir que se la llevaran por la noche a su aposento, era todo uno. Y que no había Dios ni Papa que se opusieran. Incluso —alegaba la escritora— hubo padres de familia que entregaron dócilmente a sus hijas, sabiendo que no les quedaba otra alternativa. Por lo que toca a maridos, igual, pues el señor no veía pelo ni color y lo mismo se prendaba de señoritas solteras que de señoronas casadas. Y el que se ponía enfrente no amanecía en su colchón, como dice la copla.

De estas cosas habla también Ángeles Mastretta en una novelita publicada treinta y cinco años después de la muerte del maximón, y a pesar del tiempo transcurrido no se atreve a dar el nombre del personaje, ni de quienes lo rodearon, así sea facilísimo descubrir su identidad al instame. Y narra lo mismo su satiriasis que su satanismo, sus desaforados amores y sus proditorios crímenes.

Fue precisamente por el año cuarenta cuando Roberto le quitó a su mujer —no digo a su esposa, que conste—, de la que se declaraba profundamente enamorado: Amparo Arozamena.

Siguiendo su inveterada costumbre, don Max se llevó a Puebla a la guapísima *vedette*. Una temporada sobre la que se hizo lenguas toda la gente del medio teatral, tan chismosa como las de cualquier modesto vecindario. Pero Amparito, que era gente de la farándula hasta la médula de los apetecibles huesitos, le exigió que la regresara a México para seguir danzando y haciendo los sketches que tan bien le salían, le han salido siempre. Entonces fue cuando conoció a Roberto y se enamoró de él.

En varias ocasiones los pistoleros de Ávila Camacho trataron de liquidar a Roberto. Una vez, a la salida del Restaurante Tampico, donde lo estaban esperando para balacearlo; con

una habilidosa maniobra se les adelantó, les quitó las pistolas y los tundió a patadas. El hecho fue muy comentado en los medios político y teatral. Y desde ese momento la epidermis de Roberto sufrió una baja escalofriante. Nadie ofrecía un centavo por su expuesta zalea. En efecto, intentaron algunas otras emboscadas, que siempre fracasaban, ya fuese por el talento o bien por la suerte del hombre que vio brillar su estrella, hasta que él mismo la apagó... o se la apagaron cuando los hados ya no le eran propicios.

Vivió más o menos seis años con Amparo. Tuvo con ella un hijo. Se lucían ostensiblemente en cabarés, restaurantes, balnearios, hoteles de lujo... en fin, ahí donde mejor se les podía ver. Quizás en los últimos tiempos haya influido la gachupina Conchita Martínez, uno de los últimos amores de Maximino. Mujer de teatro también, debe haber frenado los celos del maximón: "Si agredes a ese hombre, es que sigues queriendo a la mujer", puede haberle dicho. Y se calmó el agua para Roberto.

Por lo demás, aquel romance parecía indestructible. Roberto adoraba a su Amparo. Amparo estaba endiosada con su Roberto. No se casaron, pero tampoco les hacía falta el papel. Se amaban y ya. Roberto estaba también prendado de su hijo, de Juan Antonio, Yantotó, a quien siempre traía, a su lado, en el Buick azul, montadito a horcajadas en el brazal que ya entonces tenían los coches a la mitad del asiento delantero.

Pero otra vez, unos muslos prodigiosos hicieron que Roberto se olvidara de todo, de la mujer y hasta del hijo. Roberto no fue un "picaflor" de éstos que suelen pasar sobre muchas mujeres como gallos, pisando y corriendo. Él las amó verdaderamente a todas, intensamente, con una pasión real que nunca hubiera podido fingir. Cada una era la última, la más querida,

la insustituible, la que verdaderamente había agotado todas las fuentes de su deseo y la potencia de su alma. Y se lo hacía creer a ellas, porque era definitivamente sincero, convincente. No sabía representar una farsa; actuaba, sí, pero como se actúa en la vida práctica y no en el teatro. No hubo una que yo le conociera con la que no viviese al menos unas cuantas semanas de volcánico idilio.

Creo que su primer romance notable en el medio teatral fue con la *vedette* Chelo Villarreal. En el álbum de fotos que me heredó, Roberto está varias veces retratado con ella durante excursiones a las que solía llevarla con frecuencia. Era una mujer alta y morena, hermosa y bien formada. Tuvo su época y su prestigio. Luego se lo ganó la blancura nacarada, las piernas excepcionalmente fraguadas en la escultura viva que fue Amparo. Y Amparo perdió frente a los muslos mórbidos y apetitosos de Meche Barba.

Siempre había un motivo o un pretexto para cambiar de pareja. Considero que rara vez fue el rostro. Roberto era fundamentalmente sensual y después de todo en ese ambiente, unas más otras menos, todas poseían rostros gratos y dotados de algunos atributos de hermosura real. La cara de Amparo era alegre, poseía una sonrisa encantadora, bonitos ojos, nariz correcta, cutis de rosa, la voz ronca. En cambio Meche era de rostro duro, anguloso, de pómulos muy pronunciados, casi mongoloides, como ciertas mujeres rusas. Había quien no la consideraba hermosa de cara, pero en cambio, de cuerpo... no en balde fue una de las rumberas más célebres del cine y produjo verdaderos ardores entre los fanáticos del movimiento de caderas. No sé por qué se enojó con Vicente Vila por publicar que bailaba la conga con “experiencia matrimonial”. Yo hubiera dicho que lo hacía con “furor hawaiano”. Y por lo que toca a su experiencia, no era precisamente matrimonial.

Meche Barba, chica modesta que, junto con su hermana Carmen, trabajó desde muy pequeña en el circo o en la carpa y trotando por el mundo sin escuela debido a la vida trashumante del padre, acabó por aprender mucho con Roberto, quien también estaba en el punto más alto de su madurez mental y física. Sin tratar de enseñarle directamente, que es el grave error de todos los maestros, la aleccionaba en lo que podía a base de chistes, cuentos, chascarrillos, anécdotas. Siempre tenía uno a flor de labio... o buscaba la forma de pintar a sus semejantes con una sola pincelada de humor. Otras veces procurábamos hablar frente a ella, en la tertulia familiar, de cuestiones literarias, de ciencia viva y actual, de cuestiones de política propia y ajena.

Pese a su vida en la farándula, a su actuación como estrella cinematográfica, en el fondo Meche era bastante tímida. Por ejemplo, en cuanto le ponían un micrófono enfrente comenzaba a temblar como azogada. En el set había micrófonos, pero ella no los veía, de modo que en el fondo se trataba de un problema psicológico. Era el aparatito el que la ponía febril, balbuceante y tartamuda.

Roberto compró entonces una grabadora, aún en la etapa del alambre, para hacerla hablar frente al micrófono y que así se le apagarán los complejos. Yo le preparaba pequeños discursos y Santiago Muñoz pergeñaba algunas piezas dialogadas, cortas, de algo que se podría llamar radiocuentos y la obligábamos a decir aquellos parlamentos para que se percatara de que el micro no comía y de que, además, su voz sonaba en la grabación con agradables timbres.

Un churrito más que deja un idilio roto

APROVECHANDO QUE DURANTE la Segunda Guerra Mundial Hollywood había perdido mundo, puesto que su producción además de baja era monocorde —el tema bélico—, los productores cinematográficos mexicanos invadieron mercados, si bien dicen los críticos que no en la forma ni con la intensidad que debieron, ni con la calidad que era necesaria para conquistar y conservar los territorios ya ganados. Yo creo que la maniobra se hizo con bastante donaire: lo mismo se rodaron obras reputadas como de arte hasta en Rusia, que una bola de churros intrascendentes, películas comerciales que de todos modos eran pedidas por aquellos públicos ignaros de nuestro subdesarrollado subcontinente.

El caso es que eran filmadas muchas películas, pero nadie invertía un centavo en la producción, ¿por qué?, muy sencillo, porque todo se hacía a base de anticipos. La compañía planeaba un filme, ya tenía el argumento, cualquiera, pero en especial de charritos farolones, de rumberas piernudas y nalgonas, de gánsters malditos y villanos, o de familias púdicas y desgraciadas; se escogía el reparto y se enviaba mensaje atento a los exhibidores del sur de Estados Unidos, siempre lleno de

chicanos, o bien, de Centroamérica, Suramérica, el Caribe y las Antillas. Los exhibidores calculaban con base en el arrastre de los artistas, pues el argumento les valía lo que se le unta al queso: chile. Y si consideraban que las estrellas eran de jalón, anticipaban dinero al productor, quien de inmediato recibía varios cheques gordos.

Con este dinero el magnate del celuloide tomaba la mayor parte (se compraba uno o dos edificios de apartamentos u otros bienes raíces) y con lo que quedaba hacía la película, siempre de bajo presupuesto. Así fue como en aquellos tiempos se rodaban bodrios en tres semanas, con un director Morales (o inmorales), desaprensivo, comerciante, sin la menor ética artística, que plantaba una o dos cámaras y ponía a parlamentar a los actores como les diera la gana, con tal de que siguieran el “guión”.

Desde luego, si los exhibidores juzgaban que el reparto no era lo suficientemente atractivo para garantizar el retorno del dinero a la propia escarcela, por conducto de las taquillas de sus cines, contestaban al proponente que su idea no les interesaba. Y la película no se hacía, pues ya hemos dicho que nadie osaba invertir un quinto de su propio bolsillo.

Fue la época en que doña Matilde Landeta consiguió que le dieran la patente de directora, pues hasta entonces sólo hacía alguna que otra asistencia. Y para debutar se embarcó en una empresa muy difícil: llevar a la pantalla un libro histórico y feminista de don Pancho Rojas González, *Lola Casanova*, que como novela estuvo destinada al éxito y como película nació para el fracaso.

Digamos en líneas generales que esta Lola Casanova, personaje de la vida real en tiempos de la Nueva España, fue una chiquita popis que, viajando por Sinaloa, cayó en manos de

los indios pelangoches de la tribu Seri, infeliz y depauperado grupo étnico que ya entonces andaba tocando los límites de la extinción, aunque conservaba algo de su añejo orgullo. Como sus familiares se tardaron en ir a rescatarla, Lola no tuvo más remedio que pasar a formar parte del harén de Coyote Iguana, el cacique principal de la tribu. Ambos empezaron a progestar vástagos, por aquello de que “casamiento de parias, fábrica de encuerados”. Así fue como la Lola se adaptó a esta nueva gente y ya no quiso regresar con los suyos; antes bien consiguió que el topil seri se conchabara con ella hasta convertirla en una especie de reina madre y contraparte caciquil, que hizo un extraordinario papel a favor de sus desvalidos parientes indios.

En realidad el único papel importante de la trama era el de la Casanova. Además, muy difícil. Requería de una actriz de polendas, con muchas tablas y aptitudes, ciencia y pupila, en resumen, una verdadera actriz. Calcúlese: debía matizar convincentemente la vida de una mujer que empieza siendo una niña hueca e insustancial, consentida y vana, hecha a la soberbia española de las nobles cimarronas que se creían más importantes que las peninsulares, precisamente porque eran menos. Luego es la mujer pretendida por un jefecillo indígena que, junto a los potentados con los que Lola estaba acostumbrada a vivir, no era más que un miserable individuo prieto, trompudo y feo como lo fue Coyote Iguana. Pero ella, derrotada por la adversidad, admite ejecutar el más inaceptable de los sacrificios: abrirle las piernas en un petate.

De ahí, la protagonista pasa a la obligada maternidad y a esa evolución difícil de representar de la mujer inadapta que termina por amar al marido indeseado, adorar a los hijos sin meditar sobre su procedencia y, lo más importante, querer de manera

entrañable, comprender y socorrer a los desdichados seris, muy próximos a ser borrados del mapa. Hoy, según parece, sólo queda una docena para entretención morbosa del Instituto Indigenista y esas entelequias. En fin, Lola termina por amar a los aborígenes que el cielo le ha deparado y emprende una heroica lucha para ayudarlos y enaltecerlos, a pesar de sus propios hermanos de raza, contra ellos y, en ocasiones, teniendo que mendigar de éstos su solidaridad hacia la pequeña tribu. De niña cursi a mujer de temple en grado heroico. No más.

Doña Matilde acudió al productor, Gregorio Wallerstein, si la memoria no me falla, presentándole la adaptación cinematográfica y el reparto. De seguro que a la cabeza del mismo aparecía el nombre de una verdadera actriz. Es posible que ese productor hiciera la propuesta correspondiente a los exhibidores continentales, pero lo evidente es que se negaron a enviar un centavo. Alguna vez entrevistamos a doña Matilde y nos dijo que posiblemente *Lola Casanova* ya no se filmara y que estaba pensando en pedirle prestado un argumento a Juan Orol. Pero seguía en pláticas con el magnate de Filmex. Se volvió a leer la historia y al comentarse algunos detalles sobre el vestuario se tocó un punto del mayor interés. Sí, como mujer principal de la tribu, la heroína debía ponerse una vistosa faldilla de plumas de pelícano que descubrían una buena parte de sus muslos.

—¿Muslos, dijo usted?

—Sí, muslos.

—Entonces ahí está la solución. Si de muslos se trata pondremos a la mujer que está llenando las taquillas americanas con cerros de oro: Meche Barba.

No nos consta, pero es muy probable que doña Matilde abriera tamaños ojotes de admiración y sorpresa: ¿cómo?, ¿cómo una rumbera? Aunque no estaba dispuesta a negar

aquello de los muslos, éstos no tenían rol en la película, no iban a actuar. Don Pancho Rojas jamás había dicho que los remos bajos de Lola Casanova fueron unos muslos de fantasía. Ni necesitaban serlo. Incluso si la intérprete poseía piernas de chichicuilote, nada tenían que ver con la historia. Pero todo aquello carecía de importancia si se tomaba en cuenta que un reparto encabezado por Meche haría fluir los chorros de dinero hasta las arcas del productor. De modo que ¡Meche y ya!

Desde don Pancho Rojas hasta el último reportero lanzamos un ¡ah! Pero yo al menos pensé en que hacer un papel de esa naturaleza favorecería a la querida de mi pariente. Quizás aprendiese a actuar, cosa difícil con doña Matilde, que si bien era una excelente técnica, como maestra de actuación y directora de escena no andaba en un nivel muy conveniente. Ella se había hecho en los estudios y entre máquinas. Nada más.

Claro que el productor siguió pensando en el reparto, con esa mentalidad “anticipera” tan necesaria. ¿Y el héroe?, ¿ese Coyote Iguana, qué, cómo andaba vestido? ¡Qué vestido ni que nada! Apenas un pobre taparrabo y una diadema en el pelo. Le brillaron los ojos al productor, ¡ya está! Meche con sus muslotes y Armando Silvestre con su musculatura de campeón, máxime que después de pasarse la vida en los Baños Aragón, en trusa y levantando fierros, pues ya estaba bien curtido por el sol y, aunque gachupín, podría pasar por conspicuo miembro de la raza de bronce. Bronceado, pues.

En esos días se estaba lanzando de galanazo al joven atleta que, si bien tenía un cuerpo como para míster universo, en cuanto a la actuación andaba (y anduvo) del brazo por la calle con Meche Barba. Me decía Santiago Muñoz:

—¡Coño! Fíjese que este Armando es nieto de Miguel Fernández Silvestre, un general colonialista muy valiente pero muy bruto. Fue el que allá, a principios del siglo, se lanzó a castigar al Rif en Marruecos. Se llevó a todo el ejército español, penetró muy profundo, pero muy insensatamente, en un territorio infestado de rebeldes, y cuando volteó la cara ya estaba copado, sin salida y sin remedio. Ahí se acabó toda la tropa. Fue uno de los desastres más costosos que ha sufrido España. Tanto que hasta el trono se perdió. Precipitó la abdicación de Alfonso XIII y la dictadura de Primo de Rivera.

Eso realmente me importaba un cacahuete. *Lola Casanova* iniciaba su viacrucis hacia la churrería y ya nada podía salvarla. De todo el reparto la única gente que tenía noción del arte de Thalía era Isabela Corona. Muy poca cosa. Eso sí, el resto era de lo más auténtico y respetable, es decir, los lugares de filmación, que serían en la mera Sinaloa y sus preciosas playas, exactamente donde los seris de veras se habían muerto de hambre. Todo el personal se trasladó a Mazatlán y a mí me comisionó Roberto para que hiciera un gran reportaje de la filmación.

Desde un principio me di cuenta de que los muslotes y el musculatorio estaban haciendo su efecto. Además del calorito, que en esa época azotaba las playas sinaloenses en pleno verano, se calentó el ambiente, se caldeó la película, se excitaron los muslos, se enardeció el musculatorio; se abrieron los muslos, se engarrotaron los músculos y pronto se vio que se trataba de un Coyote con toda la Barba y una Iguana que por las noches —como diría Tennessee Williams— se tostaba en el horno de la concupiscencia.

Yo regresé antes para publicar el reportaje. Por cierto que había cargado con las instrucciones de darle mucho caché

a don Armando el Silvestre. Desde luego, no osé decirle a Roberto que, por primera vez en su vida (al menos en lo que yo conocía) se le estaba abultando peligrosamente la frente. Máxime que, seguro lo que se dice seguro, no podía yo estarlo. Noté durante la filmación, en el restaurante del hotel, etc., que Mando y Meche estaban cachondos, pero me fue imposible acompañarlos a esa cama común de que ya se hacían lenguas todos los muchachos del *staff*.

Meche no se anduvo por las ramas. Regresando le confesó a Roberto el amor que, en grado de incandescente, había concebido por el joven y musculoso galán. Se separaron. Y se puede comprender sin dificultades que el hombre se quedara caliente y picado. Pero, ¿qué podía hacer en contra de ella? No era su esposa, los cuernos resultaban apócrifos, postizos, aunque de todos modos Meche era “su mujer” a los ojos de todo el mundo, y de repente le daba el esquinazo.

Roberto quiso desquitar su coraje con Silvestre. Yo lo comuniqué con él por teléfono, suponiendo que a Serna no le iba a contestar. Pero hablaron. Sólo puedo decir, porque sólo eso supe, que Roberto invitó a su rival a una entrevista, en los alrededores de Chapultepec y que el muchacho (de la película) no acudió. Y creo que hizo muy bien.

Una magnífica pista... la del circo

EN 1945 REGRESÓ A MÉXICO el Circo Atayde Hermanos, después de una gira de veinte años por Centro y Sudamérica. Creían que su estancia iba a ser breve. La verdad es que les iba muy bien en las regiones ístmica y austral, en cuyos senderos se había quedado Francisco Atayde; pero Manuel, el mayor de los hermanos, no quería morir sin antes sentir nuevamente el calor de la patria. Un año después se le cumplió su voluntad a este formidable, jocundo y carismático payaso.

El caso es que a su llegada los Atayde ya sólo conocían a los viejos cirqueros y ferieros, a quienes solicitaron les recomendaran gente del negocio. Y al circo fue a dar Nacho Paniagua para manejar el servicio eléctrico y el equipo sonoro, asuntos en los que era especialista. Para los menesteres de la energía se llevó a Ezequiel Mora, *el Popochas*, y para la animación del espectáculo a Benjamín Navarro, *el Tibico*, quien, como decía Nacho utilizando una de esas palabras de su invención, era muy catarrín. Así les llamaba a quienes tenían una acendrada afición al chupe.

A esas alturas ya Salvador Paniagua, el fraterno de Nacho, había destripado totalmente en la política. Recorría el país

visitando a los cuates de la Confederación de Jóvenes Mexicanos, quienes solían aposentarlo y darle alguna que otra chambita. Como estupendo locutor que fue siempre, presentaba algunos programas radiofónicos; como extraordinario orador, animaba los mítines; como declamador, entretenía a las familias lugareñas. Nunca había probado sus habilidades como animador de espectáculos, pues era un retórico serio.

Pero resulta que Navarrito, el Tibico, cuando agarraba la papalina era constante, por lo menos se pegaba a la botella una semana o más. Y como la diosa casualidad siempre se muestra propicia a esta clase de incidentes, en los que les tuerce y destuerce el existir a los infelices mortales, resulta que Salvador hizo parada en México uno de esos días en que Navarro navegaba en grandes profundidades éticas. Nacho trataba de salir del mal paso improvisando ínfimas locuciones, de modo que cuando vio a su hermano lo consideró como caído del cielo y le ensartó sin más trámite el micrófono.

Chavita improvisó el primer día. Pero tenía su pundonor, escribía con regular estilo y era capaz de manejar elegante, fina y retóricamente el lenguaje, de modo que al otro día por la mañana se entrevistó con los artistas y les preguntó sobre la forma que deseaban los presentara. Se lo dijeron, redactó eslóganes afortunadísimos y esa noche el director artístico, que era don Aurelio Atayde, ni siquiera se apareció en la pista. Detrás de un *waffle* de sonido se quedó embobado escuchando cómo Paniagua le daba al espectáculo un contenido, un calor, un dinamismo, un juego verbal que jamás había tenido. Habló con Nacho:

—Oiga usted, Paniagua, este locutor, ¡qué bueno es!, ¿de dónde lo sacó?, ¿cuándo lo contrató?

—No lo contraté, don Aurelio, es mi hermano y sólo me vino a dar una manita mientras regresa Navarro que, usted sabe, está un poco enfermo.

Don Aurelio confesó que le gustaba más Salvador, y eso que Navarrito de ningún modo era un maleta. Tenía una voz excelente, aunque le faltaba la cultura y la preparación de Chava. Pero, de todas formas, Nacho creyó conveniente hacerle algunas aclaraciones al señor Atayde:

—Es que, de veras, don Aurelio, mi hermano no se dedica a estas cosas; él es político, esa es su carrera.

Pero don Aurelio se montó en su macho: quería a Salvador. Más tarde insistió también el menor de los Atayde, quien era el gerente de la compañía circense.

—Quieren que te quedes en lugar de Benjamín —le dijo Nacho, a lo cual Salvador tenía que replicar:

—¡Estás loco!, ¿cómo le voy a hacer eso al Tibico? No, de ningún modo. Además, yo tengo mis compromisos.

La verdad es que no tenía ninguno y por lo menos durante lo que restaba del gobierno de Ávila Camacho, en política, no iba a levantar cabeza y puede ser que mucho menos en los seis años siguientes pues ya se sabía que, en efecto, el candidato era Miguel Alemán, en contra de quien el grupo de Rojo Gómez había luchado abiertamente. El verdadero y único obstáculo no podía ser más que Navarro. Pero Nacho era hombre de recursos:

—¡Hombre!, si ya sabes que a Benjamín lo tengo en otras cosas. Estaba en el micrófono a falta de algo mejor. Por él ni te preocupes, chamba no le ha de faltar.

El propio Navarro ratificó que no le gustaban el micrófono ni la animación circense:

—Oye, palabra, es una esclavitud. Yo soy feriero, no locutor.

Salvador Paniagua decidió contratarse con muy buen sueldo, por un año. Después ya vería. La temporada de México estaba a punto de terminar, de modo que sus primeros pasos dentro del espectáculo circense los dio haciendo la gira por el interior de la república que, entonces, por falta de carreteras, se hacía lo mismo en tren que en barco, en camiones de redilas, en lo que se encontraba a la mano. Y por ello encerraba mayor romanticismo, era más clásica para un trashumante grupo de saltimbanquis.

Yo me incorporé poco después, aunque ya había tenido algún acercamiento previo. El primer personaje del circo al que conocí de cerca fue a Aurelio Atayde García, cuyo nombre de combate, Bellini, estaba relacionado con el cariñoso que se confiere a los Aurelios, es decir, Bello, como lo llamaban todos sus familiares. Sólo que tanta belleza no le satisfizo y lo reformó con intenciones latinistas. En ese 1945 era un chamaco, como de diecisiete años bien corridos por toda América. Aunque nació en Venezuela, sus padres, como a todos los muchachos del clan, lo habían registrado en el consulado de México, de modo que era absolutamente compatriota.

Como payaso era estupendo y en la vida diaria tenía también sentido del humor, si bien lo disimulaba con cierta seriedad que más bien parecía timidez. Era delgado, de cabeza grande y frente despejada, curva, de intelectual, nariz correcta y unos ojos casi orientales, pero con cierta inclinación hacía abajo que los hacía parecer tristes. Usaba bigote y tenía fama de galán, lo mismo que su hermano Jorge.

Nacho Paniagua quería que le hiciéramos un reportaje para la revista *Novelas de la Pantalla*, con la idea de que los productores cinematográficos se fijaran en él y pudieran contratarlo para alguna película cómica.

Bellini correspondía a la rama Atayde de don Manuel, que ya maduro se había casado con doña Aurora García. Ella utilizaba este apellido por cierta aprensión familiar, pues realmente era Arteché, media hermana de la mamá de Olga, quien llegaría a ser mi primera esposa (nos casamos por lo civil en 1950). Así es que doña Aurora y don Manuel venían resultando primos segundos, lo cual no fue obstáculo para que se casaran. Ello quiere decir que Olga y Bellini eran primos por ambos lados, el de don Manuel y el de doña Aurora.

Mi relación más estrecha con el circo se produjo tiempo después. El primer año de estancia de los Atayde en México, se conectaron para que les hiciera su revista que se expendía durante las funciones con un señor Archibaldo Deneken, ampuloso y fatuo, empezando por el nombre. Parece ser que este señor fue el padre de unas cantantes famosas que llevan ese apellido, pero de ello no estoy muy seguro. Por razones muy especiales, el trabajo de este editor no satisfizo plenamente a la empresa. Como por agosto de 1946 Salvador Paniagua me fue a ver a las oficinas de la Editorial Serna.

—He obtenido la concesión para hacer la revista del circo y quiero que entremos en sociedad por partes iguales.

—¿También el trabajo?

—Bueno, pienso ayudarte en lo que pueda, pero tú tendrás que elaborarla.

Era necesario hacerlo todo, escribir, diseñar. Algo había aprendido trabajando, a guisa de secretario, con mi maestro Alfredo Valdés Leroux, *Kaskabel*, pero aún tenía muchas

deficiencias. De modo que nos pasamos en la confección del *magazine* por lo menos tres meses. Fue la primera revista profesional que hice en mi vida, pero dejó satisfecho a don Andrés.

Recuerdo que para la historia de los Atayde comenzamos utilizando un artículo firmado, en la revista *Nosotros*, por Antonio Sáenz de Miera, *el Charro*. Sin embargo estoy casi seguro de que la redacción no era de Antonio, más bien dedicado a vender planas de publicidad. Creo que el texto debe haber sido de Mauricio Ocampo; el estilo lo denunciaba.

Con Paniagua como animador y yo como ejecutivo del *magazine Atayde*, esa temporada de 1946 nos amadrigamos en el circo durante su temporada larga en la capital de la república, allá al sur de la avenida San Juan de Letrán. Prácticamente todos los días nos visitaba un grupo de amigos que acabó por enquistarse alrededor de la improvisada caseta en que Salvador iba anunciando los números y poniendo música.

Años después resurgió el proyecto cinematográfico. El sueño dorado de los cuatro hermanos Atayde, desde que conocieron a los cuatro hermanos Soler, siempre fue que se filmara en México una película con las hazañas circenses de los primeros, en interpretación artística de los segundos. El argumento se compondría en especial de la prolongada gira de más de veinte años que los Atayde hicieron por Centro y Sudamérica. Los papeles estarían distribuidos del siguiente modo: el mayor de los Soler, Domingo, haría el rol de don Manuel Atayde, que también era el mayor del clan; Andrés encarnaría a Pancho, Fernando a Aurelio y, finalmente, don Julián sería Andrés Atayde, el más activo y puede que hasta el más talentoso de los artistas del circo.

Y la verdad es que incluso en la apariencia física las cataratas de los Soler se correspondían con las de los Atayde, pero para cuando éstos regresaron de su larga *tourneé* ya ninguna de las dos familias se cocinaba al primer hervor y los principales acontecimientos, aquellos que podían entrañar la aventura más emocionante, el suceso climático, el interés pasional o romántico, etc., habían tenido su viva realidad cuando los Atayde eran jóvenes. Aunque en 1949 y de acuerdo con los milagros de la cinematografía, a base de trucos, de maquillaje, de ángulos fotográficos, se consigue devolverle la mocedad a cualquiera; todavía era posible que los Soler dieran la facha de tener entre los veinte y los treinta y cinco años.

Pero había que apurarse, porque el tiempo se estaba yendo. A las insinuaciones del empresario, varios productores cinematográficos respondieron que, si quería película, él pusiera todos los centavos, ya que contratar a los Soler no costaba una bicoca. Roberto Serna no necesitó que se le insinuaran, sino que fue a ver a los Atayde y les endulzó la oreja. Claro que también pensaba inmiscuirlos directamente en el negocio para que se pusieran con su cuerno, dándoles a entender, en primera instancia, que el nuevo productor se encargaría de todo. Y es que el gerente de la empresa, don Andrés Atayde, fue siempre el más económico de los pudientes del espectáculo. Podría afirmarse que, más que de Michoacán, era de Monterrey.

Al menos consintió don Andrés que, para ir preparando el guión argumental alguna persona viajara con el circo, que realizaba su gira anual por el interior de la república, a fin de que se le fueran proporcionando los datos cumbre, capaces de vertebrar una interesante trama. Roberto me propuso y los Atayde aceptaron en virtud de que tenía yo algún tiempo haciéndoles sus revistas y otros artículos publicitarios. Él, don Andrés, ioh

sorpresa!, se encargaría de los gastos de hospedaje y alimentación, lo cual no dejaba de ser un pequeño triunfo para Roberto.

Así fue como a pesar de que la cinta nunca se realizó, terminé por meterme hasta el forro en la vida del circo. Nueve años trabajé haciendo la revista, aunque mi tía Queta aseguraba no dejarse engañar: según ella, dada mi chaparrez, yo salía de enano a la pista, ipero con maquillaje!

Un raro caso de ocaso y acoso sexual

EN 1946 A ROBERTO SERNA se le vino encima un movimiento obrero que no pudo sortear. El Sindicato de Tipógrafos siempre ha sido fuerte y sus abogados muy habilidosos. Quebró la empresa y un banco que estaba en la Avenida Juárez se encargó de la liquidación; más tarde la compraron (o tomaron también para jinetearla) los González Parra, Díaz Lombardo y demás. Cuando Roberto sintió perdida la Editorial Serna, trató de salvar *Novelas de la Pantalla* y puso la revista a nombre de Santiago Muñoz, que la dirigía en esos tiempos.

Este Santiago Muñoz merece unas líneas aparte. Español refugiado, taciturno y de carácter más bien sombrío, poco dado a las confidencias, apenas pudimos sorprender algunos detalles de su misteriosa existencia. Transitó el éxodo en condiciones verdaderamente lamentables, con la mujer, Purita, enferma de tuberculosis. Al ingresar en territorio francés lo internaron en el campo de concentración de Perpiñán, donde la mala comida (decía que si la calificaba de bazofia le estaba haciendo un favor) le destruyó el estómago y padecía de “pereza intestinal”, rara vez podía hacerle los

honoros al retrete y por lo mismo padecía tremendos dolores de cabeza. Mi maestro Alfredo Valdés, que había estudiado unos meses de medicina, era un inveterado recetador. Al ver que Santiago se atiborraba de aspirinas, le recomendó que tomara otra cosa:

—Con eso se está acabando de arruinar el estómago. Si lo que en realidad le molesta es el dolor, mejor tome Alka-Seltzer; eso le alivia las indigestiones y le quita la cefalalgia.

Pero no le dijo cómo ingerir el medicamento y Muñoz pensó que las tabletas se tomaban como las pastillas de aspirina, pese a que evidentemente son mucho más grandes. Se echó una a la boca con un trago de agua, intentó tragar... y ya se estaba ahogando. Por suerte lo hizo en las oficinas y Valdés acudió oportuno para salvarlo.

Volviendo a Serna, después de la quiebra de su editorial pasamos tiempos difíciles. Puesto que ya no tenía talleres propios, mandaba maquilar la revista aquí y allá, gestionando créditos, echándose algunas drogas encima. Finalmente cayó en la imprenta de las calles del Mercado, propiedad de una viuda de Castanedo, no sólo madura sino ya caída del árbol, con hijos mayorcitos, señora que profesaba una gran simpatía, rayana en otra cosa, hacia el buen amigo Serna.

—No hombre —atajaba él mis suspicacias— la señora es una auténtica dama. Yo la conozco, muy honorable, muy decente, muy religiosa, completamente ajena a las suciedades de este mundo. Lo que pasa es que su carácter es amable y dulce, aunque muy estricto. Hace años que tengo tratos con ella y siempre se ha portado de manera impecable.

—¡Bueno!

No se podía decir otra cosa sin pecar de malicioso. Efectivamente la señora daba la impresión de ser una simple nego-

ciante, bien vestida, pero con discreción pues ya sobrepasaba el grado circular del jamón simple, y aunque era o había sido rubia natural, ahora se notaban los artificios de las tinturas en su pelo ralo y plagado de rizos sin gracia. Naturalmente mofletuda, sus ojos grises carecían de la chispa que quizás tuvieron antaño. Sus labios estaban marchitos; su cuello y sus manos (únicos incapaces del disimulo apantallador) mostraban las inmisericordes arrugas de la edad.

Un tiempo después de estar maquinando *Novelas* en sus talleres, Roberto le debía ya una respetable cantidad de dinero. Sin embargo, semanariamente le abonaba todo lo que podía y estábamos seguros de que en aras de aquella buena voluntad era que la señora le seguía fiando. Un día le dijo, casi maternal:

—Oiga, Roberto, comprendo los apuros por los que está pasando, pues me vería en los mismos si perdiera mi negocio. No me lo tome a mal, pero tengo por ahí unos cuartos que no uso, ¿para qué sigue pagando renta ahí en Doctor Mora? ¡Véngase para acá! Yo se los presto desinteresadamente, mientras se repone. Luego que se levante, ya veremos.

Efectivamente, en aquellos días tenía Roberto una oficinita a medias con Ramón Lara, un agente de publicidad del *Esto* y, aunque no era gran cosa, de todas maneras se tenía que poner con su cuerno para la renta. Cuando nos cambiamos me extrañó que al jefe la señora le hubiese destinado un salón bastante grande, de unos ocho por diez, graciosa si no es que preciosamente amueblado, con un afelpado y cómodo terno, varias sillas con el asiento acolchonado y tapizado, más libreros, rinconeras, un gran escritorio ejecutivo... en fin.

Para los demás, incluyendo a Muñoz, una redacción modesta.

Pronto empezó a verse que mi primo no era precisamente un arrimado. La doña ya no consultaba a su administrador ni a

su jefe de talleres. Su asesor total era Roberto y con demasiada frecuencia lo llamaba a su oficina, también muy coquetona, o iba a verlo a la suya. Por su parte él, acostumbrado a cumplimentar a las damas, ya le era casi instintivo ser caballeroso y galante, y con esa solicitud atendía a la señora.

Sin embargo, nadie hubiera podido maliciar que entre ambos hubiese el menor conato de romance. Él vivía aún con Meche, la cual se presentaba con frecuencia en la oficina y trataba con esmerada atención a la patrona, a la que sin duda tenía por la más venerable de las abuelitas. Y en esas condiciones de extremada decencia fueron transcurriendo uno, dos y tres meses. La verdad es que no lo recuerdo exactamente.

Una noche me fui a despedir del jefe y lo encontré muy atareado. Por lo común salíamos juntos a merendar o me llevaba a mi cuchitril. Pero esa vez me dijo que pensaba quedarse a terminar un proyecto.

—¿Sabes? —me explicó— la señora quiere pasar del roto-grabado al *offset* y es posible que yo salga a Estados Unidos para tratar todo lo referente a la maquinaria. Precisamente ahora le estoy terminando de formular unos cálculos. Quiere que se los enseñe esta misma noche.

Me fui al Sanborn's del Prado. No había terminado de cenar cuando vi al jefe. No estaba precisamente en su color. Como era negro se le veía un poco cenizo, con los labios morados. Me localizó y vino a sentarse conmigo. No pude menos que preguntarle:

—¿Qué pasa, jefe?, lo veo... nervioso.

—¿Qué crees que me pasó?

—Un choque.

—Peor que eso. La desgraciada vieja se me aventó como loca. Estaba yo muy quitado de la pena, metido hasta el forro en

mis numeritos, cuando sentí que me tapaban los ojos unas manos ásperas y rugosas. Creí que eran de hombre y me acordé que Raúl Casillas pensaba verme esta tarde. Seguro que se había retrasado. De modo que dije: “Órale, cabrón, no juegues”. Oí un grito y sentí que me retiraban las manos. Me volví rápidamente y era la señora, a la que te juro que no había percibido que entrara. De seguro venía en zapatillas porque también vestía una elegante bata casera. Me disculpé como pude y empecé a mostrarle el proyecto. No podía pensar que viniese para otra cosa.

Roberto continuó refiriendo:

—Ella, que se había quedado de pie, detrás de mí, empezó a acariciarme el cuello y la nuca, y me hacía piojito, tierna, insinuante, por lo que decidí mejor hacerme pendejo y hablar, hablar, hablar... hasta que me calló: “¡Ay, orita no me hables de esas cosas, Bob!” ¡Bob!, y me estaba tuteando: “Ya habrá tiempo. Además, tú aquí puedes hacer lo que se te dé la gana. Eres el dueño. Dispón de todo lo que tengo y de todo lo que soy. Es tuyo”.

—Esas palabras se me quedaron aquí, pegaditas —prosiguió Roberto— pero la alternativa era muy clara: o me seguía haciendo tarugo o le empezaba a fajar. Y preferí lo primero. Le dije que si pensaba hacerme su socio en aquella empresa, lo mejor era que desde un principio habláramos con claridad y derecho, por lo que resultaba muy oportuno hacer un análisis frío y pormenorizado del proyecto. Máxime que yo debía salir a Los Ángeles a la mayor brevedad posible. Se le veía nerviosa, agitada, es decir, excitada, porque en lugar de atenderme me tomó la mano: “Ven Robertito”, me dijo insinuante, “si quieres que hablemos, siquiera vamos a ponernos cómodos” y me jaló hacia el sofá, se sentó en una orilla y fue a la puerta para asegurarla. De regresó empezó su *show*, caminó hacia mí quitándose la bata para lucir

un *negligee* rosado, con un gran escote que le permitía lucir su gordo pescuezo y la mitad de sus tetas, de una piel blanca sebosa y atestada de enormes pecas café. Y se dejó venir caminando como encuerista, contoneando las caderas, adelantando una pierna a cada paso, casi me pareció oír como música de fondo algún *blues* norteamericano o una melodía parisina. Fue algo tan grotesco que por poco y suelto la carcajada.

Según mi asediado pariente, la mujer se sentó a su lado y le dijo:

—“Ahora sí, Bob, hablemos”, todo en un susurro que me acercó a la oreja, para continuar con que siempre había estado enamorada de mí, que me deseaba ardientemente, que jamás había querido a nadie, que era una mujer que aún tenía mucho qué ofrecer... Total, que en ese mismo momento estaba dispuesta a entregarse haciendo el más doloroso sacrificio de su virtud, pues desde que enviudó, mejor dicho desde muchos años antes de que su marido la cambiara por la tumba, no había conocido hombre alguno. Yo le había dejado hacer, pues quería saber hasta dónde llegaba. Y llegó... por sorpresa se prendió a mis labios y me dio tan tremendo beso que casi me tira del sofá. Un beso que, por más que se haya tomado su sen-sen, me supo a fierro mohoso, a barro podrido...

—No exagere, jefe —interrumpí su relato—, la señora ya está grande pero es una mujer.

—¡Pero qué mujer!, no tienes idea de lo grotesco que resulta una vieja gorda, aguada, llena de arrugas, que no encubre ni el lardo... ¡tratando de hacerle a la sirena encantadora!

—Jefe... jefe... Un taquito no se le niega a nadie, ¿qué le costaba hacerla un ratito feliz? Acuértese de que por ahí le debemos las facturas de las cuatro o cinco últimas ediciones

de la revista. Yo sé que lo de la imprenta es una pantalla, que la señora se está pudriendo en dinero. No andamos tan boyantes.

—Mira, Alfonso, es muy fácil pensar y hablar como tú estás pensando y hablando. Cuando entró, que estaba en bata, que empezó a insinuarse, te juro que me pasó por la cabeza esa posibilidad de pegarle un brinco. Tal vez si hubiéramos apagado la luz, quizás si no hubiera hecho su teatro... Creyó sin duda compararse con las mujeres que he tenido, porque estas ancianas son así de locas, y pensó ser una Chelo, una Meche, una Amparito, y demostrarme que ella también tiene con qué. Una estupidez, una ridiculez. Cuando vi esos enormes jamones blancos, lechosos, que temblaban de gordura en lonjas; cuando vi esa barriga que casi escondía totalmente un sexo del que sobresalían algunas cerdas como zacate de lavadero y los senos colgantes, como tlaconetes húmedos, flácidos, y los pezones como gusanos de dos centímetros, de color gris sucio...

Hizo una mueca de asco y prosiguió su relato:

—¡Carajo! ¡Carajo! Te juro que sentí como que el ése se me empezaba a aflojar, como que se me contraía y arrugaba, haz de cuenta como hacen los machitos de tripa, así, exactamente así. Y entonces, fíjate lo que te voy a decir, cometes peor pen-dejada si quieres atreverte a complacer a la vieja, que si te zafas violentamente. Si la cortas, por lo menos tu dignidad varonil queda indemne.

Todavía rebatí sus argumentos. Sinceramente, yo pensaba que siendo un buen padrote, un padrote probado, estaba en capacidad de hacer funcionar su aparato reproductor a cualquier tipo de condiciones. Y se lo dije: “Usted puede como sea y donde sea”.

Meneó la cabeza y replicó:

—Te voy a preguntar una cosa. Conoces a Fulano —y dio el nombre de un chichifo muy identificado en el ambiente periódico y que nadaba en dinero— ¿se te pararía el miembro, para zumbártelo, aunque te ofreciera la mitad de su fortuna, que no es pequeña?... No me contestes a lo güey. Piénsalo. Piénsalo bien.

Después de meditar unos momentos respondí que no, y entonces fui yo quien movió la cabeza en señal de negación. Eso dio pie para que él redondeara su explicación:

—Pues es un caso parecido. Aunque hubiera intentado complacer a la señora, de plano no habría podido, pero ella no iba a creer que por falta de encantos en su persona. Si se atrevió a hacer casi un *striptease*, quiere decir que aún se considera seductora. Y si después de eso a mí no se me para, ¿iqué?, pues que hubiera creído no en su fealdad, sino en mi impotencia. Respecto a lo que dices de explotarla, tampoco, hermano, tampoco. No creo en su abstinencia de años. Pero de todas maneras una mujer así está desesperada, hambrienta de sexo, insaciable. Tienes que atenderla día y noche, mañana y tarde. Más, siempre más. Y si no logras que se te enderece aquello el día de la sorpresa, de la primicia, cuando podrías tener al menos un antojo, ¡imagínate después! Si quieres la lana, tienes que cumplir, cumplir siempre, porque no te va a perdonar una fallita. Por eso me dan pena esos que los franceses llaman *gigolos*, que son precisamente los padrotitos que viven con una vieja rica. Trabajan a destajo, horas extra, los infelices, tratando de darle batería a una momia que ya no es posible que los estremezca. Bueno, a menos que sean gerontófilos y sólo se pongan cachondos precisamente con esos cadáveres vivientes. En fin, piensa lo que quieras...

—Si yo lo único que pienso, jefe, es que la vieja se las va a cobrar.

—¿Quieres decir que me va a cobrar lo que le debo?

—Y algo más también, creo, pues aunque usted no me lo ha dicho seguramente la desairó violentamente.

—Le atinas. Después del beso le di un empujón tal, que rodó por la alfombra como fardo. Yo aproveché para salir corriendo no sin antes pescar mi chaqueta. Creo que se quedó gritando. Y sí, debe estar muy encabritada. El despecho, tú sabes, las vuelve más peligrosas que un tigre hambriento. De que se va a desquitar, no me cabe la menor duda.

Estoy seguro de que la anterior escena debe haberse desarrollado un viernes, porque al otro día el jefe se fue de *weekend* todavía con Meche. Podía atravesar en ese momento, debido al fracaso de la Editorial Serna, por dificultades económicas, pero los que sufrían eran sus acreedores; él seguía dándose vida de rey.

El lunes llegué a trabajar como a las diez de la mañana, pues el acuerdo con Roberto había sido continuar viviendo como hasta entonces. Realmente a la vieja le convenía ser discreta. Y hasta quizás se hubiese enardecido más y persistiese en su acoso sexual a Roberto, quien ya vería cómo se la quitaba de encima. Creo que la conocíamos poco. Cuando quise entrar a la oficina no me sirvió la llave. Habían cambiado la combinación. Me alcanzó una secretaria:

—Que dice la señora que pase a verla, que lo necesita.

Fui, más que por otra cosa, por curiosidad. Me saludó muy seca, aunque solía ser más bien amable.

—Don Alfonso —dijo— quiero que me haga el grandísimo favor de llevar recado a su jefe, el señor Serna.

—A sus órdenes, señora.

—Que acabo de concertar una sociedad con el dueño de *Novelas de la Pantalla* y hemos tomado la determinación de que ya no nos hacen falta sus servicios.

Pegué un salto. ¿El dueño de *Novelas...* ? Todavía objeté:

—Por lo que yo entiendo, señora, el dueño de la revista es el señor Serna.

—Pues está usted equivocado, amigo —me dijo severa—, el verdadero propietario es el señor Santiago Muñoz. Serna sólo se hacía cargo de la gerencia ejecutiva. Pero le repito, ya no lo necesitamos. Y dígame también que si trata de verme, de ninguna manera pienso recibirlo. Tenemos algunas cuentas pendientes, pero lo que me debe ya está saldado...

Me arrojó entonces algunos términos contables que casi no entendí, algo como que ella, en su parte de la sociedad, aplicaba a los pasivos las cantidades que Roberto le había pedido prestadas y me entregó un fólder con facturas que estaban a su nombre.

—Con esto queda definitivamente liquidado. Dígame, en fin, que le deseo suerte.

—Señora —le dije—, en primer lugar usted no puede finiquitar este asunto a control remoto y menos tomándome a mí de *correvidile*. Yo lo único que puedo decirle al señor Serna es que usted necesita hablar con él.

—Haga usted lo que quiera —me dijo otra vez cortante—, ya le mandaré sus papeles con un propio.

—Y en segundo lugar, ¿yo qué? le pregunté, haciendo referencia a mi situación laboral.

Alzó los hombros e hizo un gesto de desaire:

—Asegura mi socio, el señor Muñoz, que como dueño de la revista no realizó ningún contrato con usted y que bajo su responsabilidad exclusiva Serna lo llamó a trabajar; con él arréglese. Y perdone, pero tengo muchas cosas pendientes.

—Un momento, hay algunas pertenencias en el escritorio.

Llamó a la secretaria y le dijo que me acompañara a sacar exclusivamente —lo subrayó— las cosas que estuvieran en el escritorio de marras. En esa forma, no muy airosa, salí de los talleres de Mercado. Tuve que esperar hasta el martes a que llegara Roberto de su paseo. Por alguna razón fui al departamento que ocupaba hasta como a las once de la mañana.

Cuando abrió ya estaba vestido y campeaba en su rostro una sonrisa maliciosa. Lástima, pensé, que te venga yo a amargar el comienzo de este bello día de verano. Y le solté el rollo. Ni me contestó. Se concretó a enseñarme un fólder que reconocí al instante.

—Se te adelantó el hermano de la vieja. Ya acabó todo —hizo el gesto de aquel a quien acaban de descargar de un gran peso—. No se puede esperar otra cosa de un par de gachupines. Desde que cometí la pendejada de poner la revista a nombre del hidepú ese, el maestro Valdés me vaticinó que se iba a quedar con ella. Y ya pasó. Pero me sale barato con tal de no volverle a ver la cara a él ni a la vieja guanga. *Novelas* ya no daba para más. Está acabada, ahora vamos a revivir *Cine Continental* y, lo que es mejor, vamos a dedicarnos al negocio de las películas.

El miedo llegó a Jalisco y el horror vino con Gema

DESDE TIEMPO ATRÁS, Roberto tenía en mente dedicarse a la producción de películas. A través de las revistas y de la publicidad se había ligado fuertemente con el mundillo cinematográfico, donde era amigo prácticamente de todos los jorocones. Al perder la editorial, retornó la idea a su cabeza. Máxime que entonces vivía con Meche Barba, quien era una estrella de verdad, una artista muy taquillera cuyas películas dejaban montones de dinero a los productores. Hasta ese momento el jefe sólo había tenido amores más o menos estables con *vedettes* de teatro que, aunque incursionaban eventualmente en la cinta de plata, no eran una verdadera garantía para basar un plan de filmación en alguna de ellas.

Y aceptó Meche, en principio, que Roberto produjera sus películas, después de finalizar los contratos que ella tenía pendientes. Incluso nos pusimos a bosquejar argumentos en que, claro, todo giraba alrededor de una bailarina tropical. En el ínterin, Roberto hizo pininos con algunos productores de menor tonelaje como el ingeniero Cortina, cierto señor Gout que además tenía un negocio de mudanzas y, finalmente, sacó

a Lalo Quevedo del atolladero en que se había metido, con una peliculilla titulada *Dos almas*. Por alguna razón se le enredaron las pitas en sus contratos con los actores, la recepción y distribución de materiales, etc., y llamó a Roberto, que en un dos por tres puso todo en orden y a la orden.

Era un excelente organizador, buenísimo para el repele, puesto que le ayudaba su simpatía personal. Lo vi contratar estrellas de primera fila por una bicoca, ofreciéndoles pagar aparte la cuota de la ANDA. Resultó tan efectivo que pronto se lo disputaron algunos filmadores para el cargo de productor ejecutivo. Él prefirió a Emilio Tuero.

Resulta que seis años antes el Barítono de Argel había recibido algunas críticas en el sentido que sus películas pegaban por su voz, porque en ellas cantaba sus éxitos musicales, tangos y boleros de moda, pero que en cuanto a la actuación dejaba mucho qué desear. En síntesis, que se le podía tener respeto como cantante, más no como verdadero intérprete.

Don Emilio era fundamentalmente vanidoso, pagado de sí mismo; pensaba que todo lo que hacía estaba en el más alto grado de calidad y se la jugó lanzando el guante. El reto consistía en demostrar que también era un gran actor, equiparable a un Paul Muni, a un Jean Gabin, a un Lawrence Olivier a un Fernando Soler. Dejó de lado los gorgoritos y se dedicó a la actuación, insistiendo en que podía interpretar sus papeles cinematográficos en el más depurado de los estilos artísticos. De lo que me acuerdo, en esa tesitura hizo películas como *Resurrección*, *El camino de los gatos*, *Vértigo* y hasta *La dama de las camelias*, donde hacía un Armand Duval ya no tan tierno como lo quería el autor de la novela.

Por cierto que la filmación de esta película fue un vodevil, ya que Margarita Gautier, o sea Lina Montes para el caso, era

una cubana frondosa, de muy sustanciales caderas, que además estaba embarazada (por obra y gracia del torero Carlos Arruza). Sufrió la maquillista para desvanecer las opulentas mejillas de la dama y sufrieron los técnicos para disimular su abdomen. Sobre todo en la escena final, cuando la desmedrada tísica debe aparecer como una flor que se va marchitando casi hasta la momificación. Adaptaron la cama con un enorme agujero a la mitad, a fin de que por allí se escurrieran las caderas con todo y encargo.

En fin, don Emilio le hizo la lucha, sólo para demostrar que sus críticos tenían razón. Al término del experimento sus bonos habían bajado hasta el sótano. Depuso su vanidad, aceptó su derrota y decidió volver a cantar en las películas, pero esta vez produciéndolas por su propia cuenta. Adoptó como director a Raphael J. Sevilla (un chaparrito que presumía de porte inglés y que le enjaretaba la “ph” a su nombre, en virtud de que en el ambiente de la cinematografía mexicana había varios Rafaeles Sevilla), y tomó como productor ejecutivo a Roberto. Formó con ellos una sociedad de esas de responsabilidad muy limitada y abrieron lo que debía llamarse Argel Films.

Físicamente hay muchos documentos que muestran a don Emilio; se decía que su rostro estaba bien para el género más romántico, pues sus ojos eran soñadores (la abuela Chepita alegaba que más bien eran como de cordero a medio morir), su tez pálida, su nariz recta y su figura resultaba fina y espiritual por aquella esbeltez que siempre lo caracterizó. Era de estatura regular, pero junto a otros galanes parecía un tanto chaparrito. En cuanto a carácter no sólo era voluntarioso, sino presumido al grado de la pedantería. Muchos lo consideraban antipático, aunque él se esforzaba por ser gracioso. Creo que conseguía resultados completamente negativos, opuestos a la

simpatía, porque su humor tiraba a lo negro, a lo atropellante. En una época le dio por meterse a criar caballos de pura sangre e ingresó a la pandilla del hipódromo. De pronto vendió la cuadra y se retiró de las carreras; lo hizo de manera tan brusca y sorpresiva que no faltaron los reporteros que acudieran a preguntarle:

—Señor Tuero, ¿por qué dejó usted el negocio hípico?

A lo que Emilio respondió sin tentarse el cardias:

—Pues porque alrededor de los caballos hay puras mulas.

Lógicamente, los allegados a ese ambiente no se lo agradecieron. Resultaba evidente que al aludir a las acémilas no les estaba llamando sólo tercicos, sino algo más. Recuérdese la connotación que el mexicano da a la palabra mula.

Decía Tuero haber llegado al mundo en el norte de África, cuando su padre —un funcionario español— andaba por esos rumbos atendiendo comisiones que le confería el gobierno de Alfonso XIII. Nunca aclaró si de verdad había nacido en Argel o sólo se trataba de un reclame publicitario, pues el nombre de la capital de Argelia recoge insinuaciones y sugerencias exóticas. El Barítono de Argel sonaba a eslogan en la época en que éstos eran muy utilizados por la radio. Y Emilio comenzó, hizo su fama, amasó su fortuna, precisamente a través de las estaciones radiofónicas que entonces existían. Llegó a cantar lo mismo en la W que en la B y en otras también importantes.

Jamás se quiso nacionalizar mexicano pese a que se había criado en este país y aquí era donde tenía nombre, proyectado —claro— al sur de Estados Unidos y al resto de la América española. Él decía:

—¿Para qué me nacionalizo, si después de todo ni voy a ser verdaderamente mexicano ni voy a dejar de ser gachupín?

Había gente, en el medio periodístico sobre todo, que no le aguantaba sus ironías, las más de las veces inoportunas. Del humor negro que en ocasiones destilaba Tuero, recuerdo lo que sucedió cuando estaba filmando aquel churro llamado pomposamente *Vértigo*. Por aquello de que dos aleznas no se pican, rápidamente se peleó con María Félix, que era su dama en cuestión. Un pleito casado, feroz, que iba de insulto en insulto y de retobo en retobo. Por entonces, la doña estaba casada con el Flaco, con el ínclito Agustín Lara, de cuya figura no tiene caso dar referencias.

Por otra parte, eran los tiempos en que aún se utilizaba la cola de pescado en las chambas de carpintería. Finalmente, también estaba en el reparto la chiquilla Lilia Michel. Pues bien, esa mañana, cuando ya había empezado el rodaje, llegó la niña del suéter frunciendo la naricilla y protestando a voces por el penetrante aroma del pegamento:

—¡Ay carambas!, ¿por qué apesta tan feo, como a podrido?

A lo que Tuero contestó, también a voces y señalando a María:

—¿Y cómo no va a oler feo, niña, si esta señora se acuesta todas las noches con una momia?

Se armó la gorda. Aunque el primero en tener la convicción de que María no se acostaba con Agustín era el propio Tuero, pues había las más amplias y seguras referencias de cuáles eran los gustos de “la más bella de las conocidas y la más conocida de las bellas”, como la reputaba Salvador Novo, tanto que cada vez que se le ponía a la mano, solía comentar:

—Esta vieja, si se le da a escoger entre Porfirio Rubirosa y Ema Roldán, se queda con Ema Roldán.

Y en efecto, se quedaba con Ema, aunque en esos días Porfirio era el padrote más cotizado del mundo.

Por cierto que entonces el decano de los periodistas cinematográficos era mi tocayito José María Sánchez García. Alguien me preguntó delante de Emilio si sería mi pariente. Antes de que yo pudiera abrir la boca, Tuero ya había contestado:

—Sí, es su mamá. Mira, no puede ser su hermano porque ya está muy viejo. No puede ser su padre porque es marica. Luego entonces, por exclusión, es su mamá.

Y cada vez que se refería a don Chema me decía: “tu mamá”, lo que no tardó en saber el aludido, quien lógicamente no se sintió muy a gusto con el papel que Tuero le asignaba en mi modesta familia (por cierto que para evitar esas suspicacias en esa época yo preferiera firmar como Alfonso García Sánchez).

Desgraciadamente don Chema no podía negar sus muy evidentes costumbres, aunque precisamente marica no lo era. Era pederasta. Por las noches pasaba a recoger alguno de los chiquillos vagabundos que dormían acurrucándose bajo los cartelones de toros o lucha libre que desprendían de las paredes; se llevaba al chico a su departamento de las calles de Victoria, lo bañaba y... lo demás. Don Chema había sido secretario de Rodolfo Valentino.

Total, volviendo a la sociedad en que ingresó Roberto para hacer películas, la primera de ellas, que marcaría el retorno de Emilio Tuero a los gorgoritos, se basaba en un pedestre argumento llamado *El miedo llegó a Jalisco*. Un pobre intelectual, medio músico y medio trovador, que nace en el bronco mundillo de los machos de pistola y cuera, sufre la pena negra hasta que decide entrarle también al machismo. Con ese pretexto el Barítono de Argel entonaba incluso uno o dos tangos, “Torrente” y creo que “Yo te soñé”. Del primero de ellos estoy seguro

porque desde luego, para decirlo a la manera de Víctor Hugo, cuadraba tanto a una película de charros jaliscienses como una pluma en el fundillo de un cerdo.

Pero, cartucheras al cañón aunque no quepa, a *El miedo...* entró el gardelazo de necesidad, pues era de lo que mejor le salía al cantante... Al cantante, que no se perdonaba ni a sí mismo y se había puesto de apodo, alterando un poco las letras, el Barítono de Antier, y es que a la edad que cursaba, ya no hubiera podido hacer su primera comunión sin que se riera el vulgo.

En la primera película que hizo Roberto para Argel Films la única figura fue el propio Tuero, ya que los demás del reparto eran material muy barato, una niña Olga Jiménez que nunca pasó a mayores, y villanos de cuarta categoría. La segunda cinta, que fue *Canas al aire*, trata de una mujer que alquila marido sustituto (se verá que el argumento peca de originalísimo) se contrató a Charito Granados, que empezaba a tener su cartelito.

Luego trabajó Roberto para Américo Mancini, que también hacía su debut en los estudios fílmicos habiendo logrado, a base de palancas, que le diera crédito al Banco Cinematográfico. La película se llamó *Te soñé en televisión* y se trataba de aprovechar la novedad de la pantalla chica, que aún tardaría dos años en introducirse a México.

Este Mancini había sido fundamentalmente empresario de circo y de teatro. Era de origen italiano y había corrido todo el mundo en una existencia digna del mejor folletín birriondo o cinta pornográfica. Nadie sabía exactamente su verdadera edad, aunque parece que ya rebasaba los ochenta, y sin embargo no deponía sus arrestos de conquistador... y de sibarita.

Mancini estaba acostumbrado a tomarse una botella de coñac todas las noches, pero después de esa maldita pelí-

cula que lo dejó sin un centavo, no podía comprar sino una de tequila. El cambio le hizo mal, desde luego, puesto que no tardó en morir.

Pero, como podrá verse, no fue principalmente el tequila el que lo arruinó, sino el espantoso churro que hizo, en cuyo crimen Roberto le tuvo la pata a la vaca del destino. La verdad es que ni al lado de Tuero ni de Quevedo —que ni de chanza podía apellidarse y Villegas— ni de Mancini ni de Gout, podía hacer otra cosa que películas comerciales, de las llamadas churros tanto por la forma en que se hacían (parece que las estuvieran cagando, decía mi maestro Valdés) como porque en la industria había gachupines a granel.

Fue entonces cuando Roberto se sintió listo y maduro para emprender la aventura cinematográfica él solo y con una producción de calidad, empezando por el argumento. Siempre estuvo obsesionado por el recuerdo de ciertos filmes históricos que había visto en su niñez y su juventud, y que se quedaron hondamente grabados en su imaginación, desde que el cine era mudo y, por lo mismo, más artístico. Se deleitaba contándose cosas como *Mundo, demonio y carne* o *El ángel azul* o *Carnet de baile*, y saboreaba como un mango maduro (hablo en este caso de la fruta) aquella Arlette y sus dos papás. Pero también le resultaba difícil de olvidar *Rebeca*, que además había sido un formidable golpe de taquilla mundial, y quiso repetir la hazaña del culebrón gringo tematizada por Daphne Du Maurier.

Don Jesús Goytortúa Santos se había especializado en darles a sus novelas cierto toque de suspenso. Sus temas estaban entresacados de la Revolución o de la frasca cristera. Pero carecían de intensidad genuina, de la autenticidad mexicanista, local, que daban a sus obras gente como Rulfo, como Yáñez, como Urquiza, como Lira. La literatura de don Pepe era amel-

cochada, su estilo muy relamido, en franca imitación pues de aquellas autoras románticas gringas que se atrevieron con temas nacionalistas como *Lo que el viento se llevó* y demás chatarra emotiva, pero tirando a cursi.

No me gustó *Gema*, máxime que realizaba el incidente de los cristeros, siempre simpatizado con la causa de los ensotados y de la burguesía que los siguió en la aventura. La familia dentro de la cual se desarrolla el drama era eminentemente burguesa y el nudo consistía en un idilio frustrado entre nena mochita y militar asquerosamente gobiernista, que al enfrentarse a la familia es repudiado. Como la muchacha causa la muerte de la madre, la encierran por loca. En un ambiente sórdido, el nombre de Gema recorre los espinazos con un temblor de frío, como si le estuvieran pasando a usted una pluma mojada.

El tema era, por lo tanto, de un patetismo irracional, cuya existencia estaba basada en el antojo del autor... y en la inquina de una villana que por egoísmo y despecho hacía la vida imposible a todos los pobrecitos parientes. Frente al sobrecogedor nombre de Rebeca, el misterioso y fascinante, inquietante, crispante nombre de Gema.

A Roberto siempre le había parecido el colmo de las actuaciones estridentes y artificiales lo que hacía en el teatro doña María Tereza Montoya. Su opinión era que la decadente actriz sobreactuaba, que se había quedado varada en la época del melodramatismo español de los Álvarez Quintero, de Benavente, de toda la cursilería que ponían en escena; junto con la Montoyita, las hermanas Anita e Isabel Blanch: teatro para gachupines retrasados mentales.

Y para que interpretara a la mala mujer de *Gema*, ¿a quién cree usted que fue a contratar? Pues nada menos que a doña

María Tereza, pues tenía la impresión de que un reclame que dijese: por primera vez en el cine... o María Tereza Momoya en la pantalla iba a ser de un enorme jalón, un verdadero imán de taquilla.

Bajo estos augurios nació la efímera Producciones Roberto Serna, que con *Gema* tuvo, como se decía en la jerga teatral, su debut, beneficio y despedida. Máxime que para mayor agravante, los señores de Filmex con los que estaba tratando para la distribución de la película, lo obligaron a que llevara como director a René Cardona. El cubano estaba bien para una de charritos o de rumberas, hasta de gángsters cimarrones, pero para un drama excelso como *Gema*, ¡no!, cuando menos se necesitaba un Gavaldón o un Bracho.

A mayor abundamiento de sobreactuados, cargó también con el viejo remilgoso y azucarado de Carlos Martínez Baena. De actriz joven, María Elena Marqués, a la que por cierto Serna hizo trabajar por una bicoca, pese a los aires que se daba de estrella universal... ¡Mentira!, la joven nunca pasó de *Maricela* y de tener por público a dos docenas de muchachitos pera.

Así como Roberto Cañedo jamás llegó a galán de polendas. Comparado con Infante, Negrete o De Córdova, estaba como de la Tierra a la Nebulosa de Andrómeda. Con ese reparto, con una historia grotesca y llena de trucos, con un chambón en la dirección, el fracaso estaba asegurado. El día del estreno en el Chapultepec, asistimos los miembros del clan familiar y unos novios que no tenían donde besuquearse y se metieron al cine sin ver qué exhibían.

Para hacer este bodrio insulso que no le dio un cobre, Roberto dejó Argel Films, cuyas primeras películas también fueron de lo más mediocre, anodino y falto de taquilla. ¡Ah, si se hubiera esperado un poco! Al mismo tiempo que Roberto

filmaba *Gema*, Emilio Tuero embrocó películas como *Quinto Patio*, que en tanto obra del gayo arte cinematográfico fue una porquería, pero quién sabe por qué llenó de dinero las taquillas. Roberto ya no estaba de suerte. Y, por lo que hizo con *Gema*, es de suponerse también que había dejado de tener los pies sobre la tierra.

Aunque no sea *Zócalo*... pero sácalo

GEMA NO DURÓ NI CINCO DÍAS en la cartelera. Es cierto que en lo económico Roberto Serna nada perdía, por los “anticipos” con que se apoyaba a la producción fílmica nacional. Incluso le había quedado bastante dinero, ése que otros se gastaban en adquirir bienes raíces, Roberto lo invirtió en placeres. Pero lo sustancial del fracaso fue la decepción frustrante. Se detuvo a pensar, pues no le faltaban el talento ni la reflexión. Quizás el haber traicionado a su verdadero oficio...

No, no pensaba dejar la producción de películas, pero quizás le sobrenadó la nostalgia de la letra impresa.

—Alfonso —me dijo un día de aquéllos—, necesitamos una tribuna, y aquí en el ambiente cinematográfico. Quizás muchos de estos cabrones (¿quién sabe quiénes serían?) piensan que he perdido punch periodístico. Les voy a demostrar que no. Vamos a revivir *Cine Continental*. Prepárate un número que le rezumbe, con muy buenos asuntos, para volver a empezar con un batacazo.

En poco tiempo estuvo confeccionado. Sólo faltaba decidir dónde se imprimiría. Debatimos si aquí o allá. De pronto se acordó de Alfredo Kawage Ramia. Durante mucho

tiempo Roberto le maquilo su revista *Nosotros*; le daba crédito, lo esperaba para los pagos. Hicieron buena relación y hasta cierta amistad. Don Alfredo acababa de establecer una imprenta de rotograbado en las calles de Lerdo. No recuerdo bien si la había comprado o era negocio nuevo. Llegamos al convencimiento de que era el taller que más nos convenía, y lo fuimos a ver.

¡Así fue como caímos en la cueva de el Tigre Kawage!, con las consecuencias que se explican a continuación. Le decían el Tigre porque les daba miedo. Caminaba adelantando el prepotente armazón del tórax, sin duda porque había sido campeón de lucha grecorromana en la universidad. Pero otros creían que ese gesto de embestir significaba su espíritu agresivo. Si su rostro tenía rasgos felinos, era por los ojos verdes de mirar directo y profundo, aunque no porque mirara siempre en plan de reto. Lo que es más, siempre me pareció que más que de felino, su rostro era de águila, con la mirada clara y móvil, la nariz arábica (no podía tampoco negar la cruz de su parroquia), los arcos superciliares adelantados y firmes, la ceja rubia y el cabello crespo.

En el fondo era tierno y sentimental. Si se le pescaba ese punto, escuchaba, se conmovía, era servicial y tendía la mano. Pero si por alguna circunstancia se despertaba su furor, entonces sí que sabía rugir. A mí siempre me trató con deferencia, quizás porque cuando lo veía de fierro malo, le contestaba hasta que me dirigía la palabra y sólo en respuesta estricta a sus preguntas. Algo que siempre le molestó era que, en lugar de ir directo al grano, quisieran envolverlo, hacerle al cuento, tantearlo. Por eso digo que a Alfredo Kawage únicamente le decían el Tigre los que le tenían miedo.

Sólo publicamos un número de *Cine Continental* en esta efímera segunda época y fue porque don Alfredo comentó

con Roberto su viejo propósito de publicar el diario *Zócalo*, mismo que ya llevaba un tiempo largo anunciando sin que, en última instancia, lo pudiera sacar a la luz. Algunos chistosos le decían, y en letras de molde: “Ya, Kawage, aunque no sea *Zócalo*... sácalo”. En un mal juego de palabras, Vila apostrofaba “Hay ka... guaje de director”, aunque ésa era sólo la grafía del nombre pero no su pronunciación. Él mismo nos indicaba que debía decirse “Caguache”.

La forma en que se fue enredando Serna en ese proyecto no la conocí en lo personal. Mientras yo iba a los talleres a revisar cristales o a corregir galeras, él se encerraba con Kawage a conversar respecto al *Zócalo*. Conociendo a los dos personajes, estoy seguro de que el Tigre quería hacer un periódico más o menos serio, dentro de los cánones del periodismo estirado que entonces se practicaba en México. Tiempo después nos diría que deseaba hacer un “periódico londinense”, o al menos de “tipo londinense”.

Roberto tenía otra idea, la de lanzar un diario alegre, festivo, popular, utilizando el habla de los barrios, explotando sus apetencias, sus aspiraciones y hasta sus múltiples desvíos, un periódico que de veras circulara por su venta y no por regalar suscripciones. Su tirada era llegar rápidamente hasta los sesenta mil ejemplares diarios de venta. En efecto, se llegó a los cien mil.

Del grupo de jóvenes reporteros, columnistas y escritores que rodeaban a Kawage, comulgaba con las ideas de Roberto Mauricio Ocampo, el más talentoso, quien no sólo se inclinaba a utilizar la jerga popular, sino que pretendía que inventáramos neologismos y los echáramos a circular. Especialmente recomendaba vocablos yuxtapuestos, que eran muy gramaticales y también muy decentes. Por parte nuestra, los

formulamos más pedestres, por ejemplo el de rojetes o el de nenorras.

En verdad el grupo del *Nosotros* se integraba con gente de buen nivel de inteligencia y habilidad. Aparte de Ocampo estaban Álvaro González Mariscal, Jorge Josephs, el caricaturista Teodoro Vargas, Gonzalo Andrade, Armando Carlock, Alberto Domingo y Ramón González, *el Aguilucho*, que entonces estaba superando el grado de *office-boy*.

Kawage, en su propaganda, insistió en decir que el *Zócalo* era “un periódico hecho por virtuosos”. A los del equipo no nos cayó del todo bien esto de “virtuosos”, que para don Alfredo tenía la significación del músico que domina su instrumento a la perfección o cerca de ella; éramos virtuosos por el dominio total del oficio. Pero teniendo en cuenta la malicia popular y que era público y notorio que Kawage había pertenecido al grupo de Salvador Novo (se aseguraba que muchos de los artículos que el maestro publicaba habían sido escritos por don Alfredo), aquello de “virtuoso” podía ser interpretado de otra manera.

El equipo era bueno para hacer cualquier tipo de periódico, uno muy tradicionalista, muy académico, u otro atrabancado, populista, agresivo, claridoso y dado al chisme caliente, esta última era la idea de Roberto, y salió adelante. Otro de los problemas de Kawage era que, a pesar de su enorme talento, no era, en verdad, muy ejecutivo. Como poeta que era, tendía incluso a la meditación, a la pasividad, al abandono. Recuerdo que podía estar cayéndose el mundo y él se encerraba en su despacho y se ponía a dormir... ¿Cómo no iba a tener la presión arterial de un niño, según presumía, si cuando quería tranquilizarse dormía y cuando se quería desahogar gritaba, braceaba, rugía? Por lo demás, aunque había adquirido la imprenta, no dominaba el negocio.

Roberto era todo lo contrario. Ejecutivo, dinámico, dominaba hasta el más recóndito secreto de la imprenta de rotograbado; era eficaz, muy pulcro en el formato y en la confección de anuncios, de cabezas, en la medida de los textos; conocedor, en fin, del negocio. Parecía que se había integrado una pareja perfecta y así funcionó algún tiempo. Por fin, Kawage podía responder de inmediato a quienes le decían “Sácalo”.

Un día le pregunté a Serna:

—Oiga, jefe, ¿cómo le hizo para congeniar con Kawage?

—No he congeniado con él —me respondió— pero por lo pronto me necesita. Pretende hacer el periódico de la capital, de México D.F.; por eso le llamó *Zócalo*, pero su problema es que no sabe en qué consiste, qué es esta maldita ciudad, y yo sí. Porque no son unos cuantos ricos que viven en Las Lomas y se las dan de cultos y señoritos; no es la universidad, no es Bellas Artes, no es la burocracia apergaminada. No, mira, México es la Bondojo, es Jamaica, es Peralvillo, es la Guerrero, es Tepis. Si Kawage quiere llegarle a esa gente, que son los millones, entonces debe hacer lo que yo le diga. Si le interesa contar con los apretados, que él piensa que son miles, esos ni siquiera llegan a mil.

Ahora bien, era público y notorio que el patrocinador de *Zócalo* era el regente del Distrito Federal, Fernando Casas Alemán, quien tenía fundadas aspiraciones a ocupar, después de su primo hermano, la silla presidencial; no importa que esas razones estuviesen fundadas en una auténtica conseja. Se decía, un poco en plan esotérico, que Fernando resultaba el heredero natural de Miguel Alemán: que este último fue diputado por algún distrito de Veracruz, e inmediatamente lo sucedió Fernando, que Miguel ocupó luego la senaduría veracruzana y acto seguido el mismo escaño fue calentado por Casas, que Miguel

llegó a gobernador del estado del Golfo y que lo sucedió su pariente sin transición alguna. Resultaba, pues, perfectamente lógico que si Miguel era el presidente, lo sustituyera con la bendición del PRI su eterno sucesor.

Don Fernando tenía un considerable problema: como gobernador de la ya grande y conflictiva ciudad, no había tenido fortuna. La gente recordaba por lo duro y por lo reciente las inundaciones de 1947 y 1948, en que se anegó el primer cuadro y todos los capitalinos sufrieron las naturales consecuencias; habitantes y comercios del centro porque tenían que atravesar las calles casi a nado, porque las aguas que despedían los colectores a través de las alcantarillas no eran precisamente blancas ni termales y, en fin, porque se difundió por todo el ámbito el olor a cañería. Desde luego, el resto de la población padecía menos, aunque de todos modos no estaba exenta de tener que concurrir al primer cuadro para realizar gestiones o compras.

Incluso se lanzó la versión temeraria de que los alemanistas habían adquirido enormes extensiones de terreno por el rumbo de Insurgentes para llevar a cabo la instalación de la más moderna, más limpia y despejada zona comercial del futuro, y que, para obligar a los almacenistas del centro a adquirir lotes en el nuevo polo de desarrollo mercantil, el gobierno había provocado el problema de las inundaciones, es decir que no eran efecto de las aguas negras sino de las negras mañas de don Fernando, lo que había ocasionado el desastre. Tampoco se quería creer en un caso de negligencia o de falta de presupuesto; posteriormente las autoridades tuvieron dinero suficiente para construir el drenaje profundo y también, al poco rato, Insurgentes se convirtió en la zona del más floreciente comercio con el traslado o la instalación de flamantes empresas.

A Casas Alemán no le preocupaba la provincia, donde el PRI ejercía un gran control como partido único. También era único en el D.F., pero en general el pueblo metropolitano siempre fue, ha sido, escandaloso, temperamental, grillero, calumnioso. El político jarocho necesitaba reivindicarse entre la masa con algunas medidas más o menos espectaculares que se difundieran a gran velocidad a través de un órgano de difusión que verdaderamente penetrara al barrio, a la colonia, a las antiguas delegaciones.

Estoy convencido de que los proyectos de Kawage no satisfacían sus necesidades apremiantes de popularidad. Por muy londinenses que fueran, por todo el virtuosismo que abrigaran, don Fernando no quería un periódico como el *Excélsior* o *Novedades*. Quizás algo como *La Prensa*, pero que no se circunscribiera a la nota roja que, como es evidente, mantiene vivo a este periódico que hasta la fecha no ha sabido envolver la política en este caramelo vulgar y mórbido. Casas quería la penetración de *La Prensa*, pero con una marcada intención política. Y no era lo que ofrecía Kawage.

¡Qué casualidad que en cuanto se le replanteó el proyecto, con las ideas de Serna, dio luz verde y el periódico empezó a caminar! ¡Arrancó el *Zócalo*! Nos instalamos en el edificio de los talleres, en la última cuadra de Lerdo, adelante del salón Los Ángeles, desde donde oíamos mamboleitar a Pérez Prado. Era un inmueble astroso de más de mil metros cuadrados. Al frente, en el primer piso, quedó la sala de redacción. Le habían acondicionado una oficinita a Roberto, pero no la quiso ocupar y se fue con toda la tropa a la sala común. De ésta se salía a una especie de tapanco que rodeaba la explanada de máquinas. Inmediatamente teníamos el taller de encuadernación, que era el departamento rojo y bravo donde casi se podía percibir el

olor a macho y a hembra. En el tapanco seguía el departamento de cajas, luego los linotipos y, al final de la herradura, la fotografía. Abajo estaban las rotativas.

En cuanto al periódico, ya he dicho que Roberto era el director ejecutivo y formulaba las cabezas principales, titulares que se hicieron famosos en todo México por lo bien o mal intencionados, por lo atrevidos, por lo inesperados, por la mucha sal que contenían y por el ingenio con el que los elaboraba, aprovechando las informaciones a las que mayor punta se podía sacar. Lo cierto es que nos divertíamos horrores haciendo el periódico y que, al final de cuentas, en esto de los famosos encabezados interveníamos todos, acuciados por el jefe, que siempre estaba preguntando: a ver, “¿qué se les ocurre?”, y cuando ya nos sacaba el ingenio, entonces se lanzaba con el suyo.

Efectivamente, nos obligó a utilizar un estilo de redacción ligero, coloquial, muy anecdótico, salpicado de chisme, chiste y picardía, usando la mayor cantidad posible de términos y giros populares, pero sin perder la forma gramatical y una intención literaria, aunque sin pretensiones. Yo tenía muchos amigos en la Normal Superior, y como a las tres semanas me dijeron:

—¿Qué crees? Que el maestro Modesto Sánchez se lleva el *Zócalo* a la clase para ilustrar sus ideas.

Este notable filólogo mexicano participaba en la corriente que predica que el lenguaje no es una institución sagrada e inamovible, dictada por los dioses a los oídos de Adán, sino un instrumento psicológico del hombre, que lo fabrica precisamente para servirse de él, para sacarle el mejor provecho, por lo que todos los días se renueva, se adapta a los tiempos y, en fin, a las circunstancias.

Decían sus alumnos que don Modesto aseguraba no haber encontrado, hasta ese momento, un periódico en que se aprovechara al máximo la riqueza inagotable del habla popular, la cual no desdeña, a su vez, la utilización de todos los caliches, argots y germanías. Aun la nota roja en algunos diarios tendía a ser producto típico de los diccionarios puestos a trabajar con intenciones de mentida elegancia.

Mauricio Ocampo tenía una columna de primera plana que se denominó “Por Madero”; en la contraportada iba la de don Alfredo, llamada un tanto ostentosamente “Mi columna”. Para no dejar fuera a los burgueses especuladores Álvaro González atendía la columna “Fúkares”. De la política se encargaba Josephs; de la información general, apoyados por algunos reporteros, Armando Carlock (en quien Kawage tenía esperanzas de que llegara a ser uno de los mejores novelistas de México, ¿qué se hizo?) y Alberto Gutiérrez Sánchez, a quien apodábamos don Goyo porque tenía un singular parecido facial con el celeberrimo Gregorio Cárdenas Hernández, un estudiante de química que había asesinado a tres pirujas; más tarde Gutiérrez Sánchez hizo famoso el seudónimo de Alberto Domingo, como jefe de redacción del *Siempre!*

Mantén vivo el bermellón de la nota policiaca otro notable: Antonio Velázquez, *el Indio*, de quien se decía que los delincuentes encajonados en la peni le pagaban para que pusiera sus fotos en la plana roja, pero endilgándoles los más fuertes epítetos: el chacal monstruoso y sanguinario Rómulo Mancillas, *el Tragabalas*, que asesinó con lujo de sadismo y violencia, etc., etc. Entre más y mejor sonantes dicitrios les endilgaba, mayor era la cuota con que contribuían.

Por lo que a mí toca, escribía notas de espectáculos y hacía una columna llamada “Bohemia Clara”, que era más bien

chisme y desmadre. Mi verdadera función era la de ayudar a Roberto en la tarea de integrar el periódico, algo así como ser jefe de redacción, aunque nunca tuve ese nombramiento. Después de la muerte de mi primo, Kawage me confirió el de director ejecutivo.

Del rompimiento entre Serna y Kawage tuvo la culpa, en buena parte, su carácter contrastado. Por otro lado, se llegaron los días de la decisión presidencial (¿a qué decir que del PRI o, mucho menos, que del pueblo?) sobre quien habría de suceder a Miguel Alemán. Contra lo que todo mundo esperaba, pronto se supo que no sería Casas. Se ignoraba todavía el nombre del bueno, pero se estaba seguro de que el primo hermano había quedado fuera de la pista. Algunos se desesperaron, como cierto lidercillo de los electricistas, Juan José Rivera Torres, que destapó fuera de oportunidad, pero sobre todo fuera de certeza, al regente capitalino. Se quedó como si lo hubieran rociado con gelatina de gasolina. El hombre jamás pudo volver a levantar cabeza y fue suplantado por Leonardo Rodríguez, *la Güera*.

Guillermo Martínez Domínguez llegó un día a soplarnos que el que estaba en la fija era don Adolfo Ruiz Cortines, el más conspicuo jugador de dominó de la cantina El Popito. Nos aconsejaba jugar al adelantado publicando la noticia, de cuya veracidad estaba totalmente seguro. No quiso don Alfredo y creo que no fue porque desdeñara la certidumbre de las fuentes en que había abrevado Guillermo, sino porque en el fondo seguía teniendo esperanzas de que ganaría su gallo. Pero no ganó.

Y cuando Casas Alemán lo supo, fue presa de la más grande de las decepciones. Es muy posible que eso lo llevara, más temprano que tarde, hasta la tumba. Por lo pronto, dejó de interesarle el periódico. A esas alturas ya todo mundo, sus familiares, sus amigos, los políticos a quienes afectaba el humor negro de

Zócalo, había convencido a don Alfredo de que estaba haciendo un periodismo pedestre y vulgar, ordinario, grosero y despreciable, es decir, ya en ese momento se dejó convencer porque don Fernando Casas Alemán estaba fuera del juego político y no necesitaba recurrir al criterio favorable de las grandes masas barriobajeras de la capital.

Lo que antes le gustaba a Kawage y hasta le parecía gracioso, empezó a parecerle deleznable. Muchas cabezas “mandadas” habían sido suyas, como cuando publicó una mentada de madre en chino, para molestar a Portes Gil, que era defensor de un bandido general nacionalista de Chiang Kai-Shek. Desde luego, tampoco fue de Roberto otra en que copió una frase del Libro de *Calila y Dymna*: “*Fablan mucho, dicen poco et facen menos*”, aludiendo a ciertos funcionarios enfermos de *declaracionitis*, pero que eran unos holgazanes.

Un día el Tigre llegó furioso a la redacción, gritando como loco:

—¡Esto se acabó! Este periódico es una porquería, desde mañana comenzamos a elaborar un periódico londinense.

Ya a últimas fechas las relaciones entre los directores, propietario y ejecutivo, no eran muy cordiales. Pero ese día reventó la bomba. Tranquilamente se levantó Roberto de su escritorio, tomó sus pertenencias y salió de la sala. Todavía lo llamó Kawage:

—Oiga, Roberto, ¿a dónde va?

—Señor, yo no sé hacer periódicos londinenses. Ni siquiera sé qué pueda ser un periódico londinense —le respondió con suma tranquilidad—, de modo que con su permiso, me marchó: Mañana tendrá usted mi renuncia.

Kawage masculló algunas palabras, pero Roberto no hizo caso y salió de la redacción. Cuando concertaron su acuerdo

habían quedado en que Serna sería socio de una compañía anónima que nunca protocolizó Kawage. Siempre le salió con evasivas y ya para entonces Roberto estaba convencido de que no se iba a llevar de *Zócalo* más que lo que había ganado honradamente con su labor directiva. Yo salí detrás de mi Jefe Pata. También quiso detenerme el Tigre:

—Señor —le dije—, considere usted que lo más leal, lo más consecuente es que me vaya con quien llegué.

Ya no objetó y se despidió de mí amablemente.

Esa noche nos fuimos al cine y a cenar con Su-Muy-Key, a la que Roberto había conocido precisamente en la redacción de *Zócalo*. Así se iniciaba el último romance de Roberto, tal vez el más intenso y, sin duda, el definitivo para ambos, pues los llevó a la tumba juntos, en extrañas circunstancias que bien merecen ser referidas con todo detalle, pero por separado.

Un testimonio sobre la destrucción de *El Mundo*

LUEGO DE LA MUERTE DE ROBERTO, volví a colaborar con Alfredo Kawage en *La Prensa Gráfica*, que no duró gran cosa y en *Zócalo*, diario del que fui director un año, en uno de esos episodios de que, como Cervantes, sería mejor no querer acordarse.

Fueron dos pesados lustros en los que la ciudad de México y yo nos devoramos de modo tan completo que quedamos hastiados. Regresé volando a Toluca para hacerme cargo de la dirección de *El Sol de Toluca*, en 1954. Por desgracia, nunca me pude entender con el heroico coronel García Valseca, quien no solía otorgar una definición muy exacta al trabajo de sus directores.

No habían pasado quince días de mi flamante nombramiento, cuando me habló una noche, al filo de las 22 horas, para decir que tenía una cena en casa y que debía mandarle diez kilos de filete. Ocho días después me reclamó que no le había mandado la lechita y la verdura de sus nenes, y entonces pude darme cuenta de que otra de las obligaciones del director de uno de sus periódicos era hacer la estafeta de un huacal de verduras y un gran bote de leche que llegaba de la hacienda que el

coronel tenía en Querétaro, para hacer llegar tan periodísticos objetos a las fauces de sus retoños. Luego fue que le comprara un terreno por Juárez, haciéndola de corredor... mas no precisamente de bicicletas. Y cuando me pidió que le enderezara dos Cadillac dorados que había metido de fayuca a México... entonces me separé discretamente de tan grande hombre. Pero para entonces habían pasado casi dos años.

Con el entonces gobernador me disgusté por razones distintas pero equivalentes. Fue un tiempo en que para tener algo que ver con ese periódico era necesario contar con el aval del ingeniero Salvador Sánchez Colín, lo cual implica que en un principio estuve en muy buenas relaciones. Luego se fueron agriando. Quería dirigir el periódico desde su despacho en el Palacio de Gobierno, y a mí no me pareció muy congruente. Al final de cuentas terminamos, si no en pleito, por lo menos con las relaciones congeladas. Sus colaboradores no tuvieron poco que ver en este distanciamiento.

Gerardo Cuéllar y yo dirigíamos, al alimón, *El Sol de Toluca* cuando se llevó a cabo la campaña política de Hank González para la presidencia municipal de Toluca. Un día recibí un insólito telefonazo. Era el secretario particular de gobierno, don Ignacio Alvizo:

—Oiga, profesor... ¡ya párenle a la propaganda de Carlos Hank! Lo están haciendo ustedes más popular que al gobernador y eso no se vale.

De momento estuve tentado a decirle que Salvador Sánchez Colín jamás había gozado de popularidad alguna, pero lo hubiera ofendido. Alvizo creía que sí, que su pueblo amaba a Salvador y no resultaba oportuno desengañarlo. En lo que había mucho de verdad era en el hecho de que sí, efectivamente, Carlos había cobrado gran ascendiente no sólo en Toluca, en su

tierra y en Atlacomulco, sino en toda la entidad. Pero de eso no me debía sentir culpable en exclusiva. En Tianguistenco era popular desde chiquillo; en Atlacomulco se hizo notable por su talento, eficiencia y... por “ser comunista”. En Toluca rápidamente había logrado que lo conocieran hasta los canes vagabundos.

Yo admitía, desde luego, que Carlos se había vuelto muy conocido, muy mentado como suele decirse en la barriada. Pero no comulgaba con la rueda de molino de que el periódico o sus amigos tuviésemos la culpa, porque también les habían pasado la reconvención —o lo que parecía serlo— a Rodolfo García Gutiérrez, que lo mencionaba con frecuencia en sus artículos literarios, y al gran Alejandro Fajardo y Fajardo, que era su orador oficial hasta en el café, donde a gritos (según ha sido su costumbre) elogiaba ardorosamente al “Carlo”, como le decía afectuosamente.

Sí me preocupó lo referente al periódico. En todos los que tuve cargos directivos procuré ser muy cauteloso en la utilización del espacio, teniendo en cuenta, en primer lugar, que no eran míos; siempre está uno expuesto a que el propietario piense que se está especulando, en beneficio propio, con aquello que le cuesta sus centavitos. Por eso seguí invariablemente la línea eminentemente profesional. Estaba seguro de no haber volcado *El Sol* para calentar sólo al amigo Carlos. Me parecía peligroso especialmente porque Sánchez Colín tenía ligas muy estrechas con el coronel García Valseca, tanto amistosas como en el terreno de los negocios. Era posible que Salvador rajara con el irascible militante en mi contra y me acusara de estar utilizando la empresa encadenada para provecho político de Hank. Eso de ningún modo podía gustarle al viejo.

De manera que lo primero que hice fue tomar la colección del periódico, tres o cuatro meses atrás, y revisar una por una de las ediciones. El resultado fue que la información brindada a la campaña hankista era estrictamente la habitual, y la que de alguna forma destacaba, había sido religiosamente ordenada y pagada por el partido.

En lo personal, escribí una serie de artículos titulada “Aquella Normal de entonces”, que aproveché para referirme a Carlos como un buen estudiante. Por cierto que narré la anécdota del hecho aquel que nos aconteció en Tonicato, en 1945, cuando un par de hermanos confundieron a Hank con *el Güero* Gómez Arce, y estuvieron a punto de largarle un tiro, ansiosos por vengar la perdida honra de su hermana. Desde luego que señalé la confusión, dando a conocer claramente la época del suceso, pero de todos modos la noticia tergiversada corrió, con la debida actualización, como pólvora:

—¿Ya sabes que iban a matar a Hank en Tonicato?

Todo Toluca lo supo. Me llovieron los telefonazos preguntando si era cierta la versión. Pasé algunos trabajos para hacer las pertinentes aclaraciones, pero hasta ese detalle demostró la gran popularidad que había logrado acaparar el joven político. La gente se preocupaba de verdad por su salud, aunque también es cierto que algunos se alegraron y hubiesen querido que la noticia, en su aspecto fatal, se confirmara.

Pero, insisto, en la serie rememorante sobre la vida normalista en los cuarenta, se mencionaba a Carlos casi en forma incidental, lo mismo que se hacía referencia de muchos otros. De todas maneras hablé con Cuéllar (quien por cierto más tarde se habría de matrimoniar con mi hermana Tere, la Pipis), planteándole la cuestión. Incluso le platiqué del llamado tele-

fónico de Alvizo. Levantó los hombros y me dijo con su flema regiomontana:

—¡Pura política! Son celos, envidias; lo que les duele es que el hombre caiga bien. Debo confesarle —agregó— que yo temí en un principio que usted se desbordara en la publicidad de Hank por ser amigo suyo y planeaba frenarlo en caso de advertir que en verdad se pasaba de la raya con esta campaña. Esté seguro de que si usted hubiera tratado de abusar, se lo habría dicho sinceramente, invitándolo a contenerse dentro de los justos límites.

De esta manera, los incondicionales de Salvador contribuyeron a mi toma de distancia. Por otros motivos, Poncho Solleiro estaba en las mismas condiciones respecto al entonces gobernador, de manera que cuando nos asociamos para sacar *El Mundo*, Sánchez Colín pensó que íbamos a hacerle la guerra.

A los dos meses escasos de estar publicando el periódico, ya nos había obstaculizado y nosotros, en respuesta, le habíamos sacado muchos trapos al sol en *El Mundo*. Una madrugada, después que salimos de los talleres, llegaron tres forajidos, azorrrillaron a empleados que terminaban de imprimir la edición, destrozaron el linotipo, barrieron el suelo con el contenido de las chivaletas y trataron de destruir la prensa, lo que no consiguieron pues —como se verá más adelante— el maestro Cedillo había tomado sus precauciones.

Se armó la gorda. El gobierno negó su intervención en el asunto, tratando de inculparnos por haber cometido un “autoa-salto” con el fin de comprometerlo y, en fin, todo terminó en empate porque le sacamos el dinero suficiente para reponer nuestra maquinaria. Fue una negociación que se hizo al estilo de *el Charro Sáenz de Miera*.

Pasó el tiempo y un día que fui a visitar en México al fotógrafo Ciro González, estaba en su estudio un tipo corpulento, medio calvo, de extraño bigotillo, ojos móviles, la clásica mirada del guarura y algunos otros detalles que sin el menor lugar a dudas lo caracterizaban como tal.

—Te voy a presentar a un ñeris con el que te vas a ir de... espaldas —me dijo Ciro, sin que yo le prestara mucha atención, y prosiguió— ¡A ver, Pepe Gómez, aquí tienes a un gran cuate, Alfonsito Sánchez! Él vive y trabaja en Toluca, es escritor, maestro, etcétera.

Emprendimos la charla. Ciro trataba de arrimarlo a un tema, pues no permitía que nos saliéramos del ambiente toluqueño. Y de pronto se la soltó:

—A propósito, Pepe, ¿verdad que tú hiciste un trabajo fino en Toluca? ¿Te acuerdas?

Como que el Fulano aquel se estuvo haciendo un poco el occiso, hasta que Ciro le aclaró:

—Lo de *El Mundo*, hombre, el asalto a *El Mundo*. Aquí Alfonsito es de confianza, puedes hablar derecho.

Confesó que, en efecto, había tomado parte en la agresión al periódico. Pero yo no se lo creía. Le dije lo que sabía, que había sido gente de Sánchez Colín, dirigida por un comandante Godoy de triste memoria, al que se acusaba de haber cometido atrocidades, especialmente en el sur del estado.

—Usted, ¿fue gente de Salvador? —le pregunté.

—Bueno —decía— no precisamente. Se nos contrató para la chamba. Yo había tenido que dejar la Federal de Seguridad por problemas de salud y acepté.

Picado porque yo no le creía, empezó a insistir en que sí tuvo parte activa y principal en el asalto, hasta que terminó

tuteándome. Estaba listo para un interrogatorio más directo, más concreto y le fui haciendo preguntas insidiosas para hacerle caer en mentiras; él soltaba toda la marmaja.

—¿En qué calle estaba el periódico?

—El nombre no lo recuerdo exactamente pero, mira, entramos por la calle principal y como una cuadrita antes de los portales, dimos vuelta a la izquierda. En seguida estaba una calle estrecha, bastante oscura. Volvimos a dar vuelta a la zurda y como a media cuadra encontramos un zaguán viejo, de madera que estaba abierto y eso nos facilitó las cosas.

—¿Cómo era el edificio?

—Viejo. Había unos montones de piedra o tierra, a medio patio, porque el patio que atravesamos era más bien amplio y parece que de losas disparejas y destruidas. Llegamos al fondo y tocamos.

Me dio referencias respecto al equipo que se integró para el vandálico acto.

—Mira, yo estaba en el café cuando llegó un conocido (no me dio nombres, por “pudor profesional”). Había sido pistolero del político alemanista Parra Hernández, y la verdad es que ya estaba para el arrastre. Cosido a balazos y puñaladas. Tenía enormes cicatrices por todos lados, pero necesitaba trabajar y era muy hábil en el oficio. Me dijo que lo había contratado Sánchez Colín para una chamba, que pagaba bien y que era ahí cerquita, no más en Toluca. Pero necesitábamos uno más.

El dato que me dio en seguida resultó muy curioso:

—Toda la tarde había estado tomando café con un gorila al que le decíamos el Estúpido, ya te imaginarás por qué. Era enorme, de casi dos metros de alto, unos músculos tremendos, pero definitivamente idiota. Y quería ser gángster o policía,

cualquier cosa, sin que hasta ese momento hubiese podido ingresar a ninguna de las dos bandas. Yo le dije al fulano que podíamos utilizarlo con confianza. “Es muy bruto pero jala parejo, le expliqué, y está ganosísimo de participar en una movida de éstas”.

Hasta ese punto pensé que Pepe Gómez podía haberse enterado por los periódicos de los detalles superficiales de la acción gangsteril y que ahora trataba de pararse el cuello. Pero me empezó a convencer cuando dijo que les habían abierto la puerta unos muchachos que, al verlos armados de ametralladoras, se habían llevado el susto de su vida.

—Les gritamos que se echaran al suelo, hincados, agachados y con las manos en la nuca. Llevábamos unos enormes marros, que la verdad sólo podíamos utilizar el Estúpido y yo.

—¿Y cómo eran las oficinas del periódico?

—Verás, eran sólo dos galerones viejos, de piso de madera y muro de adobe. De eso estoy segurísimo. Estaban en escuadra. Por el que penetramos había algunos escritorios. Me imagino que era la redacción, luego se pasaba al otro, donde vimos la maquinaria con la que se estaba trabajando. El pistolero de Parra Hernández se quedó en el primer salón amagando a los azorrillados. El Estúpido y yo pasamos a la otra pieza y primero agarramos a marrazos el linotipo. Había una mesa grande, donde vimos las galeras y las echamos al suelo. Mientras yo terminaba con la tipografía le dije al Estúpido que acabara con la prensa. Y entonces sucedió un detalle a toda madre... ¡pobre güey!

Todo iba coincidiendo con la realidad. Resulta que el maestro Cedillo, por pura precaución de viejo prensista, dejaba la plancha de imposición de la duplex, que era una hoja de acero de más de cinco centímetros de espesor, sobre las deli-

cadras cremalleras que la movían al imprimir. En verdad la caída de una de aquellas piezas nos hubiera dejado impotentes para siempre. Por eso las cuidaba tanto el operario.

—¿Qué pasó entonces? —le preguntamos a José con el máximo interés.

—Pues que este pendejo se subió sobre la máquina y con todas sus fuerzas le tiró un marrazo. Nomás vi que el martillo se escapó de sus manos y pegó un grito espantoso, como si le hubieran pateado los... desos. Hasta el amigo que estaba en el primer salón se puso nervioso y vino corriendo, apuntando con el arma. Creyó que nos habían acuchillado, por lo menos. El infeliz Estúpido gemía estirando las manos, que le sangraban profusamente. Corrimos hacia donde estaba, preguntándole qué le había sucedido. Por cierto que algo muy simple. Sin advertir que iba a golpear sobre una gran plancha de acero puro, tomó vuelo, aplicó el marro con todas sus fuerzas, ésta se le desprendió de las manos y fue a parar al techo. Hasta dejó un agujero. Pero al mismo tiempo que se elevaba, se llevaba el pellejo de las manos del Estúpido.

—El que nos servía de jefe ya no quiso saber más. Alegó que la mayor recomendación de Sánchez Colín fue que no hubiera una gota de sangre, a menos que se vieran materialmente obligados a salvar sus vidas. Pensó que en cualquier forma que fuese, ya teníamos una baja y que por prudencia nos debíamos retirar.

Ese detalle fue el que me convenció de que Pepe sí había estado en el asalto. Nadie le pudo haber contado (y no se consignaba en los periódicos) que, efectivamente, había una marcada huella en el techo de yeso, que desde un principio le llamó la atención al maestro Cedillo. Inmediatamente nos había dicho, un tanto cuanto para presumir también: “Miren,

muchachos, trataron de destruir la prensa, pero pegaron sobre la plancha de imposición y ahí está la marca; se les soltó el marro y pegó en el techo”. La marca del Estúpido, según me enteré por Gómez.

Lo que él mismo me platicó en seguida sí que me puso los pelos de punta.

Aclaro que en el mismo edificio, que era propiedad de don Luis Medina Garduño —por cierto hijo de don Manuel, quien fuera gobernador maderista— vivía una viejita, su tía, llamada doña Joaquina. Esta mujer, bastante humilde para ser parienta de una tan encumbrada familia como la de los dueños de la hacienda de Tejalpa, había procreado hijas y éstas a su vez le habían dado un titipuchal de nietas, y un solo varón para tanto sexo femenino.

Doña Joaquina y sus vástagas oyeron el escándalo que se produjo con la rotura de las máquinas y el regadero de tipos. Ellas vivían enfrente del edificio, en el lado exactamente opuesto a las oficinas de la redacción. La vivienda que ocupaban era de dos pisos y arriba quedaban sus recámaras. Una hilera de ventanas daban exactamente sobre el patio que los bandidos tenían que atravesar para volver a salir del inmueble.

—No necesito decirte —prosiguió Pepe— que somos profesionales, que estábamos preparados para todo y que tomábamos las precauciones de rigor. Apenas abrí una pizca la puerta, mientras los otros se ocupaban de tener a raya a los empleados y, ¿qué crees que vi?, enfrente, en varias ventanas iluminadas apenas, unas sombras sospechosas se movían de un lado a otro como si se estuvieran preparando para una acción. Cerré rápidamente y llamé al jefe. “Mira, le dije, cómo ves eso que está allá arriba, en esas ventanas”. Se asomó un poquito y concluyó enérgico: “Ni hablar, nos están esperando y no son menos de una docena”. “¿Qué hacemos?”, le pregunté. Él dudó unos

momentos, que aproveché para sugerirle: “Mira, yo salgo con toda rapidez y los baño con una ráfaga de metralla. Creo que aún no nos esperan y podemos sorprenderlos”. Corro hacia la puerta disparando y ustedes me siguen echando también bala. O por lo menos tú, si aquel güey no puede usar las manos”.

—Se quedó pensando —dijo Pepe para continuar— y luego volvió por su cantaleta: “Bueno, sí, yo me comprometí a que no se disparara un tiro. Pero, ¿en verdad crees que nos prepararon una celada? Sánchez Colín me dijo que los del periódico eran unos pobres infelices que ni sabían usar las armas, que no tenían un alfiler. Me lo juró. Y además me dijo que la policía iba a cubrir este callejón, te doy mi palabra. No creo que me tomara el pelo. A él mismo no le conviene la bronca y a lo mejor los que están arriba son de su propia gente”. Yo le respondí que en ese caso nos hubieran advertido. Lo que es más, no vi a nadie en la calle que pudiera estar colaborando con nosotros.

La narración siguió por ese rumbo de suspenso, ya que según Pepe el diálogo duró por lo menos diez minutos, para que se decidieran: o salían entre una cortina de balas o probaban hacerlo sin disparar, en la duda de que quienes tenían al frente fueran enemigos o no. Al final de cuentas decidieron salir en alerta y sólo a la expectativa. Nada de disparos.

—De golpe abrí toda la puerta y encañoné las ventanas en amplio movimiento. Alcancé a ver cómo se agitaban las cabezas, pero no sonó un disparo. Mis compañeros iban detrás, también con el dedo en el gatillo. Casi agazapados atravesamos el patio y no hubo movimiento alguno de agresión por parte de los güeyes que estaban arriba...

—Vacas y becerras —le dije— porque la gente que te veía era sólo una pobre viuda con sus hijas y sus nietas. El único macho de la casa estaba trabajando.

Pepe abrió tamaños ojos:

—¿Cómo?... entonces, si hubiéramos disparado...

—Hubiese sido una masacre de viejas y de escuinclas.

Pepe se puso pálido, color papel. Y eso acabó de convencerme de que, efectivamente, había estado en el asalto a *El Mundo*.

Un gallo de oro y su imperio de la fortuna

CARLOS HANK TUVO INCREÍBLES GOLPES de buena, tanto como de mala suerte. Claro que los sabios racionalistas no creen en la fortuna azarosa y todo lo atribuyen a coincidencias, aunque no siempre estén en condiciones de explicar de manera congruente cómo se producen las gratas y las ingratas coincidencias. Otros, al parecer más dialécticos, aseguran que todo depende de la voluntad del hombre, de sus decisiones, de la forma como acomete sus múltiples empresas.

Me resisto a pensar en la manera en que pudo intervenir alguna volición de Carlos para que aconteciera la muerte de dos de sus hijos, pongamos por ejemplo. La de César, que sin duda murió porque Carlos era demasiado pobre, y la de Cuauhtémoc, que sucumbió porque Carlos ya era excesivamente rico. Muertes trágicas en que lo único coincidental es que en alguna forma tuvo la culpa el mar. O en los nombres que les impuso su padre, ya que tanto César el romano como Cuauhtémoc el azteca tuvieron un desdichado final. Otras coincidencias afortunadas o desventuradas habrían de signar su vida. Una de las primeras es la que referiré en seguida.

Cuando era presidente municipal de Toluca y se había iniciado, con dos camiones-pipa, en el negocio del transporte de petróleo, cierta vez me pidió que lo acompañara a México y me explicó que iba a entrevistarse con un señor de apellido Aguilar (cuyo nombre de pila no recuerdo), quien estaba vendiendo su flotilla de trailers y le había propuesto a él, antes que a nadie, ese negocio. Llegamos a una elegante casa de las Lomas de Chapultepec. Yo me quedé esperando en el coche, pero lo vi regresar un poco contrariado, más bien pesimista.

—Está del cocol —me dijo utilizando una de sus frases preferidas—, fíjate que el asunto es muy, muy apetecible. Se trata de una flotilla de diez pipas y quiere por ellas un millón de pesos, incluyendo la bodega que tiene instalada por ahí en la estación del Ferrocarril Nacional. Pero exige el pago inmediato y de contado. Su problema es éste...

Y me explicó que el señor Aguilar era superintendente de Pemex y el trabajo lo absorbía casi diez horas diarias. Sólo le quedaban libres los domingos, que invertía en atender su negocio de Toluca, donde se le había hecho más fácil instalarlo porque su trayecto normal era la ruta a Salamanca.

—Dice —agregó Carlos— que su mujer y sus hijos ya casi no lo identifican. Siente que ha perdido en gran medida el ascendiente familiar y tiene que recuperarlo. Hasta el momento los domingos los dedica a la atención del negocio. Si lo vende y cobra su dinero ya, al chas, podrá disponer del séptimo día para recuperar a su familia. Si vende en abonos, va a tener que utilizar el domingo para andar cobrando y eso es lo que trata de evitarse. Pero el caso es que yo no tengo a la mano ni cincuenta mil.

—Oye, Carlos —recuerdo que le comenté—, hace como un mes te invitaron a decir un discurso en Atlacomulco. Delante

de Ixtlahuaca vimos cómo se incendió una pipa y si no estoy equivocado mencionaste a su dueño, ¿no era este señor Aguilar? A lo mejor no es tanto lo de su familia, como que le está yendo mal en el negocio.

En efecto, el aparato quemado era de Aguilar y él paladinamente le había confesado a Hank que no una, sino que últimamente se le habían destruido totalmente dos de la docena de unidades que poseía. Por eso sólo estaba vendiendo diez. Y no dejó de reconocer el problema grave que enfrentaba, no por la pérdida de las máquinas, que de todos modos estaban aseguradas, sino por la más lamentable de los trabajadores, a cuyas familias había que indemnizar, encima de la pena de verlos morir en forma tan dolorosa.

La pipa que vimos arder nos dejó muy impresionados porque los vientos dominantes en el valle de Toluca llegan del rumbo Este, de modo que cuando se empezó a quemar el vehículo y la llama alcanzó la gasolina, el ayudante del chofer pudo salir indemne por el lado izquierdo de la cabina de operaciones, pero el conductor, en su prisa por hurtarle el pellejo a la muerte, brincó por el lado derecho en el momento mismo en que una ráfaga violenta lo bañaba con la gasolina encendida. Fue imposible hacer algo en su auxilio. Al final, del infeliz obrero sólo quedó un negro pedazo de carne carbonizada.

Pero había otra circunstancia de la que también se acordó Carlos a la hora de negociar con el vendedor: que estaba en marcha la construcción del oleoducto de Salamanca a México, por lo que Pemex dejaría de ocupar transportistas particulares. También lo reconoció Aguilar, pero objetando con mucha razón:

—Mire, maestro Hank, usted está muy joven y fuerte: si se acaba el negocio aquí en esta zona, quedan muchas otras que

son buenísimas. Se puede usted ir a Oaxaca, a Sonora, a Yucatán, son rutas en que el gas-avión y otros combustibles dejan mucho dinero. En cambio yo ya estoy cansado, quiero reposar, reponer fuerzas.

—Y ni aún reconociendo todas esas circunstancias —le preguntaba yo a Carlos— ¿este señor te da facilidades?

—No, quiere el millón inmediatamente.

Algo que no se puede negar es que Carlos siempre ha sido muy luchón. Y convincente. Y carismático. Tanto como para lograr que algunos de sus amigos hipotecaran sus ranchos o que sacaran del colchón sus ahorritos (luego les correspondió con diputaciones y otras prebendas); se apersonó con Luis Gutiérrez Dosal, que tenía el Banco Agrícola y Ganadero, y lo convenció de que le prestara dinero en las condiciones más bonancibles.

De esta manera, juntó medio millón, que entonces era una cantidad absolutamente respetable. Y entonces se lanzó a conseguir lo máximo, lo que parecía en verdad imposible, o sea convencer al señor Aguilar de que le admitiera todo lo que tenía a la mano y que lo esperase a pagar el resto en dos o tres plazos. Le juró que jamás daría otra vuelta por Toluca que el día de vencimiento de cada plazo, Carlos mismo estaría en su casa de las Lomas con el dinero en la mano. No cabe duda que tenía facilidad para simpatizar a la gente, ya le había agradado al petrolero y ¡oh milagro de la suerte, accedió!, él que tan reacio parecía.

Cualquiera podrá decirme, y yo le concedo la razón, que el negocio descrito no pasaba de ser una vulgar operación comercial de lo más común y corriente. Cierto es que, en apariencia, Aguilar vendía castigando sus precios. Cierto también que Carlos había logrado hacer parte del pago en abonos. Pero eso cualquier negociante hábil lo puede conseguir, y de éstos hay miles y miles, ¿dónde radicó, pues, el golpe de suerte?

Eso lo supimos el día en que Hank recibió las llaves de los corralones para las pipas y las bodegas adjuntas. Yo lo acompañé en pago de que había estado pendiente de toda la operación y aquel amontonadero de fierros y hules no me pareció cosa del otro mundo. Pero Carlos estaba que no volvía en sí de la sorpresa. Aún le pregunté extrañado:

—Bueno, ¿iqué?, ¿iqué es lo que te parece tan extraordinario?

—¡Carajo! —fue una de las pocas veces que le oí soltar uno— Es que tú no sabes lo que hay aquí.

—No, no sé.

—Mira, en pocas palabras este señor me está regalando una verdadera mina, una ganga, un Potosí.

La bodega estaba atascada de llantas nuevas, de refacciones de todas clases, de herramientas muy valiosas. Y eso no se lo había cobrado. Carlos, que es capaz de advertir y apreciar en un instante cualquier negocio, estaba seguro de que las pipas valían más del millón, pero aquello que ahora observaba paso a paso, detalle a detalle, valía más, pero mucho más que todos los camiones.

Y así fue. Durante más de un año estuvo haciendo viajes y viajes con cargas de gasolina, de petróleo crudo, de gas-avión, y gastando sólo en el combustible para mover las máquinas. No tuvo que comprar ni el más miserable tornillo. Todo lo tenía allí, en ese amplio bodegón, al grado de que llegamos a sospechar que el señor Aguilar iba en aquellos dolorosos domingos de su calvario sólo a recibir el dinero de sus ganancias, pero que nunca se asomó por aquel arsenal de refacciones y herramientas.

Es fácil imaginar lo que puede ser un negocio en que todo es ganancia, en que la inversión se reduce al mínimo, pues además de los combustibles (el diesel es muy barato) sólo se tenía

que pagar el sueldo de los operarios, y que conste que Pemex pagaba (no sé si lo siga haciendo) muy bien el transporte de sus productos, pese a que no garantizara persistencia.

Por cierto que ese mismo año Carlos se dedicó a preparar un dinámico grupo de chóferes, especializados en vehículos movidos por diesel, con lo que fue sustituyendo poco a poco al viejo personal, maleado por descuidos, corruptelas, falta de vigilancia y otras causas. A su costa los mandaba a estudiar a México y luego les daba una unidad, pero no para que viajaran cómodamente a Salamanca, sino para que se fueran a los procelosos caminos de Oaxaca, Chiapas o a la península de Yucatán.

Sólo de mano a mano, en unos minutos, Hank triplicó su dinero. Y eso sólo puede hacerse en trance de la mejor fortuna. Aunque haya explicaciones racionales en el fondo, en la superficie cualquiera seguirá creyendo, siempre, que la suerte estuvo del lado del profesor de primaria que ahora comenzaba a ser lo que realmente sería en su vida: un gran magnate de las finanzas. Por desgracia, y a pesar de sus ideales juveniles, ya no un político capaz de revolucionar a su tierra.

Cuando serví de cicerone a la guerrilla cubana

AL HACERSE CARGO DE LA PRESIDENCIA MUNICIPAL de Toluca, Hank González tuvo un gran interés en el aspecto formal, técnico, de los problemas que enfrentaban las alcaldías no sólo en el nivel nacional, sino en todas partes del mundo. Por ello fue que asistimos a un ciclo de conferencias, parece que integrado en seminarios, que organizó en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Nacional Autónoma de México el maestro Moisés Ochoa Campos, que a la sazón era director de ese plantel educativo.

En aquella actividad tuvo una intervención preponderante el licenciado Arturo Vegas León, peruano, aprista, que estaba exiliado en México, huyendo de la persecución desatada en su país en contra de los grupos de izquierda. Fue esto a finales de 1955. A Hank le interesó mucho el tratamiento que dio Vegas León a los aspectos cruciales de la cuestión municipal, por lo cual lo invitó para que viniese a Toluca y se encargara de ciertos aspectos de asesoría pero, sobre todo, de preparar un estudio a conciencia sobre el aspecto económico de la administración comunal, que fue siempre lo que más inquietó al entonces joven alcalde.

El trato de Vegas León trajo aparejado el conocimiento de una distinguidísima dama de la revolución de América, Laurita de Albizu Campos, y de un hombre extraordinario por su preparación, talento y espíritu de sacrificio: Juanito Joarbe, portorriqueños ambos. Como se recordará, Pedro Albizu Campos y Collazo habían intentado liquidar al asesino atómico Harry S. Truman frente a la Casa Blanca. Collazo murió en la acción y Albizu cayó en manos de los esbirros del imperialismo yanqui, quienes en las cárceles tanto de Estados Unidos como de Puerto Rico, no descansaron hasta minar totalmente la fortaleza física del patriota portorriqueño, que terminó incluso afectado de sus facultades mentales.

Lógicamente, Laurita se vio constreñida a salir de Estados Unidos y encontró asilo en México. Creo que nunca dejó de trabajar junto con Joarbe en favor de la independencia de Puerto Rico. Por lo pronto, y para poder subsistir económicamente, se dedicaban a la venta de libros. Según recuerdo, captaron rápidamente la simpatía de muchas gentes además de Hank. Les compraban libros el diputado Max Montiel, Wilfrido Valverde (más tarde consuegro de Luis Echeverría) y otras personas. Era tan impresionante como admirable el caso de Juanito Joarbe, que desde el momento en que Laurita quedó sola, dedicó su vida a cuidar de tan importante joya femenina de los movimientos revolucionarios en América.

Pues bien, ellos, Laurita y Joarbe, fueron quienes trajeron a Fidel Castro a Toluca. Venía acompañado de Raúl, su hermano; del coronel Manuel Márquez, más tarde asesinado proditoriamente en el viaje a la Sierra Maestra y que hoy, con justicia, es considerado como el Héroe de Marianao; y finalmente, por Jesús Reyes, *Chuchú*, que la hacía, en cierta forma, de chofer de Fidel.

Hank me dijo desde un principio que debíamos procurar ayudarles en todo lo posible a cumplir los propósitos que los traían a México. Incluso puso a disposición una camioneta que manejaba Luis Sicilia, que siempre fue secretario privado de Carlos. Estaban precisamente en la casa de este último y nos disponíamos a comer cuando Castro me llamó aparte para explicarme sus requerimientos. Quería que le ayudara a localizar un buen sitio, apartado, solitario, mientras más agreste mejor, a fin de preparar jefes de guerrilla. Me explicó que en Cuba contaban con miles de guajiros que estaban dispuestos a tomar las armas en contra de la dictadura, ya insoportable, de Batista.

Eso fue en 1956 y debo advertir que Castro llegaba precisamente de Nueva York, después de haber constituido en forma definitiva el Grupo 26 de julio. Aquí se le habían juntado algunos importantes personajes del movimiento y me dijo que el coronel Bayo deambulaba por las estribaciones del Popo, en Chalco, con la misma función de preparar cuadros de mando guerrillero. Ese día supimos de la vehemencia, del carácter tórrido de Fidel, pues recuerdo que estuvo platicando durante toda la comida respecto a sus planes revolucionarios, describiendo el estado de ignominia en que luchaban las fuerzas estudiantiles y del pueblo en general; habló de las torturas, de las vejaciones, de las traiciones e infidencias de los propios elementos que se creían de avanzada; en fin, relató los crímenes (que incluso entonces no eran tantos) de la dictadura batistiana y terminó dando un terrible golpe sobre la mesa:

—Para enero próximo —gritó— te juro que estaremos colgando traidores en los postes de La Habana.

Esta frase la transcribo casi textualmente, aunque parezca contradictoria, ya que no hubo tales colgados, aunque sí funcionó el paredón en lugar de los arbotantes habaneros. Tam-

poco fue en enero de 1957, pero sí el mismo mes del 1959. De modo que su profecía de esa tarde se hizo realidad, pero con algunas pequeñas variantes. Recuerdo que Hank se quedó impávido, también su esposa Lupita, y Luis Sicilia incluso saltó medio metro sobre su asiento.

Al otro día nos encontramos en el Hotel Rex, donde habían tomado habitaciones. Parece que sólo Raúl se quedó en casa de Hank con su hijo Carlitos, con quien todavía jugaba como un chiquillo que era este joven revolucionario. Hay que advertir que en esos días Raúl andaba apenas por los dieciocho años, aunque ya mostraba la misma pasión y rebeldía que su hermano. Durante el desayuno lo vi preparando su cámara fotográfica, de la que no se despegaba. Tomó una gran cantidad de fotografías de los dos viajes que hicimos por el interior del estado. No sé si aún existan esas placas. En caso de que así sea, deben ser una prueba de lo que en estas líneas digo.

Ese día fuimos al Nevado de Toluca, pasando por Calimaya y Zaragoza. Nos acompañaron en esa ocasión Laurita y Joarbe. Nos internamos en la sierra con apenas unos comestibles que la propia Laurita se encargó de preparar y brindarnos amorosamente al mediodía. A partir del molino de Santa Rosa, ya abandonado, fuimos buscando algunos sitios apartados y cuando encontramos el que fue de su gusto, se pusieron a practicar el tiro al blanco con las botellas de refresco y cerveza que habíamos consumido en el trayecto.

Recuerdo que a pesar de su aspecto intelectual (era alto, pálido, de profundos ojos negros, vestía siempre de oscuro con sombrero de fieltro) Juanito Joarbe mostraba una excelente serenidad y puntería. Me conmovió también la fortaleza, el ánimo siempre vivo, la decisión arrebatadora de Laurita Albizu Campos que, pese a sus más de cincuenta años, caminó al parejo que el

resto de sus compañeros. Y eso que Fidel andaba a trancos enormes, con una profunda paciencia.

Todos portaban pistolas 45 y hasta Raúl era ya un experto tirador. Así pasamos la tarde, pero en cierto momento algunos pastorcillos comenzaron a asomar la cabeza por entre las barrancas y al final de cuentas el lugar no le gustó a Fidel, pese a que le aseguré que el molino era de algunos parientes míos y de confianza. Creo que le pareció estar emboscado. Por lo demás, le habían hablado de un capitán Acosta, dueño de un rancho por el rumbo de Ixtapan de la Sal, y quiso que el día siguiente lo empleáramos en localizarlo y tratar con el dueño. Yo tenía en mente también otros lugares, pero ese día regresamos a Toluca y la cena se organizó en la casa de Hank.

Por la mañana, antes de partir rumbo a Tenancingo e Ixtapan, Raúl quiso conocer la zona arqueológica de Calixtlahuaca, como a diez minutos de Toluca. Era notable el interés de los jóvenes por la cultura, las costumbres, etc., de México. Recuerdo que el día anterior, al pasar por Calimaya, Fidel platicó con algunos campesinos sobre su condición, sus percepciones, la forma en que trabajaban y vivían, y muchos otros aspectos. Por lo que toca a Calixtlahuaca, Carlos me recomendó que le hiciera una explicación, lo más amplia posible, teniendo en cuenta el interés y la preparación de los muchachos. En las ruinas Raúl se dio vuelo tomando fotografías. En esa ocasión no nos acompañaban Laurita y Joarbe y viajábamos en el coche de Fidel. El día antes lo habíamos hecho en la camioneta de Hank, que tenía mayor cupo.

Fidel permanecía generalmente silencioso, sin duda meditando. Raúl tampoco era muy expresivo y menos aún Chuchú, que se encontraba en el volante. Más tarde lo volví a ver como capitán de la guardia personal del ya Primer Ministro de Cuba.

De modo que la conversación corría por cuenta de Márquez, con quien dialogaba interminablemente sobre los temas de política. Eran tiempos terribles en que prácticamente toda América se encontraba dominada por el imperialismo y la bota militar pesaba como el más inicuo fardo sobre las sometidas poblaciones de todos los países. En fin, creo que no tiene caso, en estas breves notas, profundizar sobre aquellas conversaciones cuyo fondo más tarde se hizo transparente en todos los discursos y declaraciones de Fidel.

Buscamos al capitán Acosta en su rancho, pero no estuvo y ese día no hubo tiro al blanco. Pero llegamos hasta el balneario de aguas termales, donde los muchachos quisieron probar el azufre. Haciendo honor a su temperamento, recuerdo bien que Fidel se la pasó en la alberca chicoleando a una gringuita muy rubia, muy blanca, pero un poco gordita.

Era fin de semana y yo quedé de buscar por mi cuenta al capitán Acosta, cuyo rancho sí había tentado a los revolucionarios. Debía llevarles la respuesta la semana siguiente a la casa de Hilda Guedea, que estaba en la ciudad de México, en las calles de Nápoles, no recuerdo qué número. Al final de cuentas no pude localizar al tantas veces mencionado Acosta, pero con mi hermano Edmundo conseguimos un ranchito muy apartado, por los cerros tenanguenses.

Por cierto que fui a tomar el turismo para viajar a México y entrevistarme con Fidel en la casa de la Guedea, compré el diario para informarme durante la hora y pico del trayecto... y casi se me saltan los ojos al ver la noticia de que Fidel y los muchachos habían caído en manos de agentes de la Federal de Seguridad, sin duda pagados por el “chacal de La Habana” o por la CIA. Vi, entre otras cosas, que habían cateado el departamento de Hilda Guedea, por lo que me pareció inútil e incluso

peligroso irme a meter a la boca del lobo. Ahí habían sorprendido a varios de los rebeldes cubanos.

Cuando regresé con Hank, ya sabía también la noticia y me indicó que tratara de ver a Fidel en el cuartel del Pocito, donde —según se decía— fue llevado con sus compañeros (después supimos que a muchos, entre ellos a Chuchú, les habían aplicado torturas, aunque a los dirigentes del grupo les tuvieron un poco de mayor respeto). Los mantuvieron incomunicados y pese a mi calidad de periodista no los pude ver. El resto es historia que nada tiene que ver con Toluca, que es ya archisabida y por ello pienso que con las anteriores notas he cumplido.

Entre los jubilados y la Casta Divina

DESPUÉS DE VARIOS AÑOS de rota la comunicación con Hank, en 1964 o 1965 volví a tener noticias suyas. Editaba yo entonces una revista llamada *Magisterio*, que aunque aparecía como órgano oficial de la Dirección de Educación Pública del Estado, se sostenía a base de publicidad pagada. Por esa razón el maestro Adrián Ortega, que era el titular de la dependencia, me autorizó que estableciera una oficinita aparte con un membrete publicitario, pues también realizaba otro tipo de trabajos para organismos oficiales o para la iniciativa privada. Estaba en el Edificio América, allá en las calle de Cinco de Febrero. Un día se me presentó mi antiguo compañero normalista Galdino Sánchez:

—Te manda Carlos muchos saludos y tanto él como yo, queremos pedirte un servicio...

Se puso a explicarme que Hank, desde varios años atrás en la Conasupo, de ninguna manera se había retirado de la política y que aunque por el momento no tramaba nada en especial, quería estar preparado para cuando diese el siguiente paso:

—La gubernatura —dije.

—O cualquier otra cosa pero aquí, en el Estado de México —me contestó Galdino.

Y para ello le habían encomendado que, al socaire de su chamba de jefe de Departamento de Acción Cívica en el gobierno de Juan Fernández Albarrán, la cual lo obligaba a recorrer la entidad, fuese juntando información respecto a la situación de los ciento veinte municipios. Ambos —me dijo Galdino— habían formulado unos cuadros estadísticos especiales en que aparecía el nombre de la localidad, si tenía agua o no, drenaje, luz y otros servicios; noticias respecto a sus calles, escuelas, instalaciones de salud y, naturalmente, datos políticos sobre sus autoridades, en fin, de sus gentes. Ya tenía Galdino un buen bonche de expedientes y necesitaba un lugar discreto donde guardarlos y manejarlos. Su oficina en el ámbito de gobernación era la menos conveniente. Ya podríamos imaginar lo que acontecería si alguien se daba cuenta de que Hank se preparaba para ser gobernador y pasaba el chisme a la prensa, apoyándose la noticia en todos aquellos papeles. Galdino estaba identificado plenamente como gente del hombre de Conasupo.

—Me dijo que podemos confiar plenamente en ti. Además tú, en la práctica, eres independiente. Manejas sólo la revista. Nomás tú y yo sabremos que tienes aquí esos papeles.

—Y la secretaria —le dije—, pero ella sabe guardar secretos, de manera que lo es en forma total.

En efecto, el despacho constaba de dos piezas de las mismas dimensiones; la que daba al corredor era pública, el privado lo era estrictamente pues lo había convertido más bien en estudio y ahí me dedicaba a escribir.

—Fuera de la luz y del aire —le confesé a Galdino— no entra otra cosa en mi estudio. Dice molesto mi primo Pancho

Díaz González, que es mi *sancta sanctorum* porque alguna vez ni a él lo dejé entrar. Voy a hacer una excepción contigo.

Poco más tarde llegó con sus embozados paquetes de expedientes, le desocupé dos gavetas de mi archivero privado y guardó celosamente sus cosas.

Nunca supe si realmente Carlos le había dado la indicación de que recurriera a mí. Pero debe haber hecho un buen trabajo, puesto que más adelante habría de llegar a diputado y a presidente municipal de Ixtlahuaca.

Yo siempre le tuve especial estimación a mi gordo amigo. Estudiamos juntos la carrera y nos alegraba con su voz de barítono, en dúo con Sergio Vilchis, que era tenor. Pasamos juntos muchos trances, lo mismo los dulces que los amargos, de modo que no me interesaba si aquel servicio lo pedía él o verdaderamente Carlos, de quien yo reconocía que, en efecto, era muy cauteloso y andaba por el mundo con los pies de plomo, o cuando menos con pesadas llantas de pipa petrolera.

Tres días antes de que se destapara su candidatura, aún les estaba diciendo a los periodistas que no era él, de modo que ni cuenta me di de que ya era candidato hasta que me habló Carlos Garduño, gerente de *El Noticiero*:

—Sí, Mosco —me soltó—, este arroz ya está cocido, incluso acabo de entrevistarme con Hank, allá en la Conasupo. Su primer acto va a ser una conferencia de prensa, aquí en Toluca, en el local de los muchachos de la Asociación de Periodistas. Yo sólo le estoy ayudando, pero me recomendó mucho que lo invitara a usted. ¿Sabe lo que me dijo? “Poncho no es mi amigo, es mi hermano”... De modo que quiere verlo en la conferencia.

En efecto, todo se organizó en las oficinas de las calles de Bravo, que no llegaban ni a muebles. Fue el CAPFCE el que les prestó sillas y escritorios que, según dicen las malas lenguas,

nunca devolvieron. Pronto me di cuenta que lo manejaba todo Mario Colín, quien sería jefe de la campaña electoral, pues también me habló para que no dejara de asistir. Fue una de las sesiones más largas que he visto en mi vida. Empezó como a las tres de la tarde y estaba terminando como a las once de la noche. De ahí nos fuimos a cenar al Restaurante San Carlos con el delegado del PRI, que era Mario Trujillo García. Fue él quien nos platicó la manera en que se había producido la designación de Hank:

En 1963, cuando terminaba su periodo gubernamental don Gustavo Baz y se venía el rejuego de las precandidaturas, el nombre del joven político de Tianguistenco comenzó a aparecer en los periódicos, a pronunciarse en los corrillos y, por disciplina elemental, el interesado se fue a ver a Díaz Ordaz en la Secretaría de Gobernación.

—Señor —le dijo— por ahí me andan candidateando mis paisanos para gobernador de mi tierra, creo que es mi obligación comentarlo con usted.

—Sí —le respondió el “señor ministro”— ya lo sé, te candidatean pero no te toca. El señor presidente de la república ha seleccionado a don Juan Fernández Albarrán. Pero si se nos hace, ten la seguridad de que vendrá la tuya.

Si se nos hace... Ni qué decir que se estaba refiriendo a la presidencia. Y se les hizo.

Al acto con los periodistas siguieron las asambleas sectoriales del partido, y la gran asamblea general, que se realizó en Toluca y donde todavía los enardecidos y despechados seguidores del suriano Enedino Macedo armaron un alboroto. Las circunstancias obligaban a Hank a llevar adelante una campaña electoral intensa, fuerte, totalizante, puesto que tenía un enemigo fuerte al cual combatir. En una misma semana realizaba por lo menos tres giras y despachaba un día en Toluca y otro en Naucalpan.

Yo seguí con mis labores habituales hasta que, unos diez días después de que comenzó el rejuego me fue a buscar Mario Colín para decirme:

—Hombre, dice Carlos que por qué no has ido a verlo.

Recuerdo muy bien que le respondí: “Mira, Mario, de la campaña se encarga el PRI y para eso le sobran grillos. No creo poder servirle para nada. Ya que sea gobernador, porque de seguro lo va a ser, entonces a lo mejor hasta le voy a pedir un hueso”.

Bromeamos un rato y al fin me dijo:

—Bueno, Poncho, la verdad es que te invita el domingo para que lo acompañes al acto de Acambay. Le interesa hablarte sobre dos o tres cosas.

—¿En la gira?, ¿en el acto masivo?... La verdad es que no creo que podamos cruzar tres palabras. Aparte de que yo ya he recibido muchos codazos y tengo molidos los costillares. Si quiere que hablemos, por qué no en su oficina.

Esa vez le tocaba estar en Toluca, de modo que Mario admitió mis razones y me llevó al instante a las oficinas de campaña, que estaban en Villada, en la vieja casona de Gabriel Ezeta. Pasamos de inmediato. Carlos departía con algunos grupos, en un amplio salón de la planta alta. Creo que ya entonces se había acostumbrado a los “acuerdos de balcón”, como después los tuvo en grandes cantidades en el Palacio de Gobierno. En mi caso, para poder hablar confidencialmente, me llevó al ventanal.

—Tienes que reincorporarte al equipo —fue con lo que me recibió—, me haces falta. Mira, le encargué a José Antonio Muñoz Samayoa que de cada gira se vaya escribiendo una crónica que abarque los principales aspectos de los actos, que sintetice las peticiones, que consigne entrevistas con la gente... y no me gusta cómo lo están haciendo.

—Se va a enojar José Antonio —recuerdo que le dije.

—No, hombre, qué va, si le vas a resolver un problema. Tú me dices con quién hablo para que dispongas de tiempo, ¿con el profesor Ortega?

Le aclaré que por eso no se preocupara. Yo podía hacer *Magisterio* a la vez que su trabajo.

—Pero, es que hay algo más... —me confesó dubitativo.

Según me explicó, el jerarca priísta Alfonso Martínez Domínguez le había enjaretado a Gustavo Carrero como jefe de prensa desde que estaba en la Conasupo y no tenía más remedio que tolerarlo pese a que no fuera lo más idóneo para el puesto. Y era lo peor que al iniciarse la campaña, en un afán hasta cierto punto justificado de ganarse a la prensa nacional, había descuidado a los muchachos de los periódicos locales. Y éstos la habían emprendido en contra de Carrero, cuya destitución ya habían pedido.

—Pero no me conviene suprimirlo, de verdad; en estos momentos es cuando más necesito de Martínez Domínguez. Por eso quiero que tú allanes las cosas, que acolchones el enfrentamiento y, si es posible, que diluyas la pelea, ¿crees que puedas reconciliar a Gustavo con la prensa local?

Yo estaba muy bien enterado de la situación porque los reporteros me tenían plena confianza, de modo que contesté afirmativamente, si se tomaban de inmediato ciertas providencias. Llamó a don Enrique Jacob Soriano, quien manejaba en general toda la propaganda política:

—A ver —dijo Hank—, habla, te escuchamos.

Fui enumerando los problemas:

—En primer lugar, a los muchachos les revienta que los lleven a las giras en incómodas camionetas, revueltos con los rufianes de “seguridad”, que tú ya conoces cómo se agorilan, es decir, la prensa local pretende que ustedes faciliten su labor

proporcionando un autobús especial. Puede ser uno de esos que hay ahora, a los que llaman minibuses.

Don Enrique tomaba nota.

—En segundo lugar —proseguí— no quieren asistir a las comidas comunales que dan en los pueblos, porque en estas actividades hay gente que va a trabajar y gente que sólo va a comer. Aseguran que cuando llegan a los banquetes, o todas las mesas están ocupadas o simplemente, por estar atascado el sitio, no los dejan entrar.

También tomó nota Jacob. Finalmente expuse en qué consistía el trabajo de los reporteros, ahora que se estaba realizando una campaña difícil, cargada, abrumadora, pues me habían explicado ellos mismos que salían a las seis de la mañana y a veces regresaban a las once o doce de la noche, todavía a transcribir discursos y redactar sus notas. Carlos estaba hablando en casi todos los lugares que visitaba y en todos le presentaban multitud de problemas. Y rematé:

—Creo que lo que les pagan en los periódicos no compensa esta sobrecarga de trabajo y es que, la verdad desnuda, los propios dueños esperan que tú les correspondas personalmente con una gratificación. Te aseguro —le dije— que esto nada tiene de inmoral. Es deshonesto el chantaje de los holgazanes revisteros que piden para que no peguen, de los extorsionadores que te asustan con el petate del muerto para que les engordes la cartera. Los muchachos en verdad están trabajando duro, doble, triple y es justo que les des una ayudadita.

—¿Cuánto?

—Siquiera de unos quinientos pesos a la semana.

Terminó de tomar nota Jacob. Y el siguiente domingo en la propia puerta de la Asociación, en la calle de Bravo, esperaba un minibús del PRI, que desde ese momento sólo se dedicó a transportar a los periodistas locales. Curiosamente, fue Galdino

Sánchez el comisionado para llevarles el lunch a los reporteros. Como era de familia de restauranteros, Carlos pensó que era el más idóneo para gestionar que, en cualquier forma, se dispusiera de aquellos cajoncillos de cartón que contenían la vitualla y el bebestiajo. Era aquel itacate para algunos lugares, el restaurante en otros y así por el estilo. También empezó a compensárseles religiosamente su semana de trabajo.

En el minibús viajaba sólo gente que se conocía, que se entendía, algunos muy amigos. Habían sido comisionados por sus periódicos para cubrir la campaña Horacio Garza, Toño García Rojas, Jorge Mejía Sevilla, Jorge Hernández Ochoa, *el Flaco* Esquivel, Fernando *Chavitos*, en fin, puros cuates. Se aligeró el trabajo porque, además, se llevaba una mesa con máquina de escribir y grabadoras. En los viajes largos se conversaba de todo, se hacían chistes, o cantaba Galdino con su tesitura de barítono, algunas veces acompañado de Sevillita, que también fraguaba buenos gorgoritos.

Hubo algunos incidentes porque, la verdad, algunos de ellos habían sido macedistas y abominaban al PRI por haberle dado la espalda al terracalenteño. Se entretenían en tapar con papeles el escudo del Partido, para que luego fueran los priístas a destaparlo. Y así como a los maestros de ceremonias los apodaron como los jubilosos, porque en todos los mítines pedían al público que recibiera “con júbilo” al candidato, a los reporteros que se mostraban un tanto cuanto presumidos y altaneros los motejaban la Casta Divina.

Un día estaba yo ante la puerta del edificio partidista cuando vi que el carro azul del candidato se paraba enfrente. Pero no bajó Carlos, sino que abrió la portezuela de atrás y un poco inclinado hacia adelante para que no lo vieran, me llamó. Corrí a treparme y me senté junto a él. Me dijo que las crónicas

estaban muy bien, que me las agradecía y que la tormenta con los periodistas estatales se había calmado. Pronto vi que no íbamos a ninguna parte, simplemente dábamos vueltas para platicar. Fue cuando adoptamos algunas providencias tácticas para terminar de descalificar a Macedo, con sólo retratar sus pinchurrientos mítines. Pronto derivó hacia una plática más confidencial. Por razones obvias aquel diálogo se me quedó muy grabado y prácticamente lo reproduzco textual:

—Entonces, ¿ahora sí ya te vas a dedicar exclusivamente a la política? —le pregunté. Movi6 la cabeza afirmando. Yo quise averiguar aún más:

—¿Y los negocios?

—Eso se acab6 —fue su respuesta contundente—, en ese sentido he llegado a donde quería, tengo asegurado mi porvenir económico y ya no los necesito más.

—¿Los vendiste?

—De ninguna manera, acuérdate de que tengo hijos. Ahora el negociante es mi hijo Carlos.

—Pero él es un chamaco.

—Lo que pasa es que se te ha hecho muy pronto, pero la verdad ha pasado más tiempo del que crees. Carlos es un hombre hecho y derecho, ya tiene veinticinco años.

En realidad yo lo creía menor. En seguida, recordando la utopía juvenil de Carlos, le pregunté:

—¿Y aquella revolución desde arriba?

—Eso está en pie, absolutamente. Creo que estoy cumpliendo mis propósitos. Dije que primero sería gobernador de mi estado y voy en camino. No estoy viejo, aunque ya empieza a cansarme eso del joven candidato —nos reímos—, para lo demás queda mucho tiempo. Lo que digo en los mítines te juro

que no es demagogia; lo siento, lo voy a hacer. Empezaremos esta revolución aquí, en el estado... y luego, desde más arriba.

—¿Entonces estás dispuesto a jugártela?

—Todo y con todo —fue otra vez su contestación tajante.

Me permití recordarle que, siendo ambos profesores de la materia, sabíamos perfectamente que sólo han merecido ocupar las grandes páginas de la historia los que de veras se la jugaron en favor de las causas populares. Los que se quedan en medio pasan inadvertidos.

Me pareció que su convicción seguía siendo firme, que era todavía el muchacho profesor de Atlacomulco al que los curas tachaban de “comunista”. Incluso recordamos que él había ayudado y estimulado a gente como Fidel Castro y su hermano Raúl, allá en 1956, cuando venían huyendo de la amenaza gringa. Carlos les ayudó en lo económico, puso a su disposición vehículos, nos pidió colaboración a los amigos, a Wilfrido Valverde, quien también puso sus centavitos; a Luis Sicilia, que le servía de chofer a Fidel en una camioneta que nos llevaba al Nevado. En fin...

Le creí a Hank. Le creí que en efecto se la iba a jugar. Y esto significaba abrirse camino hacia la presidencia de la república. Sólo desde esa cumbre sería posible realizar una revolución mexicana desde arriba; por lo menos como lo había hecho Lázaro Cárdenas, que en efecto tiene un excelente lugar en la historia, quien, por cierto, también se expuso para impedir que Castro y sus camaradas fueran entregados de manos atadas al asesino Batista.

Yo sabía que mi papel en esta prometida saga iba a ser menudo. Pero de todos modos tenía derecho a entusiasmarme, y no porque esperara un gran hueso. La revista *Magisterio* no le costaba un centavo al régimen, excepto mi sueldo como pro-

fesor de primaria sin que estuviera yo en el banquillo. Cuando tocase fin el proceso electoral, con el resultado previsible, lo único que pensaba pedirle a Hank es que me permitiera seguir adelante con mi publicación exactamente de la misma forma.

Pero las cosas en la campaña se complicaron. Los reporteros locales y Gustavo Carrero continuaban con sus piques; al parecer ni uno ni los otros estaban dispuestos a fumar la pipa de la paz. El jefe de prensa de la campaña les hacía evidentes desaires, nunca viajó con el grupo en el minibús y prefería trasladarse en su flamante Impala color pistache, en franco desprecio de una compañía que le era molesta.

Sólo una vez se trepó al vehículo de prensa, cuando fuimos a Temascaltepec y eso, seguramente, porque le dijeron que los caminos eran muy malos y no quiso maltratar su carrazo. Pero aún dentro del convoy escogió el asiento único que esa clase de unidades llevan junto al chofer, es decir, de todos modos no departió con la tropa. Pero de regreso se le ocurrió dormirse. En cierta forma estaba justificado el hecho en virtud de lo pesado que eran las giras de Carlos, pero dio motivo a que prevalecieran las fricciones. Jorge Hernández Ochoa le tomó una foto a Carrero cuando estaba en desgarbada posición —digamos que “onírica”— y varios periodistas la publicaron con pies de foto peyorativos en que, incluso, se insinuaba que iba durmiendo la mona.

Por cierto que don Gustavo nunca le perdonó a Jorge la broma, ya que fue el primero en exhibirlo en brazos de Morfeo, en una columna llamada “Los Picapiedra”, que —si no recuerdo mal— hacía al alimón con Sevilla y Javier Ariceaga. Lógicamente, suponía Carrero, había sido Hernández Ochoa quien proporcionó la gráfica a los demás. Alguna vez que éste le fue a pedir un servicio, el rencoroso funcionario se con-

cretó a sacar de su escritorio el recorte periodístico y se lo puso enfrente. Jorge ya no pidió más.

El resultado fue que, no pudiendo deshacerse de tan incómodo recomendado, Carlos me pidió que continuara con Gustavo Carrero, ya nombrado director de Prensa y Relaciones Públicas, en calidad de subdirector.

En el Quinto Patio del Cuarto Poder

NI AFIRMO NI NIEGO que los gobernadores, antes del doctor Gustavo Baz, dejaran de tener encargados de las cuestiones hoy llamadas comunicacionales. Sólo me consta que en el periodo del licenciado Isidro Fabela quien manejaba estas cuestiones era don Gabriel Alfaro, primo del gobernador y periodista de muchos años. Lo recuerdo trabajando en el periódico *Excélsior*. Respecto al primer Del Mazo, es incuestionable que conservó el periódico oficial *El Demócrata* y que atendían sus problemas informativos y publicitarios los directores de ese bisemanario, entre los que anoto a Manuel López Pérez y al profesor Santiago Velasco Ruiz.

Con Salvador Sánchez Colín vino a Toluca Víctor Jaramillo Villalobos, campeón de bádmiton y reportero capitalino. No tengo idea de qué puesto desempeñaba, pero no era ninguna formal jefatura de prensa. Más bien colaboraba con Salvador como secretario privado.

Pero fue el doctor Baz el que decidió establecer una oficina de prensa, a nivel de jefatura de departamento, que dependía directamente de la Secretaría Particular. Físicamente estuvo

situada en el entresuelo del viejo Palacio de Gobierno, hoy del Poder Judicial, prácticamente bajo las escaleras del sur y en la parte posterior. Eran dos cuartitos, uno para la secretaria, que también servía de antesala, y otra para el jefe.

Curiosamente, en los primeros años del régimen bacista no hubo quien resistiera la estadía en ese departamento. No fueron menos de cuatro los jefes que desfilaron sin echar raíces ni hacer huesos viejos. No los recuerdo a todos, pero sí a Juan Castañeda, que me parece fue el primero, y a Antonio Ríos García. Las razones por las que no resultaban duraderos estos jefes no me parece interesante investigarlo, ya que no dejaron huella persistente ni para bien ni para mal.

En esos tiempos era yo subdirector de *El Mundo* y frecuentemente me entrevistaba con Carlos Barrios Honey, secretario particular de Baz. Un día conversamos respecto a la inestabilidad del naciente departamento de prensa, que sufría sin duda los efectos nocivos del noviciado.

—Le están recomendando —comentó Barrios en alusión a su jefe— a un joven, Hugo Villicaña, que trabaja en *El Sol de Toluca*.

Cuando estuve encargado de la dirección conocí a Hugo, si bien ya había tenido relaciones de confraternidad con don Juan, su padre.

Hugo había trabajado en el Departamento de Alfabetización con mi maestro Rosas Talavera. Un incidente fortuito lo llevó a conocer a Gerardo Cuéllar Villarreal, que allá por 1955 estaba encargado de la redacción de *El Sol*, cuando estuvo dirigiendo provisionalmente ese periódico. Resulta que, ambos solteros (Cuéllar no era todavía mi cuñado), comían en el Restaurante L Ambient, cuando era de Angelito Liho, cada uno en su mesa. Pero alguna vez notaron esa soledad, que lamen-

taban, y decidieron hacerse mutua compañía, pues a la hora de los frijoles no hay situación más cruel que masticarlos en el desierto.

Así se inició entre ellos una buena amistad. Hugo todavía era burócrata, pero aspiraba a convertirse en algo más. Y Gerardo descubrió su vocación hacia las letras, por lo que le propuso que se iniciara en el periodismo, que siempre es un buen escalón. El propio Cuéllar escribía cuentos, ensayos y otras prosas, con estilo y galanura más que suficientes. Poco tiempo después, Hugo ingresaba al mundo del diarismo y ahí se quedó. Siempre fue un muchacho de pro, listo, servicial, dinámico y decente.

Le di al secretario particular de don Gustavo una buena opinión. Y no creo que solamente con base en mi pobre criterio fuera aceptado Hugo en la jefatura de prensa. Sólo cuento el incidente como ilustrativo y porque ahí empezó una permanencia del hombre por más de nueve años en esa ocupación, nueva para el gobierno del Estado de México.

Hugo cubrió tres o cuatro años de Baz y un infortunado episodio lo obligó a permanecer en el puesto. Para el gobierno del licenciado Juan Fernández Albarrán venía como encargado de prensa el escritor Salvador Calvillo Madrigal, pues en la Secretaría Particular estaba señalado don Cosme Hinojosa. Unos ocho días antes de que se iniciara el nuevo régimen, don Cosme falleció de uno de esos males que avisan de su existir pero no notifican cuándo será el deceso.

Muerte tan inesperada desconcertó a don Juan, quien no quiso precipitarse a designar otro secretario. Simplemente enrocó a don Salvador Calvillo, quien a su vez le suplicó a Hugo que permaneciera atendiendo la información, en tanto que el máximo jefe decidía otra cosa. El muchacho no tuvo inconve-

niente y se quedó... otros seis años; cosas de la política, que tiene sus sorpresas, unas gratas y otras dolorosas; unos van, otros vienen; unos salen, otros se quedan. Tanto a don Juan como a don Salvador les gustó la forma de trabajar del exreportero y en esa forma éste vino a ser práctica y verdaderamente el primer encargado de Prensa y Relaciones Públicas que registra la historia del estado.

Luego Carlos Hank elevó a la dependencia al rango de Dirección, nombrando como primer titular a don Gustavo Carrero, quien no duró mucho en el puesto, debido a tres cosas que tenía deplorables: sus hábitos, sus vicios y sus arrebatos. Entonces Hank lo sustituyó por Rafael Riva Palacio y las cosas empezaron a mejorar visiblemente. Permanecí con ambos como subdirector y, al iniciarse el gobierno del doctor Jorge Jiménez Cantú, mi viejo amigo Alfonso Solleiro me ratificó en ese cargo. Así fue como, durante doce años, me tocó atestiguar algunos episodios de la picaresca dentro del mal llamado Cuarto Poder. Aquí referiré algunas de estas anécdotas.

Cuando Carlos Hank designó director de Prensa y Relaciones Públicas a Riva Palacio, la noticia corrió como reguero de pólvora encendida. De modo que la primera mañana que se presentó en el despacho, ya lo estaban esperando no sólo en la antesala, sino en los propios corredores del Palacio, varias decenas de individuos que le tributaron una gran ovación. Abrazos, palmaditas en el hombro, apapachos, hasta que por fin pudo entrar a su oficina:

—Oye —me preguntó intrigado—, ¿y éstos quiénes son?

—Los directores de periódicos.

—No friegues... ¡si no reconocí a ninguno!

Entonces hubo que aclararle:

—Es que tú, en tus muchos años de publicista, te has ligado con los patrones de los grandes rotativos y por lo tanto eres cuate de don Rómulo, de Scherer García, de Alarcón... Pero estos son los directores de las mil y un revistillas y periodiquitos de cuatro planas que infestan el ambiente.

Entonces lanzó una pregunta que lo habría de atormentar como un suplicio dantesco el resto de su vida:

—¿Y qué hago con ellos?

—Se supone que tu obligación es atenderlos. Y te vas a encontrar con la terrible sorpresa de que son más voraces, más impositivos, más altaneros y más insolentes que si se tratara de los directores del *Le Monde* francés, el *Times* londinense o el *Excélsior* mexicano.

No lo creyó de pronto, porque ese día sólo le llevaban su saludo y sus felicitaciones. Pero cuando comenzaron a presentarle sus facturitas de muchos miles de pesos y se enteró de que el presupuesto para cubrirlas era menguado, además de que su primera obligación era defender un dinero que más bien estaba para levantar escuelas y hospitales, entonces comenzaron sus tribulaciones.

Al poco tiempo ya no los aguantaba. Como era tan jovial, tan sencillo, tan amable y buen hombre, algunos creyeron que Rafael tenía aptitudes para la silla... de montar. Pronto se convencieron de que no, y con uno de ellos tuvo que llegar hasta las manos, naturalmente que después de las mentadas.

Todos los lunes Hank reunía a sus colaboradores para acordar directivas. Pues bien, uno de esos lunes y mientras llegaba el gobernador, Riva Palacio empezó a narrarle sus cuitas al contralor, don Manuel Rattner, que durante mucho tiempo había sido periodista e incluso director de la Cadena García Valseca.

—¿Qué hago hermano?, —le preguntaba angustiadísimo Rafael—, ¿qué hago con esta maldita gente? Tú que los conoces, tú que sabes mucho del ambiente, tú que eres un genio, ¡ilumíname!...

En ese momento entró Hank y Rattner sólo alcanzó a decir:
—Yo tengo la fórmula, ahora que terminemos te la doy.

Pasó la junta, durante la cual Riva Palacio estuvo feliz, ilusionadísimo, seguro de que terminaban sus padecimientos, ya que confiaba a ciegas en la sabiduría y la experiencia de don Manuel. De modo que en cuanto terminó la reunión, se acercó a su amigo para volver a preguntarle con apremio:

—¿Qué, hermano, qué debo hacer?, ¡dime, por favor!

Cazurro, pero muy serio, Rattner le contestó:

—Bueno, que yo sepa sólo hay una solución...

—¿Qué, qué?

—Fusilarlos...

Luego me comentaba Rafael:

—Claro que no los puedo fusilar. De modo que no me queda otra que seguir tu consejo: paciencia y resignación.

Virtudes esenciales que debe tener un director de prensa si no quiere fracasar... o morir de una hepatitis.

Sutilmente, como quien no quiere la cosa, Riva Palacio fue descargando en mi persona algo del peso de aquel trato con tan singular gente del medio, dicho en esta forma porque la verdad no se les puede, no se les debe llamar periodistas. Había un grupito feroz de las hojitas impresas de Ciudad Nezahualcóyotl, dentro del cual el noventa por ciento eran clásicos picadores y el resto, lenones dueños de cantinas, pulquerías y burdeles, que con la chapa de periodistas se protegían de la acción policiaca.

Un día pasó Riva Palacio con ellos a mi oficina:

—Quiero que atiendas a los señores —me dijo—, platica con ellos, dales material informativo y, sobre todo, que se vayan contentos.

Les di material y les pasé una cantidad de dinero a cada uno. Cada ocho días, muy puntuales, me ofertaban con su visita. Pero el director me había explicado que no teníamos gran cosa de presupuesto y que era necesario darles mucha muleta y poca plata. Yo les platicaba, les hacía chistes, les contaba cuentos, les echaba flores... pero de lo otro, ni quinto.

Hasta que cierta vez se abrieron de capa. Uno de ellos, un tal doctor Bordes, que de medicina sabía lo que un sapo de trinar, y que en cuanto al periodismo era semianalfabeta, me cantó de plano:

—Mire, profesor, usted nos está tratando muy mal. Vamos a quejarnos con el licenciado... Recuerde que él le dijo que nos mandara contentos.

—Oiga, no, yo he procurado ser atento, cordial, les doy toda la información que quieren.

—Bueno, lo que pasa es que usted no entiende las cosas. Se lo voy a decir a lo pelón. Si usted nos da mucha coba, pero no nos suelta el dinero, nos vamos enojados. Pero si usted nos da dinero, ya nos puede mentar la madre que nos vamos rete contentos...

—Entonces vayan y...

Se me quedaron viendo feo.

—Vayan y me hacen un recibito. Pero también vayan a tizar a su mamacita, al fin que el doctor Bordes me acaba de autorizar.

Se fueron muertos de la risa.

Aquella constituyó para mí la más grande e importante de las lecciones respecto a lo que es una oficina de prensa guber-

namental. Como encargado de la parte informativa, sólo había tratado con los periodistas, es decir, con los verdaderos periodistas, que son todos aquellos que laboran en publicaciones serias cumpliendo una función normal. Los otros, los dizque directores de revistas católicas (salen cada vez que Dios quiere o se descuida) o de vil chantaje, en forma de catálogos de pedacitos de plana pagados, tienen una formación muy especial. Son gente que alguna vez, por azares de la fortuna, trabajaron como secretarías, ayudantes o *correvediles* en las agencias de publicidad o los departamentos respectivos de diarios y revistas importantes.

Esta cercanía a la fuente publicitaria los llevó a percatarse de dos aspectos débiles de la administración pública: en primer término, el miedo cerval que los políticos le tienen a los periódicos y que no afecta exclusivamente a esos grillos con gran cola que les pisen, pues aun funcionarios honestos, eficientes, constructivos, temen que su nombre pueda aparecer negativamente en algún periódico. Quizás lo temen más los honestos, precisamente por el cuidado que tienen de su prestigio y la pena que les causaría que sus familias, sus hijos, pudieran llegar a leer alguna indignidad que se les imputara. En segundo lugar, estos especímenes de mozos de agencia pudieron percatarse de la facilidad con que los políticos sueltan planas pagadas a los periódicos.

Y así empezaron su carrera. Algunos de ellos incluso habían sido vendeplanas de los grandes periódicos, hasta que se dieron cuenta de que las podían seguir vendiendo sin tener que cobrar solamente una pequeña comisión. Entonces abrieron un periodiquillo cualquiera, cobrando casi lo mismo que los rotativos serios, pero llevándose todo el costo de las operaciones.

Lógicamente, como se trata de un turbio e infame negocio, esas publicaciones elaboran unos cuantos ejemplares, a

veces únicamente los necesarios para adjuntarlos como comprobantes a sus facturas.

En este punto, cualquiera se hace la pregunta: Bueno, ¿pero si no circulan, por qué diablos les temen los funcionarios? Muy sencillo, nadie los va a comprar a un estanquillo, pero sus dueños tienen buen cuidado de hacer un medio millar de ejemplares, que llevan a todas, absolutamente a todas, las oficinas de gobierno... y los dejan regalados.

Por desgracia, para los directores de prensa, existe una puerca costumbre entre algunos colaboradores del gobierno: si se consigue que una gran firma redacte un bonito artículo de fondo, o que un buen diario publique un sesudo editorial, o que una revista con amplia circulación difunda un comentario positivo, todos ellos elogiosos para el gobernador, nadie (excepto nuestra oficina) es capaz de llegar con él para decirle: “Hombre, mira que buen artículo te publicaron”.

¡Ah, pero que no aparezca por allí una mendacidad, un insulto al jefe del Ejecutivo, así sea en el medio más vil y asqueroso!, porque entonces ahí estarán dos docenas de amiguitos para decirle: “Oye, ¿ya viste lo que te sacó *El Herald de Cincuentarrobas?*, ¿pues qué hace tu jefe de prensa?”.

Tristes casos hubo en que además de que se le amargara el día al gobernador (restándole honor para trabajos de beneficio al pueblo) hubo que transar con los gángsters más asquerosos del ambiente... ¡y darles dinero!

Claro que en esto del trato a los piratas del periodismo, hay de gobernadores a gobernadores. Existen los que ya saben que éstos no son periodistas (a los que de veras son, los tratan con toda deferencia), sino picadores, vendeplanas o simples chantajistas que “pegan para que les paguen” y que muchas veces no venden ni siquiera elogios, sino simple silencio. Es

más saludable que estas gentes lo ignoren a usted, a que le tributen un halago.

Un gobernador, maestro en estos gajes de la política, adoptó desde un principio la táctica de que “ni iguales ni embutes, ni aceptar chantaje alguno”. Acordó que se atendiera en lo posible a todos, incluso a los vendeplanas, pero sin plejarse a sus exigencias, ya que “si hoy te piden cinco y se los das, mañana quieren diez y pasado mañana, veinte”.

Esto, sobre la base de un conocimiento exacto de que cuando al picador o chantajista no se le da todo lo que se le solicita, inmediatamente se va a molestar al gobernador. Si usted se fija tantito, verá que todos, absolutamente todos, dicen: “Bueno, entonces lo voy a tratar con mi amigo Pedro” y para todos ellos el gobernador es Pedro, su cuate, aunque nunca lo hayan visto en persona.

De modo que el individuo subía a la Secretaría Particular y solicitaba una entrevista con el gobernador. Inmediatamente el jefe de ayudantes lo regresaba con el director de prensa. Si por alguna circunstancia lograba entrar con el secretario, éste —con mucha mano izquierda también— lo mandaba de regreso con el funcionario del ramo.

Algunos, creyendo pasarse de vivos, alegaban pretender entrevistarse con el gobernador no para asuntos de prensa, sino para otra clase de cuestiones. La respuesta era siempre la misma:

—Si usted le trata primero su asunto al director de prensa, tenga la seguridad de que será mejor atendido que por el propio gobernador.

Algunos de plano reventaban asegurando que el director los había tratado mal, que no los quería atender. Entonces, lo más que hacía el secretario o el jefe de ayudantes era hablar con el director en términos muy sencillos: “El señor Fulano de

Tal está en esta oficina y va a bajar a verlo”. Colgaba diciendo: “El licenciado lo espera en su oficina”.

Al final de cuentas el vendeplanas se convencía de que el gobernador no lo iba a recibir nunca. Y tomaba uno de estos dos caminos: 1) ya blandito, bajaba a transar, en lo que fuera, con el director, o 2) los más empecinados —después de todo no viven de otra cosa ni efectúan ninguna otra labor— se apostaban en la puerta de la casa de gobierno o en la del garaje del palacio, hasta que lograban interceptar al propio mandatario estatal.

Esta gente no tiene imaginación. Sus reclamaciones eran siempre las mismas:

—Usted no me quiere atender.

Aquel gobernante del que hablo tenía una mano dura pero aterciopelada, una magnífica sonrisa, un trato tan gentil que muchos aseguraban que parecía el de una dama. Y sin embargo no lo vimos cejar nunca.

—¿Cómo no lo vamos a atender, mi amigo, si para eso estamos? Lo que sucede es que el gobernador nombra una serie de colaboradores, precisamente porque no se puede encargar de todas y cada una de las cuestiones que se le presentan. De manera que vea usted al licenciado y verá cómo lo atiende de maravilla.

—Pero, si es precisamente que él no me quiere atender.

—No es posible. Si lo nombramos es porque lo conocemos. Se trata de una persona amabilísima. En fin, platíqueme sus penas, ¿qué no le quiere dar información?

En ese momento siempre explotan y salen a relucir tanto el alto cobro como el ningún pago.

—Mire usted —contestaba el gobernador—, en cada ejercicio anual le asignamos a nuestros colaboradores un presupuesto. Es bueno que les sobre, pero no admitimos que les

falte. Estoy seguro que el licenciado le ha ofrecido a usted una cantidad de acuerdo con sus posibilidades presupuestales...

Aquí casi siempre alegan:

—Que yo he colaborado con el gobierno, que yo he publicado...

—Y se lo agradecemos mucho. Pero si nombré al licenciado es porque le tengo absoluta confianza y estoy plenamente convencido de que lo que le ofrece a usted es lo justo. Piense que si se desfalca, si se excede en sus egresos, yo lo tengo que regañar.

Siempre querían que el gobernador les firmara su alta factura.

—No, no puedo —les replicaba siempre—, si al firmarle su factura hago que el director se pase de presupuesto, entonces él es quien me va a regañar a mí.

Y así, entre veras y bromas, los mandaba con cajas destempladas para que tuvieran que tratar *a fortiori* con el director de prensa y en condiciones bonancibles para este último.

Hay algunos otros gobernantes que cuando les llega el tigre con zarpas de puñal, se apantallan. No encuentran nada mejor que llamar a un ayudante y decirle:

—Fulano, lleve usted al señor con el director de prensa y dígame de mi parte que lo atienda.

Los ayudantes, ipobrecitos!, tienen otras funciones que no incluyen la de ser inteligentes, de modo que siempre llegan con aire altanero:

—Que dice el gobernador que atienda usted al señor periodista.

De ese modo el vendeplanas o picador, que al entrevistarse con el funcionario de prensa la primera vez era un becerro, ahora vuelve convertido en un Miura:

—¿Ya oyó, estúpido? El señor gobernador le ordena que me atienda. Y eso quiere decir que me va a dar lo que yo le pida, ilas nachas si es preciso!

También hay secretarios particulares que se atemorizan o se impacientan y no sólo devuelven a los picadores como dragones, arrojando fuego por las fauces, y acompañados de un edecán; estos secretarios, apenas ven un periodista en su antesala, hablan con el director y quieren que personalmente suba para bajar al ogro:

—Aquí está el señor Pérez de *La voz de Chimalhuacán*, suba usted por él.

—¿Por qué?, que baje él a verme.

Esto les enoja, no entienden que mientras más alitas les den a los piratas de la letra impresa, más problemático le ponen el asunto al encargado de prensa. No quieren aceptar que estos señores no son periodistas, sino sacaclacos y que como a tales los debe tratar desde el primero hasta el último funcionario. No quiere decir esto que haya que echarlos a patadas, sino que, en su nivel, hay que atenderlos y, en su nivel, darles lo que es conveniente.

Riva Palacio nos fue dejando, insensiblemente, la obligación de atender a los revisteros. Pero no era cosa ni de acabarse el hígado ni de terminar con ellos a cachetadas, mucho menos de gravar innecesariamente el presupuesto. Con la señora Esther Moreno, que era auxiliar de contabilidad, hicimos un balance de lo que apretadamente se había dado a cada publicación los años anteriores y resultó que no era cosa del otro mundo.

Se adoptó entonces esta fórmula: se habló con cada uno de los revisteros y se logró, a base de mano izquierda, que aceptaran cuatro asignaciones al año, que en ese entonces iban desde los quinientos hasta los dos mil pesos. En promedio se

estaban dando cuatro mil pesos anuales a cada publicación, lo cual arrojaba un presupuesto muy ponderado.

El sistema que se siguió fue muy sencillo: puesto que ya entonces la fecha del informe gubernamental había cambiado de septiembre a enero, se acordó que ese mes se les daría a todos la primera asignación, y el resto cuando ellos lo determinaran. Se integró, pues, un tarjetero en que cada publicación tenía asentado su propio récord anual.

Por supuesto quedó un pequeño remanente de los que no quisieron aceptar y continuaron con el proceso de insistir en ver al gobernador, buscar padrinos, etc.; con este pequeño grupo hubo que seguir lidiando, pero en general las cosas se facilitaron enormemente.

Después de este arreglo, siempre nos quedó tiempo suficiente para atender de manera específica y directa, con mayor prontitud y eficiencia, los asuntos del gobernador, porque ya no se tenía que batallar a todas horas con los revisteros. De vez en cuando alguno pedía más, pero se le convencía fácilmente sobre la base de que ya todo estaba presupuestado:

—Ya veremos el año que entra.

Y el siguiente año les aumentábamos, parejo, una pequeña cantidad. Observamos que la gran mayoría de esta gente lo que quiere es tener algo seguro con qué contar de firme. Y al final de cuentas hasta los más recalcitrantes entraron al aro. No queremos decir que no hubiera problemas, pero éstos se redujeron a su mínima expresión.

Durante el siguiente régimen no se quiso adoptar este sistema. Ignoro las razones, porque no intervine en las cuestiones publicitarias, pero la verdad es que las cosas llegaron a complicarse en forma extraordinaria. En cuanto se presentaba el director en la oficina, ya tenía una bola de revisteros

esperándolo. Para quitárselos de encima les tomaba a revisión facturas que no se pagaban o finalmente, por cansancio, se pagaban a precios exorbitantes. Como no se llevaba un récord de asignaciones, hubo veces en que a periódicos insignificantes les fueron autorizadas cantidades equiparables a las que se debieron pagar sólo a periódicos de interés, los cuales —por este mismo descuido— fueron mal tratados al otorgárseles cantidades ridículas.

No critico el sistema, simplemente insisto en que el de asignaciones fijas era mejor: con un control exacto, se lograba que éstas no fueran tan onerosas, contribuía a que cada quien se llevase lo que le correspondía y le permitía a la Dirección desplegar otras actividades más importantes.

En palacio no se cantaban mal las rancheras

FUE EN LA ÉPOCA DEL PRESIDENTE LUIS ECHEVERRÍA cuando se plantó y germinó la idea de convertir departamentos y direcciones de prensa en organismos más modernos, más dinámicos, que abarcasen el tratamiento general de los medios, y que esa nueva facultad se reflejase desde el nombre, aprovechando los avances de una recién parida ciencia que se denomina de la comunicación, en necesaria simbiosis —especialmente para las empresas privadas— de esa otra llamada mercadotecnia.

Ya no se trataba de que las dependencias respectivas manejaran exclusivamente información a través de los periódicos, la radio, el cine y la televisión, que se habían convertido en un sector importantísimo, sino que también se dispusiera de otros medios alternativos de difusión, de una mejor y más efectiva secuencia de relaciones públicas, etcétera.

En gran medida se procuraba tecnificar lo que hasta entonces se había manejado empíricamente, la casi totalidad de las veces por manos de periodistas que apenas tenían la secundaria o la preparatoria (algunos habían realizado alguna carrera, aunque no relativa a estas cuestiones), que se habían hecho del

oficio aprendiendo sobre el hombro de los diaristas más viejos y experimentados. Pero si ya existía una carrera, naturalmente instrumentada en principio por los empíricos, resultaba lo más congruente elevar de nivel las dependencias hasta entonces llamadas de Prensa y Relaciones Públicas.

No pretendo menospreciar la carrera de ciencias de la comunicación, que incluso ha llegado a universitaria, pero se debe reconocer que calcó muchos de los avances logrados al respecto en otras naciones, sin que hayan escaseado las aportaciones locales. Será el tiempo el que diga si las actuales coordinaciones del ramo lo han hecho mejor que las antiguas y modestas oficinas de información y publicidad gubernamental.

El problema capital de nuestra Dirección de Prensa y Relaciones Públicas consistía en que un buen número de funcionarios pensaban que esa dependencia del ejecutivo estatal se creó para tapar sus propias porquerías y remediar sus estupideces. La consideraban una especie de capa o de ventilador que existía para que ellos pudieran, tranquilamente, cometer desafueros y no preocuparse de sus posibles ineficacias.

Estos funcionarios —por desgracia más del noventa por ciento— se imaginaban al titular de prensa como un señor impo- nente, estilo director de sinfónica, con gran garrote, enorme melena, parado sobre un podium y al frente, en sus atriles, todos los periodistas, desde dueños, editores y directores, hasta los más ínfimos reporteros.

Como director del conjunto, el jefe tiene a toda la prensa bajo su voluntad y a su arbitrio. Con el garrote —o batuta, como usted quiera— va dirigiendo la orquestación y a éste le dice: “hoy publicarás esta loa”, mientras que a otro le advierte: “cuidadito con que me saques ese tubazo contra el ínclito don Fulano”. De modo que ese superhombre tenía que ser capaz de someter a la

prensa a una rígida coordinación, a fin de que nadie desentone, que nadie exagere, que nadie se salga del huacal.

Y no era así. La función primordial de la Dirección de Prensa fue cuidar la imagen del gobierno, crearla en lo posible con tonos positivos, difundir los aspectos sustanciales de los programas y obras. Pero esta misión estaba distorsionada en la mente de ciertos “servidores públicos”, quienes suponían que un jefe de prensa estaba obligado a ser, incluso, adivino. De repente hablaban indignadísimos porque se dio a conocer tal o cual imprudencia, error o trapacería de su oficina: “¿Por qué permitiste que apareciera esa nota?”. Había que contestarles que uno no estaba en posibilidad de impedirlo por la simple y sencilla razón de que ignoraba que se fuera a publicar, pero que se iba a tratar de desmentir, desvirtuar o evitar que se propagase. Ellos lo que querían era que el jefe tuviera la mágica virtud hasta de borrar lo que ya se escribió, imprimió y circuló. Y todavía recomendaban con toda desfachatez: “Oye, procura que no vuelva a ocurrir”.

Algunos iban más allá: no sólo pretendían que se encubriesen sus errores, sino esperaban que el jefe de prensa estuviera atento a que no se les pegase, en los periódicos, a sus amigos. Y había que responderles: “¿Cómo es posible que los conozcamos a todos?, ¡por favor!, desde hoy mismo nos van a dar una lista de sus cuates y los trafiques a los que se dedican, los trinquetes que pueden hacer, las indignidades que suelen cometer, para que tengamos mucho cuidado de que no les vayan a sonar en la prensa a los pobrecitos!”.

Resultaba sumamente difícil hacer que algunos “servidores públicos” entendieran el verdadero objetivo de la dirección del ramo. Por lo menos no pudo suceder durante seis años, pese a que el doctor Jiménez Cantú se los recordaba de viva voz

todos los días. Si hubiesen captado el verdadero sentido de su función, habrían comprendido que su papel era trabajar con honestidad, con eficacia y despreocuparse de que existiera o no la Dirección de Prensa.

De acuerdo, a cualquiera le puede acontecer un suceso infortunado, fuera del control de su voluntad o albedrío, y entonces el deber de la dirección era ayudarlo. Cuando se realizara una acción que, de acuerdo con los planes que la motivaron, debía ser buena y efectiva pero que por azares del destino resultaba mala, también era necesario acudir en ayuda de su responsable, es decir, hay casos en que es justo intervenir en auxilio de los funcionarios, y también se trabajaba en la dirección con ese criterio, pero tapar fraudes, abusos del poder, arbitrariedades, eso ya era otra cosa.

La generalidad de los gallones pensaban que tenían a la Dirección de Prensa y Relaciones Públicas como un rollo de papel higiénico, como una mampara y a veces hasta como una ametralladora. Pero eso sí, los de Hacienda suponían que ese instrumento debería conseguir sus fines (tener a los periodistas balando como mansos corderitos) a base de amistad y, por ende, no hubo dependencia del ejecutivo a la que regateasen más empecinada y a veces hasta groseramente los centavos.

Otra cosa fue cuando ellos pretendieron manejar directamente el trato con la prensa. Durante alguna época se integró, en la entonces Dirección de Hacienda, un departamento muy singular llamado Eventos Especiales, que desde sus inicios pretendió asumir algunas de estas funciones, especialmente el pago de publicidad y hasta la distribución de chayotes o embutes, como se les llamaba antiguamente. Quedó al frente un señor Martínez, que después fue subdirector de egresos. Pues bien, cierta mañana llegó por allí, calmado, cazurro como es,

el señor Rafael Vilchis, *Fofoy*, de *El Sol de Toluca*. Platicó con la chulísima secretaria, una norteña rubia de muy buenos bigotes, pidió una audiencia con el jefe Martínez y la obtuvo.

Fofoy tiene la costumbre de entrevistar sin grabadora y sin ocuparse de tomar apuntes, se atiene a su formidable memoria. Esto hace que el sujeto se confíe, le dé puerta, casi sienta que está charlando con un buen amigo. De modo que aquella vez el jerarca de Eventos Especiales le soltó al reportero —como dicen los chavos de hoy— todo el rollo.

Empezó contándole que, gracias a la creación de su oficina y a sus espléndidas artes, le había ahorrado al gobierno estatal mucha plata en el alquiler de camiones en que se llevaba, a todos los actos oficiales y partidistas, las mesnadas de acarreados; ahorro que, alardeaba, también se obtuvo en cuanto al lunch que se les ofrecía: “Usted sabe —aseguraba don Rafa que le dijo Martínez— que estos infelices sólo van por la torta y el refresco”.

En fin, terminó soltándole (cosa que Fofoy publicó con mucha valentía y con todas sus letras) que él, Martínez, se encargaba de darles sus cochupos “a todos los periodistas, tanto los de aquí como los de la capital”. Debe haber pegado un reparo cuando el diarista le preguntó en tono capcioso:

—¡Ah!, ¿pues qué les untan la mano a los reporteros?

Inmediatamente Martínez trató de sacar la pata que había metido alegando que, pues sí, se les dan regalitos de Navidad, de cumpleaños... pero por lo pronto ya había exhibido al gremio (me refiero a los de Hacienda).

El manejo de una cosa tan delicada como las atenciones a la prensa no se puede dejar en manos ignaras. Por ello se acordó que estas cortesías corrieran a través de la Dirección de Prensa. Pero entonces el señor Martínez comenzó a exigir que si se daba

una canastita de dulces a un reportero, se le pidiera recibo, si se le mandaba una alfombra estilo persa a un director de publicación, se le exigiese acuse de recibo. Claro que no se le hizo el menor caso.

Pero en esos años el mayor problema quizás lo constituían los afanes de notoriedad de ciertos funcionarios, en especial los que cultivaban aspiraciones futuristas. Traté, durante la segunda parte de mi gestión como subdirector, de hacer lo más extensiva posible una anécdota —casi una parábola— ocurrida en el sexenio hankista. Pero como sucede desde los tiempos bíblicos, lo más difícil de entender en el mundo es el sentido aleccionador de las fábulas y las parábolas, ya no digamos las charadas, que eso sería mucho pedir de la inteligencia de ciertos jorocones.

El caso es que el doctor Jorge Jiménez Cantú se encargó de la Secretaría General de Gobierno en la primera parte de la administración de Hank González. Conociendo su dinamismo, su efectividad, su espíritu constructivo y de sacrificio, el gobernador le encargó que comandara el cuartel de trabajo de Ciudad Nezahualcóyotl. No se equivocó Hank, porque en sólo unos cuantos meses ya Jiménez Cantú había construido la plaza Unión de Fuerzas, metido la red de energía eléctrica y comenzado a introducir el drenaje, el agua, la pavimentación y otros servicios prioritarios.

Era entonces director de prensa don Gustavo Carrero, que un día me llevó ante el secretario general para decirle:

—Señor doctor Jiménez Cantú, la obra que usted está realizando en Ciudad Nezahualcóyotl es verdaderamente excepcional, grandiosa...

El doctor frunció el ceño y emitió un gruñidito, pero permitió que continuase la alocución de Carrero:

—Por ello, desde este sábado en que haga usted su visita semanal, habrá de acompañarlo nuestro subdirector con un fotógrafo, para que se haga la publicidad que merecen sus esfuerzos, ya que la obra que usted está desarrollando...

Ahora sí, Jiménez Cantú lo interrumpió bruscamente:

—¡Un momentito, señor Carrero... un momentito!, quiero aclararle de una vez por todas que yo no estoy haciendo nada ni en Nezahualcóyotl ni en ninguna otra parte del estado. Todo es obra del señor profesor Carlos Hank González...

—Bueno, sí, pero... —todavía trató de explicar don Gustavo.

—No hay pero que valga. Y mi deseo es que se grabe usted muy bien mis palabras. En este régimen todos somos colaboradores del profesor Hank González, y nadie está haciendo nada en particular. Programa y realizaciones son única y exclusivamente del señor gobernador. Espérese usted a que las obras estén terminadas, a que Hank González las entregue a su pueblo... ¡y en ese momento queda usted autorizado para echar la casa por la ventana en publicidad!

No había nada qué objetar. La plática siguió por otro curso. Y cuando ya íbamos de salida, aún el doctor llamó a Carrero y le puntualizó:

—Esto que le dije de la publicidad cuenta para todos los funcionarios del régimen.

Efectivamente, se fue a la Secretaría de Salubridad el doctor, llegó a suplirlo el licenciado Ignacio Pichardo Pagaza, y las cosas siguieron lo mismo. Salió Arturo Martínez Legorreta de la Oficialía Mayor, lo sustituyó Jesús Garduño Villavicencio y no se modificó la política ya expuesta. Sólo en ocasiones muy especiales se promovía información que no fuese del propio gobernador.

Pero, curiosamente, en el sexenio de Jiménez Cantú la pasión (¡iqué digo pasión, obsesión!) publicitaria se desató morbosa, pato-

lógicamente, entre los funcionarios mayores del régimen. Esto pudo notarse desde un principio, al grado de que en una reunión Poncho Solleiro se vio obligado a decirles:

—Compañeros, aquí sólo hay un estelar: Jiménez Cantú. Los demás somos simples comparsas, así es que ino la frieguen!

¿Usted cree que le hicieron caso? Pues no. Se multiplicaban los órganos de publicidad y propaganda (conceptos que incluyó Lázaro Cárdenas en el lenguaje oficial y que persistían apenas modificados) dentro del propio gobierno, pues cada dependencia del Ejecutivo había puesto su propia oficina y el alto jefe respectivo lo manejaba a su entero antojo.

Por esa razón apoyamos la transformación institucional del área. Tomamos parte en algunas mesas redondas que se realizaban en el nivel nacional y estuvimos totalmente de acuerdo con la adopción de técnicas modernas, aprendidas por jóvenes especialistas con licenciatura, a fin de que el trabajo se basara en encuestas, diseños innovadores de la propaganda, desarrollo más organizado de boletines y textos promocionales, entre otras maravillas que tales expertos nos planteaban.

Pero hubimos de manifestar que lo que más nos atraía era el concepto de coordinación. Sustentamos el criterio de que el gobierno llamado de la revolución es único, desde la presidencia para abajo.

Por lo tanto, ninguna secretaría de Estado, en lo federal, y ninguna dirección en lo estatal, como tampoco los municipios —por más autónomos, libres o soberanos que sean— pueden dar otra imagen de aquella que lo hace auténtico y solidario, efectivamente demócrata, revolucionario y mexicanista. Y al fragmentarse la propaganda, eso no se estaba produciendo.

No era cosa de impedir que las entidades gubernamentales ejercieran su derecho a cierto grado de autonomía, condi-

cionada por los fines comunes, sino simplemente de coordinar esfuerzos para obtener mayores y mejores resultados. Por eso nos gustaba la idea si se llevaba a efecto con prudencia, método y eficacia.

¿Acaso no resultaría sano para el gobierno mexicano que se establecieran principios generales de difusión o comunicación (el nombre resultaba lo de menos) que marcaran lineamientos específicos a fin de obtener mejores resultados en la creación de la imagen, buena —claro está— del gobierno a los ojos del pueblo?

Y como se estaba en vías de llegar al pluripartidismo (por lo menos se había aprobado la existencia de regidores de partido, aunque todavía faltaban los regidores y otras categorías), resultaba muy conveniente que el gobierno de la revolución, más bien en el centro, pudiera contrarrestar la propaganda de las extremas.

Había que tomar en cuenta que el derecho a la propaganda debe ser común. Lo tienen lo mismo el grupo en el poder que los opositores, y ganarse la voluntad del pueblo no es un delito ni una imposición ni una dictadura, al contrario, es a base de imagen que el partido en el poder (o la revolución en el poder, como usted quiera) debe combatir para tener siempre propicios los votos de la ciudadanía. Otra forma de conseguirlo puede llevar al despotismo.

En fin, hoy sabemos que se integraron las coordinaciones de comunicación social en todos los niveles de gobierno. De lo demás nada hemos percibido, quizás porque en gran medida nos alejamos del medio. Aquí, en el Estado de México, el primer coordinador fue don Genaro Rionda, y el organismo lo creó el licenciado Alfredo del Mazo González.

Una revisión de plumaje a vuelo de mosco (hacia 1981)

CUANDO INGRESÉ A LA ESCUELA PRIMARIA, el profesor Fernando Macedo dijo, delante de una bola de rufianes: “Caray, pero si estás re’chilpayate” y todos empezaron a decirme el Chilpa. Cuando ingresé a la secundaria, anexa a la Normal, me pusieron el Chato precisamente por lo contrario, y cuando llegué a México para ingresar al periodismo, los muchachos de los talleres de imprenta, a los que semanariamente obsequiaba botellas de licor toluco, me pusieron el Profesor Mosquito. Total que, desde pequeño, jamás volví a recuperar mi nombre.

En 1945 me titulé de maestro, pero nunca trabajé en las escuelas primarias, para ventura de algunas docenas de inocentes. Quizás se debió esta fuga a que durante las prácticas que hacíamos al transcurrir la carrera, me percaté de que los niños son demasiado cariñosos: ellos con su insistencia de darnos a probar su torta llena de mugre, y ellas decididas a tapizarnos de mocos las mejillas con su eterno besuqueo.

Me decidí, pues, por el periodismo, que ha sido mi verdadera carrera de toda la vida. Empecé escribiendo en las revis-

tas para boleros y gatas que hacía mi primo Roberto G. Serna, y algún tiempo me la pasé pepenando chismes sentimentales de las estrellas de cine y en el casi alcahuetaje de conseguirles a los lectores las fotos autografiadas de María Félix y Jorge Negrete, con letra sospechosamente parecida a la mía.

Aunque también podía escribir una que otra cosilla seria, gracias a mi maestro Alfredo Valdés, *Kaskabel*, quien me llevó de secretario de redacción a la revista *Nuevo Mundo*, de Miguel Alessio Robles. Total, que para conseguir el pan de cada día (y que no fuera a ser cada dos o tres días), tuve que escribir de todo, con una excepción que me honra, respecto de las notas de “sociales”. De cine, en *Novelas de la Pantalla y Cine Continental*, de toros en *Sol y Sombra*, de rompe y rasga, en *AS*; con dinero del *Cuyo* Hernández hicimos la revista *BOX*, con José Luis Valero. Nueve años trabajé en el Circo Atayde, haciendo la revista que se vendía en los intermedios.

Finalmente colaboré con Alfredo Kawage en *La Prensa Gráfica*, que no duró gran cosa, y en *Zócalo*, diario del que fui director un año. Dejé la capital para hacerme cargo de *El Sol de Toluca*, asociado a Gerardo Cuéllar, un periodista regiomontano que al cabo del tiempo se casó con Teresa, la menor de mis hermanas. Tuve que dejar ese diario porque no me entendí con el coronel García Valseca.

Unos meses la pasé trabajando en cosas audiovisuales de la SEP, pero mordido por ese gusano hace ya tiempo, no pude resistir la invitación de Alfonso Solleiro, quien me tentaba para que publicáramos un periódico de combate que se llamaría *El Mundo*. La idea era, posteriormente, ingresar a una cadena poderosa de diarios que se editaban con ese nombre. En septiembre de 1956 apareció el primer número y en octubre ya nos estaban rompiendo la ma... quinaria, es decir, el linotipo, las cajas de com-

posición, la prensa, etc., por cuenta de los poderosos que se sintieron ofendidos con nuestras informaciones y comentarios. Unos cuantos días tuvimos que publicar el periódico formando la composición a mano. Único diario artesanal publicado en Toluca durante la segunda mitad del siglo xx. Como era de esperarse, nunca se pudo descubrir (por cuenta de la policía) a los muy conocidos culpables. Ahí sostuve las columnas “Desde mi rincón” y “Charlas inútiles del profesor Mosquito”.

En este resbaloso terreno del periodismo, ingresé posteriormente a *El Noticiero* de mi paisano Carlos Garduño, donde fundé *Espulgues*, indudablemente la más antigua de las que se publican en Toluca, según les consta al propio Carlos, a Inocente Peña-loza —director de ese vespertino—, a mi tío el Abate Moscoso y al Maestro Pifas de La Retama. Con Garduño y don Luis García Ramos hicimos también un efímero *Diario de Toluca* y en el ínterin publiqué el *Boletín de Educación*, patrocinado por el gobierno. En la época de don Juan Fernández Albarrán fundé *Magisterio*, que se sostenía con compilación papelera que gestionaba el hábil y audaz Hugo Ávila. También he sido colaborador de *El Rumbo* y *El Diario*, de Anuar Maccise, desde que se fundaron; de la revista *Pulso* de Víctor Manuel Gutiérrez, en sus veintitantos años de existencia, y de la también ya entrada en años *Tribuna* de su tocayo Valdés.

Aunque en algunos lugares se me moteja con epítetos como historiador, escritor, aun de burócrata, la verdad es que siempre he sido periodista. Doce años ocupé la Subdirección de Prensa del gobierno estatal, donde pude convencerme de las razones válidas por las que Pepito (el de los cuentos) le fue a decir a la maestra que su padre era pianista de una casa de mala nota, porque le daba vergüenza decir que se dedicaba a periodista.

Sin embargo, no por los muchos vivales, gánsters, chantajistas, y más, que de unos veinticinco años a la fecha han tomado el periodismo al abordaje, reniego de mi profesión. Porque si a éstas vamos, también hay corrupción entre los médicos, los abogados, los maestros... y ahí seguimos tirando.

Por eso, de entre algunos inmerecidos honores que se me han hecho, para mí los más satisfactorios han sido la Medalla “Carlos María de Bustamante”, que me otorgó el Club de Periodistas, y el hermoso diploma que me obsequiaron los directores de los periódicos de OEPISA por mis treinta y cinco años de macular cuartillas. Como se verá, dos homenajes al aguante, que mucho aprecio.

Debo aclarar que también la corrí de profesor. Antes de recibirme daba clases de literatura a los obreros de la nocturna “Tierra y Libertad”. Fui catedrático de Historia de México y de Historia del siglo xx en la Secundaria 2. El rector Jorge Hernández y el maestro Adrián Ortega me llamaron a integrar el curso de Historia del Estado de México en la preparatoria, el cual impartí durante diez años. Fui catedrático y subdirector del Instituto de Capacitación Magisterial, donde redacté toneladas de apuntes de geografía, historia y civismo, y hasta director de primaria en la “Carlos María Salcedo”, de San Buenaventura.

Cuando era profesor de Historia del siglo xx escribí un texto, con un cuaderno de trabajo, por la pura ingente necesidad de que los alumnos tuvieran material para hacer sus tareas. Siendo maestro de Historia del Estado de México en la UAEM, observando que los pobres preparatorianos no tenían dónde estudiar, les preparé un voluminoso texto del que los directivos de educación pública dicen, con toda razón, que

es un ladrillo; después lo reduje a moqueta y finalmente a mosaico. De todos modos pesa, y eso lo reconozco.

Pretendiendo purgar aquel pecado de densidad, escribí algunas otras cosas más ligeras, como el *Uso y abuso del vocabulario prohibido*; *Toluca del toloache, guía para turistas alegres*; *Toluca del chorizo*, aperitivo para antes de entrarle al chinguere toluqueño; *San Juan Chiquito, un barrio de Toluca*, y algunas otras cosillas por el estilo.

Una novela corta de mis tiempos de cirquero, *Clara y Toribio*, mi hermano Heriberto la mandó a un concurso y ganó el segundo lugar entre tres mil y tantos trabajos. Entonces fue cuando terminé de convencerme de que fuera de unos cuantos nombresotes, en México la literatura está en la calle.

También he realizado algunos trabajitos “por encargo”. Junto con Rodolfo García, Gonzalo Pérez y Leopoldo Sarmiento, la *Antología juarista* en el centenario de la oportunísima muerte del Benemérito. Y por indicación del Ayuntamiento de Toluca: *La Plaza España*; *Ditirambo a los Portales*; *De Plaza del Centenario a Jardín Botánico*; *El Paseo Colón*, y *La Plaza “José María González Arratia”*. Quizás por eso en septiembre de 1981 se me recompensó con el nombramiento honorario de Cronista Municipal de Toluca.

He publicado hasta la fecha más de doscientos cincuenta crónicas, de esas que según Mario Colín hacemos los tolucofusilándonos los unos a los otros. Y hablando de Colín, para la Biblioteca Enciclopédica del Estado de México elaboré la biografía de Prisciliano María Díaz González, mi paisa, con el subtítulo de *Precursor del obrerismo en México*, y *Avance histórico del normalismo en el Estado de México*. Para el DIF, *Historia de la asistencia social en el Estado de México*.

Intenté publicar una revista literaria, *Altiplano 2 650*, sin publicidad ni subsidios y, como era de esperarse, sólo circuló

un número. Como dice la gente de teatro, “debut, beneficio y despedida”.

En 1977 ingresé a ese equipo de cracks que fue el Consejo Cultural de Toluca, y que por estar formado de puras estrellas, prácticamente no metió goles. En 1979 me colgaron la Presea Bial de los profesionales del estado, también por aguante periodístico. Finalmente, recalé en la Dirección de Patrimonio Cultural.

¡Ah!, también la Asociación Gastronómica de México y la tarjeta Carnet (que nunca he usado, conste) me premiaron *Toluca del chorizo*. Aseguraron no haberse fijado si estaba bien o mal escrito, pero les abrió el apetito.

Sobrevolando el último tramo del pantano

ESTAS NOTAS NO CONSTITUYEN UNA CONFESIÓN purgante y exonerativa. La verdad es que no estoy de acuerdo con esa clase de ceremonias. Ni ante el cura ni ante el psiquiatra. Lo que es más, yo no me confesaría ante un cura si antes el susodicho no aceptaba confesarse ante mi barata persona. Esto parece un sacrilegio, pero la verdad es que no se puede estar muy seguro de que un confesor posee los necesarios derechos de santidad que asisten a un hombre para poder perdonar a otro.

Una comadre me contó que los sacerdotes se confiesan entre sí y eso no me parece legal. Es cierto que el juez administra el pan de la justicia para que lo meriende el pueblo, pero si el juez comete un delito, del mismo pan que el pueblo come, de ése debe comer el prevaricador.

Si se dejara que se hicieran justicia, en encerrona, de juez a juez, ¿quién iba a condenar al colega? La confesión entre cofrades resulta muy sospechosa. De pecador a pecador es más fácil que nos perdonemos. Incluso si el cura se confiesa conmigo, estoy igualmente dispuesto a perdonar sus múltiples pecados, con sólo imponerle el rezo de unas cuantas oraciones.

Por otro lado, se verá inmediatamente que por cuanto a confesiones, todo es cuestión de clase. Todo depende de la clase de pelado que usted sea. Si se trata de alguien verdaderamente pelado, es decir pobre, entonces cualquier superior podrá obligarlo a confesarse a cada segundo: el patrón, el capataz, el cura, el fisco, el guardia blanca, su señora... Si se trata de un rico, entonces ya no lo confiesa nadie. Mucho menos el fisco. Cuando más, puede que tenga que confesarse frente a su costilla, ya que este factor represivo existe sin ninguna distinción de clase social.

¿Acaso los ricos van a confesarse a la iglesia? No. Tratándose de ricos, millonarios, pudientes de verdad, dejarían de serlo si tuvieran que recurrir al abonito semanal por un pedazo de cielo. Ellos se mandan pedir a Roma una indulgencia plenaria, con absolución papal, que cuesta más o menos veinte millones de pesos y en esas condiciones se puede decir que ya pagaron al contadito y por adelantado toda una buena fracción de gloria.

Los ricos sólo tienen un pasado dudoso. Los pobres tienen dudoso el pasado, el presente y el porvenir. Cualquier cosa que realiza el pelado, cae inmediatamente bajo sospecha. Si se lanza sobre los dineros del prójimo para atenuar su miseria, lo tendrá que hacer por medio del antiguo y burdo sistema del atraco personal. El pobre no sabe de finanzas ni de política. Debido a eso, el muy estúpido acaba por llenarse rápidamente de pecados. Y sin la oportunidad siquiera de gestionar su indulgencia plenaria.

Por eso los teócratas no se preocupan de que se confiese el rico o no, les preocupa cuando no se confiesa el pobre... En ese momento puede que haya encontrado su conciencia.

Sin embargo, debo admitir que únicamente a través de sus grandes pecados o de sus soberbias virtudes se puede conocer

al hombre. En cuanto a mí, por lo que se refiere a las virtudes no estoy en condiciones de apuntarme para ninguna. Respecto a la nómina de los pecados que inventó la teología, acepto que se me apunte para un sesenta por ciento, quitando en especial el robo, el crimen y la sodomía, asuntos en que no me quise meter, quizás por falta de imaginación.

El resto de los pecados teologales los cometí todos, al ritmo que mis semejantes iban haciendo lo mismo, con la diferencia de que en tanto ellos se iban a confesar cada ocho días y descargaban sus malas acciones sobre un agujero oscuro, yo preferí guardarlas como eslabón y referencia de mi triste vida. Después de todo no me hacen daño. Lo mismo —dicen los doctores— perjudica a la próstata el amar mucho que el no haber amado en lo absoluto.

Alguna vez me dijeron: “Caray, nosotros vamos a necesitar una muy buena justificación. Con ideas intrincadamente progresistas, hemos vivido, sin embargo, como unos cerdos burgueses”.

Nuestra generación es culpable de tremendos delitos imperdonables, que no se le pueden platicar al señor cura porque en ese sentido todos los señores curas son especialistas. Somos culpables, por ejemplo, de no haber dado la vuelta al reloj de la historia en la forma que debimos hacerlo. Somos la estúpida generación que vio pasar el mundo por tres eras: del descubrimiento del hierro a la conquista del átomo y de ahí a la del cosmos, con menos emoción manifiesta que cuando se escuchan las canciones de Los Beatles.

Ninguna generación había podido tener conciencia plena de estos saltos formidables en el tiempo y en el espacio. Quienes pasaron de la Edad del Bronce a la de Hierro ni siquiera lograron tener noción del fenómeno. Nosotros somos conscientes de haber rebasado, en 1945, la del Hierro para ingresar

a la Atómica, breve periodo que se disolvió en 1957, cuando el hombre ingresó a la Era del Cosmos, en la cual estamos viviendo.

¡Y sin embargo, todavía hay gente que apenas conoce, pero no goza, de los beneficios de la electricidad!

Las respuestas a esta atrocidad serán afanosamente buscadas por nuestros nietos. Hay que dejarles datos. Existen muchos sobre lo bueno y lo cierto, pero falta aportar otros sobre lo feo, lo deforme y lo incierto. De analizar el lodo, también la ciencia ha obtenido fuertes ganancias. Dígalo si no el antropólogo Óscar Lewis, que nos retrató a los hijos de... Sánchez.

*Cronología y Bibliografía
de Alfonso Sanchez García*

Cronología

- 1927 El 15 de enero nace Alfonso Sánchez García en la villa de Calimaya de Díaz González, Méx. Es hijo de Heriberto Sánchez Garduño, originario de Tenango del Valle, y de Celia García de la Serna, de Calimaya. Quinto de siete hermanos: Rodolfo, Heriberto, Edmundo, Estela, Gloria y Teresa.
- 1930 El padre decide trasladarse con su familia a la ciudad de Toluca, y se establece como comerciante en el barrio de San Juan Chiquito.
- 1934 Cursa la primaria en la escuela oficial “Anselmo Camacho”.
- 1939 Cuando estudia la secundaria en la Normal Mixta, sufre la pérdida de su padre. La familia se muda temporalmente al barrio de San Sebastián.
- 1940 Ingres a al internado de la Normal como pensionista del Gobierno del Estado de México. En esta época se inicia en el periodismo estudiantil colaborando en la revista *Alborada*.

- 1943 Junto con los también estudiantes Moisés Ocádiz López, Alejandro Fajardo y Rodolfo García Gutiérrez colabora en la revista *Letras de Juventud*, dirigida por el pintor Esteban Nava Rodríguez. Por su interés en las letras, a instancias del entonces gobernador del Estado de México, Isidro Fabela, publica artículos en *El Demócrata*. Comienza a participar en la política estudiantil.
- 1944 Preside la Sociedad de Alumnos de la Normal y la filial estatal de la Confederación de Jóvenes Mexicanos. Instructor honorario de alfabetización y catedrático de Literatura de la Escuela “Tierra y Libertad”.
- 1945 Se titula de profesor y decide emprender la carrera de periodista en la ciudad de México. A su llegada ingresa a Editorial Serna como reportero de espectáculos.
- 1946 Alfredo Valdés Leroux, *Kaskabel*, lo lleva como articulista y secretario de redacción a la revista semanal *Nuevo Mundo*, que edita don Miguel Alessio Robles, y principia su labor de humorista con el seudónimo de Profesor Mosquito. Jefe de redacción de *Novelas de la Pantalla*. Se hace cargo, junto con el locutor Salvador Paniagua, de la revista anual del Circo Atayde.
- 1947 Secretario de redacción y jefe de información de la revista *Acá* de Ramón G. Bonfil.
- 1949 Adaptador de guiones cinematográficos para Argel Films y Producciones Roberto Serna.

- 1950 Jefe de redacción del diario *Zócalo*, fundado por Alfredo Kawage Ramia y Roberto G. Serna. Al mismo tiempo es editor de la revista *Continental*. Contrae matrimonio civil con Olga Arteché González.
- 1951 Redacta el semanario *Oiga*, creado por Serna al romper la sociedad con Kawage. A la muerte de Serna, acepta la invitación de Kawage para dirigir *Zócalo*.
- 1952 Nace su primer hijo, Alfonso Bladimiro David.
- 1953 Comienza a trabajar con el coronel García Valseca en la cadena de periódicos de Organización Editorial Mexicana. Nace su hijo Miguel Ángel.
- 1954 Regresa a Toluca para administrar *El Sol de Toluca*, el cual dirigirá poco después junto con Gerardo Cuéllar. Imparte Historia de México en la Secundaria 1 y en la Escuela Normal de Profesoras.
- 1956 Funda junto con Alfonso Solleiro Landa el diario *El Mundo*, del cual es subdirector; ahí inicia las columnas “Charlas inútiles del profesor Mosquito” y “Desde mi rincón”.
- 1957 Es nombrado subdirector de Educación Audiovisual.
- 1958 Funda el Boletín de la Dirección de Educación Pública y es subdirector del Instituto de Capacitación Magisterial del Estado de México, donde imparte las cátedras de Historia de México, Geografía y Civismo, materias para cuyos cursos escribe las lecciones correspondientes.

- 1959 Semanas después del triunfo de la revolución cubana viaja a La Habana con la intención de entrevistar a Fidel Castro Ruz; escribe varios artículos acerca de su estancia en Cuba.
- 1960 Se separa de *El Mundo*. Con nombramiento de profesor A es encargado de la Dirección de la Escuela “Carlos María Salcedo” de San Buenaventura, Municipio de Toluca.
- 1961 Colabora en el periódico *El Noticiero* de Carlos Garduño, como columnista y editorialista. Inicia su columna “Espulgues”, que mantendrá hasta el día de su muerte.
- 1962 Es nombrado jefe del Colegio de Catedráticos de Historia de la Universidad Autónoma del Estado de México. En la Escuela de Ciencias Políticas y Periodismo de la misma institución, imparte técnica periodística; además interviene en la formulación del plan de estudios y en la elaboración del programa de su materia.
- 1963 Trabaja con Carlos Garduño en la publicación de *El Diario*. Edita y dirige la revista *Magisterio*, órgano de información de la Dirección de Educación Pública del Estado de México. Realiza el programa de la cátedra de Historia del Estado de México para la escuela preparatoria, materia que impartirá en cuatro grupos del tercer grado por espacio de diez años.
- 1964 Publica la primera versión de su *Historia del Estado de México*. Por desaveniencias conyugales se separa de su primera esposa y une su destino al de Ester Arce Estrada.

- 1965 En *El Noticiero* inicia la columna “Tianguis dominical”. Nace su hija Claudia.
- 1966 Publica *Historia del siglo XX* con un cuaderno de trabajo para los catedráticos de la materia. Nace su hijo Rodolfo.
- 1968 En abril, el Club de Periodistas y la Asociación Mexicana de Periodistas le otorgan la medalla “Carlos María de Bustamante” por sus 25 años como periodista.
- 1969 Al llegar a la gubernatura del Estado de México el profesor Carlos Hank González, ocupa el cargo de subdirector de Prensa y Relaciones Públicas del Gobierno del Estado de México.
- 1972 Con motivo del Año de Juárez, prepara y edita *Antología juarista*, junto con Rodolfo García Gutiérrez, Gonzalo Pérez y Leopoldo Sarmiento. Nace su hijo Ricardo, quien vivió apenas unos meses.
- 1973 Miembro del Comité de Concursos Culturales en el Estado convocados por el INJUVE.
- 1974 Completa y edita, con motivo del Sesquicentenario de la Erección del Estado de México, *Historia del Estado de México, hasta nuestros días*. Nace su hijo Rodrigo.
- 1975 Es ratificado como subdirector de Prensa y Relaciones Públicas por el gobierno del doctor Jorge Jiménez Cantú. Recibe en su hogar, en calidad de hijas, a las hermanas Patricia y Silvia Romero Arce.

- 1977 Funda la crónica de la ciudad de Toluca en el diario *El Noticiero*, donde publicará más de quinientos trabajos de investigación sobre aspectos históricos, costumbristas, folclóricos. En noviembre ingresa a la Asociación Civil Educativa del Estado de México como socio de número.
- 1978 En marzo obtiene el segundo lugar del concurso literario nacional *La historia que soñé*, organizado por la radiodifusora XEW y la revista *Activa*, por su novela corta *Clara y Toribio*. En el diario *Rumbo* crea las columnas “Del taco propio y ajeno” y “Sexo y publicidad”. En agosto es integrante fundador del Consejo Cultural de Toluca, creado por el ayuntamiento que preside doña Yolanda Sentíes.
- 1979 En noviembre, recibe un reconocimiento de la Asociación de Reporteros Gráficos del Estado de México a su trayectoria como periodista y escritor. Igualmente, la Confederación de Profesionales del Estado de México le otorga la Presea Bial al Mérito Periodístico. En diciembre es homenajeado por los reporteros del Estado de México y los reporteros de la Fuente del Ejecutivo Estatal. La Asociación Civil Educativa lo nombra socio vitalicio en grado académico.
- 1980 La Asociación Nacional de Restauranteros le concede el Premio Nacional de Literatura Gastronómica, por *Toluca del chorizo*. Colabora en la obra colectiva *Sumaria tolucense*, conmemorativa del sesquicentenario de la ciudad como capital del estado. En octubre se le otorga el premio B de la Asociación Mexicana de Restaurantes por artículos gastronómicos publicados en revistas.

- 1981 En marzo es objeto de un reconocimiento del Sindicato de Trabajadores de OEPISA por su labor como periodista. En septiembre, el H. Ayuntamiento de Toluca le confiere el título de cronista municipal, que conservará hasta el día de su muerte.
- 1982 En mayo recibe un reconocimiento de la Escuela Normal No. 1 por su brillante trayectoria. En noviembre, durante diversos actos, se le declara huésped distinguido de la Delegación Cuauhtémoc de la ciudad de México y del H. Ayuntamiento del Municipio de Texcoco. Es designado jefe del Departamento de Promoción Cultural del H. Ayuntamiento de Toluca; asesor externo del gobernador Alfredo del Maro González; asesor de la Coordinación de Comunicación Social; miembro del Patronato del Centenario del Normalismo en el Estado de México. En forma paralela imparte conferencias a instituciones educativas de diversos niveles.
- 1983 Es nombrado subdirector del Patrimonio Cultural del Estado de México.
- 1984 Es nombrado miembro del Consejo Editorial de Televisión Mexiquense. En marzo obtiene el reconocimiento público del Gobierno del Estado de México al Mérito Civil; en octubre, recibe la acreditación de la Asociación Mexiquense de Cronistas Municipales (AMECROM) como cronista municipal de Toluca; en noviembre, la acreditación del Ateneo del Estado de México como socio fundador.
- 1985 En julio, le es otorgado un reconocimiento del Instituto de Investigación y Difusión de la Danza Mexicana por su colaboración en el XIV Congreso Nacional; en septiembre,

recibe un diploma de la UAEM por su conferencia “Análisis de la Independencia y la Revolución mexicana”; en octubre, un diploma de la Secretaría de Educación Pública del Estado de México por su conferencia “La Independencia y la Revolución en el Estado de México”.

1986 En febrero obtiene un diploma de la Secretaría de Educación Pública, Cultura y Bienestar Social por su participación en el Primer Seminario Estatal de Cronistas Municipales; en abril, reconocimiento de la Unión de Escritores Mexiquenses (UEMAC) como socio honorario; en octubre, el Club de Periodistas de México le hace entrega del Premio Nacional de Crónica “Bernal Díaz del Castillo” por su trabajo difundido; recibe también el pergamino al mérito de la Confederación de Profesionales de México por su labor periodística ininterrumpida.

1987 Sufre dos intervenciones quirúrgicas y logra superar un grave quebranto de salud. Es nombrado coordinador general del Instituto Mexiquense de Cultura. Forma parte del Comité de Desarrollo Urbano y de la Comisión de Nomenclatura y coordina los trabajos de los 24 cronistas delegacionales del Municipio de Toluca; es orador en una sesión del Club Rotario Valle de Toluca.

1988 Es nombrado miembro del Consejo Cultural de Toluca. Director general de la revista *Dos Valles*; en febrero recibe el reconocimiento de la Cámara Nacional de la Industria de Restaurantes por su apoyo; en junio acude a la Facultad de Humanidades de la UAEM para impartir la conferencia “El Estado de México durante el siglo XX”.

- 1989 En abril participa en el seminario El Periodismo en la Independencia Política y Económica de América Latina.
- 1990 En junio, obtiene el reconocimiento del H. Ayuntamiento de Toluca por su trayectoria dentro del periodismo local; en noviembre, recibe un diploma del Instituto Mexicano del Seguro Social por su conferencia “Historia gráfica de la ciudad de Toluca”, y del Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades de la UAEM como ponente en el Primer Simposium Regional. Colabora en la obra *Toluca: raíz y fundamentos*, así como en *Apuntes para la historia forestal del Estado de México*.
- 1991 Es nombrado asesor de la Coordinación General de Comunicación Social del Estado de México. Proporciona material gráfico para la edición de la obra *El ayer de Toluca*. En noviembre le es otorgado el reconocimiento de la Escuela Preparatoria No. 1 por su conferencia “Semblanza histórica de la UAEM”.
- 1992 En marzo recibe un reconocimiento a su militancia del Partido Revolucionario Institucional; en abril, un agradecimiento de la Escuela Normal Superior del Estado de México por su conferencia “Encuentro de dos mundos”; obtiene un reconocimiento de la Facultad de Arquitectura y Arte de la UAEM por su colaboración en el IV Encuentro Nacional de Estudiantes de Arquitectura, y de la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública de la UAEM por haber sido comentarista en su Primera Jornada de la Comunicación. Colabora en la obra *Periodismo regional en el Estado de México*. Reconocimiento de la Asociación

de Periodistas del Estado de México por más de 30 años del ejercicio periodístico; diploma de la Escuela Normal No. 2 por su labor dentro del Patronato Pro-Restauración del Edificio; en julio, agradecimiento del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey por dictar una conferencia en el décimo aniversario de la institución; en octubre, constancia de la Secretaría de Educación Cultura y Bienestar Social como ponente en el Foro Estatal de Análisis de los Materiales para la Enseñanza de la Historia de México.

- 1993 En marzo recibe un agradecimiento de la Escuela Normal No. 2 por su conferencia “La erección del Estado de México”; en agosto, agradecimiento por la presentación de la maestra Margarita García Luna y de su libro *La vieja casona de Nicolás Bravo Norte No. 305*; en noviembre obtiene una constancia del Instituto Mexicano del Seguro Social por su conferencia “Toluca la antigua”; reconocimiento de la Escuela Preparatoria No. 5 de la UAEM por su conferencia “La literatura y los literatos de Toluca”.
- 1994 En agosto le es otorgado un diploma del H. Ayuntamiento de la entidad por su disertación “Toluca de ayer y hoy” en el ciclo Toluca y su historia.
- 1995 En marzo recibe de manos del gobernador, Emilio Chuayffet, la Presea “José María Cos” por su trascendente aportación periodística; reconocimiento de la Biblioteca Pedagógica por su participación en el evento “Historia de la ciudad de Toluca”; en abril recibe un reconocimiento del Instituto Mexiquense de Cultura como jurado del concurso sobre

historia de la ciudad de Toluca; en septiembre, un reconocimiento de la Escuela Normal No. 2 por su obra “que es base y referencia de la evolución y desarrollo de la institución”; en octubre, un reconocimiento de la Escuela Normal No. 1 por su conferencia “El Estado de México y el normalismo en la ciudad de Toluca”; le es otorgado un agradecimiento de la Escuela Normal No. 3 por su charla “La Historia de la ciudad de Toluca”. El Partido Revolucionario Institucional le otorga la Presea al Mérito Militante “Lic. Adolfo López Mateos” por más de 40 años de participación. La revista *Castálida* publica su ensayo “Toluca la que se fue”.

- 1996 En mayo recibe un reconocimiento del Comité de Damas del Club de Leones de Toluca; en agosto, un reconocimiento del Sindicato de Maestros al Servicio del Estado de México en la presentación de la conferencia “SMSEM. Realizaciones de una lucha permanente” en noviembre, recibe un agradecimiento de la Facultad de Arquitectura y Diseño de la UAEM por su conferencia “Historia de la ciudad de Toluca”.
- 1997 Colabora en la obra *50 años, un diario, una ciudad*, historia del periódico *El Sol de Toluca*. Dirige los trabajos de una mesa durante el encuentro de cronistas del Estado de México con los del Distrito Federal. Dos días después, la vida de Alfonso Sánchez García llega a su fin, el 25 de mayo. Deja inconclusa *Toluca monografía municipal*, que será completada por Alfonso Sánchez Arteché. En agosto, reconocimiento *post mortem* de la UAEM por sus contribuciones a la academia, el periodismo, la cultura y la historia del Estado de México.

- 1998 Por acuerdo del H. Ayuntamiento que preside el licenciado Armado Garduño, un parque de la ciudad de Toluca es designado con el nombre “Alfonso Sánchez García”; en ese sitio es inaugurado un busto conmemorativo al cumplirse su primer aniversario luctuoso. La Escuela Normal No. 2 publica de manera póstuma y como homenaje su libro *Poemas*.
- 1999 En mayo recibe un reconocimiento *post mortem* de la Asociación de Periodistas del Valle de Toluca por su trayectoria periodística y su aportación al desarrollo de la sociedad.

Bibliografía de Alfonso Sánchez García

- Historia del Estado de México*, UAEM, 1964.
- Apuntes de historia del siglo XX*, Toluca, ABC, 1963, 42 p.
- Historia del siglo XX*, Toluca, ABC, 1966, 35 p.
- Historia del Estado de México*, Toluca, UAEM, 1969, 3 vol.
- Historia del Estado de México*, Toluca, UAEM, 1970, 3 vol.
- Uso y abuso del vocabulario prohibido* (ensayo), Toluca, Cuadernos del Estado de México, 1967, 59 pp.
- El Profesor Mosquito presenta Toluca del toloache: guía para turistas alegres*, México, Lito Impresora Panamá, 1968, 74 pp., il.
- Historia del Estado de México, hasta nuestros días*, Toluca, Gobierno del Estado de México, Dirección de Relaciones Públicas del Gobierno del Estado de México, 1974, 576 pp.
- Toluca del chorizo: apuntes gastronómicos*, Toluca, Gobierno del Estado de México, FONAPAS, Patrimonio Cultural y Artístico, (Serie de Arte Popular y Folklore), 1976, 114 pp., 24 pp. il.
- Breve historia de la Plaza Cívica de Toluca*, Toluca, H. Ayuntamiento, 1977, 28 pp., il.
- “Clara y Toribio” en *La historia que soñé*, México, Diana, 1978, pp. 11-40.

- Antecedentes históricos del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia del Estado de México*, Toluca, Gobierno del Estado de México, DIFEM, 1980, 50 pp.
- La Plaza España de Toluca*, Toluca, H. Ayuntamiento, 1978, 53 pp., 20 pp., il.
- Ditirambo a los portales de Toluca*, Toluca, H. Ayuntamiento, 1978, 168 pp., il.
- De mercado del centenario a Jardín Botánico*, Toluca, H. Ayuntamiento, 1978, 43 pp., il.
- “*San Juan Chiquito*” *un barrio de Toluca*, Toluca, Gobierno del Estado de México, Patrimonio Cultural y Artístico, (Serie de Arte popular y folklore), 1978, 130 pp., 32 pp. il.
- El Paseo Colón de Toluca*, Toluca, H. Ayuntamiento, 1981, 67 pp., il.
- Prisciliano María Díaz González, precursor del obrerismo en México: apuntes biográficos*, México, Gobierno del Estado de México, FONAPAS, Secretaría de Educación, Cultura y Bienestar Social, (Biblioteca Enciclopédica del Estado de México), 1981, 100 pp., il.
- Primer centenario del normalismo en el Estado de México: (Avance histórico)*, Toluca, Gobierno del Estado de México, Secretaría de Educación Cultura y Bienestar Social, (Biblioteca Enciclopédica del Estado de México), 1982, 220 pp., il.
- Cronología normalista*, Toluca, Gobierno del Estado de México, Secretaría de Educación Cultura y Bienestar Social, 1982, 31 pp., il.
- Historia elemental de Estado de México*, Toluca, Gobierno del Estado de México, Secretaría de Educación Cultura y Bienestar Social, (Col. de textos didácticos) 1983, 351 pp.
- El círculo rojinegro*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, (Col. de escritores del Estado de México, no.2), 1984 pp., il.

- Toluca monumental*, Toluca, Gobierno del Estado de México, H. Ayuntamiento de Toluca, 1987, 115 pp.
- Toluca: monografía municipal*, Toluca, Gobierno del Estado de México, (Serie Monografías Municipales), 1987, 122 pp.
- Los bomberos de Toluca: héroes, pero ante todo: servidores del pueblo*, Toluca, H. Ayuntamiento, 1988, 55 pp., il.
- Gustavo Baz Prada*, Toluca, Gobierno del Estado de México, Secretaría de Gobierno del Estado de México-Editorial Espejo, 1988 60 pp ., il.
- La región más aperitiva del aire, una historia de amor... a la comida*, Toluca, H. Ayuntamiento, Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia, 1989, 91 pp.
- Vuelo de ángeles o demonios, parvada de prometeos: cosmovitral de Toluca*, Toluca, Gobierno del Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1989, 57 pp. il.
- Imprenta y periodismo: igual a libertad de expresión: apuntes sobre el desarrollo de la tipografía en Toluca*, Toluca, H. Ayuntamiento, 1990, 19 pp.
- Poemas*, Toluca, Coordinación General de Comunicación Social, (Col. la Tinta de Alcatraz no. 44, La hoja murmurante), 1990, 12 pp.
- Memorias de Nezahualcóyotl: un pueblo, un nombre, un hombre*, Toluca, Gobierno del Estado de México, 1990, 184 pp.
- Toluca en la mirada*, Toluca, H. Ayuntamiento, 1990, 263 pp.
- El Registro Civil en el Estado de México*, Edición conmemorativa del Gobierno del Estado de México, México, Gobierno del Estado de México, 1990, 115 pp.
- El ocaso y final del círculo rojinegro*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 1991, 76 pp., il.
- Toluca: los trabajos de la memoria*, Toluca, H. Ayuntamiento, 1992, 100 pp., 11 pp. il.

- El Paseo Colón de Toluca*, 2a. ed., corregida y aumentada, Toluca, H. Ayuntamiento, 1992, 47 pp., il.
- Municipio de Toluca de Lerdo*, 2a. ed., Toluca, H. Ayuntamiento, 1993, 80 pp.
- Anecdotario zólatra y botanista*, Toluca, Gobierno del Estado de México, Probosque, 1993, 241 pp.
- Historia de gente y animales*, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 1995, 56 pp.
- A los constituyentes del Estado de México*, Toluca, Poder Legislativo, LII Legislatura del Estado de México, 1996, 43 pp.
- Poemas*, Toluca, Escuela Normal Núm. 2, 1997, 67 pp.
- y Alfonso Sánchez Arteché, *Toluca: monografía municipal*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1999, 191 pp., il.

Índice

Justificación de motivos	9
<i>El plumaje del mosco (páginas autobiográficas)</i>	15
LOS GARCÍA DE CALIMAYA	17
LOS SÁNCHEZ DE TENANGO	27
MI ALUMBRAMIENTO (SEGÚN ME LO CONTARON)	31
MI JEFA: UNA MADRE DEL PUEBLO	35
DULCES RECUERDOS DE LAS SEÑORITAS TORRES	41
VAYA EDUCACIÓN: NI SEXUAL NI SOCIALISTA	51
EL INFORTUNIO DE UNA RUEDA	59
HERMANOS DEL CAMINO, PERO NO DEL ITACATE	65
GACHECES Y MAFUFADAS DE LA REFOLUFIA	73
LAS ENGAÑOSAS VECINAS Y UNA AMISTAD DE TODA LA VIDA	83
JIRICUA Y TIFOIDEA	89
GRITOS, PLANTONES... Y SOMBRERAZOS	95
SE PRESENTA CARLOS HANK	101

VARIOS LOCOS TRANQUILOS Y UNO DE LOS OTROS	107
EL DESGARRADOR ADIÓS A LOS CRISTOS	115
COMO PROFE TAMPOCO “LA HACÍA”	123
EN LA GRILLA ESTUDIANTIL	129
EL ORGULLO ALEMÁN... DE SER MUY MEXICANO	135
UN POLÍTICO POBRE... ES UN POBRE POLÍTICO	139
POR POCO Y SE CHAMUSCAN AL NORMALISTA HANK	149
MI INGRESO A LA PRENSA DE ROMPE Y RASGA	157
LAS ENSEÑANZAS DE UN DON JUAN	167
UN CHURRITO MÁS QUE DEJA UN IDILIO ROTO	173
UNA MAGNÍFICA PISTA... LA DEL CIRCO	181
UN RARO CASO DE OCASO Y ACOSO SEXUAL	189
<i>EL MIEDO LLEGÓ A JALISCO</i> Y EL HORROR VINO CON <i>GEMA</i>	201
AUNQUE NO SEA ZÓCALO... PERO SÁCALO	213
UN TESTIMONIO SOBRE LA DESTRUCCIÓN DE <i>EL MUNDO</i>	225
UN GALLO DE ORO Y SU IMPERIO DE LA FORTUNA	237
CUANDO SERVÍ DE CICERONE A LA GUERRILLA CUBANA	243
ENTRE LOS JUBILOSOS Y LA CASTA DIVINA	251
EN EL QUINTO PATIO DEL CUARTO PODER	263
EN PALACIO NO SE CANTABAN MAL LAS RANCHERAS	279

UNA REVISIÓN DE PLUMAJE A VUELO DE MOSCO (HACIA 1981)	289
SOBREVOLANDO EL ÚLTIMO TRAMO DEL PANTANO	295
Cronología y Bibliografía de Alfonso Sanchez García	299
CRONOLOGÍA	301
BIBLIOGRAFÍA DE ALFONSO SÁNCHEZ GARCÍA	313

Alfonso Sánchez García

El plumaje del mosco
(páginas autobiográficas)

se terminó de imprimir en el mes de enero de 2016, en los talleres gráficos de Armando Rodríguez Rodríguez, ubicados en Avenida 519 núm. 199, en San Juan de Aragón, primera sección, delegación Gustavo A. Madero, C.P. 07969, en México, D.F. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica *Aries*, diseñada por Eric Gill. Concepto editorial: Félix Suárez y Hugo Ortíz. Formación, portada y supervisión en imprenta: Jonathan Ricardo García Trejo. Cuidado de la edición: Carmen Itzel Ramírez Rosas y Alfonso Sánchez Arteché. Editor responsable: Félix Suárez.